Izzet Celasin
Cielo negro, mar negro
Traduccion de Carmen Freixanet

Esta historia transcurre en el malestar político que sacudió Turquía entre 1977 y 1981. Esta novela no es solo una historia política; es, en muchos sentidos, una novela de crecimiento, de despertar de la conciencia y de elecciones personales ante conflictos de solución compleja.

Una novela sobre el amor, la lealtad, las derrotas y el desencanto.

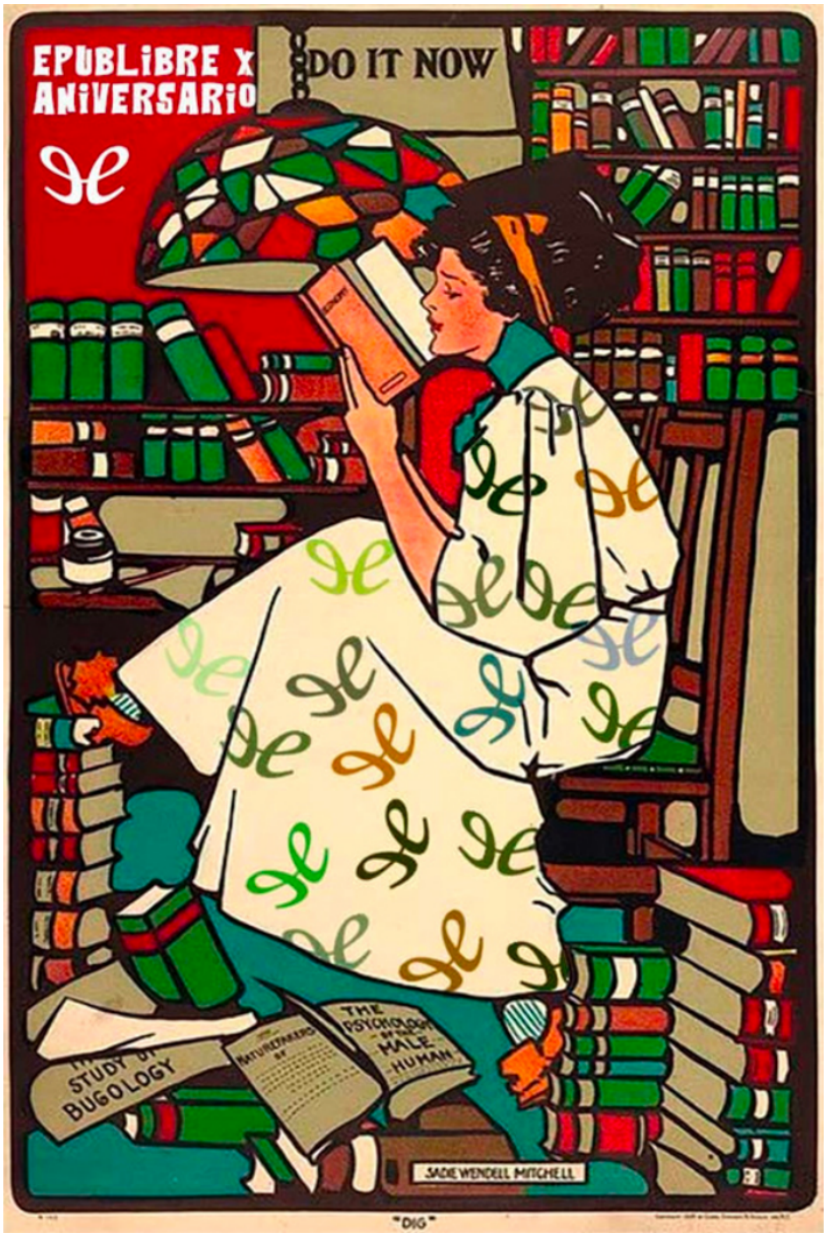
Izzet Celasin

Cielo negro, mar negro

ePub r1.0
Café mañanero 21-04-2023

Título original: *Svart himmel, svart hav*
Izzet Celasin, 2010
Traducción: Carmen Freixanet

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 04/2023
Edición conmemorativa 10.º aniversario
ePub base r2.1


EPUBLIBRE X ANIVERSARIO
DO IT NOW
STUDY OF BUGOLOGY
THE PSYCHOLOGY OF THE MALE HUMAN
SADIE WENDELL MITCHELL
"DIG"

CIELO NEGRO, MAR NEGRO

Izzet Celasin

Para Ingeborg, Melis y Henrik

Es domingo.
Hoy me han sacado al sol
por primera vez
y por primera vez en mi vida
me he quedado paralizado,
serenamente admirado
de que el cielo esté tan alto,
sea tan inconmensurable,
tan azul.
Lleno de respeto me he sentado en la tierra,
la espalda apoyada contra el muro;
en ese instante
nada ha perturbado mi mente,
ni un solo pensamiento
de lucha,
de libertad,
de mi mujer.
La tierra, el sol y yo.
Soy feliz.

«Domingo», Nazim Hikmet (1948).

PRIMERA PARTE

Mayo de 1977

El acueducto bizantino se extendía desde el extremo de una zona de viviendas situada junto a la estación de bomberos, cruzaba por encima de la calle principal y continuaba arqueándose hacia abajo para culminar en la parte trasera del teatro de la ciudad. Los coches circulaban por cuatro calles bajo las todavía firmes arcadas. La plaza Saraçhane, rodeada del parque que llevaba el mismo nombre, las ruinas históricas del acueducto, la mezquita Şehzade y el Ayuntamiento conformaban una zona de ajetreo y mucha vida, con tráfico ensordecedor, oficinas públicas, teatros y cines. Lo más llamativo de ese día no era la ausencia de coches en la avenida principal, sino la interminable afluencia de personas procedentes de todas partes hacia la plaza. Aquí y en muchos más lugares de la ciudad, Estambul se preparaba para celebrar el Primero de Mayo.

Yo abandoné la escuela a las diez de la mañana y me reuní con la pandilla, compuesta también por camaradas de otros institutos, todos de dieciocho años y con el cuerpo hecho un amasijo de nervios. Ninguno de nosotros había estado antes en una celebración del Primero de Mayo. Había rumores de que la policía interceptaría las calles y arrestaría a todos los que acudieran a la concentración. La idea de que pudiéramos ser detenidos al pie de las barricadas creaba nerviosismo y expectación en el grupo; así que nos reíamos, gritábamos y corrimos todo el trayecto hasta la plaza de Saraçhane. Era el punto de reunión de este lado de la ciudad, y desde aquí la manifestación se encaminaría hacia Taksim, tal y como harían las otras cinco o seis columnas procedentes de las demás partes de la ciudad. Los sindicatos y otras organizaciones ya habían anunciado que este Primero de Mayo sería el más multitudinario de la historia, mientras los directores de los periódicos burgueses lo habían bautizado como «un intento de revolución», e incitaban a la policía a que impidiera que Estambul fuera tomada por los rojos. Cuando

llegamos a la plaza Saraçhane ya había allí un ambiente festivo: música, bailes, un mar de pancartas, banderas rojas y discursos que pocos podían oír debido al constante murmullo que emergía de la masa semejante a un zumbido de abejas. Todo era nuevo para nosotros, revoloteábamos de grupo en grupo y hablamos con perfectos desconocidos. Teníamos la peculiar sensación de compartir algo grande con mucha gente. Yo nunca había visto antes a tantas mujeres reunidas fuera de la zona escolar, juntas en un mismo lugar; discutían en voz alta, repartían octavillas, vendían periódicos, recaudaban dinero para una u otra causa o eran portadoras de brazaletes como responsables de seguridad. Después de esperar un rato, empezamos a andar hacia el parque donde las organizaciones estudiantiles iban a agruparse bajo sus propias banderas. Allí se discutía acaloradamente cuándo arrancaría la manifestación. Ya casi eran las doce del mediodía. En otros puntos de la ciudad, ya se había iniciado la marcha cumpliendo con el horario anunciado en el programa. La mayoría estaba impaciente, corrían rumores a mares. A cada minuto llegaban mensajes caóticos y contradictorios, y nadie sabía con exactitud qué nos retenía. Cada vez que un conocido líder estudiantil se dejaba ver, se intensificaba el murmullo de la masa para enmudecer enseguida en medio de la decepción. Nosotros estábamos tan impacientes como los demás, pero nos divertía hacer comentarios atrevidos sobre la pinta de los líderes que, en el fondo, parecían tan perdidos como nosotros; sobre todo uno que no había pisado las aulas desde principios de los setenta. A pesar de la excelente temperatura primaveral, llevaba un abrigo negro echado sobre los hombros y andaba orgulloso con un guardaespaldas a cada lado.

El telégrafo de la selva pronto nos notificó que había desacuerdo entre las organizaciones prosoviéticas y las maoístas, y que ese era probablemente el impedimento para que la manifestación se pusiera en marcha. Corrimos hacia el acueducto y vimos a representantes de todos los grupos políticos en mitad de la calle, enfrascados en un acalorado debate y rodeados de fervientes seguidores. Se palpaba el nerviosismo en el ambiente, y se prodigaban a mansalva insultos encubiertos con terminología política. Y yo no entendía por qué les enervaban tanto los términos «revisionista», «oportunista» e incluso «aventurero». Debido a mi interés por los temas políticos, esos

conceptos no me eran del todo desconocidos, pero a mis oídos no sonaban insultantes. Otros hacían una interpretación radicalmente distinta, se los tomaban casi como insultos políticos. Me irritó la animadversión mutua, y no era yo solo el que la sentía. De aquí y allá llegaban gritos de «¡Acabad con esto!» y «¡Avancemos juntos!». Pero los camorristas y sus seguidores eran mayoría. Los prosoviéticos no querían que se les unieran los maoístas; los maoístas, por su parte, amenazaban con usar todos los medios a su alcance para patentar todas y cada una de las palabras que pertenecían al «proletariado». Los independientes, que no se sentían atraídos ni por China ni por la Unión Soviética, intentaban en vano mediar. Pero ninguna de las partes daba señal de ceder a las exigencias de sus oponentes, habría sido como abandonar el campo de batalla y defraudar a la clase obrera. Pero los trabajadores no estaban seguros de quiénes les representaban mejor. Uno de ellos gritaba sin parar «¡Jugároslo a cara o cruz!». Y nos reímos. Pasaba el tiempo alternándose la diversión, el aburrimiento y la irritación. Y mientras todo esto sucedía, a nadie se le ocurrió comentar que no se veían muchos policías por la plaza.

Cuando finalmente la manifestación se puso en marcha, avanzaba a paso de tortuga. Las organizaciones estudiantiles habían ido a parar en medio de las dos fracciones, éramos los penúltimos de la cola. Detrás de nosotros iban los maoístas con sus banderas, megáfonos y consignas. Todo era una pura guerra de consignas. Mientras delante de nosotros escuchábamos lo malvados que eran los nacionalistas maoístas, en las últimas filas sonaban condenas a los social-fascistas soviéticos. Yo no le prestaba demasiada atención a la batalla verbal, prefería cantar a gritar consignas.

Cuando pasamos bajo los arcos del acueducto, allí donde la calle va en descenso, me quedé boquiabierto: ante mis ojos había un mar de gente. Atrás quedaban la aburrida espera, las ridículas peleas, el hambre, el calor y la sed. Las masas desplegadas ante mí me llenaron de alegría y orgullo. Un gigante había despertado y avanzaba, casi se podía oír cómo retumbaban sus pasos. Ser una molécula de su cuerpo era suficiente para sentirse invencible. Me colmaba de alegría que se confirmaran los temores de la burguesía sobre la toma de Estambul: esta vez no se trataría de rescatarla de manos de impotentes bizantinos, sino de un terrible, podrido y

corrupto poder. El sultán Mehmet no se habría opuesto a ello. Su orgulloso ejército, que tal vez acampó exactamente aquí en 1453, había sido una procesión pueblerina en comparación con todo esto. Por un instante, era posible soñar y olvidar que detrás de los muros de la ciudad acechaba un enemigo mucho más fuerte que el anterior y que jamás se rendiría sin presentar batalla, y que al gigante le faltaban los retumbantes cañones del sultán Mehmet. No, este gigante no traía consigo una declaración de guerra, sino un manifiesto: «Miradnos, estamos aquí y ya nada volverá a ser como antes».

Cuando llegamos al puente de Unkapani sobre el Cuerno de Oro, el mar de gente había tomado y taponado las estrechas arterias de la Ciudad Vieja. Todavía quedaba una larga y empinada subida hasta Taksim. El tiempo pasaba, y a mí me desesperaba la idea de que la manifestación se disolviera antes de alcanzar la plaza y de que no pudiera presenciar el momento álgido del día. Me apoyé desalentado en la barandilla y escruté más allá: las barcas amarradas al muelle balanceándose perezosamente en las aguas pardas, un poco más allá el puente Galatea, y todavía más lejos un pedazo del estrecho del Bósforo bajo el sol de la tarde.

Dos de mis camaradas seguían junto a mí; fumaban y hablaban con aspecto tan meditabundo como el mío. Me pregunté qué habría sido de los demás, los habíamos perdido entre la masa de gente. Uno de los dos propuso que sería mejor volver a la escuela, porque la espera resultaba desesperante y, si no aparecíamos a la hora prevista, los profesores de guardia sospecharían. Quizá lo habríamos hecho si no hubiera llegado la noticia de que el retraso era debido a la enorme afluencia de gente a la plaza y a la necesidad de situar organizadamente a los manifestantes. Entonces la marcha empezó de nuevo a avanzar. Yo recuperé el optimismo y, a pesar de todo, decidí quedarme y disfrutar de la vivencia al máximo. A cada paso crecía la alegría reinante, yo me sentía la persona más feliz sobre la faz de la Tierra. El buen humor se contagia rodeado de caras sonrientes.

El cuello de botella se había desatascado y avanzábamos dando pequeñas carreras para subir la cuesta de Şişhane. Producía un efecto innegablemente cómico, todos nos reíamos y bromeábamos, a los rezagados les animaban con gritos para estimularles a

continuar. No solo los manifestantes exultaban alegría. Las mujeres, los niños y los hombres que poblaban las aceras también; gritaban, aplaudían y algunos incluso nos tiraban flores.

Cuando dejamos atrás Tepebaşi, disminuyó la velocidad de la marcha. Ahora la manifestación avanzaba, por decirlo así, ajena a su voluntad. Se tenía la sensación de que una fuerza, la de la masa, presionaba a otra que oponía resistencia. Este choque entre dos fuerzas acabó al llegar a Galatasaray; el río de gente del que formábamos parte se partió en dos e inundó las calles paralelas, que desembocaban también en la plaza. Yo todavía me mantenía unido a las organizaciones estudiantiles, pero ya no podía ver a ninguno de mis camaradas. Y entonces, solo a un par de metros de la plaza, en la estrecha calle, se nos planteó que debíamos rendirnos, abandonar. No servía de nada empujar; además nos llegó la noticia de que los de seguridad habían cerrado las entradas a la plaza debido a que la multitud que se avecinaba era demasiado grande. Parecía tan cerca y estaba tan lejos. El sueño de entrar en la plaza marchando, de ser recibido con gritos de júbilo por las masas, y quizá de trepar al monumento a la Libertad y poder verlo todo por encima de la gente que había tomado la ciudad quedó hecho añicos. Me senté en la acera a pesar del reducido espacio. La gente se apretujaba a mi alrededor y constantemente alguien tropezaba con mi cuerpo. Pero yo estaba terriblemente cansado y ni me inmutaba.

Pronto se sentaron también los que estaban cerca de mí y así desalojaban espacio para respirar. Escuchaba la conversación de mis camaradas de asfalto. Eran mayores que yo y con aspecto de estudiantes universitarios. Si los rumores eran ciertos, debíamos creer que cerraron las calles de acceso a la plaza porque los sindicatos prosoviéticos intentaban cerrar el paso a los sindicatos promaoístas y dejarlos fuera. Los estudiantes estaban enojados con ambas partes. Uno de ellos dijo que se alegraba de que esto no fuera la toma del Palacio de Invierno. De haber sido así, tan pronto como la revolución se hubiera desatado, todos esos idiotas habrían saltado los unos al cuello de los otros, y nosotros nos habríamos quedado atrapados en mitad de la lucha interna. Por otra parte, no se entendía cómo se podía celebrar este día sin que las organizaciones estudiantiles estuvieran representadas, y eso creaba malestar. A mí me preocupaba más conocer la profundidad y

gravedad reales del desacuerdo. Hasta el mediodía me había mantenido optimista creyendo en la unidad de la clase trabajadora. Quizá fuera yo bastante ingenuo, sentado en mi torre de marfil, rodeado y protegido por los muros escolares. La democracia para la totalidad del pueblo no podía obtenerse sin contradicciones. Debía existir espacio para diferentes ideas. Pero ignoraba cómo hacerlo.

Un grito de júbilo me sacó de mi ensimismamiento. Sin pensarlo, miré el reloj. Pasaban de las seis. Llegó una chica corriendo y entre jadeos explicó que las organizaciones estudiantiles acababan de obtener permiso para entrar en la plaza, pero debíamos apresurarnos porque tan pronto como hubiéramos entrado cerrarían los accesos de nuevo. Nos levantamos y nos sacudimos el polvo mientras ella seguía divulgando la noticia a todo correr. Ahora tenía miedo de que, en el último instante, pudiera ocurrir algo que nos impidiera entrar; pero cuando me incliné hacia delante para mirar, sentí alivio, las filas empezaban a moverse. Me estiré todo lo que pude con la esperanza de averiguar qué ocurría delante de mí, pero las largas hileras de banderas me ocultaban el panorama. Los que me rodeaban no sabían más que yo. Pero al fin marchábamos y eso era lo que importaba. Pronto pude oír un fuerte murmullo, señal inequívoca de una gran masa de gente reunida. Ensordecedoras olas de consignas llegaban a mis oídos a intervalos; se originaban en un determinado lugar y al momento se propagaban y aumentaban de volumen. Fue entonces cuando nuestra fila llegó al final de la calle y entró en la plaza.

A ambos lados había docenas de hombres adultos que inspeccionaban nuestra formación con mirada grave. Todos llevaban chalecos con el logo del Sindicato Revolucionario de los Trabajadores. Si eran maoístas lo que buscaban, iban desencaminados porque entre nosotros no había ninguno. Varios estudiantes les saludaron sin que ellos les devolvieran el saludo. No todo el mundo se divierte hoy, pensé, algunos continúan con amargura en el tajo. Los sobrepasamos rápidamente y dimos los primeros pasos dentro de la plaza bajo los fuertes aplausos de bienvenida dedicados a las organizaciones estudiantiles. Exactamente del modo en que me lo había imaginado. Como una alfombra, los manifestantes cubrían las aceras, la hierba del parque, los tejados de las cabinas y de las marquesinas de los autobuses; los

había colgados de los árboles y de todo lo que uno pudiera colgarse. Del monumento a la Libertad ya podía olvidarme, sus contornos se habían borrado. Situado en el centro de la plaza, ahora estaba decorado por la multitud. En un lateral, la fachada de la Casa de Cultura, adornada con el lema «¡Viva el Primero de Mayo!» en una gigantesca pancarta, que además exhibía una imagen de un trabajador rompiendo sus cadenas, era bien visible desde todas partes. Una vez en la plaza, nos desplazamos hacia la derecha, al lugar que nos habían destinado, según mis cálculos, al lado de la Casa de Cultura o del parque. Las filas se desplazaban con extrema lentitud. Pasamos por delante de la Casa de las Aguas y del edificio de oficinas donde yo había trabajado en el verano de 1973 como chico de los recados para un fotógrafo, y nos acercamos al Hotel Intercontinental. El hotel era un edificio alto cuya arquitectura mancillaba el entorno, pero ni siquiera esta horrenda fachada podía dar al traste con mi buen humor. Me sentía feliz como nunca. El sonido de las primeras detonaciones me pareció reproducido por un taladro hidráulico accionado muy cerca; pero algo a la velocidad de la luz avisó a mi cerebro del engaño que sufría mi percepción. Lo mismo debieron experimentar de forma simultánea otros tantos miles allí reunidos. Primero se hizo el silencio total, y cuando la detonación de los disparos se incrementó, hubo gritos de desesperación y se produjeron movimientos caóticos en todas direcciones, la gente parecía un gran rebaño dominado por un pánico salvaje. «¡Son disparos!», gritó alguien. Y varias armas automáticas dispararon al unísono. A mí me lanzó hacia delante un fuerte empujón. Fue cuando sentí miedo de verdad. Creí que me habían dado. Pero no fue una bala sino la multitud que intentaba abrirse camino. Una ola de gente me alzó del suelo y me arrastró hacia delante. Era imposible mantenerme en pie; víctima involuntaria de esa presión que venía de atrás, yo también empujaba a los que estaban delante, y no atinaba a pensar cómo impedirlo. De pronto, apareció ante mí un hombre joven y corpulento que con los brazos en jarras gritaba: «¡Que no cunda el pánico, no corráis!», pero inmediatamente despareció arrastrado por la ola humana. A través de una pequeña abertura, entreví que estábamos en la cuesta de Kazancilar, que baja hasta Kabataşkaia. Su tramo superior estaba cubierto de cuerpos caídos, amontonados

unos encima de otros. Tropecé con un cuerpo sin vida tendido en el asfalto, me caí de bruces y di de rodillas en el suelo; un fuerte dolor me atravesó el cuerpo. Y el dolor y las amenazas de la muchedumbre que avanzaba alertaron mi instinto de supervivencia. Sabía que debía hacer algo enseguida, lo que fuera, para evitar que me aplastaran al instante. Me arrastré hacia delante lo más rápido que pude. Y cuando me levanté, los demás se habían tumbado para protegerse de las balas. Formaban una enorme alfombra sobre toda la plaza de forma que eran un objetivo fácil para cualquiera que disparase desde un punto alto. Con mis últimas fuerzas logré ponerme a salvo junto al monumento a la Libertad y, justo al oír los siguientes disparos, me eché al suelo.

—Sé un hombre y levántate —me dijo una voz serena pero un poco desalentada. Me enderecé con dificultad y tropecé con sus ojos. Eran negros y expresaban enfado.

¿Puedes usar una de estas? —me preguntó agitando una pistola y un revólver.

Yo dije que no con la cabeza.

—Hostia —suspiró ella—, ¡entonces sujeta esta e intenta no perderla! —Agitó un chaleco antibalas, me lo lanzó y echó una mirada a su alrededor. Llegó un hombre corriendo hasta donde estábamos. Era alto, joven y bien parecido.

—Menos mal que te he encontrado —le dijo a ella. Ella no contestó, solo le entregó el revólver. Él comprobó el cargador rápidamente.

—¿Dónde están? —preguntó él con un leve jadeo.

—No lo sé con seguridad. En el tejado de la Casa de las Aguas, creo —respondió ella.

El fuego de las armas automáticas había cesado. Solo se oía el crac crac de las armas de mano de menor calibre.

—Mira allí —gritó el hombre señalando la Casa de las Aguas.

Miré en esa dirección. En el tejado había unas sombras, en todo caso me pareció que algo se movía, y al instante el hombre abrió fuego. Lo mismo hizo la mujer. Yo estaba al lado de ella y pude ver cómo se sujetaba la mano derecha con la izquierda y disparaba. Saltaron casquillos vacíos. Uno de ellos me dio en la mejilla. Ardía. El dolor me puso furioso. ¡Qué acto tan inútil e idiota! De cualquier manera, la distancia era demasiada, hasta ahí sí llegaban mis

conocimientos sobre el alcance de las armas de mano.

—Dame el bolso —me dijo cuando hubo acabado.

—No, puedo llevarlo yo —le dije cortante.

Realmente, ella no tenía tiempo para discusiones.

—De acuerdo, dame un cargador y algunas balas.

No me hizo falta buscar mucho, en el bolso no llevaba más que dos cargadores de recambio y una serie de balas sueltas.

—¿Quién es este chico? —preguntó el joven mientras cargaba su revólver.

Ella se encogió de hombros porque no lo sabía, pero se volvió hacia mí asombrada, como si de repente recordara algo:

—Pégate a mí hasta nueva orden —me dijo.

No me gustó su tono, pero no quise decírselo. Estaba solo y aterrado.

Nuevos gritos acapararon mi atención. Un coche patrulla blindado y con gruesos neumáticos había llegado a la plaza por Dolmabahçe, junto a la Casa de Cultura. Circulaba sin miramientos entre la masa de gente sembrando todavía más pánico. La mayoría consiguió reaccionar a tiempo y ponerse a salvo. Pero hubo una mujer que tropezó y se quedó tirada en el asfalto. Las enormes ruedas le pasaron por encima, de forma que el vehículo se levantó de un lado para posarse de nuevo en el suelo. Y continuó su marcha, no se paró, ahora hacia donde estábamos nosotros. La joven de la pistola y yo nos tiramos rápidamente hacia la izquierda, mientras el joven daba un brinco hacia la derecha en dirección a la entrada del hotel. El vehículo nos rebasó a bastante velocidad. Cuando volví la cabeza, vi al hombre corriendo detrás del coche de policía. La multitud se cerró tras él y desapareció. Tras un instante de apatía, el miedo me invadió de nuevo. Solo quería devolverle el bolso e irme, solo que no sabía cómo ni adónde. En otras circunstancias habría corrido a socorrer a la mujer atropellada, pero en esos momentos no podía pensar en nadie más que en mí mismo. La joven a mi lado parecía estar ligeramente confusa.

—¿Dónde están tus zapatos? —me preguntó.

Miré al suelo y vi que estaba descalzo.

—Espera aquí, no te muevas —dijo, y desapareció.

Yo volvía a sentirme tranquilo, dominado de nuevo por la apatía. Y perdí la noción del tiempo. No tenía idea de cuánto

esperé, sin percibir nada de lo que ocurría a mi alrededor, pero, en mi interior, sabía que ella volvería.

Cuando regresó corriendo, casi no la reconocí; hasta que vi la pistola en una mano y, en la otra, un par de zapatos. Eran dos zapatillas de deporte desparejadas. Conseguí reprimir el comentario en el último momento. Dadas las circunstancias, la joven había hecho lo que había podido. Al probármelas comprobé que eran demasiado grandes, así que me apreté bien los cordones. Cuando me levanté, descubrí en su rostro algo similar a una sonrisa. Me agarró de la mano y dijo:

—Alejémonos de aquí.

Dimos unos pasos hacia la Casa de Cultura, pero la policía militar había bloqueado el paso hacia Dolmabahçe. De momento estaban tranquilos, seguramente a la espera de órdenes. Recuperé la voz y le dije que en la siguiente bocacalle, por la que habíamos llegado a la plaza, no había visto a ningún policía. Se dio la vuelta sin comentarios. Había que arriesgarse, pero no sabíamos si ese lugar ahora también estaría repleto de policías y soldados. Por primera vez desde que me topé con esa chica me daba realmente cuenta de lo que me rodeaba. Todavía había mucha gente bajo el amparo del monumento a la Libertad, refugiada en las marquesinas de los autobuses y en el parque. Pancartas, banderas, zapatos y ropa sin dueño cubrían el suelo. Una leve capa de humo y esporádicas detonaciones de disparos producían el efecto de un campo de batalla. La gente que nos cruzábamos parecía haber salido ilesa, pero se podía leer el terror y el desconcierto en sus rostros. Yo tenía la esperanza de que todo el mundo hubiera salido con vida, incluso los que dejamos tendidos en la cuesta de Kazancilar y la mujer atropellada.

—¿Es esto seguro ahora? —preguntó alguien.

La joven siguió caminando deprisa y sin responder, encorvada y conmigo a remolque. Yo la imitaba, a pesar de que no entendía por qué íbamos más protegidos agachados. Pero nadie nos disparó, aunque un poco antes se había oído fuego de ametralladora. Cuando llegamos a la esquina, vimos a cinco o seis vigilantes de seguridad con el chaleco del Sindicato Revolucionario de los Trabajadores. Custodiaban la calle pistola en mano y nos indicaron que nos echáramos al suelo. No nos detuvimos hasta alcanzarlos.

—¿Quiénes fueron los que dispararon? ¿La policía? —preguntó la joven con firmeza.

Uno de ellos la repasó de pies a cabeza.

—No, los malditos maoístas —dijo, y escupió en el asfalto—. Nos dispararon y les devolvimos los disparos.

O al revés, pensé yo, había muchos casquillos vacíos en el suelo.

—¿Qué llevaban ellos? ¿Metralletas? ¿Pistolas? —preguntó ella de nuevo.

El hombre la miró extrañado.

—Pistolas, claro, igual que la que llevas tú. Sin embargo, ya no están aquí, los hemos echado.

Estaba realmente orgulloso de su insignificante tiroteo, ese idiota, seguramente no tenía ni idea de lo que había ocurrido más allá del rincón donde estuvo emplazado sin moverse todo el tiempo. Su charla empezaba a irritarme y estaba a punto de responderle algo cuando la joven me apretó la mano y dijo: «Vamos». Formábamos una extraña pareja corriendo por las calles ahora casi desiertas, ella con una pistola y yo con un bolso de mujer. No tenía tiempo de mirar hacia arriba, pero sentía que detrás de las ventanas había gente observándonos con temor. Justo antes de llegar a la avenida principal, disminuimos la marcha. Yo no protesté cuando cogió el bolso y metió en él la pistola. Esperamos a que pasara un coche de la policía, cruzamos y entramos en el parque Tepebaşi de bajada hacia Kasimpaşa.

—Tomemos el autobús en Kasimpaşa —dijo.

Durante un rato caminamos en silencio y, por primera vez, pude examinarla con ojos despiertos. Tenía aspecto de adulta, diferente al resto de chicas inmaduras que conocía. El rostro enmarcado por un largo y vigoroso pelo negro, no iba pintada y era agradable mirarla. Podía atisbar la puntilla blanca de su sujetador a través de una desgastada blusa abrochada. Tenía las piernas, largas y fuertes, enfundadas en unos tejanos descoloridos y llevaba zapatos de ante.

—¿Qué miras? —me dijo cuando se dio cuenta de que la observaba; decidió que debía ser a causa de la blusa y se la abrochó hasta el cuello—. Por cierto, no tienes buen aspecto —añadió.

Yo llevaba el pelo corto, en eso no podía haber nada de malo. En mi cara, por el contrario, podían hallarse señales de cualquier cosa. Mi polo estaba sucio, tenía un gran agujero en la rodilla derecha de

mis vaqueros y los zapatos no eran míos.

—Tú tampoco —repliqué yo.

Ella sonrió, se pasó los dedos por su desgreñado pelo, encontró una goma y se lo recogió con habilidad en una tirante cola de caballo.

—¿Qué tal ahora?

Parecía más adulta y seria todavía. Quise saber su edad:

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte. ¿Y tú?

No había por qué avergonzarse de tener dieciocho.

—Veinte —contesté.

Levantó una ceja sorprendida.

—Pareces mucho más joven.

Me sentí ridículo y bobo. Maldita sea, me había descubierto. Cambié de tema.

—¿Eres maoísta?

Pareció ofenderse.

—¿Tengo cara de interesarme por los campesinos?

—¿Crees que fueron los maoístas, pues? —Sentía auténtica curiosidad.

—No —respondió decidida—. Ni siquiera estaban en la plaza. Los otros los tenían vigilados todo el tiempo, y pistolas, sí, pero es poco probable que tuvieran metralletas. ¿Qué crees tú? ¿Que fueron ellos?

—No —dije yo con igual rotundidad. Acababa de convencerme. Hablar con ella hacía que todo pareciera obvio. Aparentaba estar muy serena y acogió mis nerviosas agudezas con una sonrisa alentadora. Yo, en cambio, casi no conseguía conservar la máscara, las manos me temblaban un poco. Arrastraba el miedo conmigo como un indeseado acompañante.

Tenía mala conciencia, me dijo, porque nadie había conseguido proteger a los asistentes al acto. A pesar de que el ataque era previsible, casi anunciado por la prensa, acabó irremediablemente en un caos sin parangón. El grupo al que ella pertenecía estaba desorganizado y no habían tenido posibilidad de intervenir. Respondió así a las preguntas que no me atreví a formular acerca de la razón por la que llevaba un arma. Su aspecto era el de una muchacha corriente; si me la hubiera cruzado por la calle

casualmente, nunca habría sospechado que pudiera llevar pistola y cargadores de reserva dentro del bolso de tela. Habíamos salido del parque, justo al lado de una parada de autobús. La gente caminaba por las calles aparentemente sin saber qué había ocurrido a escasos kilómetros de allí. Nos pusimos debajo de la marquesina y esperamos al autobús en silencio. Por una vez en la vida llegó puntual. Me sorprendió porque creía que toda la ciudad había quedado paralizada.

Una vez montados, ella se quedó de pie a pesar de haber asientos libres, y con el bolso bien agarrado. Allí de pie, en esa postura, se cernía sobre su figura un toque de vulnerabilidad. Quizá estaba igual de cansada y asustada que yo. Me pregunté qué haría si un control policial detuviera el autobús. ¿Se dejaría detener o, arriesgando su vida y la de los inocentes pasajeros, opondría resistencia? Alguien andaba de cacería hoy. Alguien que deseaba matar sin titubeos, sin ni siquiera un pretexto. Quizá su mente sosegada barajaba la misma posibilidad. Y cuando el autobús se detuvo, un poco antes del acueducto, se bajó sin avisar. No me dio ni tiempo a decirle nada.

A través del cristal trasero la vi parada en la calzada comprobando el tráfico para después, a paso ligero, cruzar la calle. El autobús se puso en marcha y la perdí de vista, desapareció entre las tiendas del otro lado de la calle. No me había dirigido ni una última mirada. Fingiendo no conocerme quizá quisiera protegerme. Lo podía entender, aunque eso me hiciera sentir como un adolescente al que tenían que llevar de la mano. Más doloroso era que no me había acordado de preguntarle cómo se llamaba y dónde vivía. Quizá fuera mejor así. Me evitaba, en todo caso, una posible humillación más, el recibir una dosis de indiferencia.

En la escuela reinaba la excitación. Tristeza y enfado eran los sentimientos más palpables. La mayoría de mis compañeros habían vuelto a la escuela sin haber podido entrar en la plaza. Un par de ellos había acabado en el parque y consiguieron ponerse a salvo sin sufrir daños. Pero cuando vieron que yo no aparecía, se temieron lo peor, porque, según la televisión y la radio, había muchos muertos y heridos. Exactamente cuántos aún no se sabía. Tuve que explicarles una versión retocada de mi historia: había estado en la cuesta de Kazancilar cuando empezó el tiroteo, había corrido cuesta

abajo escapando del caos y había ido a parar al final de Kabataşkaia. Había estado sentado allí un buen rato para recuperarme y poner en orden mis pensamientos, y después había tomado el autobús hasta la escuela. Cuando más tarde pensé en ello, esa versión me pareció la real y todo lo demás pura fantasía. Mis compañeros estuvieron de acuerdo en que era un hombre con suerte dado que muchos de los que estuvieron en ese lado de la cuesta de Kazancilar estaban muertos o heridos. Pronto perdieron el interés por mi historia y la conversación se desplazó hacia sus propias vivencias.

Conseguí escabullirme y subí a los dormitorios, porque la cena hacía ya rato que se había servido y digerido. De todas maneras, había perdido el apetito y no deseaba otra cosa que meterme en la cama. El cuerpo ya no aguantaba más, caí sin titubeos en un oscuro y profundo sueño.

Nada volvería a ser igual. La época de la inocencia había llegado a su fin para mí y los de mi generación. Quizá la culpa era de esos muros que nos protegían tan bien de todo lo que pasaba fuera. Tenía once años cuando crucé por primera vez el portón verde que durante cien años había encerrado a incontables optimistas. Cuando lo traspasabas, pertenecías a la sociedad creada detrás de esos altos muros. No servía de nada llorar llamando a la madre o al padre, todo el cuidado y conocimientos que necesitabas debías hallarlos allí dentro.

Cien años de integridad, autoridad y tradiciones. Cuando se tienen once años, todo eso es aterrador: los colosales edificios, las salas de lectura, los comedores, los dormitorios y, por descontado, las personas de allí dentro. Pero, paulatinamente, tanto los edificios como las personas adquieren sus proporciones reales. Uno se adapta. A los que no lo consiguen les es imposible sobrevivir. Solo se tiene una oportunidad. Poco a poco se deja de estar solo o ser pobre y se pasa a formar parte de la gran comunidad cuyo lema se exhibe con muchísimo orgullo en el gran estandarte de la fachada del gimnasio: «Igualdad de oportunidades para todos». Sin embargo, se toma conciencia de ser uno de los pocos que ha conseguido pasar por el ojo de la aguja.

Treinta y cuatro muertos y cientos de heridos. Las primeras páginas de los periódicos estaban adornadas con grandes titulares

en negrita e imágenes de la plaza. Sangriento Primero de Mayo. En uno de los periódicos había una imagen de la enorme pancarta colgada en la fachada de la Casa de Cultura. Estaba suelta por uno de los lados y colgaba torcida. En otro periódico: «Cuerpos sin vida en lo alto de Kazancilarbakken». En un tercero: «Una joven con una pistola». Pero no era ella. En los periódicos burgueses, leyendo entre líneas, se podía entrever alegría encubierta tras una máscara de amargura porque «el intento de revolución» había sido aplastado. Los periódicos de la izquierda radical no tenían duda alguna de que se trataba de una provocación planeada cuidadosamente y ejecutada por la Contraguerrilla, la conocida organización paramilitar responsable de los asesinatos políticos y torturas desde principios de los años setenta. Pocos de los asesinados presentaban heridas de bala. La mayoría habían sido aplastados y murieron pisoteados en medio del pánico. En uno de los periódicos radicales había una imagen borrosa de las figuras armadas en el tejado de la Casa de las Aguas. Pero a la policía no le interesaba esta clase de información, estaba ocupada interrogando a los manifestantes detenidos en la plaza. Poco más se hizo durante los días siguientes y lentamente la masacre del Primero de Mayo pasó a engrosar el libro del olvido como una historia más.

La tragedia me impactó. Más porque cuando abandonamos la plaza no tenía ni idea del alcance de la misma. Sentí que había fallado, pero sin poder concretar a quién o a qué. Esta sensación me condujo a un estado mental colérico. Los asesinos debían ser castigados, preferiblemente de la misma forma, agredidos por la espalda y con la muerte al acecho. No era solo yo. Venganza era una palabra que se oía repetidamente en las tórridas discusiones, pero como casi siempre, la temperatura del debate fue descendiendo día tras día. Éramos estudiantes, en realidad personas pacíficas a las que les gustaba fabricar juegos de palabras, y las palabras no eran, ni mucho menos, mortíferas como las balas. Yo arrastré mucha intranquilidad durante varios días y, entre otras muchas cosas, me asaltaba la pregunta de cómo valoraría *ella* la situación. Con las ocupaciones habituales y los exámenes del semestre acechando amenazadores, recuperé gradualmente la calma. Me alegraba la perspectiva de las vacaciones de verano y la vida fuera del internado, rodeada de todo lo excitante e

imprevisible que se avecinaba. Así es la juventud. Al contrario de la vejez, se es más feliz mirando hacia delante que hacia atrás.

Solo le conté toda la verdad a Semra. Porque ella podía entenderme y porque era mi mejor amiga dentro de la escuela. Nuestra amistad se caracterizaba paradójicamente por la competitividad. No era fácil competir en popularidad con una chica que tenía la inteligencia y la belleza a su favor. Pero nunca nos heríamos a propósito, y quizá lo que era más importante: no sentíamos envidia el uno del otro. Podíamos hablar y pelearnos por todo y, a la vez, compartir conocimientos. Mi tono banal del comienzo fue tomándose más y más sombrío a medida que avanzaba la historia. Vivía por segunda vez aquel día, de nuevo preso del terror y la amargura. No pretendía impresionarla, ni tampoco quería darme importancia. La joven, con la pistola apoyada en la mano, disparó contra los asesinos invisibles, me salvó y después desapareció como una auténtica heroína. Pero adorné un poco la historia y le permití que encendiera un cigarrillo con manos serenas y la honré poniendo en su boca una frase de despedida en el momento de abandonar el autobús: «Hasta la vista, camarada».

—Todos esos muertos, esos inocentes —suspiró Semra cuando hube terminado—. Esa joven de la que me has hablado, yo nunca podré ser como ella —dijo. Y me pellizcó en la mejilla cariñosamente—. Ni tú tampoco —añadió.

Junio de 1977

La lonja de frutas y verduras situada entre los dos puentes sobre el Cuerno de Oro contiguo a Eminönü era uno de los edificios de la época bizantina legados a la humanidad y todavía en uso. Era enorme, dividida en cantidad de puestos donde los comerciantes de frutas y verduras desempeñaban su actividad comercial. De techo alto, tenía tantas goteras que parecía un colador. Dentro de esas paredes se estaba a salvo del calor en verano, y gracias a que yo trabajaba aquí solo en esta época del año, me ahorraba de comprobar cómo era en invierno.

La totalidad de verduras y frutas de la ciudad entraba aquí desde las provincias a la hora en que todo el mundo dormía. Las frutas y verduras eran compradas por los mayoristas, que obtenían enormes beneficios sin hacer otro trabajo que revenderlas a los dueños de las tiendas. Desde las dos de la mañana hasta las dos de la tarde, la lonja rebullía de vida; aquí se sucedían un sinfín de alegrías, dramas y tragedias. Para los ojos que supieran apreciarlo, la lonja constituía una muestra en miniatura de la gran ciudad y del destino de las personas. Yo era una de ellas, y trabajaba para un tipo afable de nombre Ahmet. Ahmet estaba en una edad comprendida entre los treinta y los cuarenta, de piel clara, alto, delgado, había sido mozo descargador y quiso probar suerte e invertir sus ahorros en la venta al por mayor. Por razones desconocidas, ante todo quería contratar a un contable competente y me descubrió a mí gracias a la información de un compañero de escuela que trabajaba allí. La primera impresión que me causó Ahmet fue la de ser un simpático pillastre que suplía su falta de capacidad para inspirar confianza con un ardiente entusiasmo. De dinero era fácil hablar con él. Prometía el oro y el moro, algo que precisamente no propiciaba un aumento de confianza en él. Yo le puse al corriente de que la información que había recibido sobre mí no se ajustaba

exactamente a la realidad, que yo no era un contable competente, sino más bien lo contrario. Primero se rio y después lo trivializó por completo, pero tuvo que reconocer entonces que mis referencias eran válidas, al menos en cuanto a la honradez, aunque no en cuanto a la competencia. Mientras no robara el dinero de la caja, estaría contento conmigo. Era imposible que no me agradara este sujeto. No tenía nada que perder, intentar algo tan imposible como esto podría resultar incluso divertido. Al final acordamos hacer la prueba, una decisión de la que, según él, no me arrepentiría.

Ahmet era un alma simple, procedía de Nide, una ciudad adormecida en el centro de Anatolia, y había ido poco a la escuela. Fumaba, maldecía, bebía, era dado a las peleas, se jugaba el dinero en toda clase de apuestas y, en general, no vivía de forma muy diferente a sus antepasados. Cuando yo le prohibí blasfemar sin motivo, sobre todo contra los clientes y los descargadores, primero se desconcertó para después reírse burlonamente y, al final, de mala gana, aceptó doblegarse. Mi segunda exigencia, un periódico cada día, la aceptó sin objeciones, pero a juzgar por su torcida sonrisa, registró la petición como una rareza más de las propias de la gente con estudios. Pasado un tiempo, me lo encontraba cada mañana enfrascado en la lectura del periódico, es decir, de las páginas de deportes. Ni los clientes ni el dinero afluían con la prolijidad que él había imaginado, pero al cabo del día tenía más dinero entre las manos de lo que jamás había ganado como descargador en un día. De esa cantidad, me daba lo que yo creía que me merecía, no habíamos acordado ningún salario. Yo tenía la responsabilidad total de la caja, él había depositado en mí una extraña confianza. Nos reíamos mucho y nos divertíamos juntos. En un espacio donde prevalecían los rituales ancestrales, no tomarse las cosas solemnemente resultaba liberador. Jugábamos a la guerra de tomates ante los escandalizados veteranos del mercado, corríamos detrás de exigentes clientes y, de rodillas, les implorábamos que nos compraran algo hasta provocar risotadas en los que pasaban por allí.

Después de mucho reflexionar, encontramos también una forma no convencional de deshacernos de las mercancías que no conseguíamos vender a lo largo del día. Nadie las quería al día siguiente y, por lo común, acaban en el fondo del Cuerno de Oro o,

mejor dicho, flotando en la superficie de sus aguas, para impedir que los precios bajaran. Ahmet no se podía permitir este lujo; yo, por mi parte, lo consideraba un abominable despilfarro que definitivamente evidenciaba la codicia de la burguesía. Nosotros teníamos otro plan. Ahmet poseía una piltrafa de furgoneta, toda desvencijada. Con ella nos encaminábamos a la zona de fábricas de Hornet y vendíamos los tomates y las uvas a los trabajadores a precio de costo. Me sentía muy ufano de ser el padre de esta idea.

Las vacaciones de verano para mí y para muchos otros no eran vacaciones en el sentido estricto de la palabra. Si se trabajaba durante ellas, se ganaba un buen dinero, se ayudaba a la renqueante economía familiar, quedaba algo para los fines de semana y, en el mejor de los casos, podías disponer de un par de semanas libres antes de empezar el siguiente curso. Así que era muy bueno contar con diez semanas de vacaciones.

Una mañana de junio me despertó el doloroso pitido del despertador, pero yo solo deseaba seguir durmiendo. Ahmet, sus malditos tomates y sus uvas podían irse a tomar viento. Mi madre ya se había levantado para realizar sus oraciones matinales. El tono creciente de la recitación de los versos sagrados significaba que estaba a punto de perder la paciencia. Así que tuve que apagar el despertador y salir de la cama y de casa lo antes posible.

Delante del mercado, justo donde era normal presenciar un espectáculo total protagonizado por clientes, furgonetas, descargadores con bultos que se encumbraban hasta el cielo y el griterío de los vendedores callejeros, había desaparecido toda actividad. En su lugar, la policía había tomado la zona. La presencia policial en el mercado no sorprendía a nadie, dado que existía una comisaría allí cerca. Pero mientras que lo normal era que la policía del mercado operara recaudando dinero a lo cafre, ahora custodiaban los portales por otra razón, con nerviosos dedos puestos en los gatillos de sus armas automáticas. Uno de ellos me interceptó el paso y gruñó unas preguntas sobre si había algo pendiente, a nivel personal, entre nosotros. Yo estuve atento y suave; sin embargo, no pareció contento con mis respuestas. Y cuando al final decidió dejarme pasar, la expresión de su rostro denotaba una nada amistosa desconfianza.

Ahmet estaba totalmente fuera de sí. Su piel, normalmente de un

amarillento sucio, había adquirido un matiz rosado; sus manos gesticulaban sin control; con la boca ávida como la de un pez, movía los labios sin cesar en un intento de recuperan la voz. Nunca lo había visto tan nervioso. Parecía tener sus buenas razones. Había presenciado unos asesinatos. Él acababa de llegar, ya había hecho sus compras cuando aparecieron unos hombres armados y sin más empezaron a dispararse unos a otros. Con toda la suerte del mundo, no se vio en medio de las balas y fue lo bastante ágil como para tirarse detrás de unas cajas vacías y quedarse allí hasta que cesó el tiroteo. Cuando se atrevió a salir a gatas del escondite, había tres muertos y cuatro heridos en el suelo. Ni siquiera comprobó con detenimiento el estado de los que allí yacían, en ese momento le preocupaba más que nada escapar del lugar de los hechos. No le hacía ninguna gracia que lo citaran a testificar. Gracias a Ahmet y a sus correligionarios nunca se hallaban testigos de semejantes dramas.

Hacía ya tiempo que existía una lucha encubierta por el control sobre las mercancías, un negocio lucrativo con grandes comisiones a cambio de protección y garantía de trabajo. El tiroteo fue producto del desacuerdo entre los grupos que rivalizaban por ejercer el dominio en este mercado. Como el lema era *the winner takes it all*, pocas veces se resolvía el desacuerdo en la mesa de negociaciones. Unos llamaban a estos protectores «mafia», otros, «bandas». A mis oídos, «mafia» sonaba correcto.

A Ahmet le afectaron estos acontecimientos y en los días que siguieron al suceso desapareció su entusiasmo. Abandonaba la lonja constantemente, permanecía ausente durante horas y me dejaba toda la responsabilidad. A mí me resultaba frustrante e irritante. Pero mis quejas caían en saco roto y el volumen de ventas naturalmente disminuyó.

Cuando un día decidí que ya era suficiente, volvió con un paquete, me llamó adentro con mucho misterio, abrió el paquete y sacó la pistola. Me quedé tan boquiabierto que no supe qué decir. Él volvía ya casi a ser el mismo de antes, recuperó la actitud «no infravaloréis a Ahmet».

—Ahora podremos protegernos —dijo.

—¿Protegemos de qué? —le pregunté.

La respuesta fue imprecisa:

—Ah, de todos los peligros que nos acechan en un lodazal como este.

Pero cuando insistí para que me diera una respuesta clara, la flauta sonó de otro modo. En los últimos tiempos había existido tensión entre los descargadores turcos y los kurdos, que protagonizaban conflictos y peleas diarias. Qué sabía yo, que solo entraba y salía, me dijo. Eran bobadas. Con nosotros trabajaban también descargadores kurdos, solo que ellos no tenían conciencia clara de su identidad. Eso podía jurarlo, porque cada vez que hablaba con ellos en las pausas, para mí era tentador concienciar a los trabajadores kurdos, y me llevaba una sorpresa cuando se ponían a defender la nación y la bandera turcas con entusiasmo casi fascista. Estaban demasiado asimilados para poder acordarse de sus raíces. Pero ¿y Ahmet? Él, que nunca antes había diferenciado a turcos y kurdos, ¿habría sido en sus viejos tiempos un abominable racista? No, a los que él se refería no eran de la misma pasta que esos kurdos tan agradecidos y sumisos, sino otros procedentes de un pueblo kurdo de las montañas, situado lejos, al sureste. Eran tercos, primitivos e irrespetuosos. De ninguna manera, él no se había vuelto racista, pero ¿qué había de malo en sentir un poco de orgullo nacional? Habría motivos para que la gente votara al Partido Nacionalista en Nide. «Porque Nide era un lugar abandonado de la mano de Dios donde no se esperaba nada mejor de una horda de analfabetos que seguía añorando la época nómada en la que se podía robar con impunidad, violar y beber leche de yegua», le dije.

Odiaba ser arrogante con la gente ingenua e ignorante como Ahmet y medir a todo el mundo con el mismo rasero, pero estaba hasta las narices de la cháchara sobre el orgullo nacional. Aunque en mi tiempo de escolar hubiera leído algunos versos míos casi nacionalistas, sobre la bandera y la patria, ante padres y alumnos. Durante un tiempo estuve fascinado por la historia del Imperio Otomano, y los dos primeros años de internado un alumno mayor que yo, apodado Hitler-Faruk, me instruyó sobre las olvidadas cualidades del fascismo y sobre el injusto tratamiento que el mundo les había dispensado. Hitler-Faruk era, por supuesto, una figura trágica de la que solíamos reímos. Sin embargo, les teníamos cierta simpatía a los alemanes, considerados hermanos de armas de la Primera Guerra Mundial. No tengo ni idea de si los alemanes

albergaban los mismos sentimientos hacia nosotros. Pero todo eso eran enfermedades de infancia, luego nos curamos de ellas y Hitler-Faruk ya hacía mucho que se había convertido en un radical de izquierdas.

De pequeño, las armas no me producían ni temor ni admiración, no era ni idealista ni inocente. La historia estaba llena de conflictos armados. En primer lugar, había que desarmar la historia. Yo escribía poemas, leía textos elevados y creía que las palabras podían cambiar el mundo. Por desgracia, había olvidado mi pertenencia a una raza que podía ser desmesuradamente brutal y a la vez escribir los más hermosos versos de amor.

Le pedí a Ahmet que se deshiciera del arma. «Recupérala si un día puedes usarla contra los enemigos del pueblo, pero no puedo permitir que la uses en un conflicto entre trabajadores», le dije. Sonaba a consigna y a engreimiento, no era nada típico de mí. Por lo general, yo mismo acostumbraba a burlarme de ese tipo de jerga. A Ahmet yo le gustaba, lo sabía, y a pesar de la diferencia de edad entre nosotros, pocas veces rechazaba mis juicios. Yo le podía decir cosas que, si hubieran salido de otra boca, lo habrían enfurecido. Pero a mí me respetaba, tanto como persona como por mis conocimientos. Su sabiduría popular hacía que apreciara en otros aquello de lo cual él carecía. Pero ahora estaba decepcionado e indignado y tal vez mis palabras fueron una ofensa a su hombría. No lo sé, pero dejó claro que no me entrometiera en el tema de la pistola. Se quedó en el cajón durante dos días. Al tercer día, había desaparecido. Este gesto seguramente le había exigido una intensa reflexión que concluyó con un compromiso que satisfacía a los dos. Después de que la situación en la lonja se normalizara, recuperamos los hábitos diarios, y un vivo Ahmet continuó desempeñando su acostumbrado papel de jefe.

—Pásanos un cigarrillo, guapo —gritó Emel.

Me asomé a la barandilla del balcón. Ella estaba en el piso de abajo, con la mano protegiéndose los ojos del sol de la tarde, sonriente con sus blanquísimos dientes.

—No antes de que me des un beso.

—Para ya, tonto, o se lo digo a la abuela.

Era una falsa amenaza: aunque la abuela paterna fuera una gitana de mala reputación, ya no era nómada. Pero continuaba

teniendo una lengua igual de mortífera y unos puños igual de contundentes. Aunque, de todo el vecindario, yo era su chico preferido y Emel lo sabía.

—¿No es un poco difícil besar a una chica desde el balcón de arriba?

Yo saqué la pierna por encima de la barandilla haciendo como si fuera a deslizarme hacia abajo. Emel se rio. Cogí la cesta que usábamos para comprar a los vendedores ambulantes y le mandé un cigarrillo. Nos asomamos cada uno a nuestro balcón y fumamos en silenciosa compañía. Emel y yo éramos amigos desde la infancia, desde que abandonamos la Ciudad Vieja en 1970 y nos mudamos aquí, a la nueva periferia construida para los trabajadores por el Banco Estatal de la Vivienda. Antes Estambul era para mí la ciudad emplazada en el interior de los muros. Por vanidad infantil, me avergonzaba explicar a mis amigos que nos habíamos trasladado a la parte situada fuera de los muros. Pero se me pasó pronto. Enseguida me gustó este lugar donde oteaba el horizonte y divisaba de modo fugaz el mar de Mármara y los caballos que corrían por la granja del otro lado de London-asfalto. La razón por la que la calle Europa 5 recibía el nombre popular de London-asfalto era un misterio para mí.

—Allí llega la tuya —anunció Emel desde abajo.

«La mía» era mi novia, yo nunca la llamaba «mía», pero para otros ella era, según la tradición, «la mía». Cada vez que la veía llegar con paso fatigado, me conmovía de ternura hacia esa figura frágil. Era pequeña, indefensa e inocente, y en tardes como esta en las que, tras una larga jomada, bajaba del autobús en la parada de la gasolinera y echaba a andar hacia los jardines de la zona de viviendas, parecía que llevara el mundo entero sobre sus frágiles hombros. Ella sonreía ante mi necesidad de protegerla, no quería darme permiso para recogerla a la salida del trabajo y opinaba que el mundo no era tan terrible como yo pretendía hacerle creer. Podía protegerse a sí misma. Trabajaba en Bakirköy, a orillas del mar de Mármara, a unos diez kilómetros de distancia, como dependienta en una tienda de ropa. A veces iba yo hasta Bakirköy, me sentaba en un café al lado del mar y, cuando se acercaba la hora de cerrar la tienda, la esperaba en la parada del autobús. Ella se alegraba y se enfadaba a la vez. Se ponía contenta porque estaba allí y se

enfadaba porque no respetaba su deseo. Entonces me castigaba guardando silencio, pero reposaba su cabeza sobre uno de mis hombros hasta que llegábamos a casa.

Había conocido a Ayfer el año anterior, un caluroso y polvoriento día de julio cuando yo paseaba por el vecindario acompañado solo por el hastío. Ella caminaba hacia mí acompañada de dos chicas más. Hablaban alto con voz sonora y se reían con despreocupación. Ya a distancia sobresalía su belleza, al instante sentí deseos de pararme y decirle algo. Todavía no sabía qué, lo que fuera. No pareció sorprenderla que yo dejara pasar a las otras dos y le bloqueara el paso a ella. En lugar de ello me miró valiente a los ojos. Era preciosa, la muchacha más bonita que jamás había visto, con una media melena de pelo castaño rizado, ojos verdes, mejillas altas y labios carnosos. Un vestido veraniego floreado de tela barata recubría las inmaduras curvas de muchacha joven.

—¿Quién eres? —le pregunté con escaso aliento. Estaba yo en esa fase de la vida en la que uno se queda cruelmente embrujado con la belleza al natural.

—¿No vienes? —gritaron sus amigas. Ella resopló y les hizo señas para que continuaran.

—¿No me conoces? —dijo—. Yo sí que te conozco a ti. Quiero decir que a veces te he visto en el balcón. Pero estás mucho tiempo ausente. La gente dice que vas a una escuela privada.

Hablaba en voz baja, a la vez tímida y decidida. Era una chica del vecindario que, de repente, había madurado, de la noche a la mañana, como suele ocurrir a las chicas a esas edades. No podía apartar los ojos de su cara.

—¿Por qué me miras de forma tan rara? —preguntó.

—Porque me gustas.

—Te estás burlando —contestó.

—¿Quieres ser mi novia? —le propuse. Suspiró un poco y se puso muy seria.

—No lo sé —dijo, y se fue corriendo. Yo me quedé plantado mirando cómo caminaba al lado de sus amigas. Ella se volvió y agitó la mano para despedirse.

Quizá era la primera señal. Desde entonces pasaba muchos ratos en el balcón. Justo al otro lado de la calle se alzaba su bloque, de cinco pisos y de la misma altura que el mío. Todos los bloques de

esta zona eran idénticos, construidos para los trabajadores. Ella y su familia vivían en el quinto piso y el balcón de su cocina daba a nuestra fachada. A veces salía ella también al balcón y miraba en mi dirección. Hablaba con gente de otros balcones, pero no conmigo. Después se metía adentro para ayudar a su madre. Yo me quedaba en el balcón, sentado, esperando a que saliera de nuevo. Aprovechaba todas las ocasiones para salir allí a leer, comer y jugar a las cartas con mi hermano menor. Hacía todo lo posible para verla aunque fuera fugazmente. Por eso casi se podía prever la agudeza de mi madre cuando hizo alusión a mis estancias en el balcón.

—Ayfer es muy joven. Solo tiene quince años. Lo sé porque va a la misma clase que tu hermano —aclaró.

Mi madre no acostumbraba a proporcionarme información complementaria sobre las chicas del vecindario. Yo sabía que era el preludio de un consejo materno.

—No debes hacer nada que pueda humillarla —añadió.

—¿Cómo se puede humillar a una chica sentándose en el balcón? —la apremié. Mi madre suspiró y me acarició el pelo.

—Nunca se sabe con los chicos —dijo.

Por las noches, después de la cena, cuando la peor hora de calor había pasado, la gente salía de las casas. Los adultos con sus teteras y sus mantas charlaban sentados en la hierba, los niños se divertían con sus juegos habituales, mientras los jóvenes se vigilaban unos a otros. Yo me juntaba con mis amigos y nos sentábamos en el derruido muro delante del bloque y comíamos pipas. En el otro lado de la calle se reunían las chicas y también comían pipas. Mientras que los chicos, serios, hablábamos poco, las chicas hacían mucho barullo, se reían y bromeaban. Solo cuando los adultos y los niños recogían y se retiraban, los dos grupos de jóvenes cruzaban la línea fronteriza para mezclarse. Era momento de saltar a la cuerda, jugar a la pelota y cantar. Todo lo que no podíamos hacer mientras había niños delante. Me gustaban estos ratos, muy diferentes a las tardes escolares en las que no podíamos permitirnos ser infantiles. Este privilegio estaba reservado a los alumnos de los primeros cursos.

Ayfer apareció en escena al poco de nuestro primer encuentro. Antes no salía, quizá porque no había sido aceptada todavía en la pandilla de adolescentes. Era irritante constatar que me evitaba. Tonteaba y hablaba con otros chicos, pero a mí no me dedicaba la

menor atención, ni siquiera una sola mirada furtiva. Al principio tenía miedo de ser pesado, de las inevitables habladurías que se desatan cuando los muchachos y muchachas muestran interés mutuo. Pero un día durante el juego, corrí tras ella, la agarré y la tumbé en la hierba. Ella respiraba agitada como un gamo apresado, apresada por mí, pero en sus ojos no había rastro de preocupación. Al contrario, me sonrió con dulzura. Quizá era esa la señal que ella esperaba porque en lo sucesivo les dejaba claro a los otros que ella era mía y solo me prestaría atención a mí. No aguardaba a que concluyera el ritual y que los adultos, para más seguridad, estuvieran ya sentados delante de sus televisores, se acercaba a mí y en silencio comíamos pipas. Y tan pronto como los adultos desaparecían, cogía mi mano y me sonreía con amor.

Paulatinamente nos separamos de los demás y empezamos a vivir en nuestro propio mundo, pasábamos la mayor parte del tiempo lejos de la zona de viviendas, tumbados en la hierba entre margaritas. Al principio con precaución, uno al lado del otro, solo hablábamos. Yo más que ella, le contaba cosas sobre la escuela y mis sueños. Ella era reservada, insegura y se sentía un poco triste porque no tenía facilidad de palabra, pero no importaba. A mí me gustaba el brillo en sus ojos verdes y su sonrisa me colmaba de placer. Entonces, una tarde, cuando la oscuridad cubrió cielo y tierra y ensombreció los colores y las formas, la tomé en mis brazos y la besé. Fue tan mágico como había soñado. Ella sabía a algo nuevo. Su boca era suave, cálida, dulce y salada a un tiempo. Su respiración flotaba sobre mi piel, sentí su corazón latir. Se apretó contra mí y me tuvo bien agarrado. Nos quedamos allí tumbados en un largo abrazo hasta que su hermana pequeña vino a buscarla.

—Mamá te matará —anunció.

—Esfúmate —le dijo Ayfer.

—Yo no voy a ningún lado sin ti, y ese de ahí que se ande con cuidado —respondió la chiquilla.

—Te mereces una paliza —dijo Ayfer, se levantó y se sacudió la tierra y las briznas de hierba. Después echó a correr tras la hermana menor. Las oí gritar y reírse y enseguida se apagaron sus voces. Yo me quedé tumbado en la hierba con un manto de millones de estrellas sobre mí.

Mi último verano exento de preocupaciones falleció de muerte

natural. Septiembre era en general un mes triste para los escolares. Pero nunca antes lo fue para mí. Cuando esas largas vacaciones habían agotado el inicial sentimiento de libertad, añoraba la escuela, y cuando la escuela abría sus puertas, siempre era uno de los primeros en entrar. Me gustaba sentir el silencio y el vacío en el patio, en los dormitorios y en las clases, antes de que inevitablemente los quinientos alumnos acabaran con él. Pero ese septiembre de 1976 también fue para mí una amarga experiencia. Mientras otros en pocos días se deshacían de la pena de la despedida, la mía duró más. Era a Ayfer a quien añoraba ahora. De ser mi espacio de libertad, el internado pasó a ser mi prisión. Yo que antes había recurrido a toda clase de excusas para quedarme allí los fines de semana, ahora casi no podía ni esperar a que finalizaran las últimas clases del viernes. Ayfer también me esperaba impaciente, así que el reencuentro era igual de gozoso que penosa era la despedida. Mi gran consuelo era poderla abrazar. No con afecto cansino, sino con nuevo entusiasmo, lleno de añoranza y amor. En cada encuentro tenía mucho que explicarle, todo lo que había pasado en la escuela, interesante y anodino. Ella escuchaba sin decir nada. En su vida no sucedían muchas cosas y era obvio que estaba descontenta con su existencia. Sospechaba que ella pensaba que éramos muy diferentes. Hablar de libros la asustaba porque no estaba acostumbrada a leer.

—Está bien —dije—. Podemos hablar de otras cosas, de nosotros, de nuestro futuro.

—¿Tenemos algún futuro nosotros? —preguntó—. Pronto vas a entrar en la universidad, estás a punto de convertirte en alguien importante y olvidarme.

Era un poco cómico porque este era un tema recurrente en las películas turcas de los sesenta. El amor imposible entre una chica pobre y un chico rico o al revés.

—La vida es diferente a las películas, además, yo no soy así.

—¿Así, cómo? —preguntó.

—Todavía no soy rico —respondí.

Nos reímos. Más o menos este fue el diálogo que sostuvimos aquella vez. Yo no jugaba con ella como quizá pudiera temerse, ni tampoco titubeaba cada vez que le decía «te amo». Lo que me preocupaba era que solo yo pronunciara esas dos palabras. Ella solo

sonreía, un poco triste, un poco suspicaz.

El tiempo se acortaba, el tiempo en compañía uno del otro. El verano nos robó lo más valioso. Ayfer ya no podía entrar y salir a su antojo, la hierba no estaba verde, las margaritas y las estrellas habían desaparecido, las noches eran temiblemente oscuras, húmedas y frías. Yo temblaba fuera, en el balcón, desafiando al frío helado. Su madre sabía lo nuestro y lo aceptaba en silencio por su hija. El padre ya era otro capítulo, no sabíamos qué era lo que él sabía. Como controlador de billetes en una compañía de autobuses pública, trabajaba hasta tarde, llegaba a casa cansado y se mantenía al margen. Lo que más temía Ayfer era que el hermano mayor pudiera chivarse al padre. Ya no podíamos contar con ningún tipo de aceptación, silenciosa o no. Pero igual que yo desafiaba al frío helado, desafiaba Ayfer a su miedo y, cada vez que yo estaba en casa, encontraba ella alguna que otra excusa para salir y bajar corriendo los cinco pisos. Yo podía ver su familiar figura en el rellano iluminado de la escalera. Si hubiera podido, habría volado y, ante la imposibilidad, bajaba los escalones de tres en tres o de cuatro en cuatro. Y nos encontrábamos al amparo de su portal, el único lugar en el que podíamos estar. Temblando de miedo cada vez que oíamos pisadas en la escalera.

—Vayamos al sótano —dijo Ayfer un día. El sótano estaba oscuro y olía a humedad, a leña y a carbón. Debajo de la escalera había un estrecho trastero, el espacio circundante era pavoroso. Pero allí no nos encontraría nadie. Así que el sótano se convirtió en nuestro confidente, nos gustaba tanto como la verde hierba. Aquí sentimos por primera vez que los besos ya no apagaban nuestra sed. El deseo de explorar nuestros cuerpos y las ansias de nuestras manos eran incontenibles. Desde que el regazo de mi madre dejó de cobijarme, no había rozado un pecho desnudo de mujer. Mis manos miedosas descansaban en su suave vientre. Ella tenía que guiarme. Yo, alentado, la imitaba y guiaba su mano. Nos transformamos, nos volvimos soñadores.

Así se sucedían nuestros días, se acercaba la primavera. Por la noche yacía en la litera de los dormitorios falto de sueño, pensando en ella y en el día en que iba a hacerla totalmente mía. Una noche supe de repente que quería casarme con ella.

Ella no dio muestras de sorprenderse, no dijo ni una sola palabra

acerca de lo jóvenes que éramos.

—Entonces debes mandar a tu madre para que pida mi mano —se limitó a decir.

Y nos prometimos en secreto; como regalo de compromiso le regalé una cadena y un medallón en forma de corazón con dos compartimentos. Ella lo llenó con nuestras fotografías y lo llevaba alrededor de su cuello con orgullo y valentía.

—Eres demasiado joven, hijo mío —dijo mi madre sin titubear —. Tienes toda una vida por delante, te cruzarás con cincuenta atractivas muchachas más y, créeme, te enamorarás de todas ellas.

Yo lo negué, imploré y amenacé. Raptaría a Ayfer si los adultos se ponían en ese plan tan irrazonable.

—Muy bien —me dijo al final—. ¿Has pensado llevarte a tu esposa a los dormitorios de la escuela? —Con esa frase mamá acababa de ganar una batalla en la que solo hubo heridos.

Volví a la escuela y no regresé a casa en mucho tiempo. Mi vergüenza era demasiado grande para poder enfrentarme con Ayfer cara a cara. Había aceptado la derrota con demasiada facilidad y la había traicionado. Y ahora, manteniéndome alejado, no hacía la situación más fácil. Pero no podía pretender que nada había sucedido para seguir jugando con su cuerpo. Lo peor era la probabilidad de que ese pacífico ser se lo pudiera tomar todo con inmensa calma y me dijera: «Puedo esperarte». Con otras palabras: si tú no eres lo suficiente hombre para luchar por mí, puedo esperar a que crezcas. Esos eran mis pensamientos en furioso estado salvaje. Pero era atrozmente injusto. Ayfer no era de las que quisieran, a sabiendas y con plena conciencia, ofender a nadie, sino que posiblemente, llena de sentido común, se daría cuenta de lo imposible de la situación diciendo «puedo esperarte». Esta madeja de ideas no tranquilizó mi confusa mente. Cuanto más vueltas le daba, más difícil se me hacía volver. Había dejado de ser su caballero. Sonreí con amargura ante la idea.

No sabía qué me estaba ocurriendo, perdí el dominio de mí mismo, dejé de hacer las tareas escolares y, en su lugar, leía periódicos y libros en las clases. Mis notas, que solían ser irreprochables, cayeron en picado. Me entregué por entero a las actividades físicas y al fútbol con inacostumbrada brutalidad, hasta el límite de mis fuerzas. Esto me procuró muchas enemistades y el

sospechoso apodo de Alcornoque, probablemente porque era inútil hablar con sentido común a un árbol. Flirteaba con todas las chicas que estaban libres, comportándome de forma frívola y desvergonzada. Lo tragicómico era que eso les gustaba a la mayoría de las chicas y se reían burlonamente con casi todo. Una de ellas se parecía a Ayfer por su belleza virgen y su agradable sosiego. Un día me la encontré sola en la sala de lectura y me pregunté cómo reaccionaría si la besaba. Pero al verla leyendo tan inocente y confiada, sentí solo ternura. Alzó la vista y sonrió con cautela al instante de descubrirme. Le pregunté si me podía prestar una hoja de papel y un lápiz. «Toma», me dijo, y me puse a dibujarla. Me tenía por un hábil dibujante y con frecuencia retrataba a amigos. Una editorial de cómic se interesó por mis trabajos cuando mi madre los envió a su redactor sin yo saberlo.

Me quiso contratar como aprendiz, pero yo no tenía planes de ser dibujante, una profesión que no gozaba de alto estatus por aquel entonces. La muchacha reparó en mi actividad gráfica.

—No recuerdo que me hayas pedido permiso —dijo.

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte. Ten un poco de paciencia —le dije. La dibujaba concienzudamente tomándome mi tiempo.

Bueno, ahora me voy —advirtió, pero con delicadeza le pedí que se quedara.

Y se quedó admirada del resultado.

—Creí que te estabas pitorreando —dijo.

—Nunca hay que burlarse de una chica tan guapa como tú —le dije.

¿Entonces por qué me estaba burlando de una chica que estaba en casa entristecida? Ese mismo fin de semana me fui a casa.

Mi madre estaba familiarizada con mi temperamento. «Llevas sangre tártara», dijo. Las protestas por mis ausencias eran más que habituales, pero aquella vez reconoció que era diferente y me demostró su alegría cocinando mis platos favoritos. Después de comer llamaron al timbre. Ayfer estaba en la entrada con un tazón de pepinillos confitados. Estaba tan sorprendida como yo, y los dos tartamudeamos un poco.

—No sabía que estuvieras en casa —dijo, y me entregó el tazón. Yo me sentí incómodo sosteniéndolo y se lo pasé a mi madre que

acababa de llegar del comedor.

—Saludos de mi madre —dijo Ayfer a mamá.

—Nos hemos hecho buenas amigas Ayfer y yo. Viene a visitarme de vez en cuando —me explicó mi madre.

Para estar tranquilos y evitar comentarios guasones de mi hermano nos fuimos a la cocina. Yo descorché la botella de tinto barato que había comprado, solo una pizca mejor que el vinagre que empapaba los pepinillos. Ayfer no había bebido nunca vino y por eso quería ser precavida en su debut tomando solo unas gotas. Mamá inició la conversación con buen humor:

—No eres más que una mala noticia para esta muchacha —declaró con voz de falsa reprimenda—. Pero dado que hoy tenemos celebración, me permito pecar un poco. Sírveme un vaso.

Cuando ella se retiró, le expliqué a Ayfer lo que había sucedido.

—Lo entiendo —dijo. Pude ver que estaba triste, pero no quería hablar demasiado de ello.

—Tu madre ha sido muy amable conmigo.

Fue todo lo que dijo sobre el asunto. Yo fui a buscar mi diario, impaciente por mostrárselo. No había escrito con regularidad, solo esporádicamente. Ideas, sueños, casi todo sobre Ayfer. En la primera página, una fotografía de ella, varias mías y de otros; entonces quiso quedarse con el diario.

—No —tuve que decirle—. Aquí voy a escribir todo lo que no soy capaz o no consigo explicarte.

Estiró su cuerpo por encima de la mesa y me besó largamente. Esto ocurrió exactamente una semana antes del Primero de mayo de 1977. No faltaba mucho para que los labios de la muerte rozaran la apartada plaza.

Después solo existíamos Ayfer y yo en el mundo. Le llevaba libros, libros sobre los oprimidos del mundo entero, con el deseo de compartir con ella la gran verdad y unir nuestras fuerzas contra la mentira. Era este un juego en el que ella no quería participar, ocupada en otras cosas, en algo que intentaba transmitirme, pero que no lo conseguía. Durante esos días se entristecía a menudo.

—De los dos, tú serás el concienciado y yo la trabajadora que te has propuesto liberar —me dijo.

Yo tenía celos, había visto a Ayfer con otro chico, no era del vecindario, así que debía de haberla seguido desde Bakirköy, donde

ella trabajaba. La esperé en la gasolinera. Bajó del autobús con el chico. Y yo me fui derecho hacia ellos. Ella ya me conocía y también mi temperamento.

—No es lo que crees —dijo enseguida.

Yo deseaba llamarla puta y no fue el decoro lo que me detuvo. Fue el chico.

—Ella no quería, pero yo insistí en acompañarla —dijo él—. Me contó que tenía novio, pero yo no le creí.

Yo estaba furioso, lo había estado desde el día que hui de la plaza. Y ya no quería seguir huyendo:

—¿Te quieres pelear por ella? —le pregunté.

—No, no quiero pelear por nada —dijo. Se dio media vuelta y se fue tras rechazarle la mano que me ofrecía.

Entonces Ayfer y yo nos peleamos. Por primera vez se enfrentó a mí y me contradijo.

—No puedes ir por ahí amenazando a la gente, eso nada tiene que ver con el amor —me reprochó.

—Cállate —le pedí.

—No, no quiero callarme, hoy no, y en adelante no te comportes como un camorrista —me advirtió.

Perdí el temple y le di un cachete. Ella reaccionó con sorpresa más que nada y me clavó sus grandes ojos. Fui yo el que lloré y ella la que me consoló.

—Sé que me quieres, solo que debes buscar otras maneras de demostrarme tu amor —dijo.

El jardín que atravesábamos olía a tierra recién removida. Pasó otra pareja y nos adelantó. Asintieron sonriendo porque todos conocían al Romeo y a la Julieta del vecindario.

Ayfer no me castigó, pero andaba triste desde antes y ahora lo estaba todavía más. Sentí que algo me resbalaba de las manos, algo que ya no conseguiría retener. Era la época en la que yo quería cambiar el mundo. Debería haber empezado por mí mismo.

Julio de 1977

Llegué a casa agotado. Una ola de calor ahogaba la ciudad, podían freírse huevos al sol. Me quedé un rato en el balcón, hacía un calor insoportable. La calle era puro desierto, no se veía ni un solo perro vagabundo. Dentro se estaba más fresco. Mi madre había ido a pasar la noche a casa de su hermana y, fiel a sus costumbres, había dejado comida hecha en la nevera. Pero a mí me habían abandonado tanto las fuerzas como el apetito. Mi hermano había entrado a trabajar en un taller de confección de piel y hacía horas extras. No se podía hacer nada, no me quedaba otra que desnudarme, tumbarme en el diván y adormilarme empapado en el molesto sudor.

El despertador no funcionaba, lo cual no era infrecuente, así que debieron ser los golpes los que me despertaron. Eran golpes comedidos, pero aun así desperté, debía de haber dormido un buen rato porque había oscurecido. Todavía adormilado, me puse los calzoncillos atropelladamente. Tenía que ser mi hermano, ya que no tenía llave. De este privilegio gozábamos solo mi madre y yo: yo por ser el hombre mayor de la casa. Me dirigí a la puerta para abrir. Pero era Ayfer, de pie en el umbral de la puerta; por segunda vez, la sorpresa fue mutua, ella con su imprevista visita y yo con mi vestimenta de tarzán.

—¿Dónde está tu corbata? —ironizó. Cuando se lo proponía, la chica podía resultar realmente divertida. Yo farfullé algo ininteligible.

—Ya veo, estás borracho, ¿queda algo de vino? —preguntó y entró al salón tomando la delantera. Yo ya no estaba tan grogui, pero me sentía ridículo, nervioso y más cosas, pero me costó bastante introducirme dentro de los ajustados vaqueros y la no menos ajustada camiseta. Ella me miraba sonriente.

—Ya vale.

—¿El qué? —pregunté yo.

—Quítate la camiseta —exigió.

—Pero si acabo de ponérmela —protesté.

—Hoy mando yo; venga, quítate la camiseta —repitió. Le encantaba jugar, debía de tratarse de un juego nuevo, pensé, y a trompicones tiré de la camiseta hasta que conseguí sacármela. Pero ella no tenía nada de torpe, se desabrochó la blusa con hábiles dedos, la colocó con esmero sobre el respaldo de una silla y se quedó ante mí con el torso desnudo y dos llamativos pechos, pequeños y tersos.

Ahora los pantalones —dijo con voz de mando.

Estuve a punto de caerme, pero conseguí liberarme de los pantalones. Aunque para ella no suponía gran dificultad hacer que la falda resbalara, ayudándose con una ligera sacudida de cadera. Cuando dijo «el calzoncillo», otra vez con la misma voz de mando, perdió un poco el dominio y se le escapó la risa. No era tan fácil decirlo como hacerlo. Algo me lo impedía. Ah, no, pensé, eso no. Pero, por supuesto, era una absurda resistencia. Si no ocurría ahora, ¿cuándo? Nunca me había descubierto algo a tal velocidad intentando a la vez cubrirlo. Bien distinta de mí, ella no hacía ningún intento de taparse nada.

—¿Qué opinas? —preguntó.

Una pregunta vanidosa. Los rayos de luna sobre su cuerpo esculpían una silueta de marfil. Era Venus. Y yo no era ningún Apolo, nunca antes se había visto un Apolo cubriéndose con manos temblorosas. Pero esto era algo muy distinto de nuestras sesiones de sótano vestidos de pies a cabeza, ropa que bromeando llamábamos «armadura completa sin cinturón de castidad». En la oscuridad se es más valiente. Con la luz, todas las vergüenzas e inhibiciones quedan al descubierto. Aun así, ahora prefería la luz. Ella posando desnuda era un ser de otro planeta. Quería bebérmela, fundirme en ella, ser los dos uno solo. Podría haber muerto por ella, pero me quedé allí paralizado, de una pieza.

—He venido para que me hagas tuya —dijo rompiendo el silencio. Se deslizó ingrávida ante mis ojos y se extendió aterciopeladamente en el sofá como una mariposa. Lo que siguió fue difuso. Encima de ella me sentía más perdido que un elefante en unos almacenes. No sabía qué hacer con mi cuerpo y sus respectivos

miembros, además no tenía ni idea de si el de abajo estaba dentro, fuera o dónde; pero la sentía a ella, cálida, suave y húmeda debajo de mi cuerpo. Mi cabeza retumbaba. «La puerta», susurró ella. ¿Qué puerta? ¿Acaso me estaba sugiriendo una determinada abertura? Demasiado tarde, algo ardiente fluyó hacia fuera de mí. «Están llamando a la puerta», dijo con más claridad. Levanté la cabeza como un animal salvaje acechado por un peligro. Alguien se afanaba con furia golpeando la puerta de la calle.

Era mi hermano, estaba hecho un basilisco y gozó de cada segundo empleado en injuriarme, mientras yo me echaba encima las últimas prendas de ropa. Ayfer hacía rato que estaba vestida y sonreía sentada.

—No puede uno convertirse en revolucionario mientras se tiene a los auténticos trabajadores abandonados en la calle —gritó él.

Pero ya no estaba furioso, solo sarcástico. Desde que empezó a trabajar y ganar dinero me había perdido el respeto. Esa época en la que con un guantazo le hacía callar había terminado. Pero con Ayfer no podía sobrepasarse. Ella era solo una compañera de clase, no su hermana.

—Cállate ya. ¡Gimoteas como una vieja cabra! —gritó ella con un tono desconocido para mí. Él, levemente aturdido, fingió que acababa de reparar en su presencia.

—Por cierto, ¿qué haces tú aquí? —preguntó con un firme tono de legítimo dueño.

—Yo puedo entrar y salir de esta casa tanto como tú. Soy suya —dijo con firmeza.

—Suya, o algo similar —se burló mi hermano.

—¡Anda que te limpien los mocos!

Yo sopesaba el bombardeo de palabras sintiéndome impotente. Mi hermano se miró sus manos grandes dándose cuenta por primera vez de lo ridículo de la situación y entonces decidió que se había hartado de nosotros y dio un paso hacia el diván.

—¡No, no te sientes aquí! —gritamos Ayfer y yo a coro.

—Mierda, ¿qué pringue es este? —gimió con repugnancia y lanzó una nueva letanía acerca de lo mucho que le aterrábamos, un par de desvergonzados como nosotros. Sin embargo, todo acabó en una explosión de risa. Nosotros dos teníamos hambre y nos fuimos a la cocina. Ayfer sacó la comida del frigorífico y empezó a

calentarla. Mientras tanto, mi hermano y yo pusimos la mesa y abrimos una cerveza. Comimos y conversamos un poco. Los dos compañeros de clase estaban de acuerdo en dar por acabados sus estudios; trabajarían para mantenerme a mí. Posteriormente yo les liberaría de sus cadenas. Se divertían a mi costa y, después de un par de cervezas, mi hermano abrazó a Ayfer y la llamo «mi deliciosa cuñada».

—Quítale tus zarpas de encima —le dije.

Ayfer, a su vez, me reprendió por ser celoso, un hombre primitivo, de la Edad de Piedra. Cuando se fue tenía un semblante grave. Junto a la puerta me acarició la mejilla:

—No lamentes lo sucedido antes. La próxima vez irá como es debido.

—Toma este anillo —dijo Hadji y me lo alargó por encima del mostrador lleno de verduras. Era un sello de oro de 18 quilates. Vi el cuño cuando lo hice girar en mis dedos. El anillo había adornado siempre el dedo pequeño de su mano izquierda. Hadji era un tipo robusto, un kurdo de las lejanas montañas. Yo sabía que era joven, pero su edad real quedaba escondida tras el curtido rostro. Era un hombre pacífico y amable, esas buenas cualidades le venían de la mística *bektashi* que practicaba. Era dueño de una tienda y cliente fiel del mercado al por mayor, además de amigo.

—No puedo, Hadji. Sé lo valioso que es para ti le dije.

Por una u otra razón, Hadji estaba sin blanca y deseaba pagarme así las compras anteriores. Hadji era un hombre con sentido de la honra, las deudas suponían una de las vergüenzas más grandes que podían asolar a alguien. Intenté persuadirle.

—No corre prisa, Hadji, vuelve cuando tengas dinero.

—Quédate mi anillo hasta entonces —dijo.

—No es necesario, Hadji, a no ser que hayas pensado partir solo con billete de ida —bromeé yo. Se quedó callado pasando su rosario musulmán entre los dedos.

—Bien, hermano, eso es precisamente lo que puede pasar —dijo.

Debido a que él no era de los que empezaba a contar algo solo para despertar la curiosidad y después se despedía a la francesa, me confesó todo lo que sentía su corazón. Especulé acerca de por qué me había escogido a mí. Éramos amigos del trabajo, pero no amigos íntimos. Había confiado tácitamente en mí corriendo un riesgo. Y es

que vivía un dilema que le hacía sentirse terriblemente solo. Su familia pretendía raptar, al día siguiente, a una chica menor de edad. Raptar a una chica. Sucedía desde los albores de los tiempos en esta parte del planeta. Prácticamente todo el linaje otomano, que había dominado el destino de generaciones y generaciones, había nacido de muchachas raptadas. Yo mismo había proferido la amenaza de raptar a Ayfer; en realidad, totalmente vacía e irreal. Aunque en mi caso, puestos a imaginar que pudiera haber sucedido eso, no habría habido ni heridos ni muertos. Los únicos posibles damnificados habrían sido nuestros corazones. Pero mi pequeño ejemplo demostraba lo profundo que anidaba en nuestra conciencia esta herencia de miles de años.

En la historia de Hadji, todo era mucho más complicado, pasado el tiempo no sería recordado de otra forma por sus parientes. Acerca del robo de muchachas existían muchas canciones y leyendas. Cada pequeño clan y familia tenía la suya propia, en caso de amor recíproco. Hadji afirmaba que este era el caso. La chica tenía quince años y estaba enamorada del hermano de Hadji, pero la familia de ella no quería ni oír hablar de futura boda. Se trataba de una familia grande, con una historia muy antigua y por ende respetada. Además tenía fama de no desprenderse fácilmente de sus mujeres. Las múltiples contiendas de sangre en su haber lo testificaban. Comprendía su dilema, la pacífica naturaleza de Hadji se temía lo peor. Por otro lado, para la familia perder el prestigio era peor que la muerte. Era preferible morir que perder la honra. Ante todo eso, me preguntaba yo si alguien pensaba en los jóvenes enamorados. ¿Qué clase de vida matrimonial les esperaría si llegaban a casarse?

—No lo hagas, Hadji —le dije con empatía—. Debes hacer todo lo posible para evitarlo.

También le dije que estas cosas debían acabar de una vez por todas, que ahora se le presentaba una inmejorable ocasión para romper el maligno círculo vicioso. Quizá eso solo fuera un grano de arena en el desierto, pero un grano de arena era mejor que nada. Hadji, siendo como era un hombre extremadamente amable, me escuchaba sin interrumpir; pero cuando estuvo seguro de que ya había terminado, me dijo que no necesitaba consejos. Que para ello ya tenía a los hombres sabios de barba gris, y su voz adquirió un

tono sarcástico cuando los nombró. En realidad, lo que él pretendía era solo compartir su dilema con un amigo libre de ataduras con su cultura. En ese momento usó el término «cultura» casi como si fuera una palabra ofensiva. De manera que hubiera, en todo caso, alguien con conocimiento de que Hadji era un hombre razonable y pacífico. Después quiso regalarme su rosario.

—No, Hadji, ya sabes que no soy creyente, sería un error aceptarlo, tanto para ti como para mí.

—Regálaselo a tu amada madre —me dijo.

Nunca le había contado nada sobre mi madre, debió de dar por hecho que mi madre era creyente. Pero la gente que vive para y según sus tradiciones no nombra nunca a una mujer desconocida sin ofrecer una buena aclaración. Sonrió:

—Un rosario no es solo para personas creyentes, también representa sosiego y paciencia, y con un chico como tú, a tu madre le hacen falta las dos cosas —me dijo.

Era muy acertado, acepté el rosario y le di las gracias. Inclinó la cabeza y me saludó con la característica mano puesta en el corazón, se dio media vuelta y se fue sin pronunciar palabra alguna. Yo sabía que el rosario representaba todavía una cosa más. Con ese gesto quería decir que no tenía esperanzas de volver a verme. Quizá fuera raro pero había algo especial en esos hombres, sabían cuándo iban a ganar y cuándo iban a perder.

Cuando fui a buscar a Ayfer al trabajo, todavía sentía el peso en el corazón que me había dejado la conversación con Hadji. Era un hermoso día de verano, el calor no era sofocante, porque llegaba la brisa refrescante del mar. Las otras dos dependientas nos despidieron agitando la mano, guiñaron el ojo expresivamente y nos desearon que nos divirtiéramos. El encargado de la tienda achicó los ojos, descontento como de costumbre, como si yo fuera un potencial ratero. Era sabido que él no toleraba a los novios merodeando por allí. Ayfer hablaba por los codos y yo le dejaba hacer. No me costaba esfuerzo, solo había que encogerse de hombros, hacer oídos sordos a determinados sonidos en los segmentos apropiados de las frases y admirar su voz cantarina. Yo no era su iónico admirador, otras muchas miradas masculinas seguían sus andares de Sofía Loren, único motivo por el que son admiradas las chicas de nuestra parte del planeta. Dado que

predominaban los calenturientos viejos verdes, preferí enlazarla por la cintura y demostrarles quién era el jefe, mejor eso que pelearme con todos ellos.

—No me estás escuchando —dijo riéndose y con el puño me propinó unos golpecitos en el pecho.

—Claro que sí —dije—. Pero te oigo mejor cuando estás más cerca.

En el paseo de la playa, dejamos de llamar la atención, los cafés estaban llenos de jóvenes y parejas. Pedimos un té y nos lo sirvieron en pequeños vasos de formas femeninas. Los artesanos vidrieros habían respetado la belleza de la naturaleza. Naturaleza que se extendía ante nuestros ojos; el mar azul, el cielo y la esfera anaranjada de un sol de atardecer en el horizonte. Ayfer se había quedado silenciosa como un pájaro que deja de piar al caer la tarde. Miraba con insistencia el té como si esperara de un momento a otro ver algo en su reflejo. No podía preguntarle qué, habría sido como empujarla hacia algo a lo que ella no quería ir. Pensé en el rosario guardado en mi bolsillo, incitaba al sosiego y a la paciencia, cualidades que el experimentado Hadji había visto que me faltaban.

Era doloroso pasar del gozo a la tristeza, pero cada nuevo estado de ánimo exigía su adaptación. Así que pasé al estado estático y solo contemplaba su rostro. Si hubiera creído en las maldiciones, habría dicho que la tristeza era su maldición. Para mi fastidio, la favorecía. Bien mirado, había pocas cosas que no la favorecieran.

Fue mi madre la que me proporcionó mis primeros placeres de lectura. Cada vez que yo estaba enfermo me sorprendía con un nuevo libro. Creía firmemente que un buen libro y un buen pedazo de chocolate eran tan curativos como cualquier medicina que recetara el médico. También tomaba, con regularidad, libros prestados de una biblioteca itinerante que visitaba el vecindario, y que a mí me abrían las puertas de un mundo donde las cosas más fantásticas eran posibles. Alicia vagaba por un mundo asombroso, Pollyana encontró un par de muletas en un cofre y estuvo agradecida por no necesitarlas, nos estremecíamos con el excitante suspense en *La isla del tesoro* y Jules Verne tenía siempre algún increíble viaje que ofrecernos. Poco a poco aprendimos a reflexionar y fuimos más críticos con los personajes de ensueño. No estábamos de acuerdo con los destinos de Madame Bovary y Anna

Karenina, y en franco desacuerdo con la interpretación de las Sagradas Escrituras. Mi madre era creyente de una forma peculiar. Estaba satisfecha con una sociedad secular, como la mayoría de su generación, y consideraba que la religión era una cuestión de cada cual. A los hijos nos dio la oportunidad de recibir enseñanza religiosa, pero nunca nos obligó a ser creyentes. La única vez que nos amonestó a mi hermano y a mí por un tema religioso fue la vez que corrimos tras unas mujeres todas de negro, con vestimentas tipo tienda de campaña, y las importunamos. Y es que mi madre profesaba respeto por todo el mundo que creyera en un dios, cualquiera que fuera, y, por cierto, añoraba profundamente a los vecinos cristianos de su infancia y sus coloreados huevos de Pascua. Amaba charlar con nosotros, más conmigo que con mi hermano. Él no tenía paciencia para las cosas que requirieran mantener atención continuada. Con ella todo era tema de charla, todo lo que no fuera religión. Yo podía explicarle todo lo que deseara dentro de límites decorosos. El amor, por ejemplo, era uno de sus temas preferidos, pero no el sexo. «Además, hijo mío, eso ya lo averiguarás por ti mismo», decía. Sin embargo, sin habérselo propuesto, ella había contribuido mucho a mi adquisición de conocimientos sobre el cuerpo de las mujeres y sus secretos solo mediante nuestra visita semanal al *hamam*, los baños del barrio, algo que quedó bruscamente interrumpido a los diez años, cuando la enorme gitana que vigilaba la puerta dijo:

—No olvides traer también a tu marido la próxima vez.

Antes de cumplir los quince, mi padre entraba y salía de mi vida como un huésped bienvenido. Era un hombre alto y fuerte con ojos rasgados y mejillas altas, manos fuertes, capaces para el trabajo, y un orgulloso carácter. Así como mi aspecto lo había heredado de mi madre, el carácter era por completo el de mi padre. Aparte de esto, que por supuesto se debía a la herencia, mi padre no marcó mi existencia con nada más. Raramente estaba presente en los momentos en los que un niño necesita a su padre. Trabajaba mucho, de electricista en una fábrica grande y, además, como maquinista de cine. En mi mente infantil, él era la encarnación de algo grande, pero un poco aterrador, que exigía y al que se le rendía total obediencia. Pero las cosas cambian. Y con el tiempo desarrollamos una relación más distendida, lástima que no durara.

Hubiera deseado haber ido con él a más partidos de fútbol con equipos de segunda división, donde confraternizábamos gritando: «Qué vergüenza, señor arbitro, pero ¿qué está pitando?». Y haber tenido más tiempo para las salidas de fin de semana a los restaurantes de pescado del Bósforo, y para las charlas en las que él no quiso tener la última palabra. Cuando murió tras su tercer infarto, yo estaba sentado a su vera. Tenía catorce años y pensé que él entonces ya era libre, como lo fueron una vez sus antepasados en las llanuras de la península de Crimea.

Mi madre, sentada en el diván haciendo punto de media, era una madre preocupada. Yo no podía comprender cómo era capaz de hacer calceta en su tiempo libre, después de todo el trabajo de costura que hacía por encargo para talleres de confección de todas partes. Un complemento de la insuficiente pensión y los ingresos de mi hermano y míos. Por aquel entonces nos apañábamos bien, si se comparaba con los dos primeros años que siguieron a la muerte de mi padre. Lo que le preocupaba a mi madre en ese momento no era la economía, sino mi seguridad. Los acontecimientos del Primero de Mayo la habían marcado, se había vuelto asustadiza, muy protectora y me hacía muchas preguntas cada vez que oía a mis amigos silbar en la calle. Yo intentaba tranquilizarla, pero debía comprender que yo no viviría el resto de mi vida arrebujado bajo sus faldas. «No he dado a luz a un hijo para que sea sacrificado por los fascistas», me decía. Ya desde los años cincuenta, los fascistas habían sido un medio de los poderosos para combatir las fuerzas progresistas del país. Su ideología era simple, se apoyaba en el nacionalismo turco. Fueron ellos los que atacaron a las minorías cristianas durante los años cincuenta, saqueándolas y obligándolas a huir del país. Lo irónico fue que en el juicio público que hubo después de los hechos, se echó la culpa a los comunistas y a la dirección de la elite intelectual del país.

Los fascistas habían sido los soplones voluntarios de la Junta Militar a principios de los años setenta. Hubo pocos asesinatos políticos durante ese primer periodo. Pero progresivamente se incrementaron; intelectuales, periodistas, líderes sindicales eran asesinados en atentados en los que los autores desaparecían sin dejar huellas. Finalmente engrosaron sus filas, entonces armados y bien organizados ya ni se preocupaban de escoger a sus víctimas. El

objetivo podía ser cualquiera, desde obreros socialdemócratas de las fábricas a estudiantes revolucionarios. Corrían en hordas armadas y disparaban al primero que aparecía ante su vista. Nuestro compañero de escuela Ali perdió la vida en uno de esos asesinatos. Estaba junto a sus compañeros cuando fue alcanzado por una bala.

A ojos de mi madre, los fascistas eran responsables de todo lo que ocurría. Estaba convencida de que habían sido ellos quienes, el Primero de Mayo, dispararon contra la gente desde el tejado. Yo intentaba explicarle inútilmente que seguro que la Contraguerrilla, especializada en técnicas de provocación, estaba detrás de todo ello. Pero ¿cómo descubrirlos? Para mi madre era totalmente inconcebible que el Estado pudiera masacrar a sus propios ciudadanos. Ella se había criado con el concepto «Padre-Estado», que existía para ser obedecido, temido y amado. Cuando yo se lo hice notar, dijo sonriendo:

—Es el mundo de los hombres, hijo mío.

Así que temía que yo pudiera involucrarme en una revuelta contra el Estado. Simplemente eso no se hacía.

—Comprendo que quieras defenderte de los fascistas. ¡Que Dios los castigue! Pero no te enfrentes al Estado. Hasta ahora eso no nos ha traído nada bueno.

Se refería a los dos años de principios de los setenta, cuando los estudiantes sublevados fueron encarcelados, torturados y finalmente los colgaron. Siendo niño, sentado a su vera, la escuchaba recitar el Corán por esas jóvenes almas con lágrimas en los ojos.

Los fascistas me preocupaban poco. La lucha contra el fascismo era solo un mojón del camino. Lo que me desvelaba era el estrecho sendero que se presentaba a continuación. Pero leer sentado al lado de mi madre mientras ella hacía punto de media, suponía seguir refugiándome bajo sus consoladoras alas. Por supuesto, ella con su instinto de madre había percibido los negros nubarrones que tapaban mi sol y me dijo:

—Cuéntame tus preocupaciones, hijo, que deben ser también las mías.

Yo la esquivé con una réplica que solía utilizar cuando algo me concernía a mí y a nadie más:

—No son más que preocupaciones corrientes. Debes leer este libro, madre.

—Me gustaría, hijo. ¿Cuál es?

—*La madre*, de Máximo Gorki.

La sangre que había chorreado por el corte de la frente de Ahmet había coagulado y parecía un parche rojo pegado en la parte derecha de su cara. Estaba desorientado y, mientras yo intentaba lavarle la herida con un paño, murmuraba de forma inconexa.

—Ese diablo va a tener que pagar por esto. Oh, dios, oh, dios, debe de ser horrible mi herida.

Era difícil sonsacarle palabras sensatas. Los parientes y conocidos que se habían amontonado a nuestro alrededor no hacían las cosas más fáciles. Al final exploté:

—¿No tenéis nada que hacer? ¡Dispersaos! No necesito vuestra ayuda.

Eran hombres corrientes acostumbrados a recibir órdenes desde la mili y además las reglas estaban claras: este era mi pequeño territorio, donde yo podía decidir sin ser contradicho. Pronto nos quedamos solos y pude hacer mi trabajo en paz. Entonces le lavé y sequé la herida. Se trataba de un corte superficial con peor aspecto de lo que realmente era. Era difícil saber si la herida necesitaba sutura, probablemente no, así que decidí ponerle un vendaje. Por fin me eran útiles mis conocimientos sobre primeros auxilios aprendidos en mi época de *scout*. Aparte de quejarse un par de veces del dolor, mantuvo la calma mientras le curaba con mano firme y decisión. Cuando acabé, le pregunté calmado:

—Ahora, Ahmet, ¿puedes explicarme lo sucedido?

Ya no estaba aturdido, pero sus ojos azul claro expresaban todavía miedo y confusión. Miró sorprendido su chaqueta y sus manos manchadas de sangre oscura.

—No hay peligro alguno, seguro que no te mueres por perder un poco de sangre —le dije.

Intentaba provocarle y lo conseguí con creces. Levantó la cabeza y me miró con furia.

—¿Qué sabrás tú? Estos diablos querían matarme.

El resto de la historia le salió en avalancha.

Había ido, como siempre, a escoger a los descargadores del día, solo los grandes mayoristas los tenían a contrato fijo. Los demás teníamos que escoger entre los que estaban libres, repetida causa esta de conflictos y peleas, puesto que había en el mercado más

hombres sin trabajo y con familia que mantener que trabajos. Ahmet afirmó que fue totalmente casual el hecho de que hubiera escogido a descargadores turcos. Seguro que era cierto, pero los descargadores kurdos, «irrespetuosos y primitivos, ¿verdad?», tenían otro punto de vista. Palabrotas y blasfemias acabaron en empujones, alguien le atizó por detrás, él devolvió el golpe y de repente el más agresivo de todos sacó una navaja. A Ahmet le invadió el miedo, agarró un tablón y se puso a dar mandobles a diestra y siniestra. Entonces algo le dio en la frente, quizá una piedra, y empezó a chorrear tanta sangre que le nubló los ojos. En ese momento creyó que había llegado su hora final. Se desplomó sin remedio y, postrado de rodillas, oyó un agudo pitido. Dos agentes de policía arrestaron al hombre del cuchillo mientras los demás se dispersaban y huían del lugar. Ahmet conocía a los agentes, eran los que pasaban a cobrarse su sobresueldo de los mayoristas, y le vino bien porque escasas veces patrullaba la policía por allí. «¿Fue él?», le preguntaron a Ahmet. Este asintió con la cabeza y allí mismo empezaron a maltratar al kurdo, ya antes de llegar a comisaría.

—Si no hubieras sido malditamente tozudo y no hubiera devuelto la pistola, hoy la habría tenido conmigo. No siempre es necesario dispararla, ¿entiendes? A veces es suficiente con sacarla para que nadie en su sano juicio te amenace con un cuchillo.

Cuando abrí la boca para preguntarle: «¿Y qué pasa con los que no están del todo en su sano juicio?», Ahmet me interrumpió resoluto. Todavía no había acabado:

—¿Y sabes qué? Tú también tienes la culpa de que a ese desgraciado le estén dando una paliza de muerte ahora en la comisaría.

—Deberías recoger tus cosas y marcharte a casa, descansar y pedirle a tu mujer que te dé un par de tabletas contra el dolor de cabeza y te haga un buen caldo de enfermo —le propuse.

Tiró la silla al levantarse con furia y gritó para diversión de los espectadores:

—¡Eres tú el que está mal de la cabeza! —Y lo repitió varias veces mientras desaparecía del mercado.

A la hora del almuerzo volvió avergonzado. Su mujer había sido menos paciente que yo con sus lamentos, le había mandado al infierno añadiendo que no volviera hasta quedar bien chamuscado.

Yo me reí, pero con disimulo porque se le veía infeliz del todo, estado anímico que enmascaró con un ataque de tos. Comimos en relativa calma; uvas, queso feta, tomates, pepinos y humeante pan fresco. Después noté una actividad inusual en el otro lado de ese corredor de la lonja. Unos jóvenes desconocidos se habían congregado en un espacio abierto, serían unos diez. Parecían nerviosos. Echaban feroces ojeadas a su alrededor y no eran precisamente amistosas las que me dirigían a mí. Primero creí que eran imaginaciones mías. Pero cuando las miradas fueron más intensas, me decidí por la otra alternativa. Debían de ser «los amigos» kurdos de Ahmet de esa mañana. Él estaba en el cobertizo que usábamos como oficina. Cuando se lo dije, miró por la ventana y no tuvo la menor duda.

—Ahora sí que la tenemos liada —dijo culpándome a mí. Cogió el teléfono con manos levemente temblorosas y llamó a sus parientes. La mayoría de ellos tenían sus puestos en el mismo mercado. Después marcó el número de la comisaría de policía.

—No —le dije—. No más policía. Intentemos resolverlo nosotros mismos. —Pero le agradecí que no me preguntara cómo.

Muy pronto el clan de Ahmet ocupó una parte del plato: dos grupos rivales frente a frente. La situación era amenazante e irreal. No podía creer que estos hombres, honrados y duros obreros, fueran a enfrentarse despiadadamente unos contra otros, pero ya había sucedido antes. Y allí estaban otra vez, dando un absurdo espectáculo a la espera de la señal de salida; en este caso, cualquier palabra provocativa. El resto era fácil de adivinar. Pero ¿qué hacía yo en medio de todo esto que, bien mirado, no era de mi incumbencia? Hombres así se habían peleado durante generaciones sin mi contribución. Lo que debería hacer yo era concluir la jornada. Nadie me echaría en falta ni me llamaría cobarde porque yo no era uno de ellos.

—Muy bien —dije—. Negociaré con ellos.

Acallé el murmullo con mi firme dedo pequeño puesto en la boca, me di la vuelta y crucé el de la lonja. El corazón me latía como si quisiera salirse del pecho. No podía reprochárselo, el resto de mí también quería salir de allí en esos momentos. Mi vieja camisa de *scout* se había adherido a mi espalda en contacto con el sudor frío; tenía la boca seca, la adrenalina se había apoderado de

mi garganta y no estaba seguro de poder recuperar la voz.

Los oponentes parecían inseguros, con aspecto de no saber qué hacer con este joven. Yo tenía la esperanza de que supieran que a los embajadores no se les toca, aunque bien mirado la historia está llena de embajadores decapitados.

—¿Qué quieres? —preguntó el más próximo a mí. Tuve mala suerte porque era el que tenía la mirada más negra.

—Negociar —dije yo breve, todavía mi voz no daba para frases más largas.

—¿Y quién eres tú, pues?

—El contable —dije.

Algunos solo sonrieron, otros se rieron a carcajadas. No sabía que los contables perteneciéramos a una raza tan cómica.

—No tenemos nada que ver contigo. ¡Esfúmate! —dijo serio el portavoz.

—Típico de los turcos, ¡enviar al contable!

La sensación de impotencia era contundente. Necesitaba un triunfo, algo que pudiera impactarles.

—Soy revolucionario —les dije con toda la dignidad de la que fui capaz, pero sonó innegablemente patético.

—Y a mí qué me importa —dijo el hombre de mirada negra. Bien, al menos esa vez me había tomado en serio.

—Bueno, importar, importar, puede que sí —dijo uno del grupo. Buena señal, estaban ligeramente divididos. Aproveché la ocasión que se me brindaba:

—Escuchadme. Si me prometéis mantener la calma, puedo intentar sacar a vuestro colega de la comisaría.

Esto les impresionó más que la afirmación de ser revolucionario y amigo de los kurdos. Y el silencio que siguió a mis palabras fue interrumpido por una acalorada discusión en una lengua que yo no dominaba. ¿Y si uno de ellos se daba la vuelta y me clavaba el cuchillo en el vientre sin previo aviso? Una idea asfixiante que casi me causaba dolor. Calculé las posibilidades de huida. Pero mostrarse inseguro y asustadizo podía activar sus suspicaces cerebros. El problema era no saber quiénes de ellos me estaban observando. Me estremecí como si en medio de una pesadilla alguien me agarrara fuerte del brazo para retenerme.

—Escúchame bien —dijo el hombre de negra mirada—. Ese

colega que tú has nombrado es mi hermano. Pase que la policía lo haya medio apaleado, pero si tú no regresas pronto con él, te haré igual de responsable que a esos opresores de ahí.

Cuando volví junto a los parientes de Ahmet, estos tenían, en realidad, poco aspecto de opresores. La tensa espera les había puesto visiblemente nerviosos. Con relativo aplomo les expliqué el resultado de las negociaciones.

—¿Cómo has pensado sacarle? —me preguntó Ahmet. Buena pregunta.

—Yo no, tú lo harás —le respondí.

—¡Estás loco! —protestó.

Recogí lo que habíamos hecho de caja ese día, un buen fajo de billetes, y se lo apretujé en el bolsillo de su chaqueta.

—Usa tu encanto y las dotes para las relaciones de las que tanto te vanaglorias y, como añadidura, úntales con dinero.

—¿Pretendes arruinarme? —Su voz era quejosa.

—Cállate la boca —dijo su primo. Era un hombre bajo, robusto y de piel aceitunada, por su aspecto parecía más bien ser pariente de kurdos—. Tú ya nos has costado bastante tiempo y preocupaciones. Piénsatelo dos veces la próxima vez antes de meterte en semejantes líos. Ahora vete para allá corriendo.

Ahmet no quería correr. Sus pies casi iban para atrás, pero estaba solo contra todos. Encendimos cigarrillos y esperamos. Yo miraba a los hombres que me rodeaban. Si uno se topaba con ellos en una carretera comarcal y les preguntaba por la distancia hasta el siguiente pueblo, seguro que contestarían que se tardaba el tiempo de fumarse un determinado número de cigarrillos. Y así fue, la espera duró exactamente tres cigarrillos. Cuando Ahmet asomó por el otro extremo de la lonja con un hombre cojeando, del grupo emergió un suspiro de alivio. La escena era también un poco teatral y cómica. Ahmet llevaba el brazo de su enemigo sobre los hombros, a medias lo sostenía, a medias lo llevaba, lo mejor que podía. Era humillante para los dos. Un jubiloso grupo de kurdos los liberó finalmente de su vergüenza.

Ahmet me dio pena; pese a todo, era él quien había sufrido la sangría, tanto de su frente como de su bolsillo.

No sirvió de nada preguntarle cómo había conseguido sacar al hombre kurdo de la comisaría. Se mostró inaccesible y tozudo

durante un par de días; después volvió a ser el mismo de siempre.

—Abrid paso al comunista —gritó Ahmet con su voz de descargador.

Fue un milagro que los agentes de policía en plena ronda de cobro no aparecieran y empezaran a maltratarme. No me cabía la menor duda de que se estaba vengando de mí.

—Revolucionario —le corregí yo—. No comunista.

—¿No es lo mismo? —preguntó él inocentemente. Parecía que tratándose de la clase obrera todo era lo mismo en la práctica. Pero tampoco podía esperar de Ahmet que supiera discernir y establecer claras líneas divisorias en este tema. Yo conocía a unos cuantos que se autodenominaban comunistas, miembros todos del Partido Comunista Turco. Era un acto muy valiente porque, en virtud del código penal, era razón suficiente para ser encarcelado. Sin embargo, yo no entendía cómo se podía uno llamar comunista si no vivía como tal. Ninguno de los que yo conocía era obrero. En todo caso, eran estudiantes. Y algunos provenían de la burguesía. Amaban la charla intelectual, beber su *raki* y no tenían nada en contra del dinero. Me costaba creer que quisieran de verdad cambiar la sociedad. Parecían esperar que el comunismo llegara vagabundeando un bello día. También existían los comunistas maoístas. Esos eran la otra cara de la moneda, se autonegaban todos los posibles placeres terrenales.

Las promesas de un paraíso futuro nunca habían hecho mella en mí, ¿por qué iban a hacerlo ahora? Había suficiente con ver a la Unión Soviética y a China. El ardor revolucionario que un día puso la sociedad patas arriba había abandonado a estos países. Lo que yo deseaba era vivir bien aquí en nuestro planeta: amar, comer, beber, cantar, disfrutar de paz y repartir los bienes con equidad. Pero yo no era ingenuo y sabía que nada se consigue por las buenas, sin más ni más.

De repente olió a chamuscado. Era fuego. ¡Fuego a mi lado! ¡En mi periódico! Llamas que batían en el aire. Alcancé apenas a soltar los restos de papel y conseguí apagar las llamas saltando encima. La mayor parte de lo que nos rodeaba era de madera y habrían bastado pequeñas chispas para producir un buen incendio. No me costó encontrar al pirómano, Ahmet se estaba retorciendo de la risa, todavía con el encendedor en la mano. Ojeé a mi alrededor, agarré

un tomate maduro y se lo arreé con toda mi fuerza. Ahmet, veloz, se agachó y fallé por milímetros.

—Los periódicos no se queman, ¡si serás orangután! —grité, y mientras me apresuraba a coger más tomates, él tiró los zuecos y echó a correr dando un buen rodeo por el mercado.

Tenía tantas cosas en las que pensar… Mi revolución me causaba auténticos quebraderos de cabeza. ¿Qué debía hacerse para que esta no corriera el mismo destino de todos los malogrados intentos de la historia? ¿Y con Ayfer luchando por ocupar el primer puesto de mis prioridades? Después estaba mi futuro, pronto iba a cursar mi último curso de Secundaria. ¿En qué deseaba convertirme? ¿En médico, profesor, ingeniero? ¿Cómo se podía conseguir una nueva sociedad, una nueva república de la mejor de las maneras? ¿Y Hadji? ¿Dónde estaba Hadji? ¿Qué le habría sucedido si es que le había sucedido algo? Cantidad de kilos de tomates, de uvas, carteles de precios, muchísimas botellas; la cifra de la suerte ante mis ojos. Pensamientos confusos y cuentas que no salían. Una lucha. Sin imaginar que tenía a mi lado a la persona con todas las respuestas que necesitaba.

—2549. Creo que te saltas cifras de la quinta línea.

La tenía detrás de mí, inclinada sobre mi hombro. No olía a perfume como otras mujeres y tenía una actitud silenciosa; por eso no había advertido su presencia. Debía de estar allí desde hacía rato, el tiempo suficiente como para sacar la cuenta que a mí no me salía. No me sorprendió, sabía que un día aparecería, sabía que entre nosotros había cosas pendientes. Parecía que el tiempo no hubiera pasado. La misma cola de caballo tirante, la misma camisa a cuadros, los mismos tejanos y el mismo bolso de tela. La camisa a cuadros la llevaba desabrochada por arriba. Y me sonrió cuando descubrió dónde se había posado mi mirada, pero esta vez no hizo ningún intento de abrocharse los botones del cuello.

—¿Qué tal, compañero de armas? ¿Cómo has andado últimamente? —me susurró al oído.

Ahmet estaba encantado, le ofreció su silla y él se sentó en una caja vacía. Llamó al chico del bar, le pidió té y le preguntó a ella si tenía hambre para pedir una tostada con el té. Hizo todo lo que debería haber hecho yo, y a mí me guiñó el ojo pues creía que era mi amiga la que estaba de visita. Ella estudiaba toda esa actividad

con una sonrisa de satisfacción, y cuando hubo deshecho el azúcar del té y tomado el primer sorbo, empezó a explicarse. Había venido con otros estudiantes para iniciar un curso de alfabetización con los trabajadores del mercado. Primero se había topado con la incomprensión de los descargadores y mayoristas, pero finalmente consiguieron juntar un grupo bastante grande. Al finalizar la clase del día, los kurdos preguntaron si alguno de los estudiantes podía hacerles un recado. Cuando vieron que, de entre todos, fue una mujer la que se ofreció, se quedaron estupefactos. Bueno, antes o después tenían que empezar a tratar con mujeres. El asunto que la traía tenía que ver con Ahmet. Los kurdos querían hacerle una oferta. Si Ahmet escogía por igual a descargadores turcos y kurdos a partir de ahora, podía contar con su amistad. Entonces pude ver que Ahmet se sentía orgulloso de ser el protagonista de la conversación. Disfrutaba del momento por todo lo que valía y se esforzaba por cuidar la impresión de que aceptaba. Era un guasón, un actor malísimo, porque parecía que tuviera dolores de vientre. «De acuerdo», dijo al final y ordenó que se llenaran los vasos de té para celebrarlo. Después le explicó todo lo que había sucedido y se arrogó el papel principal en todas las fases. Lo presentó casi como si se hubiera plantado en la comisaría y liberado al pobre kurdo sin más, sin ninguna mención a la transacción de dinero. Era un magnífico ejemplo de cómo la simple presencia de una mujer podía hacer aflorar la vanidad escondida en todo hombre. Solo intrépidos caballeros habían ganado el favor de mujeres, y desde que Ahmet había descubierto que no era mi amiga, el intento merecía la pena.

—¡Qué interesante! —dijo ella cuando Ahmet hubo terminado y esperaba una reacción—. ¿No te interesaría asistir a nuestro curso de alfabetización?

Tuve que contener la risa. Ahmet farfulló algo acerca de que él ya sabía leer y escribir. Y yo me planteé matizarlo con un «casi», pero opté por callarme.

También nos traía una noticia triste. Los amigos kurdos le habían pedido que nos contara que Hadji fue malherido durante el tiroteo que hubo cuando intentaron raptar a la chica. Ahora estaba en prisión provisional con riesgo de que le cayera una larga condena. Ahmet olvidó su orgullo herido, cogió el anillo de Hadji y se lo entregó para que ella se lo hiciera llegar a la familia. Yo

ansiaba quedarme a solas con ella, pero Ahmet era como una lapa. Me irritaba que ella se riera con sus payasadas y a él le complaciera acaparar su atención. Cuando jugó su última carta y nos invitó a cenar, le dije:

—Tu mujer ha llamado hace un momento, tenéis invitados hoy.

Era una verdad a medias; su mujer había llamado, pero solo para avisar de que Ahmet no esperara encontrarse con la comida hecha porque ella se iba de visita a casa de unos conocidos.

—Donde comen dos, comen tres —insistió él con mirada asesina, pero ella ya había captado mi estratagema.

—Quizá otra vez —dijo amablemente. Una no se complica con obreros casados.

—Todavía no es la hora de cerrar —vociferó Ahmet cuando nos íbamos.

—Haré horas extras mañana —vociferé yo. Un tomate del distrito de Mármara, a juzgar por el color y el tamaño, voló por encima de mi cabeza.

—¿Os dedicáis a esto aquí? —se rio ella.

No la había visto reírse en nuestro anterior encuentro. Era atractiva de una manera que casi nunca las jóvenes consiguen ser. Yo me mantenía callado a su lado. Parecíamos amigos con una larga historia detrás y quizá lo éramos. El camino que andábamos era solo continuación del de la plaza de Taksim.

—¿Así que te vas a casa? —me preguntó.

—No de inmediato, podemos sentarnos un poco si te apetece —propuse. Ella titubeó.

—No sé. Yo tengo que volver a la lonja, claro, para dar las clases cuando me toque.

—Sí, claro. —Quedé decepcionado y se notaba en mi voz.

—Pero dispongo de un poco de tiempo. No supone nada malo pasar un rato contigo.

No había ningún motivo para ponerse tan contento como me puse, pero simplemente fue así. Nos sentamos en un café, un tradicional bastión masculino debajo del puente. Fumadores de pipas de agua, jugadores de cartas y de *backgammon* levantaban la vista, entre curiosos y críticos, para devolverla a sus ocupaciones después. A ella, claramente, le gustaba provocar a los hombres. Pero parecía como si estos empezaran ya a acostumbrarse a los

nuevos tiempos. El aroma de pescado frito que venía de las barcas ancladas a lo largo del muelle, los gritos de las gaviotas, los ruidos de personas y de máquinas y una mezcla de gases procedentes de tubos de escape y olor a agua salada llenaban el aire. No sabía qué decirle.

—¿Tienes novia? —me preguntó.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Ayfer. ¿Cómo te llamas tú?

—Zuhal.

Yo le dije mi nombre. Pareció no gustarle.

—Yo te llamaré… Ah, espera… Te llamaré «mi amiguito querido». ¿Te parece bien?

No me parecía bien. Hubiera deseado que usara mi nombre, además, ella creía que estábamos equiparados en edad.

—No te disgustes. No a todo el mundo le llamo amigo, además somos compañeros de armas y esto es lo que cuenta.

—¿Qué llevas hoy en el bolso?

—Solo mis libros, pero hoy no hablemos de eso. Háblame de tu novia.

Le hablé de Ayfer. Le conté casi todo. Solo omití aquel día que acudió a mí para ser mía. En cuanto al resto, no entiendo por qué le abrí mi corazón por entero. Quizá porque era una extraña. O al contrario, quizá porque la conocía muy bien.

—¿Como Ferhad y Shirin? —se sorprendió.

—Yo prefiero a Romeo y Julieta.

—Tuvieron el mismo destino. Ninguno de ellos obtuvo a su amado o amada. Déjala. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Dejarla? —Eso me irritó—. ¿Por qué dices eso? Yo la amo.

Ella se reclinó hacia atrás con una sonrisa ni irritante ni consoladora.

—¡Amor! Es una ilusión. El amor no existe.

—Claro que existe —dije yo tozudo.

—El amor entre hombre y mujer consiste solo en sexo, amigo mío.

Quizá supiera de qué hablaba. Le podía haber preguntado si se basaba en una profunda sabiduría fruto de la experiencia, pero tenía miedo de ofenderla.

—Deberíamos amar solo a la humanidad, y esto bien poco tiene que ver con el sexo.

Sacó el monedero del bolso y dejó un billete en la mesa. Yo protesté.

—La próxima vez pagas tú —dijo inclinándose sobre la mesa—. Hablo en serio. Déjala. Tú sabes que no es mujer para ti, ¿no es cierto?

Me pregunté quién se creía que era esa mujer para mí.

Otoño de 1977, finales de agosto

Amigo querido:

¡No era yo! ¿Qué creíste? En el lugar que estuve la última vez, las palomas mensajeras eran el único medio de comunicación. Tengo la sensación de que te mimé un poco al llamarte por teléfono desde la civilización. Así que no malgastes esperanzas cada vez que suene el teléfono y no te dé tiempo a cogerlo. Me llegaron dos cartas tuyas cuando volvimos de las montañas. Me estaban esperando en la recepción del hotel. ¡Imagina lo contenta que me puse! ¡Y cómo escribes! Los poemas eran hermosos. Me imagino que son enteramente tuyos. Vas a convertirte en nuestro Maiakovski, un poeta revolucionario puro. Pero alerta, todos los sueños pequeño burgueses asoman en tus versos. ¿Y quién es esa mujer tan evocada?

Deberías estar aquí con nosotros. Lo digo en serio. La próxima vez quizá, si hay una próxima vez. Lo que vemos con nuestros propios ojos no puedes ni soñarlo. No hablo solo de la naturaleza, que es fantástica: montañas libres, bellas, salvajes, que la mano del hombre no ha arruinado. ¡También los contrastes! Salen a tu encuentro como un inesperado golpe en la cara. Cuando empiezas a subir desde la ciudad —relativamente civilizada— sientes que llegas a otro mundo. Allá arriba solo hay población diseminada, sin carreteras, sin electricidad, sin agua corriente, y la pobreza es mucha (es lo que menos sorprende). La riqueza, al contrario, está en el corazón de las gentes. Deberías haber visto la hospitalidad con la que fuimos recibidos. Es una pena que no domine su lengua. Afortunadamente llevamos un intérprete con nosotros, un estudiante de estas tierras. El otro día salimos a hacer una larga excursión por las montañas con una chica del lugar como guía. Sin ella seguro que nos hubiéramos

perdido en un abrir y cerrar de ojos. Era como una cabra montesa, callada, obstinada y de andar veloz; yo tenía la sospecha de que para sus adentros se reía de nosotros, pobres urbanitas. Y cuando un muchacho le preguntó si no pararíamos pronto para fumar, ella lo miró con ojos funestos y negros y le dijo: «Acabamos de empezar», en un turco macarrónico. Sin embargo, fue bueno llevarla con nosotros; de repente, al llegar a determinado lugar, despareció el sendero, y solo a un paso había un despeñadero de cientos de metros. Un cadáver de vaca en la orilla del río avisaba de lo que les esperaba a quienes perdieran pie. Al final llegamos a casa de una familia, arriba en las montañas. El hombre de la casa quería sacrificar un pollo en nuestro honor. Puedes imaginarte los chillidos que dimos nosotras las chicas. Se ofendió un poco, pero tuvo que darse por vencido. Al pollo se le distinguió con una cinta roja, es decir, se salvaría de ser degollado para toda la eternidad. Mañana haremos otra excursión. ¡Si tenemos fuerzas!

No me dio tiempo a terminar la carta y tuve que llevarla conmigo todo el camino hasta orillas del mar Negro. Fatsa es una pequeña ciudad de la costa. Aquí la gente tiene mucha conciencia política. Ahora nos alojamos en casa de unos amigos. Vamos a quedarnos un tiempo. Al final de la carta encontrarás la dirección, así que puedes escribirme aquí. Noticia: entre Kemal y yo (el muchacho de la plaza de Taksim, ¿lo recuerdas?) suena música dulce. Nada fulminante procedente del azul del cielo en realidad. Revoloteaba en el aire desde hacía mucho. Y la fresca brisa bresca de mar puede haber puesto de su parte. A pesar de que me haya ablandado un poco, todavía no me he lanzado de cabeza al amor. ¿Celoso? No tienes por qué estarlo. ¡Él podrá poseer mi cuerpo, pero mi corazón, nunca! En él también existen las montañas. Fuimos de paseo los dos solos ayer. Verdes bosques, cielo azul, un reflejo de mar a lo lejos. Llovió un poco al mediodía. «A esto llamo yo montañas. Decididamente aquí se podría iniciar una guerrilla», dijo Kemal. Las montañas de Dersim eran demasiado duras para el muchacho.

Por cierto, ¿cómo te va con esa tal Ayfer? Sé considerado con ella y déjala. Sé que el tema te irrita, pero tienes que decidirte. ¿Quieres ser revolucionario o padre de familia con cinco hijos?

Kemal sintió curiosidad: «¿Qué estás escribiendo?», me preguntó. «Tomo notas», le dije. No es del todo mentira, también tomo notas. Un poco infantil quizá, pero quiero tenerte solo para mí, como mi secreto. No confío en los hombres. Vosotros no entendéis nada. Bueno, bueno. Tú sí que entiendes un poco. Tengo que terminar ahora. Escríbeme. Largo y tendido.

Te añoro.
Besos y abrazos,
Zuhal

P. S.: También añoro Estambul, el olor de los tubos de escape y toda la mierda de allí.

Yo sí que la añoraba. Desde el día en que abandonó Estambul. Zuhal estaba con un grupo de estudiantes haciendo una investigación sobre el país, o algunas partes del país, y quería escribir una tesis sobre las condiciones económicas y sociales. A mí no me interesaba, lo que me preocupaba era solo que se hubiera ido tan lejos. Había aparecido en mi vida como viento arremolinado de tormenta. Era también divertida y directa, sabía muchas cosas y amaba charlar, y además tenía coraje negociador. Era otras cosas y mucho más que la mujer de la plaza de Taksim empuñando una pistola. Mi admiración por ella como modelo político casi no tenía límites. Me atraía, a pesar de que nunca aparecía en mis sueños eróticos. Enamorarse de ella no era difícil, pero a la vez no resultaba sencillo. Era hábil para conseguir ser asexual y evitar anhelos indeseados. Me trataba con corrección, a veces con signos de flirteo, y dejaba claro que me valoraba mucho, como la vez que medio en serio, medio en broma, dijo:

—Algo sucedió entre nosotros en la plaza Taksim que nos ató para siempre. Si no te hubiera encontrado de nuevo, me habría convertido en una mujer triste para el resto de mi vida.

Un par de veces me llamó desde ciudades de exótico nombre. Su estancia de estudios se prolongó, según ella con el beneplácito del rector, y empezamos a escribirnos. Ella, cartas breves y precisas que relataban los momentos álgidos del viaje. Yo, cartas largas, la última con un total de dieciséis líneas, explicándole de todo. Dado

que la nuestra era una correspondencia irregular, pues ella cambiaba de lugar de continuo, yo no esperaba a tener respuesta antes de tomar de nuevo la pluma. Las cartas le llegaban de forma milagrosa a través de un privado sistema postal; siempre había una u otra persona que partía en pos de sus pasos. Así fue como descubrí que me gustaba escribir. Como buen hijo de mi madre, me fascinaba la poesía. Pensaba que la poesía era la más compleja y bella de las formas de expresión. Poder comprimir todo un mundo en un par de palabras resultaba igual de fascinante cada vez que se conseguía. Me sentía orgulloso de su reconocimiento y apoyo a lo que yo llamaba con toda seriedad mi poesía, y paulatinamente me hice dependiente de esa sensación. No sé si era cierto eso de pequeño burgués, pero tenía la esperanza de que mis poemas reflejaran amor desesperado, nostalgia, infinita tristeza y un luminoso optimismo por un mundo mejor. Las mujeres de mis poemas no eran ella, todavía no, eran mujeres un poco etéreas, inacabadas y diferentes de ella. Eran receptoras pasivas. Y a un tiempo, eran diferentes de las mujeres de mis anteriores poemas, inspiradas más bien en Ayfer. Las de ahora no eran objetos amorosos en igual medida.

Me puse celoso cuando leí lo de ella y Kemal, era esa clase de celos que se sienten cuando se sorprende la intimidad de la madre y el padre, o cuando la hermana encuentra novio. O eso era lo que prefería creer yo. De todas maneras, era a Kemal a quien había escogido, podía haber sido peor.

En septiembre volví a la escuela. La despedida de Ayfer fue algo triste. Me abrazó como si no fuera a volver. La había visto poco ese último mes. Si no pasaba mi tiempo libre con Zuhal, me reunía con mis compañeros por las noches hasta tarde. Tenía mala conciencia, y no a causa de Zuhal, porque no se trataba de competitividad. Eran dos mujeres diferentes que satisfacían distintas necesidades mías. Ayfer y yo íbamos al cine o nos sentábamos en el derruido muro las pocas veces que estábamos juntos. Yo procuraba que siempre hubiera alguien con nosotros. Ayfer no se quejaba, poseía el sosiego de los creyentes estoicos, los que creen incondicionalmente en el destino. No me cabía la menor duda de que sufría en silencio, pero yo no disponía del remedio que pudiera curar su sufrimiento. En instantes robados, cuando podía tenerme en sus brazos y besarme

sin ser vista, expresaba sus anhelos, no con palabras, sino con intensa pasión.

El último año de Secundaria nos cuidaban, nos trataban como a huéspedes. Era una merecida paz después de siete años de pasar fatigas. Los profesores y los directores hacían la vista gorda con casi todo; el estrés de los exámenes y de los trabajos pasaba a ser una idea desconocida. Los alumnos más jóvenes admiraban a esos héroes que habían sobrevivido a casi todo. Aquellos que, entre nosotros, no tenían grandes ambiciones, disfrutaban ahora la posibilidad de flotar despreocupados durante todo el otoño, el invierno y la primavera. Y ese paso al «año de relax» era obligatorio celebrarlo. Por ser alumnos del último curso nos habían concedido una sala propia como dormitorio. Éramos cincuenta amontonados en literas, nada de vida lujosa comparada con la prestigiosa Eton, pero estábamos terriblemente satisfechos por no tener que dormir con el resto de la escuela. Lo más importante de todo era que esta sala no estaba incluida en la ronda de guardia que los profesores hacían por la noche. Recogimos dinero, el «comando vino» trepó por el muro y, después de colgarse en la oscuridad de la noche, vació las estanterías de la tienda más cercana. El «comando comida» realizó una rápida razia por la cocina. Antes de irse, dejaron una nota con la firma de Arsène Lupin en el rincón donde poco antes colgaba una tremenda pierna de cordero. Arrinconamos las literas al fondo y dispusimos la mesa en el extremo de la sala. El Árabe, virtuoso como nadie, amenizaba la velada con guitarra. Previo aviso de que podía tocar de todo con una única excepción: el maestro Rodrigo. Todos estaban hasta la coronilla de despertar cada mañana con el concierto para guitarra de Rodrigo. Colocamos sobre la mesa botellas con vino tinto barato, no se había roto ni una durante la escalada del muro. Chiko, el cocinero, y su asistente freían los filetes de cordero al calor de la estufa de parafina. El primer brindis se dedicó a honrar a este, buen y viejo, hogar nuestro, acompañado de la tonada de «Bella Ciao». De los rincones más polvorientos del olvido rescatamos recuerdos y fueron contados en versiones contradictorias. La nostalgia quedó prendida a nuestros hombros como acompañante. La cuarentena durante la epidemia de cólera de hacía siete años, los fantasmas que transitaban todavía por el edificio antiguo, repasamos todos los compañeros que por diferentes

razones nos habían abandonado con el paso de los años, en total cincuenta y cinco; las primeras chicas, en las clases mixtas, que nos convertían en la última promoción de varones en la historia de la escuela; ese largo mes de boicot escolar, en 1975, por la democracia del alumnado y las libertades y los derechos escolares; razias policiales, arrestos, expulsiones. Una vida completa, desde la niñez hasta los dieciocho. Cuando el Árabe finalmente rasgó las cuerdas para tocar el concierto para guitarra de Rodrigo, amanecía. Esa era nuestra forma de despedirnos de la escuela, porque no había tradición de celebrar una fiesta al acabar la Secundaria. Cuando el semestre de primavera terminara, dentro de unos diez meses, todos emprenderíamos nuestro camino con un simple «hasta la vista». Nunca nos diríamos «adiós».

Al día siguiente, a cinco de nosotros nos llamaron a la oficina del director. Esparcidas por todo el suelo encontraron entre veinticinco y treinta botellas de vino, vacías. Pero el mismo director había sido alumno de la escuela y bastante gamberro.

—El personal de limpieza ha encontrado estas botellas bajo vuestras camas. ¿Qué tenéis que decir a esto? —preguntó.

Los demás tenían aspecto cansado y abúlico; así que fui yo quien respondí en nombre de todos.

—Puedo ver una gruesa capa de polvo en todas ellas. Seguro que han estado allí desde el último curso. Mala higiene.

Esfúmate —dijo el director. Acababa de conseguir que los chicos estrenaran la sonrisa del día además de procurarme un enemigo.

La última carta de Zuhal me llegó a mediados de octubre. Era corta y me informaba de que no me escribiría más, sin explicar por qué. No me preocupé demasiado. Preocuparse no cambiaría nada. Su vida estaba regida solo por sus propias reglas. Yo prefería pensar que sabía lo que hacía. Y no dudé nunca de que volvería, por eso nunca se me ocurrió imaginarme mi vida sin ella y cómo eso podía cambiarla.

Pensé mucho en Ayfer a lo largo de ese otoño. Mi participación en la vida escolar era efímera y se caracterizaba por determinados hábitos. Me sentaba al final de la clase y ojeaba el periódico. Siempre juntábamos dinero para comprar todos los periódicos del día. Pocos de nosotros teníamos energía suficiente para seguir las clases antes de que sirvieran el almuerzo. Las letras nunca habían

gozado de buena fama, se la habíamos cedido a los de ciencias. Por la tarde, el Padrino nos divertía con su inglés-turco mezclado con dialecto de la zona del mar Negro. Camello lo provocaba siempre con comentarios venenosos, tanto a él como a los demás profesores. Locomotora era el único que se tomaba las clases en serio y aportaba migajas de dignidad a nuestra existencia de alumnos. También era el único con apodo puesto por una profesora: la de literatura, una emprendedora mujer capaz de desviarse millas del programa para conseguir que participáramos. Le puso el sobrenombre «Locomotora» por su incansable dedicación y esmero, nosotros solo éramos vagones vacíos tirados por él. Un día, a finales de octubre, desperté de mi ensueño cuando el profesor de inglés explicó a la clase:

—Vuestro querido amigo Alcornoque ha obtenido un brillante 75 en la última prueba, una nota muy por encima de las demás. Solamente esto ya vale para confirmar que *Sons and Lovers* no es un libro aburrido.

Nos lo había presentado todo en bandeja de plata, un análisis suyo de veinte páginas, porque no contaba con que ninguno de nosotros se molestara en leerlo para el examen. Pero, para fortuna suya, precisamente yo lo había hecho.

—Esas pequeñas alegrías le ayudan a uno en la vida a preservar la autoestima de profesor —concluyó.

Invierno de 1977

Zuhal volvió a principios de diciembre. Cuando un alumno más joven que yo vino a buscarme y me dijo que tenía visita, pensé enseguida que era mi madre, que no había pisado la escuela desde la muerte de mi padre. Los miércoles de los primeros años nos sentábamos todos en el muro pequeño de la adoquinada entrada para vehículos, a la espera de nuestras madres. Madres, porque la mayoría de alumnos fueron seleccionados entre niños que no tenían padre. Como dijo uno de nosotros más tarde, no todos teníamos padre, pero algunos teníamos madres muy bellas. Mi madre no se perdía nunca un día de visita. Acostumbraba a traerme una bolsa con manzanas, naranjas y uvas; me acariciaba, me olisqueaba y hablábamos toda la tarde. Cuando se iba, luchaba por contener las lágrimas, pero para animarme me decía que solo faltaban dos días para que llegara el viernes. Dejó de venir a visitarme cuando murió mi padre y yo supe por qué. Me había convertido en el hombre de la casa.

Allí de pie con su boina, chaqueta de piel de cordero, su falda larga de lana y botas bajo los blandos y pesados copos de nieve que se desplomaban de un cielo invernal, Zuhal parecía una chica de la Resistencia de una película francesa. Cuando se lo dije, se rio levemente.

—¡Ten cuidado, no vayas a seducirme! —dijo y me besó en la mejilla con labios fríos.

Yo estaba contento y agradecido de tenerla allí, contento de que apareciera en un periodo en que la necesitaba. Se había convertido en mi prima, me dijo, eso era lo que le había dicho al portero cuando se presentó. Así que, por qué no darle un beso que hiciera totalmente creíble el parentesco. En su lugar, le di un exagerado abrazo alzándola del suelo.

—Vale, vale, seguro que al portero ya no le cabe la menor duda

—dijo riéndose.

Los incondicionales de mi pandilla, Levo y Gülnur, nos miraron con curiosidad, a distancia. Les presenté a Zuhal sin darles ninguna clase de información adicional. Estaba orgulloso de exhibirla ante mis amigos incitando su fantasía desenfrenada. Levo, de ojos verdes, los más bellos que se hayan visto jamás en un muchacho, y Gülnur, una dulce y suave morena, eran novios. A ninguno de los dos les interesaba mucho la política.

—Puede ser liberador tener gente a mi alrededor que no hable todo el tiempo de política —dijo Zuhal cuando salimos de la escuela, otro de los privilegios de los alumnos de último curso de Secundaria en los días de visita. Teníamos mucho que explicarnos. Nieve reciente crujía bajo nuestros pies mientras andábamos y charlábamos. Ella se había afincado de nuevo en la buena y vieja Estambul y visitarme a mí fue una de las primeras cosas que hizo, me contó. Era maravilloso formar parte del ambiente estudiantil de nuevo y se sentía afortunada porque se había escapado por los pelos de ser expulsada, gracias al decano de la Facultad. Yo no le pregunté qué había hecho los últimos cuatro meses. Ya me lo explicaría cuando llegara el momento, o quizá no. El café más cercano adonde se podía ir con una mujer sin ser observado con ojos atónitos estaba en el barrio vecino. No había que andar mucho. Pero me tenía preparada una sorpresa si conseguía no impacientarme. Paseamos a lo largo del mercado local, por la calle Miércoles. Era un nombre raro para una calle; pero quizá era porque en ella los miércoles se había celebrado mercado desde los albores del mundo. La calle acababa en el gran patio de la mezquita del sultán Mehmet, construida para honrar a los conquistadores de la ciudad. Los anexos que rodeaban la mezquita habían servido antiguamente para alojar y dar clases a los religiosos. Pero no sabía por qué estábamos aquí ahora, la mezquita no era un lugar para gente como nosotros que solo queríamos charlar. Mientras me conducía a uno de los anexos, un viejo edificio de piedra del siglo XVI, le expliqué que un día del año pasado mis amigos y yo habíamos bebido hasta embriagarnos y jugamos al escondite en el patio de la mezquita. Todo fue inocente y cómico, porque precisamente en el patio había pocos escondites; pero el imán no compartió nuestro sentido del humor. Zuhal se mostró más solidaria

con él que con nosotros y opinaba que debía mantenerme alejado de las mezquitas, borracho o no. Al subir las escaleras de piedra, rodeados de una atmósfera de cientos de años de historia, pensé que quizá habíamos venido para visitar a un pariente clérigo. Al fin, en el tercer piso, abrió una pesada puerta de madera con llave propia, tan arcaica como aquella y dijo:

—Bienvenido a mi pequeña madriguera.

La habitación no era más grande que una celda, de techo alto y muy fría. En su tiempo estuvo seguramente pensada para servidores de Dios que se contentaban con poco. Con los arquitectos actuales se había conseguido, de forma milagrosa, introducir toda la luz posible por medio de multitud de aberturas en el muro de piedra. Había dos camas, una mesa, dos sillas y una alfombra extendida sobre el suelo de piedra. El resto del espacio estaba lleno de libros y ropa. Los anexos estaban reconvertidos en pisos para estudiantes. Una solución nada tradicional, pero con la escasez de vivienda que había, no se quejaba nadie más que los feligreses de la mezquita. Y tenían sus buenas razones, porque los estudiantes que vivían aquí eran ateos y radicales de izquierda. Zuhal compartía habitación con otra muchacha, terriblemente seria, pero de buen trato. Con ella no había nada que pelar, tenía novio.

En una sala grande del primer piso había una cantina, pero ahí olía todavía más a historia, así que gustosamente podíamos quedarnos aquí en la celda y preparar nuestro propio té. No pude ver instalaciones de agua corriente por ninguna parte y me pregunté cómo harían para lavarse.

—El aseo matutino lo hacemos en el grifo común de la mezquita, junto con los creyentes que acuden al rezo. Es digno de ver. O si no, acudimos al *hamam* del barrio, pero ahí no tienes ninguna posibilidad de verlo —dijo. Sin duda, Zuhal tenía capacidad de adaptación. Se sentía en casa en ese lugar, en cambio a mí me estresaba.

—Es provisional —dijo— más adelante buscaré otra cosa. Pero ahora tengo que vivir en el medio estudiantil. Hay una grave división en el movimiento, amigo mío. Lo podrás comprobar por ti mismo en el futuro. Pero por el momento eso puede esperar. Cuéntame qué has hecho con tu vida estos meses.

Empecé contándole lo último:

—La he dejado.

La afirmación le hizo arquear la ceja.

—¿A quién has dejado? ¿Y por qué? —preguntó.

Sentí decepción. Había esperado que reconociera sus propias palabras, pero quizá la ocupaban cosas más importantes que recordar nuestras charlas. Con Ayfer, del fuego vivo quedaban solo las cenizas. Se lo pude explicar sin ningún nudo en la garganta, sin perder la voz ni falsos ataques de tos para ahogar el llanto.

Todo el otoño había ido a casa cada fin de semana, me había sentado en el muro mirando la casa de Ayfer. Por las tardes miraba hacia su casa desde el balcón. Un día vino su hermana pequeña y se sentó a mi lado.

—No la esperes, no vendrá. Entiende lo que tú quieres, pero no quiere nada más contigo —dijo. Así recibí el último mensaje de Ayfer. Desde entonces, la pequeña se convirtió en mi acompañante, se sentaba en silencio a mi lado, apoyaba su cabecita en mi hombro y comía pipas de girasol.

Yo seguía esperando que Ayfer llegara volando por las escaleras y se echara en mis brazos. O que me hablara desde el balcón y llamara a mi puerta. A veces me preguntaba si lo que quería era que yo hiciese algo. Si hubiera sabido qué, lo habría hecho. Un par de veces fui al sótano a hacer comprobaciones, pero no, no estaba allí. Mi madre compartía silenciosa mi pena y transitaba por la casa con una levedad de plumas, porque el ruido estaba unido a la alegría. Emel, la vecina del piso de abajo, venía a visitarme, jugábamos a las cartas y fumábamos.

—Si lo estás pasando tan mal, puedo consolarte yo —me propuso.

—Tu abuela paterna me mata —dije.

—Si no te iba a dar más que un beso, tontorrón —se rio. Pronto la casarían con un zapatero y pretendía ahogar su pena conmigo.

Un día de principios de noviembre llovía a cantaros. Yo estaba en el balcón, me molestaba mi camisa mojada y me despojé de ella. Temblaba en contacto con las espesas y frías gotas que chorreaban por mi cuerpo desnudo; pero no podía fallarle. Se abrió la puerta del balcón del otro lado. No pude ver su silueta en la oscuridad.

—Entra o te resfriarás —dijo ella con la más suave de sus voces.

No necesité ningún otro requerimiento, entré en casa y salí de su

vida.

—Triste —dijo Zuhal—. Pero vas a encontrar muchas chicas más y te vas a enamorar de todas de esa manera tuya tan intensa.

—Hablas como una madre —le dije.

Zuhal formaba parte del secretariado de la asociación estudiantil. Me llevó allí varias veces como había prometido. A los derruidos locales de un edificio de oficinas, desprovisto de muebles a excepción de una mesa y algunas sillas, siempre repleto de estudiantes entusiastas, eternos debatientes; siempre lleno de humo. Me había llevado consigo para mostrarme lo escindido que estaba el movimiento estudiantil. Desde el primer momento me sentí incómodo allí. No porque no fuera uno de ellos, a nadie le preocupaba eso, sino debido a la amarga atmósfera reinante, parecida a la de las parejas antes de separarse. Era enervante, aunque todo ocurriera democráticamente y de forma diferente a la que yo estaba acostumbrado. En la escuela se podía decir: «Ah, hermano, te acaban de quitar los pañales», y callarle la boca a un oponente. Aquí los discursos eran como duelos, las palabras eran cuchillos y balas. Una y otra vez se discutían dos temas. ¿Había que priorizar la lucha contra los fascistas o la lucha contra la oligarquía? Y ¿había que luchar con medios pacíficos o con las armas?, preguntó alguien.

—Somos nosotros los que morimos siempre, mientras los asesinos quedan impunemente en libertad. ¿Por qué no darle la vuelta a esto?

Otros eran más prudentes, opinaban que la lucha contra el fascismo era una fase táctica, y el enemigo principal, la oligarquía, no era para nada un tigre de papel.

Los protagonistas del debate tenían facilidad de palabra. Se apoyaban en citas escogidas de obras revolucionarias. Me pasmaba su osadía, principalmente porque podía haber espías o agentes de la policía entre nosotros. A Zuhal no le preocupaba. Los provocadores formaban, y formarían, parte de la realidad. Algunos de ellos, casi seguro, estaban entre los oradores más inflamados. Lo más importante ahora era la democracia y el debate abierto. Y la clase obrera, ¿dónde estaba? Yo me sentía confundido. Había creído que el Primero de Mayo serviría para despertar las conciencias, un hito que detendría las escisiones. En lugar de ello, se habían agrandado

más.

Zuhal no tomó partido cuando habló. Lo hacía de forma sosegada y con humor, al contrario de otros, y citó a tiranos sospechosos en lugar de a héroes revolucionarios: «… Y la sangre hierve de odio y el cerebro está desactivado, al líder no le hace falta desposeer a los ciudadanos de sus derechos. Más bien al contrario, estos, llenos de terror y ciegos de patriotismo, le cederán con gozo todos sus derechos. ¿Que cómo lo sé? Soy Julio César». Con eso ella quería advertir contra la guerra, porque eran los grandes tambores de la guerra lo que el César había usado para agitar el miedo y provocar la sumisión. Quería advertir contra el peligro de infravalorar al enemigo, que usando los mismos conocimientos podía sumergirnos en una noche todavía más negra.

Zuhal y Kemal eran tan diferentes… Mientras Zuhal llamaba a la calma, Kemal cosechaba enormes aplausos. Tenía una figura imponente, como recién caído de Sierra Maestra. Con su estirada, enjuta y famélica silueta, su pelo desarreglado, barba poco poblada y bigote, con una parca militar desgastada y botas militares. Primero miraba a los jóvenes, hombres y mujeres, allí reunidos de pie y sentados, apretados unos contra otros, y después empezaba sus intervenciones siempre con la misma réplica:

—A pesar de las armas que tengan, nosotros tenemos nuestros sueños. —Y después con voz en continuo ascenso—: ¿Vamos a dejar que ganen los fascistas y la oligarquía? ¿Vamos a dejar que la historia nos maldiga?

Era un exhibicionista, sonaba falso. Me irritaba infinitamente con sus maneras seductoras, casi femeninas. Pero bajo esa blanda fachada era intrépido. Un día estaba yo en los locales de la organización ayudando a Zuhal con las pancartas y a copiar octavillas para una manifestación antifascista. Llegó Kemal y, como si se tratara de una información totalmente corriente, nos avisó de que la policía estaba al caer. No habíamos llegado muy lejos cuando los coches policiales rodearon el edificio. Él nos ayudó a salir por una puerta trasera. Pero nos vieron en los alrededores del local y tres o cuatro sociatas nos persiguieron. Estábamos a poca distancia de ellos. Podían empezar a disparar en cualquier momento. El día anterior, un policía que perseguía a un carterista en el puente de Galatea había abierto fuego en medio de la multitud hormigueante,

y accidentalmente murió una joven.

De repente, Kemal desapareció de mi ángulo lateral de visión. Primero creí que se había caído. Pero al girarme, le vi correr de vuelta por donde habíamos venido. Aquel día le cogieron, pero había conseguido entretenerlos para que nosotros pudiéramos ganar tiempo para mezclarnos con la multitud de la plaza Beyazi. La policía clausuró la organización. Kemal fue puesto en libertad tras cumplir arresto provisional junto a cien más, al cabo de dos días. Habíamos oído tantas cosas sobre torturas y malos tratos perpetrados por la policía… Sin embargo, él no quiso explicar nada.

—No hay nada que explicar, es parte del día a día revolucionario —dijo.

La asociación se reabrió con otro nombre y en locales nuevos, pero igual de destartalados, a una manzana de los anteriores. Zuhal fue elegida para el nuevo secretariado.

—Si la próxima vez me cogen a mí, te toca a ti sustituirme en el cargo —bromeó ella.

Esos esforzados actos de Kemal contribuyeron a que yo, poco a poco, le fuera respetando. Más adelante yo también me agencié una gastada parca militar y un par de botas, también militares. Él me cuidaba como al predilecto hermano pequeño, y sin hacerse el mandón. Si la visible debilidad que Zuhal tenía por mí jugaba un papel en ello, nunca dejó ver señal alguna que me permitiera descubrirlo.

Mayo de 1978

En mayo florecieron los árboles frutales. Membrillos, cerezas, moras, higos. La acacia se adornó como una novia blanca, la hierba brotaba a una velocidad increíble en la tierra húmeda. Las lilas que se arqueaban encima del muro de piedra perfumaban y mareaban de felicidad a los transeúntes. Los gansos repiqueteaban con sus picos en las ventanas. Las dos tortugas iniciaron un lento peregrinaje entre la casa y el muro. Casi era desconcertante la activa vida del patio. Los gorriones poblaban los árboles, las tórtolas se declaraban su amor a primera hora de la mañana. Incluso la serpiente de la casa despertó de su indolencia y dio un paseo por la hierba fresca. La limpieza primaveral en la casa otomana de dos pisos y en las otras casas del callejón donde viví en mi infancia se dio por acabada. La naturaleza y las personas se estaban preparando para el verano. Mayo, en mi infancia, era un mes maravilloso.

El comedor era como un restaurante grande, construido para acoger y alimentar a quinientos alumnos. En cada mesa se sentaban ocho personas; un profesor y un alumno de último curso ocupaban las respectivas cabeceras, y seis alumnos de cursos diferentes cada lateral. Los últimos años, esa tradición se interrumpió y a los profesores se les concedió una larga mesa propia como en un internado inglés. Cada mesa recibía el nombre del alumno del último curso. Según la tradición, yo era el rey de mi mesa. Los demás seguirían mis órdenes para empezar a comer, servir la comida y traer el pan. A mí esta tradición me disgustaba tanto como la de aterrorizar a los alumnos más jóvenes. Por fortuna, los malos tratos fueron suprimidos cuando mi curso tomó el mando. Pero por lo demás las costumbres del comedor seguían gozando de perfecta salud, ya que renunciar al poder era difícil. Por tanto, se aceptaba el abuso si no conllevaba violencia. Pero en mi mesa no

regían otras normas que las mías. Las tareas fueron repartidas en función del lugar donde se estaba sentado, no según la edad o el curso. Todos, incluso yo, éramos responsables de que hubiera agua y pan en la mesa. La mía era el punto de encuentro de mis amigos cuando los comensales se habían retirado. Lo hacíamos a diario; nos quedábamos charlando con el continuo tintineo de los cubiertos de fondo. La vida del internado se componía de hábitos y costumbres fijas, y ese enorme comedor era parte de ellos.

Ese día de mayo, estaban sentados a mi mesa Levo y Gülnur, la comida había terminado. Ellos dos tenían la más retraída de las relaciones amorosas. No se declaraban su amor ni se cogían de las manos y nunca se besaban. Pero cada uno por separado, Levo por las noches en el dormitorio y Gülnur en los minutos libres del día, me llenaban la cabeza con confesiones sobre sentimientos desesperados e inexplicables, y complejos cambios psíquicos. Parecía que les gustara más filosofar que actuar. Yo, por mi parte, tenía poca inclinación hacia el amor platónico, o lo que fuera, y les exhortaba a que se hicieran las confesiones entre ellos en lugar de a mí. Pero mis ruegos caían en saco roto. Ahora estaba yo sentado en la cabecera de la mesa, con uno a mi derecha y otro a mi izquierda. Tuve la tentación endiablada de improvisar una ceremonia de boda para ver cómo reaccionaban. Pero la diablura se me quedó en el tintero al llegar Semra.

—Veo que ni después de la comida abandonas tu sitio. ¿Qué se experimenta siendo el hermano mayor de la mesa? —dijo antes incluso de calentar la silla. Intentaba provocarme. Pero yo no deseaba parecer un idiota inepto.

—¿Quieres cambiarme el puesto y experimentar esa excelente sensación?

Semra no era de esas mujeres que renuncian a decir la última palabra.

—No, gracias. Tienes aquí más de una chica con derecho prioritario para gozar de tal honor —dijo.

Era sabido, y eso suscitaba grandes envidias, que en mi mesa se reunían a diario siete chicas. Ninguna otra mesa podría haberlo soportado; ni cuantitativa ni cualitativamente. Se debía a una absurda historia. Como miembros del consejo de alumnos, a mí y otros muchachos de tercero se nos otorgaba la autoridad de

inspeccionar la cocina, decidir el menú de la semana y distribuir a los alumnos en mesas a principios de curso. En la reunión que hicimos para organizar esto, no hubo desacuerdo en la distribución general del sexo femenino; pero cuando se llegó a las chicas más populares, la reunión perdió la ya escasa seriedad que tenía. Empezaron a tirarse de los pelos. Yo no entendía la ventaja, ni cómo contribuía a la mutua atracción el mero hecho de tener a la chica a la que se había echado el ojo en la misma mesa. Más teniendo en cuenta la cantidad de embadurnamiento, eructos y parloteo con la boca llena que presenciábamos. Después de repetidos y vanos intentos de parar la discusión, abandoné la reunión. Al día siguiente, cuando acudí a desayunar, tenía a siete chicas sentadas a mi mesa, tres de ellas eran las más rubias de entre todas las rubias y con los ojos más azules de toda la escuela. Las otras cuatro, solo variantes más jóvenes de las primeras. Ellas parecían tan sorprendidas como yo. Esa era la solución de compromiso a la que habían llegado las partes enfrentadas del consejo escolar: destinar a mi mesa a las que habían sido objeto de la pelea. Este episodio me valió todavía un apodo más, Charlie, que conseguí casi enterrar lanzándome a una desaforada lucha, al menos para impedir que se divulgara más allá de un reducido círculo.

Semra sabía que las rubias poco inteligentes no me atraían más que ella, pero no desperdició la ocasión para averiguar si discutíamos temas interesantes en las comidas.

—Claro que sí —dije—. Estoy al día de todo lo que ocurre en los dormitorios de las chicas.

—¡Tamaña tontería! —dijeron ella y Gülnur a coro—. No puede ser verdad.

Entonces les di ejemplos concretos de quién se lavaba el pelo cada noche y cuánto tiempo empleaba, quién llevaba los camisones más sexis y qué chicas estaban interesadas en qué chicos. Todo ello para enorme regocijo de Levo.

—¡Ah, rubias asquerosas! —exclamaron las chicas de nuevo al unísono. Las dos se lanzaron a despotricar sobre esas jugosas historias de los dormitorios. Nosotros chismorreamos y nos reímos hasta que apareció Camello con cara de entierro, tan inusual en él que parecía llevar pegada una máscara tétrica. Acababa de oír por

la radio que los fascistas habían asesinado a siete estudiantes y herido a muchos más en un atentado que habían perpetrado a la entrada de la universidad de Estambul. Mayo, en mi infancia, era un mes maravilloso. Mayo, en mi juventud, fue un sangriento desfile de muerte.

Tenía que conseguir llegar hasta allí. Quería estar con los que lloraban a sus compañeros y tenía que encontrar a Zuhal. No sabía quiénes eran los siete muertos y eso empeoraba mi ansiedad. Un solo rostro aparecía ante mis ojos. El de Zuhal. Pensar en ella me producía una dolorosa presión cerebral de la que no podía deshacerme. Mi Zuhal, mi amiga, tenía que dar con ella, tocarla. Mi mente no descansaría hasta que lo hiciera.

Me detuve delante de la oficina del subdirector. Uno de los cuatro de la escuela, el más amable e ingenuo de todos, el que nunca perdía la fe en que las personas nacían honradas y honradas vivían. Mientras pensaba allí plantado escuché pasos detrás de mí. Llegó Semra corriendo.

—Voy contigo —dijo jadeante.

—¿Adónde?

—Adonde tú vayas. A la universidad.

No me hacía falta cargar con nadie y se lo dije. Se puso furiosa, eso me sorprendió.

—No eres el único que está preocupado, asno arrogante.

—No lo entiendes. Tengo que buscar a una persona, quizá esté entre los muertos o los heridos.

—¿A quién?

—A una conocida. Una chica.

—¿Una chica de la que yo no sé nada?

—Sí, una chica muy especial.

Mi voz tembló, algo me subió desde el vientre hasta el pecho y se me instaló en la garganta. Semra sonrió confusa, como si temiera que fuera a estallar en llanto de un momento a otro.

—¿Cómo has pensado conseguir permiso para salir? —me preguntó.

—Mentiré.

—Soy una experimentada mentirosa —dijo, llamó a la puerta y con decisión entró a la oficina del subdirector. Él, sentado detrás de su mesa, ojeaba unos documentos y sonrió al vernos.

—Pasad, pasad —dijo amablemente—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Mi madre está gravemente enferma —dijo Semra sin cambios en la voz. ¿Mentirosa experimentada? Qué idiota había sido dejándole llevar la delantera. Era la última vez que me dominaba. Podría muy bien esfumarse, irse directa al infierno.

—Una triste noticia —dijo el subdirector—. ¿Crees que podrás volver en el curso de la tarde? —Ya había empezado a rellenar el impreso del permiso.

—Espero que sí. Por cierto, me lo llevo a él de acompañante.

—¿Es acaso Alcornoque pariente tuyo? —preguntó con ironía exenta de mala intención. Si le hubiéramos dicho que sí, se lo habría creído.

—No —dijo Semra—. Es para que me consuele. —Fue una respuesta sincera y romántica, al menos para el subdirector.

Una vez fuera de la escuela, con el permiso en la mano, me inundó de nuevo la irritación, como si fuera Semra la causante de todos mis problemas.

—Tu madre, ¿gravemente enferma? ¡Si no tienes madre!

—Un riesgo calculado que tuve que correr. Es imposible que el subdirector lo sepa todo sobre las madres y padres de los alumnos, ¿no es cierto?

—Pero puede averiguarlo, ¿no es cierto? —dije imitándola.

—Entonces podremos asegurar que todo fue una auténtica confusión.

Me rendí. Apelar a su lógica era como luchar contra molinos de viento. Tomamos el autobús y lo olvidé todo nada más sentarnos. Uno de los autobuses de esa línea había atropellado a una mujer. Hacía mucho tiempo, pero recuerdo con claridad cómo se levantó el autobús, creí que se había montado en la acera, y recuerdo cómo fuera la gente gritaba aterrorizada. Yo abandoné el lugar sin ver a la persona atropellada. El cerebro humano funciona metódicamente estableciendo relaciones encadenadas. Enseguida entendí por qué recordaba ese episodio ahora. Tenía que ver con la mujer que arrollaron en la plaza Taksim, que a su vez me evocaba a Zuhal y el día que la conocí. Mi pesimismo actual hacía que vinculara a Zuhal con las dos mujeres muertas.

No estaba claro qué esperaba encontrarme en la plaza Beyazit,

donde estaba la entrada a la universidad de Estambul. Pero allí la vida seguía su curso normal, con gente, vehículos, vendedores ambulantes y toda clase de ruidos urbanos. Incluso los dos coches policiales blindados delante del portal formaban parte de la escena cotidiana. El cinismo que arrastra la desidia de la vida, el que todas las huellas hubieran quedado enseguida borradas, me confundió. Paré al azar a varios transeúntes, pero solo pude ver angustia y compasión en sus ojos, como si yo fuera un paciente psiquiátrico. Decían que no sacudiendo la cabeza, no habían oído nada de un atentado, o eso fingían. Al final, un vendedor ambulante me gritó: «Acércate, hermano». Los muertos y los heridos habían sido retirados hacía mucho rato, los asesinos habían desparecido enseguida, me contó.

Desafortunadamente, él no sabía nada sobre la identidad de los fallecidos.

—Ven, probemos en la asociación estudiantil. Puede que la encontremos allí —dijo Semra.

Tenía que estar allí si todavía estaba con vida. ¿Por qué no lo había pensado antes? Estaba ciego, sordo y atontado.

Deseaba deshacerme de Semra. Algo gritaba dentro de mí: «Abandónala». Demasiado tarde. Tuve que encontrarme a Zuhal con Semra a mi lado. Pude ver el reproche en su mirada. Después de Ayfer, sabía que Zuhal no toleraría verme rodeado de más mujeres.

Con los zapateros de las angostas bocacalles había niños pequeños trabajando con aspecto de cansados. Debían seguir trabajando todavía muchas horas, seguro que comían poco o nada y recibían muchas broncas. Al final del día, algunos de ellos —los huérfanos y sin casa— esnifaban pega debajo del puente y pasaban allí la noche arropándose unos contra otros para calentarse. Un poco más allá, delante de los talleres textiles, chicas jóvenes con batas azules de trabajo fumaban y charlaban. Con pequeños toques de codo mostraban cierto envidioso interés por Semra, la bien arreglada y afortunada hermana compañera. A mí, las maliciosas, me guiñaban el ojo. Todas las obreras me recordaban a Ayfer. No sé si a ellas yo les recordaría especialmente a alguien. ¿Qué hubieran pensado de mí si les hubiera dicho: «Acompañadme, vayamos a presentar nuestro último homenaje a los que fueron asesinados por defenderos a vosotras»?

Los locales de la asociación estaban llenos de estudiantes. Por falta de espacio, quedaron grandes grupos de gente fuera esperando sin hacer nada. Como si no hubieran conseguido entradas para una deseada obra de teatro y no quisieran abandonar el lugar. Constituían un muro impenetrable, a cada intento que hacíamos para abrirnos paso sonaban voces desalentadoras diciendo: «¿Adónde pretendes ir, hermano?». Yo no les hacía caso y continuaba abriéndome paso a codazos. Al fin conseguimos llegar hasta el descansillo.

Empecé a gritar el nombre de Zuhal, primero casi inaudible, después con fuerza y cadencia crecientes, como en un partido de fútbol. No sé si me ayudé con palmadas, pero alguien junto a mí, posiblemente por psicología de masas, se sumó al llamamiento. Enseguida se demostró que el grito de «Zuhal» era igual de efectivo que el «¡Ábrete sésamo!». El inquebrantable muro humano se abrió milagrosamente en dos y al final de todo estaba Zuhal con una descarada y ancha sonrisa en el rostro:

—Eres increíble, mi loco amigo.

La gente se rio y mi pequeña audacia se convirtió en una bien acogida distracción en medio de la engullidora tristeza de ese día. El repentino entusiasmo de la asamblea se apagó enseguida, la gravedad caracterizaba las palabras y los actos de aquella asamblea. Zuhal y Kemal formaban parte del comité organizativo que discutía los detalles para la gran demostración antifascista del día siguiente. Ella dirigía la asamblea con autoridad de guerrera amazona, tan convincente que los hombres de su alrededor no sabían hacer otra cosa que corroborar lo que decía asintiendo con la cabeza.

Me quedé asombrado. Semra a mi lado no dijo nada, solo escuchaba de brazos cruzados. Kemal estaba inusualmente callado, sentado con la espalda recostada y los ojos cerrados, quizá signos de descontento. Yo esperaba que fuera eso, esperaba que hubiera desacuerdo entre ellos dos. Zuhal solo se ocupaba de los problemas que tenía delante: la seguridad de los participantes, la policía, la animadversión de los sindicatos. Maldecía y usaba el término «ratas cobardes». Yo sabía que expresaba su frustración, en parte, pero que también era una actuación de cara a la galería. Kemal también lo sabía, y se rio cloqueando como una gallina. Semra, que no sabía nada, parecía levemente conmocionada. Cuando acabó casi todo y

ya no quedaba prácticamente nadie, nos sentamos los cuatro juntos. Apeada del alto caballo de general de masas, ella volvía a ser mi Zuhal de siempre. Su mirada iba de mí a Semra y de vuelta a mí, y al final llegó la esperada crítica.

—¿Podrás movilizar a la escuela para la manifestación de mañana tú solo, amigo mío? —Había subrayado «tú solo». Estábamos de acuerdo en eso. Ella quiso dejar claro que yo no necesitaba ninguna mano auxiliadora, ni la estupenda mano de Semra ni otras.

—Puede ser arriesgado movilizar a cientos de estudiantes en una zona hostil y enemiga —dijo Semra. En ese momento, con gusto le habría dado una patada, agarrado por el pescuezo como a una cría de gato y le habría gritado: «¿Quién te has creído que eres? ¿Sabes con quién estás hablando?». Pero en realidad, tendría que habérmelo aplicado primero a mí mismo por haberla traído conmigo.

—No te conozco, amiga, por eso me tienen sin cuidado tus opiniones —dijo Zuhal. Pude ver la confusión en el rostro de Semra. Y buscó apoyo en mis ojos, no estaba acostumbrada a ser tratada de ese modo. Pero el apoyo le llegó de lado inesperado.

—¿Eres Semra, no? Sí, Semra tiene razón —dijo Kemal—. O nos hacemos responsables de la seguridad de esos estudiantes organizando una vigilancia armada, algo que por otro lado sabemos que no es buena idea, o mantenemos a los de Secundaria fuera de esto.

Yo especulaba en silencio sobre qué pretendía Kemal con esto. ¿Se trataba de un tardío y anhelado intento de dirimir diferencias con Zuhal? ¿Era tan sorprendente en realidad? ¿Por qué no habían de tener opiniones diferentes? Mi yo interno, por supuesto, quería que se produjera una desgarradora pelea entre ellos, política o de otra clase.

—¿Tú también, Brutus? —dijo Zuhal reconciliadora. Me decepcionó y me aseguré de que lo notara—. Pero lo dicho, dicho está —añadió con la mirada fija en mí—. Vamos a aceptar a todo el mundo, a todos los que quieran, sean de Secundaria o de otros niveles.

Punto. Ni siquiera Kemal tuvo opción de cuestionar que la discusión estaba cerrada.

—Estás enamorado de ella —dijo Semra en el autobús.

—No es lo que tú crees —contesté breve, no quería entrar a discutir ese tema.

—Veo cómo la idolatras, con tus ojos, con tus manos, con tu voz, con todo tu ser. Estás enamorado, reconócelo.

—¿Por qué te empeñas en incordiarme? De todas formas no lo entenderías. ¿Qué es el amor? Un ovillo grande y enmarañado sin cabo ni rabo. Ese tipo de amor es una ilusión. En el mejor de los casos, se trata de una atracción sexual y solo eso.

—Eso significa que te acuestas con ella. ¿Es tan salvaje en la cama como fuera?

—No me acuesto con ella. —La confesión me salió abruptamente. Podía haber respondido de otra forma. Más sutil. Me enfureció que me hubiera llevado a pronunciar esta verdad tan poco atractiva—. Y tú ¿qué? ¿No es terrible ser virgen todavía?

Mostró la luminosa sonrisa de dientes perlados que la caracterizaba.

—¿Quieres que te cuente un secreto? Es delicioso ser virgen y poder provocar a muchachos calenturientos. —Su sonrisa se convirtió en una risa tan efusiva que desarmaba a chicos calenturientos, a chicas y a todos los demás—. Debo reconocer una cosa —dijo—. Sentí envidia de Zuhal. Es esa clase de mujeres de las que uno se enamora. Irradia poder. Poder de atracción para todo el mundo. Tú no eres una excepción. Estás enamorado. El amor existe. Lo sé. Simplemente lo sé.

Incontables veces me había escurrido por las puertas de los comedores del internado, encubierto por la oscuridad nocturna. Para robar exámenes de la sala de profesores, robar en la cocina o dar un paseo por el otro lado del muro, por la ciudad, sin permiso. Esto último no estaba totalmente exento de riesgo. No olvidaré aquel día que nos escapamos a una fiesta comilona a base de sopa de tripas de cordero, en un chiringuito de comidas del vecindario abierto por la noche, y a la vuelta nos encontramos con que la policía había interceptado las calles. No conseguimos ocultarnos en nuestras amigas las sombras y nos sorprendieron. Alguien nos dio el alto; pero uno no se detiene ante la policía si se puede escapar, así que echamos a correr. Las detonaciones de las metralletas sonaron como pequeñas explosiones en medio de la tranquila noche. Pero no

nos rozó ninguna bala, ni dio en el suelo ni tampoco hizo saltar el revoque de la pared. Dispararon al aire, pero el estallido fue suficiente para que la sopa que quedaba en el estómago efectuara el viaje de vuelta a la boca. Nunca antes habíamos escalado el muro tan rápido y con tanta destreza. La ironía fue que la dirección de la escuela había convocado a la policía por una amenaza de fascistas contra el alumnado.

En correrías como estas, yo siempre iba acompañado de los más intrépidos y divertidos. Como esa noche: Camello, el Padrino, el Tártaro y los Mellizos. Estaba en buenas manos. Éramos una pandilla que sin titubear nos hubiéramos lanzado a la boca del infierno los irnos por los otros. Esto habría sido una afirmación gratuita sin el apoyo de las pruebas de fuego vividas. Como cuando los alumnos de la escuela del imán gritaban ante el internado: «Comunistas a Moscú». Una consigna irritante. Nadie tenía planes de irse a Moscú, y estábamos seguros de que ellos, esos espectros de la Edad Media, jamás encontrarían la ciudad en el mapamundi. Por eso abrimos el portón y atacamos al rebaño. Veinte hombres contra cien corderos. Queríamos mostrarles dónde estaba Moscú. En aquel entonces todavía se podía combatir con los puños, palos y estacas, y después retirarse y volver a los quehaceres sin heridos sentimientos. Era antes de que las armas de fuego se adueñaran de la escena y los valientes nos abandonaran.

Levo no iba con nosotros. Dormía plácidamente en la sala de literas, era un soñador que estaba por encima de todo lo que en este planeta se denominara política. Le apreciábamos demasiado como para envolverle en algo ajeno a él. Nos encantaba que cantara cuando bebíamos, pero le dejábamos arropado bajo las mantas cuando salíamos a salvar el mundo. Ese día íbamos de camino a los dormitorios después de haber tenido una reunión con los líderes de primero, segundo y tercero de Secundaria. ¿Cómo nos movilizaríamos para la manifestación de mañana por la mañana? La sensación, en mi opinión, fue de derrota. Se acordó que participarían los que pudieran responsabilizarse de sí mismos y que ellos representarían a la escuela. Fui demasiado leal al deseo de la mayoría de forzar opiniones propias, además me temía una escisión de la asamblea que por primera vez quería unirse a la protesta y rendir tributo a los muertos. Sentí que podía transigir hiriendo a

Zuhal si era necesario. Esto era algo más grande que nosotros mismos, mucho más grande.

A la hora del desayuno hicimos correr la noticia por las mesas de que íbamos a reunirnos todos en la sala de conferencias. Yo estaba solo en el escenario. Tenía ante mí a quinientas personas propensas a perder el interés a la primera de cambio, dependiendo de mi intervención. Pero al inclinarme sobre el micrófono, tuve la positiva sensación de que no saldría nada mal. Las palabras volaron del nido sólidas y aladas, como brisa mediterránea, suave y envolvente. Poco pretencioso, evité el melodrama, pero mis palabras fueron emotivas. Les hablé de los muertos y de los asesinos. Se mantuvieron silenciosos, sin cuchichear, ni siquiera tosían. Demostraban participar con un digno silencio. Hablé en voz baja, sin ironía ni bromas. Estaba conmovido, pero no necesité las lágrimas reprimidas, las no derramadas. Cuando vi al director acercarse a pasos agigantados, con enojo y agitando los brazos al mismo ritmo, no me detuve. Sus ojos grises echaban chispas de odio. Agarró el micrófono sin conseguir arrancármelo de la mano. Se inclinó para acercar la boca, se golpeó en la frente con el palo y gritó:

—Ah, por todos los demonios, os habla vuestro director. —El tono de su voz subía y bajaba como un yoyó—. ¡Abandonad la sala! ¡Y ocupad vuestras aulas ahora mismo!

Pero la época de los generales había terminado. Nadie se movió de sus asientos.

—¡Vete tú a tu oficina! —gritó alguien mientras otros le silbaban.

El director, en su tiempo, había participado en la fundación del sindicato de académicos. Pero de eso hacía mucho. Con el tiempo perdió el sentido de la actualidad, de la evolución, perdió a los alumnos y finalmente el micrófono. Fue el único que abandonó la sala.

Los alumnos escogieron a sus representantes y juntos salimos al patio. Yo estaba levemente nervioso tras el enfrentamiento con el director y con manos temblorosas encendí un cigarrillo. Al expulsar la primera bocanada de humo, descubrí al director apoyado en la pared del edificio viejo. Las manos en la cadera, el largo pelo gris ondeando al viento, solo a unos metros de distancia. Estaba junto a

su primer subdirector, Halcón. Temblaba tan visiblemente como yo. A juzgar por el lenguaje corporal, anhelaba revancha.

—Hijo de puta, vas a pagar por esto —dijo en alto, provocativamente. El director era conocido por ser un descarado gamberro pese a su edad. Yo tenía dos opciones: hacer como si todo hubiera sido murmullo del viento o mear a contraviento. Seguramente él ya había considerado la dirección del viento antes de provocarme. Una lástima que yo ni siquiera pensara ni en murmullos ni en mear a contraviento. Contraataqué con un grito de guerra que todavía hoy me pone la piel de gallina:

—¡Rata cobarde!

Estaba tan cerca, tan cerca de él, que juro que pude ver la sorpresa y el miedo en sus ojos color ceniza. Entonces perdí pie. Primero creí que había dado un salto de tigre lanzado al ataque. Pero no, había sido un placaje a dos bandas lo que impidió que me mantuviera con los pies firmes en el suelo. Tenía a Camello y al Padrino, dos tipos robustos, encima de mí con todo su peso. Cuando finalmente me soltaron, director y subdirector habían desaparecido. Gracias a la cualificada aportación de mis compañeros, la honrosa historia de la escuela se libró de tener que incluir en sus anales una sensacional pelea entre director y alumno.

Desde que Byzas, que trasladaba a los colonos de Megara y de Atenas, guio su caballo hacia la cima de una colina, después bajó hacia el Bósforo y apuntó hacia un lugar que se convertiría en la madre de todas las ciudades, la historia había sido varias veces testigo de la capacidad de la ciudad-madre de acoger de nuevo a sus hijos ofreciéndoles reposo eterno en la fecunda tierra de su pecho. Estambul siempre ha honrado a sus hijos, a sus muertos amados, con bravura, color, cantos y consignas.

«Los revolucionarios mueren, la revolución pervive». Huéspedes prominentes, la mayoría de ellos muertos pero no olvidados, estaban allí: Ho Chi Minh y Zapata, y Toro Sentado y, por supuesto, Che Guevara con ojos relampagueantes. Los trabajadores estaban allí con sus monos de trabajo, a pesar de los titubeos de sus líderes. Codo a codo con los estudiantes, con ojos sonrientes puestos en un lugar del cielo, en un futuro mejor. Decenas de miles, quizá cien mil. Con nosotros, ciento veinte mil. Zuhal, embellecida con su enorme alegría. No sé si me oyó en medio de la atronadora

multitud, pero me dijo: «Estás aquí, esto es lo que cuenta». Ni Kemal ni Semra estaban. A Semra no la había visto desde que estuvimos en la asociación estudiantil. Kemal debía de tener otros quehaceres, en otro lugar. Pero ahí estábamos nosotros, Zuhal y yo, y eso era lo que contaba. Marchamos codo a codo desde la plaza Saraçhane hacia abajo, a Aksaray, subiendo Beyazit hasta la universidad de Estambul. Llevábamos a nuestros muertos mostrándoles que éramos más desde que las balas y las granadas de mano les hicieron saltar en pedazos. Zuhal me contagió su alegría y comprendí por qué ese día de luto debía estar alegre. Éramos muchos, éramos fuertes e íbamos a ganar. Mi estado de ánimo había oscilado entre el pesimismo y el optimismo salvaje durante esos días, quizá dependía del interés que Zuhal demostrara por mí.

Me amenazaron con expulsarme de la escuela. Solo me quedaba un mes. Un desgraciado mes antes de partir, tras ocho años de vivir cercados. Les había pasado a muchos antes y podía suceder de nuevo. Pero yo no iba a permitirles que destrozaran el sueño de mi madre. Les respondí con amenazas.

—Los que quieran expulsarme, deberían pensárselo dos veces —dije.

Halcón iba del baño de los chicos, donde yo fumaba, a la oficina del director a cumplir con su encargo. Era impredecible, un camaleón. Un administrador estricto con los cursos de Primaria. Pero con nosotros, los de Secundaria, mantenía un trato de camarada. Halcón no era ningún apodo. Era su verdadero nombre.

—Sé razonable, amigo mío —me dijo—. No pierdes nada disculpándote ante el director. Es un hombre mayor. Un poco sentimental. Te disculpas, le pones contento y lo olvidamos todo.

Había algo en su melosa amigabilidad, a la vez auténtico y artificial. Di palmetazos al aire echándole como a una mosca molesta:

—Vete. Saluda al director de mi parte. Él se disculpa y yo lo olvido todo —dije.

Halcón sonrió con frialdad, como si estuviera escindido entre apreciar el coraje juvenil y ser leal a su superior. Me di cuenta de que yo le gustaba. La percepción se intensificó cuando días después nos vino a buscar a Camello y a mí en mitad de una clase, nos sirvió té en su despacho, charlamos y al final nos regaló un jersey de lana

a cada uno. La misma tarde nos invitó a su casa, un piso en el bloque donde vivían los profesores. Su mujer sirvió comida y *raki*. Hablamos de nuestros planes de futuro. Tenía muy buenos consejos que damos, la mayoría académicos. Solo una vez tocó el viejo tema mientras levantaba el vaso de *raki* para brindar con ojos achicados debido al leve exceso de aguardiente.

—Tienes que evitarle. Tienes que evitarle a cualquier precio el resto del curso. Es la única condición —dijo.

Fuera, en el patio de la escuela, Camello y yo nos sentamos al pie de un roble centenario, nos fumamos el último cigarrillo de la noche y especulamos sobre cómo sería dormir al raso, algo que no habíamos hecho los últimos ocho años. Al final llegamos a la conclusión de que en la vida debía quedar siempre algo por hacer.

—Le gustamos —dije al levantarnos.

—Nos soborna, pretende corrompernos —respondió Camello.

—Ah, qué incurable pesimista estás hecho. Le gustamos, lo intuyo.

—Solo soy escéptico. Pero tu estado es peor. Tú, amigo mío, eres un jodido ingenuo.

Junio-julio de 1978

Estaba cansado. Terriblemente cansado. Tras cinco horas en una sala, considerablemente vigilados y aislados del mundo. Una carta, una carta con el lúgubre sello oficial decidiría más tarde mi destino. Entretanto había terminado con los abominables. Eché una última mirada a mis compañeros, también obedientes prisioneros con la cabeza agachada. Nadie quiso, quizá ni tenía fuerzas, devolverme la mirada.

—Adiós —murmuré—. Adiós y buena suerte.

Con la cabeza alta me dirigí hacia la puerta. A pesar de lo que dejara atrás, mi honor estaba a salvo. El hombre de la puerta me registró de pies a cabeza, tan escéptico como a la entrada. «Documentación», dijo breve, con algo en la voz que yo consideré desprecio. Documentación adentro, documentación afuera. En condiciones normales, le habría machacado con mordacidad como a una cucaracha. Pero no merecía la pena, en el último momento, echar a perder lo que hasta entonces había transcurrido de forma bastante poco desoladora. Le entregué mi carné de identidad. Él lo cogió, lo sostuvo ante sus ojos como si fuera hipermétrope y lo estudió a conciencia. Se tomó su buen tiempo. O era analfabeto o estaba poniendo a prueba mi paciencia. Cuando al final pareció satisfecho, sonrió afablemente. «Buena suerte», me dijo. Le di las gracias. A pesar de todo, quizá no era un típico malnacido, sino solo un funcionario corriente que se tomaba en serio su trabajo.

El sol intenso me cegó nada más salir a la libertad. La gente estaba ocupada con sus quehaceres. Algunos con prisas, otros caminaban despacio y sin notar mi presencia. Felizmente inconscientes del mundo a solo unos metros de allí. Lo que ahora necesitaba yo era una novia, una novia que me estrechara en sus brazos, me consolara y me empujara a un largo sueño.

—Eh, no te quedes ahí, hubieras perdido tus canicas. Ven hacia

aquí.

Levo estaba reclinado contra una pared de cemento. Parecía no haber otra cosa que paredes de cemento rodeándonos.

—¿Cómo te ha ido, viejo? —me dijo Levo mientras se echaba el flequillo hacia atrás y se secaba el sudor de la frente.

—No peor de lo esperado.

—Lo mismo te digo. Pero suficiente para aprobar, seguro.

—Si tú lo dices.

Nos fuimos. Primero atravesamos el monumental portón de la universidad de Estambul, después bajamos las escaleras, por donde las palomas, familiarizadas con la gente, corrían diligentes en pos de su alimento sin molestarse en dejar paso a los que bajábamos, y atravesamos la plaza Beyazit, en la que palpitaba el gentío como un corazón sometido a un duro trabajo. A cada paso dejábamos atrás aulas universitarias, exámenes de ingreso y papeles sobre los que habíamos sudado durante varias horas. Ahora reposaban sobre la mesa del examinador esperando ser leídos por… quién sabe quién. ¿Una máquina quizá? Pusimos punto final a una etapa de nuestra vida. Ocho años de internado, pubertad y primera juventud, dispuestos a dar un paso vacilante. ¿Hacia qué? Precisamente esto entonces no me quitaba el sueño. Estaba más ensimismado en el hecho de que había finalizado algo. Tenía diecinueve años. Estaba en la plaza Beyazit y podía hacer cualquier cosa. Ya nadie esperaba de mí que pernoctara y amaneciera en una escuela rodeada de muros. Habían finalizado ocho años de cautiverio. Respiré hondo el perfume que venía de los puestos de flores callejeros. Tenía completa libertad para ir a donde quisiera. Por eso quería caminar. Solo caminar.

—Eh, ¿no me escuchas?

—¿Qué?

—Vayamos a buscar a Semra.

Reconciliarse con Semra sería una buena cosa. Solo que no me sentía con fuerzas de atender a su parloteo. Todo a mi alrededor era rumor de fondo. Levo, los gritos de los vendedores callejeros, el claxon de los coches, el clinc clanc del cobre en los bazares, dios sabe cuántos decibelios de música por los altavoces de las tiendas de discos. Por lo demás, tenía a Nazim Hikmet en mis pensamientos. En su andar por las calles sólido como una roca, con

su pañuelo rojo ondeando al viento, con paso rápido y un poema en la mente. Sordo a todo lo demás, quizá por aquí, por esta misma calle. Pero yo no tenía ningún poema en la mente.

—Trabaja cerca de aquí. Un empleo de verano.

—¿Ah, sí? —Ni se había molestado en ponerme al corriente de ello.

—Echemos una ojeada. Podemos tomarnos una taza de té y relajarnos antes de tomar el autobús para casa.

Levo debía irse a casa de su madre, lejos de aquí. Gülnur ya había salido para casa de sus padres, que vivían en otra ciudad. Si sentía pena de amor no lo demostraba, sino que intentaba reunirnos a Semra y a mí.

—¡Muy bien! —dije—. Te sigo.

Cruzamos la calle, intercambiamos malhumoradas réplicas con un taxista y nos reímos de algo insignificante, tal y como suelen hacer los jóvenes. Después continuamos paseando en silencio y con las manos en los bolsillos. No recuerdo ni la calle ni el edificio. Era uno de esos con tiendas pensadas para turistas, pero incomprensiblemente escondidas en el segundo piso, lejos de su vista. Al final de las escaleras, el inconfundible olor a cuero de las chaquetas de piel me asestó un golpe. Colgaban allí, correctas, en filas apretadas, y en medio de ellas, de repente, apareció Semra como una chaqueta embalada. Su alegría y su sonrisa eran auténticas, como si estuviera esperándonos. Si nos hubiera reprendido porque llegábamos tarde, habría sido natural. Nos llevó hasta un sofá de piel. Todo era de piel allí, encargó un té y estuvimos charlando. Levo y Semra eran los que más hablaban. Yo bebía té y la contemplaba. Una chica guapa, con un trabajo sobre Shakespeare aparcado en la conciencia, que usaba su inglés vendiendo chaquetas para turistas. Patético, aunque solo fuera un empleo de verano. Me irrité como si fuera yo el humillado. Pero ¿por qué me irritaba con ella? Su personalidad era cautivadora, tenía inteligencia, belleza. Cada vez que la observaba como ahora, me embargaba un sentimiento de protección y amor. La observé con intensidad arrebatada, seguro que con una expresión a lo Clark Gable. Sonrisa burlona, ceja alzada, el cigarrillo caído entre los labios y todo lo demás. Lo hacía aposta, quería provocarla y ser tan arrogante como ella. Pero a ella se le antojó decididamente

divertido. Cada vez que su mirada se posaba en mí, le costaba reprimir la risa.

—¡No lo hagas! —dijo al final.

—¿El qué? —dije yo inocente.

—Esas muecas.

—¿Esas muecas? Así sedujo Rett Butler a la virgen Scarlett en *Lo que el viento se llevó*.

—¡Scarlett! Una mujer sin seso, egoísta, envidiosa y una enconada racista. Nada de lo que vanagloriarse.

—Sea como sea, tú me recuerdas a Scarlett —le dije.

—Ah, Alcornoque, mantén la boca cerrada de una vez por todas y deja de provocarla.

—No importa, Levo, de verdad —dijo Semra, guiñándome un ojo. Siempre me disculpaba con excesiva facilidad, aunque la comparara con mujeres egoístas y sin seso.

—Bueno. Yo solo quiero que hagáis las paces —dijo Levo—. Pero ahora tengo que irme a toda prisa. El autobús sale en media hora.

El autobús no salía antes de dos horas. El traidor de Levo quería dejarme a solas con ella.

—Voy contigo y te despido: agito el pañuelo, te echo agua, lloro un poco y…

—Ya vale, payaso. No me hace falta ningún comité de despedida. Llora si te apetece mientras me besas aquí.

Semra no dijo ni «vete con él» ni «quédate». Parecía insegura, un poco desinteresada, como si no le afectara deshacerse de los dos de golpe. Decidí quedarme.

—De acuerdo, viejo. Cuídate. Nos vemos en septiembre. —Nos abrazamos y besamos por turnos. Y aproveché la ocasión para besar a Semra.

—¿Que te vas tú también? —Estaba realmente sorprendida.

—No. Creí que era parte del ritual que nos besáramos todos.

Se rio y me acusó de aprovechado y desvergonzado.

—Bueno, amigos —dijo Levo, a modo de despedida, y ya se había ido.

Nos sentamos bajo un nogal en Gülhanepark. Yo amaba este parque, desde que mis padres nos traían aquí de niños los fines de semana. Primero dábamos un paseo por el zoológico y después

subíamos a un lugar desde el cual podíamos admirar la belleza del Estrecho, jugar con la pelota y hacer un *picnic*. Si alguien me preguntaba adonde quería ir a pasear le respondía: «A Gülhanepark». Eso le contesté a Semra cuando me lo preguntó. Era una agradable tarde de verano. Caminábamos en silencio, bajo la sombra de los árboles, subimos la colina y hallamos el nogal. Había tanta paz allí que apetecía la soledad. Entonces escuché su voz melódica declamar uno de los poemas de Nazim. Escrito en el exilio, lleno de nostalgia.

> En Gülhanepark soy un nogal.
> Mis hojas temblorosas se sumergen en el agua.
> Manteles de seda son mis hojas.
> ¡Coge una, rosa mía, y seca tus ojos!
> Te acaricio, Estambul, ciudad amada,
> con incontables manos. Te veo de nuevo
> a través de los innumerables ojos de las hojas.
> Día tras día
> siento este palpitar suyo.

Me emocioné. Me venía de familia. Mi duro padre lloraba al escuchar sus canciones predilectas. Debió de ser efecto de su melodiosa voz, que casi cantaba las estrofas. Yo había escogido Gülhanepark; ella, el nogal y el poema. Tuve que preguntarle la razón.

—¿Por qué? —le dije.

—Porque deseo que seamos amigos. Muy buenos amigos y que compartamos los mismos anhelos, la misma ternura y pertenencia —dijo.

Y hablamos de amistad sin que ello se transformara en una disputa sobre quién era el mejor, sin comparar a dos funambulistas caminando por la misma cuerda floja, de la que uno de los dos tendría irremediablemente que caer. Me aseguró que por su parte no había nada malo en que estuviéramos en desacuerdo en cuestiones de principios referidas a política si en nuestro fuero interno éramos leales a nuestra amistad. En lo que a mí me concernía, me sentí aliviado y comprendí lo mucho que significaba para mí su amistad; y de una vez por todas se lo expresé sin

tacañería. Ella, sonriente, me tomó de la mano y cruzamos el parque como dos seres sintiendo una paz plena.

La escisión del movimiento fue, finalmente, un hecho. Aquellos que habían perdido la esperanza de luchar con medios pacíficos habían empezado una terrible campaña. Grupos armados repartidos por todo el país atacaban a los nacionalistas. Por primera vez, el número de fascistas muertos era superior al de revolucionarios. El pánico cundió en las filas fascistas. Entre los jóvenes revolucionarios existían grandes simpatías por la resistencia armada.

Zuhal trabajaba sin descanso. Yo iba tras ella de reunión en reunión, para constatar, cada vez, cómo los activistas, con buenos argumentos y sin voluntad de ceder, ganaban el apoyo de los jóvenes. Haber acorralado a los fascistas y haberlos dejado a la defensiva en tan poco tiempo les había dado enorme confianza en sí mismos. Acudían a los locales de reunión con las pistolas a la vista, orgullosos de ello. Casi se podía creer que ya habían ganado. Zuhal intentaba en vano advertirles, a ellos y a los que todavía estaban inseguros, sobre el terror de Estado que vendría. Una cosa era abatir a los fascistas y otra muy diferente arrebatar el poder a la oligarquía. Sus palabras quedaban apagadas por las consignas. «¡Abajo la oligarquía!». Zuhal progresivamente se volvió irreconocible. Iba desarreglada y estaba agotada, se mostraba agresiva e intolerante. Perder una querella ideológica le hirió mucho más que perder a Kemal. Nunca lo dijo, pero no hacía falta. Kemal era famoso como uno de los armados apóstoles revolucionarios. Se movía rodeado de guardaespaldas, rodeado de mitos, y siempre desaparecía del escenario igual de veloz que lo había ocupado, dejando claro que se movía en «la ilegalidad». Ese periodo fue también su adiós a las masas. Le esperaba una vida en las catacumbas.

Yo fantaseaba sobre ese tipo de vida: en el asiento trasero de un coche un día sombrío, la pistola a mi vera, miembro de un grupo de acción, impaciente, a la espera de ejecutar un objetivo; formar parte de la guerrilla ciudadana. O en las montañas, en un descanso, con el *kalashnikov* en mi regazo, en torno a una hoguera. Comprendía que fuera un atractivo sueño, lleno de romanticismo, para la mayoría de los de mi edad. Los sueños no pasan en general de ser eso, casi

nunca acaban en baños de sangre, aniquilación, dolor y lágrimas. Me sentía abatido por una terrible controversia interior.

Se respiraba un gran optimismo. La mayoría creía que se estaban dando las condiciones subjetivas y objetivas para una revolución. Y que la oligarquía se derrumbaría como un castillo de naipes a la primera embestida. Solo una vez me topé con Kemal, él iba de camino a una reunión sin tiempo para nada más. Su mirada me taladró de arriba a abajo. No se mostró ni amigo ni enemigo, solo indiferente. «Cuídala», dijo, y desapareció.

A mí, la escisión del movimiento estudiantil me decepcionó, pero ese pequeño encuentro con Kemal fue decisivo. Ahora debía seguir los pasos de Zuhal. Que ello fuera más personal que político no me quitaba el sueño. Para ser honrado, entonces ni reparé en el planteamiento. Al fin y al cabo, nuestras convicciones siempre son fruto de la influencia de personalidades fuertes. Apoyar a Zuhal en una causa ya perdida era bastante natural para mí.

La seguía a todas partes. Un día de julio nos encontrábamos en un nuevo asentamiento de viviendas en la periferia de Estambul. Emigrantes de los distritos, con la esperanza de encontrar un trabajo en la gran ciudad, habían ocupado terrenos públicos y construido allí sus casas. Les faltaban las más elementales infraestructuras: agua corriente, cloacas y electricidad. Siempre gozaban del apoyo de los estudiantes. Ellos por su parte tenían buena disposición hacia las ideas radicales de izquierda representadas por diferentes fracciones. La escisión del movimiento estaba fuera de la facultad de entendimiento de esas personas sencillas; pero nosotros, pacientes, llamábamos a cada puerta y les explicábamos cuál era el camino hacia la revolución. Escuchaban con amabilidad y nos servían té como solían hacer con todas las visitas. Algunos nos planteaban preguntas cautelosas. ¿Por qué había tantos caminos hacia la revolución? Zuhal respondía con ardor. Solo había un camino: la revolución del pueblo. Cuando las masas se unieran a su propio partido, estas decidirían la lucha. Y solo cuando la clase obrera y los campesinos pobres estuvieran preparados, llegaría la oportunidad de la revolución. A mí se me antojaba un camino terriblemente largo. Y tampoco sonaba convincente a mis oídos. Simplemente yo no compartía esa confianza depositada en las masas. Pero no importaba. Estaba allí

por ella. Podía haberme arrastrado a cualquier parte.

Esa vez, era por la tarde, nos avisaron de que había mucha policía por todo el asentamiento y no era usual. Cuando llegamos a las últimas viviendas situadas en una pendiente que conducía a la calle principal, descubrimos que esta estaba interceptada por varios coches blindados de policía y dos *bulldozers*. Estaba claro que una operación de derribo estaba en marcha. Yo me puse tenso. Había leído noticias sobre ese tipo de confrontaciones, pero nunca me había visto envuelto en ninguna de ellas. Mientras estaba allí junto a mujeres y hombres callados que pronto tendrían que defender sus casas de un enemigo superior, tuve la misma percepción que había tenido con Ahmet y los kurdos. Yo era realmente un extraño allí, no era uno de los suyos. Esa era su guerra, con los medios escogidos, nadie se inmutaba por mis opiniones. Era así. Me sentía a la vez cerca de los obreros pobres y muy lejos. Ellos no tenían nada que perder. ¿Y yo?

Cuando miré hacia abajo, a la zona de batalla, silenciosa antes de la tormenta, me di cuenta de lo desilusionado que estaba. Y lo peor de todo, de lo diminuto que me veía ante el potente enemigo. Podría perfectamente abandonar, marcharme despacio sin que nadie moviera un dedo para detenerme. ¿Por qué iban a hacerlo? A los que necesitaban ahora era a los sin esperanza, a los perdedores. Yo era solo una especie de huésped, un intruso que podía continuar mi camino si cambiaba el viento.

Fue precisamente eso lo que me retuvo. Nadie me había invitado, había venido por iniciativa propia. Y por eso les debía una migaja de lealtad. Esta fue la excusa que hallé para quedarme. La otra, que nunca abandonaría a Zuhal. Así que ocuparía mi modesto lugar en esta batalla final y así…

A todo esto, una provisional barricada hecha de maderos, colchones viejos, mesas, sillas y el chasis de un coche desvencijado había sido levantada por silenciosos hombres y mujeres con espíritu de voluntariado; y jóvenes armados, igual de callados, tomaban posiciones detrás. Poco tiempo antes, habría considerado tan romántica esta imagen como la de las barricadas de la Comuna de París; sin embargo, ahora solo me sugería violencia, la violencia que esperaba impaciente para hacer su entrada. Un helado escalofrío me atravesó el cuerpo. Las dos partes habían ocupado ya sus

respectivas posiciones con casi los mismos pausados movimientos de dos ejércitos medievales. El resto se desencadenó en un abrir y cerrar de ojos. De repente, un *bulldozer* estaba envuelto en llamas. Alguien hizo unos disparos seguidos de esporádicas detonaciones de varias armas de mano y muy pronto el aire se llenó de los gigantescos ruidos de fuegos de artificio. Desde donde Zuhal y yo nos habíamos refugiado, detrás de la barricada, no había mucha visibilidad. Además, yo escondía la cabeza entre las manos. Pero había todos esos ruidos, voces de personas, elevadas y susurrantes, chillidos de espanto y de mando, detonaciones de los disparos que granizaban sobre el tejado de latón, primero a ritmo menguante y después a ritmo de tambor. Cuando en un momento de pausa levanté la cabeza, Zuhal había desaparecido.

No quería llorar, no podía permitirme semejante humillación. El tiempo que transcurrió tal vez fue corto o largo. La angustia daña la percepción. Zuhal volvió arrastrándose. Había ayudado a trasladar a un hombre herido bajo techo seguro. Ahora me decía que necesitaba ayuda. ¿Qué me pediría? ¿Que lo operara? ¿Que le salvara la vida? ¿O estaba quizá tan asustada como yo y no quería estar a solas cuando la muerte hiciera su aparición?

El herido estaba echado en una cama con sábanas sorprendentemente blancas y limpias, en una de las casas más cercanas a la barricada. Dos muchachas estaban sentadas a la vera de la cama como sombras de luz tenue. Se levantaron retirándose sin decir palabra cuando entramos. Zuhal ya le había lavado y vendado la herida. «En el pecho, no muy lejos del corazón, —me susurró—. Debe ser trasladado al hospital», le susurré yo a falta de mejor respuesta.

No se entregan los propios heridos al enemigo en una ciudad sitiada. Estábamos sentados uno a cada lado de la cama del herido. Yo evitaba mirar su cara. Tenía un torso robusto que subía y bajaba pausadamente. Respiraba con dificultad. Su cuerpo no producía ningún sonido más. ¿Estaba quizá inconsciente? Tomé su mano y percibí su pulso. Era débil. De repente, él apretó mi mano y la retuvo entre la suya. Era un apretón amistoso y cálido. La mano y el brazo se me entumecieron, pero no tenía corazón para retirarla. Estaba muy muy cansado. Enseguida se me entumeció el cerebro también.

Cerré los ojos y empecé a soñar. No era como en un sueño profundo. Tenía perfecta conciencia del entorno y continuaba oyendo los estallidos. Sin embargo, estaba sumido en una especie de trance, como ajeno a todo lo que ocurría a mi alrededor.

Tenía miedo. De que me metieran una bala en el pecho y también de convertirme en una máquina violenta. Porque yo también estaba colérico y ardía por vengar a ese hombre que yacía sin posibilidades de sobrevivir. No habría dudado en disparar a lo salvaje, matar al enemigo y vengar toda la injusticia de la Tierra.

La venganza era una herencia feudal, latente, que esperaba ser despertada en lo profundo de nuestra conciencia. Ahora podía sentir cómo se removía. Pero no permitiría que la bestia levantara su terrible cabeza. Al contrario, la pisotearía para enterrarla en las profundidades tenebrosas de las que emergía. No me cabía la menor duda de que se trataba de amar. El odio no podía ser la base de nada, ni siquiera de la justicia, de nada. Esta debía construirse en base al amor. «Todo se inicia amando», había dicho una vez un escritor.

Debía intentarlo de nuevo amando. No sabía si llegaría muy lejos. Pero de una cosa estaba seguro: no quería ni morir ni matar. Amaba demasiado la vida, la mía y la de los demás. Durante mucho tiempo creí que yo era uno de los escogidos que podían mandar en destinos ajenos. La ironía era que yo siempre había detestado la idea de la elite, el derecho de los escogidos a ocupar las pocas plazas del paraíso. En el fondo, yo era simplemente una de las personas de este mundo que deseaba vivir en paz eterna, rodeado de poesía, música y amor. Ahora estaba preparado para amar. No de la misma manera que había amado a Ayfer, no solo con el corazón sino también con la razón, la paciencia y la perseverancia. Ya no tenía miedo de amar a Zuhal.

Estaba muerto. El herido llevaba muerto unos instantes. Su mano en la mía había perdido el calor, estaba fría. Los ruidos de fondo se habían apagado. Un amenazante silencio se había apoderado del lugar. Zuhal estaba a mi lado y me puso una mano en el hombro.

—Ven, debemos alejarnos de aquí —dijo.

La puerta de la entrada se abrió con precaución, como si alguien se preguntara si era bien recibido. Era un hombre joven, vestido con

chaleco antibalas y uniforme de policía, y una metralleta en sus inseguras manos. Parecía más bien cazado que cazador.

—¿Qué? ¿Qué hay aquí? —preguntó alguien detrás de él.

—Dos personas —respondió.

—¿Están armados? —preguntó el que no veíamos.

—No, que yo vea —respondió el intruso. Entonces descubrió al muerto, lo registró detenidamente y farfulló a modo de oración:

—Dios le perdone sus pecados.

Pensé que me besaría la mano cuando se inclinó sobre ella. Solo la olió. Lo mismo hizo con la de Zuhal.

—Estos no han usado armas —gritó hacia la puerta.

—Sácalos —respondió alguien también gritando.

—Tú —dijo Zuhal de repente—. ¿No te da vergüenza pisar mis alfombras con tus botas sucias? ¿Entras así en la casa de tu madre?

El hombre se disculpó:

—Solo cumplo con mi deber, señorita.

Zuhal me guiñó el ojo y se dirigió a la puerta con la cabeza alta.

Caminamos por calles polvorientas bajo un cielo anaranjado, con policías y soldados a ambos lados, como si en cualquier momento fuéramos a tirar una granada de mano. Cada vez éramos más, otros presos que sacaban de otras casas se unían a nosotros. Al principio, nuestros guardianes se mantuvieron a una respetuosa distancia sin tocarnos; esto duró hasta que nos llevaron a un camión policial, nos pusieron las esposas y nos vendaron los ojos.

Alguien, desde atrás, me tiró brutalmente del pelo. El hombre más cercano gruñó un par de palabras e inmediatamente una lluvia de golpes y patadas cayó sobre mi cuerpo. A juzgar por los sonidos que llegaban, habían descargado contra todos los presos del autobús. No sabía dónde estaba Zuhal, pero ya no pensaba en mi dolor, sino solo en ella. Quería gritar su nombre, oír su voz, pero no me atrevía. Entonces cesaron los golpes. Mientras el autobús circulaba desbocadamente por las calles de la ciudad, con las sirenas metidas en los oídos, pensaba en todo lo que había sucedido en las últimas horas.

Solo una vez antes habían estado a punto de arrestarme. Fue durante un festival de música folk, con Levo, Gülnur y Semra. Dos agentes de policía me escogieron entre el público. No podía dar con otra razón que no fuera que no les gustó mi jeta. Me tuvieron un

rato sentado en un vehículo policial, con un agente a mi lado que no sabía más que yo, para después ser puesto en libertad sin ningún tipo de aclaración. Entonces pude bromear sobre lo ocurrido.

Zuhal me había pedido que me tomara en serio este hecho. Todo revolucionario debe prepararse psíquicamente para un encontronazo con la policía. Mantenerse entero y guardar silencio cuando te someten a tortura era lo más importante. Yo ahora tenía miedo, cualquiera con los ojos vendados habría sentido angustia durante la espera de lo desconocido. No tenía que dejar que se notara, costara lo que costara. Ella no me perdonaría nunca una humillación ante el enemigo. Si bien era una idea que no me proporcionaba sosiego interno ninguno, consideré razonable tener que pasar por semejante prueba de fuego.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos al detenerse el autobús. Manos invisibles me levantaron del asiento. Me arrojaron del vehículo y me empujaron a subir unas escaleras. Estábamos ya dentro de un edificio. A lo largo de un corredor, dos personas me llevaron a la carrera. Oí varios pasos rápidos delante y detrás de mí. El sonido de esos pasos nos persiguió mientras yo y mis acompañantes continuábamos, ahora bajando unas escaleras. El aire allí abajo era pesado e impregnado de una mezcla de sudor, orina y otros olores menos identificados, y era difícil respirar. Debíamos de estar en una especie de sótano. Uno de los que me llevaban y un hombre que probablemente hacía de guardia allí abajo intercambiaron réplicas cortas. Oí chirriar una silla y continuamos. Conté veinte pasos. Nos detuvimos. Tras mucho crujir de llaves, oí el clic metálico de una cerradura que giraba. Me quitaron las esposas y me arrancaron la venda de los ojos. Y antes de que pudiera acostumbrarme a la luz me empujaron hacia delante. La puerta se cerró tras de mí con un golpe seco. Sentí que me echaban de una oscuridad a otra. Casi no había luz. Debía de ser una celda.

—Bienvenido, camarada —dijo una voz. No podía verle. Esperé, sin responder, a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Estaban sentados como sardinas en lata con la espalda apoyada contra la pared. Ahora podía vislumbrar los contornos de sus cuerpos.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó la misma voz. Era el hombre más próximo a mí, sentado a mi derecha. La prioridad de

preguntas debía de ser diferente aquí. Encontré el paquete de cigarrillos y el encendedor en el bolsillo de la camisa. Era raro que nadie hubiera intentado quitármelos. Cuando le alcancé el paquete al hombre, un suspiro recorrió el grupo.

—Eres la primera buena noticia en muchos días —dijo la voz. Solo encendió un cigarrillo, se lo pasó al siguiente y le hicieron dar la vuelta.

—Cuidado, no lo calientes mucho —dijo alguien. Era evidente que el sótano de la comisaría disponía de su propia jerga.

Me senté en el suelo de cemento, al lado de la puerta, y empecé a masajearme las muñecas. Podía ver por debajo de la puerta que el pasillo estaba iluminado. Había un silencio total. Sentí el imperativo de orinar. Pero ¿cómo llamar al guardia para decírselo? Me estremeció el sonido de una voz masculina en el exterior. La voz no provenía del corredor. Un preso, pensé. La voz gritaba la misma palabra a intervalos regulares. Se le unió una voz femenina. Resonaron pasos a toda velocidad por el corredor. Alguien golpeaba las puertas con un objeto, también nuestra puerta cuando pasó por delante. A eso le siguió un violento altercado. Voces coléricas procedentes del corredor intercambiaban retahílas verbales con otras que venían de detrás de las puertas cerradas. Cuando todo volvió a la calma de nuevo, yo ya hacía rato que había perdido el coraje para llamar al guardia.

—Ocurre todo el tiempo —dijo mi vecino, el único que hablaba —, es parte de la guerra psicológica que se libra aquí constantemente. No pienses en ello. El arte de sobrevivir consiste en dejarse llevar por los sueños. Así que te aconsejo que duermas un poco.

Me sentía cansado y somnoliento. El tiempo pasaba sin que nada sucediera. Deseaba hacerle algunas preguntas a aquel hombre, pero él ya había dejado caer su cuerpo hacia delante y ahora me daba la espalda. Me tumbé en el suelo, de espaldas a él. La corriente que venía por debajo de la puerta refrescó mi ardiente cara y muy pronto caí en un sueño pesado.

Comisaría de policía, julio de 1978

Sonaban unos golpes tremendos muy cerca. Abrí los ojos y parpadeé, cegado por la luz del techo, que ahora estaba encendida. Los golpes seguían abajo. Debía de formar parte de la rutina golpear así las puertas de acero. Miré a mi alrededor y conté. Éramos diecinueve. Quince de nosotros éramos nuevos, seguramente todos arrestados en el mismo lugar. Era fácil deducirlo porque los quince estaban vestidos e iban medianamente arreglados. Los otros cuatro solo llevaban calzoncillos, barba de varios días y las pulgas se paseaban libremente por sus cuerpos. Mi vecino se entretenía machacándolas.

—No sirve de nada en realidad, pero como entretenimiento no está mal —dijo.

Era joven, como la mayoría de nosotros, pero mayor que yo, quizá estuviera a finales de los veinte. Alto y enclenque, se le podían contar las costillas. Tenía aspecto mugriento y magullado, con vendajes ensangrentados en ambos pies. Era como si toda su fuerza estuviera reunida en sus ojos, que eran claros, apacibles y un poco traviesos.

—Tengo los brazos un poco entumecidos, así que pasemos por alto la ceremonia de las presentaciones. Me llamo Sevim —dijo.

—¿No es un nombre de chica? —me admiré yo. Alguien, al fondo de la celda, se rio, pero Sevim solo sonrió con la boca torcida.

—Aquí está el quid de la cuestión. Me niego a decirles mi nombre y los provoco, entiendes.

No lo entendía, pero no quería desvelar a gritos mi falta de comprensión. En lugar de ello me presenté:

—Alcornoque.

—Rediez, tú tampoco te quedas corto, tu nombre sí que es raro —se rio.

Oí puertas que se abrían y varios pasos en el corredor. ¿Qué

hora sería? Me acordé de mi reloj de pulsera y alcé el brazo izquierdo. En medio del caos en el que fuimos llevados allí, no habían tenido tiempo de arrebatarnos los pequeños objetos personales. Eran las siete de la mañana. Los pasos se acercaban. Se abrió la puerta. En el batiente de la puerta había un hombre de pie con un palo en la mano. «Al baño», dijo sin mirarnos. Y salimos en rebaño. Había muchas puertas de celdas a ambos lados del corredor. El hombre indicó con el bastón que nos apresuráramos. Solo había que ir en pos del olor. Pasamos por delante de dos hombres sentados a una mesa que nos miraron con indiferencia. Las ventanillas de las celdas estaban cerradas cuando pasé. Me preguntaba detrás de cuál de ellas estaría Zuhal. Igual que en el camión policial se me ocurrió gritar su nombre, pero si lo hacía provocaría la cólera de los guardias.

El baño estaba situado a la izquierda de las escaleras. Me esforcé por mantener las náuseas a raya. No era momento para escrúpulos. Con cuidado, para no pisar las defecaciones amontonadas que cubrían el agujero de la tina y también el suelo, me bajé los pantalones y me puse en cuclillas. La meada duró una eternidad y el alivio fue enorme. Las cacas eran claras, como diarrea. Debía de ser por los nervios. Varios golpes retumbaron contra la puerta del baño en señal de aviso mientras me subía los pantalones. Me lavé las manos y la cara a toda prisa y me apresuré a salir. Una patada por atrás me tiró al suelo, una voz amenazadora gritó una sarta de palabras. No me atreví a darme la vuelta. Solo podía hacer una cosa. Levantarme lo más deprisa posible.

Y ahora qué, pensé ya en la celda. Perder el control de los propios actos, del propio destino y ser humillado, era como si te lanzaran al fondo de un pozo de infinita confusión y aflicción. El desasosiego me recorrió todo el cuerpo y me aflojó las rodillas. ¿Y ahora qué? Estaba de cara a la ventanilla y la añoraba dolorosamente. Dos sencillas lágrimas, azuzadas por la rabia y la cólera, se abrieron paso y resbalaron por mis mejillas. Como si se comunicara conmigo, la ventanilla se abrió de golpe. Y el rostro amado me miró con curiosidad:

—Ten coraje, amado mío —me dijo.

Debió de haber abierto varias ventanillas para encontrarme. Alguien se acercó corriendo y la empujó hacia adelante antes de

que yo pudiera decirle algo.

—Te van a caer muchos palos si vuelves a hacer esto —le dijo una voz rabiosa.

—Cállate la boca, perro fascista —le respondió ella. Una mano cerró la ventanilla y la voz del corredor se apagó.

—Una chica con agallas —comentó Sevim—. Estás de suerte. Todas las chicas que me encuentro solo quieren casarse y quedarse en casa el resto de su vida. —Me pasó un cartón de leche—. Ahora, amigo mío, es hora de desayunar.

Había aceitunas, queso amarillo y pan.

A las 8:30, nuestro corredor despertó bruscamente a la vida, como si alguien pusiera en marcha el engranaje de una gran máquina. Gritaron nombres, se abrieron y cerraron puertas, la gente gritaba y maldecía, pasos presurosos arriba y abajo del corredor. Sevim nos explicó a los recién llegados que iban a buscar a los desafortunados del día para ser interrogados. Y se bebió su leche.

—Se trata de beber lo más posible. Se suele perder mucho líquido cuando te aplican descargas eléctricas —dijo con brillo en los ojos. Después de un rato, los pasos se acercaron a nuestra puerta y se pararon delante. La tensión nerviosa no dejaba lugar a dudas. Todos nos preguntábamos si sería nuestro turno. Que te sacaran para interrogarte solo significaba una cosa. Tortura.

Podía ver las rayas de sombra bajo la puerta. Fuera había silencio. Yo escuchaba intensamente. Con los sentidos en total estado de alerta. No oí girar la llave, la puerta debía de haber quedado abierta tras la visita al baño. La puerta de acero se abrió lenta y silenciosamente. El guardia, plantado con el palo, nos observaba uno a uno, y me hizo señas a mí. Era mi tumo. El corazón me aleteaba, salvaje como pájaro enjaulado. Haciendo acopio de las ultimas fuerzas, salí. Un par de metros más lejos había un hombre de espaldas que fumaba. El olor del humo me cosquilleó los agujeros nasales. El guardia me llevó a una habitación pequeña. Allí había un hombre más, para mí difícil de diferenciar de los que había visto antes en el sótano. Se parecían unos a otros extrañamente. Robustos, con pelo corto y oscuro, bigote y expresión agria en el rostro. El hombre estaba colocando unos accesorios en la vieja mesa de madera. La mesa era el único mueble de esa desnuda habitación. Yo repasé la pared gris sin ventanas, cuya pintura

original había perdido el color hacía ya mucho tiempo. Era evidente que nadie se había preocupado del mantenimiento. Por qué demonios me preocupo yo por ello ahora, me pregunté.

De repente supe por qué me habían llevado allí. El tampón y los impresos extendidos sobre la mesa hablaban por sí solos. Con movimientos rutinarios, el hombre tomó mi mano derecha y me apretó, primero el dedo y después toda la mano, contra el tampón. Unos meses antes, todo ese proceso habría sido algo impensable en mi vida. Pero los hechos de la última época habían dejado su huella. No me sentía criminalizado, no sentía nada. Solamente estaba impaciente por terminar con todo eso. Con un vacío absoluto me sequé las manos en un trozo de papel que me dieron y me las miré con indiferencia. Todavía estaban negras de tinta.

Los catorce que arrestaron a la vez que a mí entraban y salían para imprimir sus huellas dactilares y dar sus datos personales.

—Es una buena señal —dijo Sevim después de dar una calada al cigarrillo que iniciaba una ronda—. Que te hayan registrado significa que la posibilidad de desaparecer sin dejar huella era relativamente pequeña.

Parecía como si Sevim solo quisiera hablar conmigo, casi no había intercambiado palabra alguna con los demás. No sabía por qué me había escogido a mí. ¿Quizá a causa de los cigarrillos? Tosió como un tuberculoso incurable.

—Tengo que dejar esta mierda un día de estos —dijo—. Pero por otro lado hay que disfrutar de la vida mientras dure.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté.

—Yo, dos semanas; los demás, tres.

—Pero la ley dice que no te pueden retener más de dos días bajo arresto policial.

—¿A quién le importa la ley? Aquí no hay ni ley ni dios que valga. Además, yo soy un huésped no registrado.

Que puede desaparecer sin dejar rastro, pensé yo. Y debió leérmelo en los ojos.

—No necesariamente tiene por qué ser tan terrible —dijo—. Ahora me dejan en paz. Incluso me curan las heridas. —Señaló sus pies—. Es buena señal.

—Pero antes de eso ¿qué te hicieron?

—¿Quieres oírlo realmente?

No estaba seguro. Pero tarde o temprano lo averiguaría por mí mismo. Miré sus heridas. No había palabras para expresar la violencia a la que ese hombre había sido sometido. Más cuando se está preso, neutralizado, vulnerable y sin posibilidades de defenderse. «Sí», respondí.

—No sabía dónde estaba. Me apresaron en la calle, en el lugar donde tenía una cita con un camarada y desde el primer instante me vendaron los ojos. Este sótano y esta celda no los vi antes de que pasaran tres días. Cuando llegué me condujeron directamente a una habitación del tercer o cuarto piso. Los hombres que me llevaron allí me empujaron dentro y cerraron la puerta tras de mí. A mi alrededor había un silencio absoluto. Parecía que estuviera solo en la habitación. No me atrevía a moverme por miedo a tropezar con algo. Así deben de sentirse los ciegos cada día, un constante miedo a tropezar y caerse. Me asaltaba la idea de aflojar la venda y mirar a hurtadillas. Pero ¿y si había alguien en la habitación? ¿Alguien que me estuviera observando? ¿Alguien que estuviera esperando que yo hiciera algo equivocado, como intentar escapar, quizá? No, no quería proporcionarles un pretexto para culparme por majadería adicional. Mientras conducían, los que me apresaron farfullaron algo sobre un robo a mano armada. Querían saber dónde estaban las armas y el dinero. Yo me sentía cansado. Cuando decidí sentarme, abrieron la puerta de golpe.

»No me dio tiempo a reaccionar. Unas manos me arrancaron la chaqueta, el jersey, los pantalones y los calzoncillos. Yo ya sabía que no servía de nada hablarles razonablemente, explicarles que cometían un error conmigo. La hora de las palabras había finalizado. Habían venido a humillarme y corroerme. ¿Cómo? Mi cerebro no alcanzaba a deducirlo de inmediato. Vergüenza ilimitada y rabia desataron en mí mecanismos de defensa. Grité, golpeé y di patadas en todas direcciones hasta que un despiadado golpe me tiró al suelo. Antes de que consiguiera recuperarme me levantaron las piernas y con un trompazo en la nuca me hicieron agachar la cabeza y meterla entre las piernas. Deslizaron un objeto redondeado alrededor de mis piernas y mi cabeza hasta que se detuvo a la altura de mis muslos y hombros. Olía a goma. Me quede sentado en una especie de posición en U, atado por una cámara de rueda de coche, sin posibilidades de moverme. Ya no se hicieron esperar. El primer

golpe en las plantas de los pies me cayó como un relámpago. El dolor fue agudo y mortífero. Yo sabía en lo más profundo de mí que lo que habían usado era una vara delgada, pero el efecto fue como si me hubieran cortado con una hoja de afeitar. De puro pánico agité los pies una y otra vez desde las articulaciones de los tobillos y encogí los dedos hacia adentro y hacia afuera en un vano intento de protegerme contra los golpes. El dolor fue peor en los dedos, sentía como si me hubieran arrancado las uñas. Ya había decidido que no gritaría para no darles pie a saborear la sesión. Escuché la respiración pesada de los verdugos y el silbido de la vara al cortar el aire. Los golpes caían con ritmo monótono cuando de pronto se detuvieron. Mis pies estaban martirizados, con seguridad hechos trizas. No pensaba más que en dormir. Empezaron de nuevo. La vara había cambiado de manos. Los golpes caían con más dureza y a intervalos regulares. En un último y desesperado esfuerzo me volví hacia mi lado izquierdo. El movimiento debió provocar a los torturadores. La vara casualmente me azotó muslos, culo y espalda. Después de una patada en la entrepierna perdí la conciencia.

»Una espiral de metal se abrió paso por la entrepierna como un rayo taladrándome el vientre y los pulmones, martirizándome los órganos centímetro a centímetro. Abrí los ojos solo para ver la oscuridad de la venda en mis ojos. El dolor que me produjo era indescriptible. Estaba echado de espaldas con los brazos estirados y separados del cuerpo, y las piernas atadas a los lados. Intenté inútilmente liberarme. Entonces sentí los cables de acero. Uno en el recto y otro atado alrededor del pene. Escuché un sonido leve como… como si alguien hiciera girar una manivela de un teléfono de campaña. Sabía que era un suministro eléctrico. La siguiente descarga eléctrica levantó todo mi cuerpo y algo explotó en mi cerebro. Fui lanzado arriba y abajo varias veces. El olor de carne quemada llegó a mi nariz. Y el mal aliento se mezclaba con los olores de sudor y de tabaco. Me hacían preguntas todo el rato. No tenía nada que decirles excepto cuando me preguntaron quién era yo. No tenían ni idea de a quién habían arrestado. Parece ser que uno había hablado durante un interrogatorio y mencionó el lugar donde aparecería una persona, pero sin saber quién era.

»Fue cuando di con el nombre de Sevim. Mientras yo me reía por dentro, ellos se enfurecían todavía más. La corriente eléctrica

me taladró la espina dorsal. Sentí mi cuerpo roto en mil pedazos. Las descargas eléctricas me enviaron del estado consciente al inconsciente varias veces. Tenía la boca terriblemente seca. Parecía como si hubiera perdido todo el líquido del cuerpo. Vomité con las náuseas que me produjo el hedor de mis propias defecaciones. Todo mi cuerpo temblaba dominado por incontrolables calambres. Por fin me liberaron de los cables y me sacaron de la habitación, me metieron en otro cuarto al otro lado del corredor. Allí me tiraron como un saco al frío suelo. Alguien cubrió mi cuerpo desnudo con mi ropa.

»Había llegado la hora de que "el guripa bueno" entrara en escena. Me dio un cigarrillo, me habló paternalmente, se quejó de cuán primitivos eran los otros y prometió ayudarme si respondía a las preguntas. "Sevim", dije yo breve. Me contempló sonriendo un momento, tiró la colilla al suelo, la machacó con la suela del zapato y se fue. "Los primitivos" no se hicieron esperar. Me habían preparado una sorpresa. Me colgaron con los brazos atados a una vara de metal, igual que a un crucificado. La fuerza de la gravedad, lentamente, tiraba hacia abajo del resto del cuerpo. Todos los tendones, ligamentos y músculos alrededor de los hombros y de debajo de los brazos se tensaron como cuerdas de un instrumento sometido a afinación. Estaba seguro de que los brazos se me desgajarían de los hombros y mi cuerpo, chorreando sangre, caería grotescamente mutilado, mientras los brazos continuarían colgados, atados allá arriba. A medida que el cuerpo se volvía más y más pesado, los brazos no conseguían sostenerlo. Fue cuando llegó el verdadero dolor. Podía distinguir los diferentes dolores con claridad. Golpes, descargas eléctricas y el de estar colgado. Cada uno era un tipo de dolor específico.

»La circulación sanguínea, y con ella la movilidad, habían casi desparecido de los brazos. Millares de agujas diminutas se me clavaban en las manos y en los dedos. Pero aquel dolor martirizante de las axilas era lo peor. Cada movimiento lo empeoraba todo.

—¿Sabes cómo llaman a esto? —dijo una voz, mientras me ataban cables alrededor de los dedos gordos de los pies.

—Percha palestina.

»Escuché aquel desagradable ruido que hacía alguien al girar de nuevo la manivela del aparato eléctrico. La descarga me produjo el

reflejo de apretar las rodillas contra el vientre. Allí colgado, oscilaba con espasmos del cuerpo como un retorcido amasijo de músculos. Me tiraron encima un cubo de agua. La siguiente descarga tuvo una fuerza tan salvaje que me desconectó el cerebro.

»No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Hacía mucho que había perdido la medida del tiempo. Me dolía todo el cuerpo. Mis brazos ya no eran míos. Pero lo peor era la sed. Entonces me di cuenta de que ya no estaba colgado en el aire. Tenía los pies plantados y firmes en el suelo, estaba en la otra habitación y tenía la mano encadenada con unas esposas a un tubo de radiador. Fuera había silencio total. La jornada laboral había terminado.

»Así acabó el primer interrogatorio. Ya sabía ahora lo que me esperaba en los días siguientes y estaba preparado para ello. Incluso soñé aquella primera noche de arresto. Estaba desnudo en una cama. La cabeza encima de un mullido cojín con una funda blanca. Contemplaba el entorno. La cama era el único objeto de la habitación. Todo era blanco. Las paredes, los marcos de las ventanas, las cortinas, la sábana y la funda del cojín. Todo era blanco y limpio. Y me embargó el sosiego.

Había terminado su relato y pude ver que el sosiego todavía le seguía acompañando. Hubiera deseado tener esa misma voluntad de hierro. Sabía que me había explicado todos esos pequeños detalles con un uso articulado y preciso de la lengua a fin de prepararnos a los nuevos para el inevitable destino. Pero a pesar de que como él mismo había dicho, la hora de las palabras había terminado, había algo que yo quería saber.

—Pero ¿no tuviste miedo en algún momento?

—El miedo, compañero, no es un buen acompañante, estemos donde estemos. El arte consiste en no mostrárselo a los demás.

Yo habría dicho lo mismo, si alguien me hubiera hecho la misma pregunta. La diferencia era que Sevim era un artista y yo tenía muy poco de eso.

—Buenos días, señora Sevim. ¿Así que ejercitando a los nuevos huéspedes? ¿No?

Con traje de sastre, gafas con montura dorada y una rasurada y regordeta cara, el hombre parecía más un empresario que un burócrata policía mal pagado. Miraba hacia sus lustrosos zapatos

como si hablara con ellos.

—Ja, ja, cada uno a lo suyo. ¿Cómo estamos hoy?

Su voz era suave y agradable, proclive a una charla amistosa. Parecía casi educado en comparación con los demás, que no podían pronunciar una frase sin maldecir. De repente lo supe: era «el policía bueno». Era difícil decir si entre ellos había una atmósfera artificial o si se había creado lo que podría llamarse «enemigos en son de diálogo».

—Bien, solo bien —respondió Sevim—. ¿Qué tal por arriba? ¿Tortura a pleno gas?

—Bueno, bueno, amigo mío. No les demos una falsa impresión a nuestros nuevos huéspedes.

Decidió dirigirme su sonrisa. La luz del techo, que incidió sobre la montura dorada, me cegó de tal manera que no pude ver la expresión de sus ojos. Pero aquella sonrisa casi repelente no dejaba lugar a dudas. No estaba interesado en mí. Se concentró otra vez en Sevim.

—Es una pena. Todo podría resultar diferente con un poco de cooperación. Dar un poco y recibir otro poco a cambio, como en la mayoría de las situaciones de la vida.

—Esta conversación empieza a aburrirme —dijo Sevim—. Cierra la puerta tras de ti si no tienes nada razonable que decirme.

—¿Cómo me dices eso? Tengo una buena noticia que darte en realidad. Pronto te vas a ir de aquí. A una prisión bien custodiada, claro. Pero todo es mejor así, sin duda…

Sevim pareció continuar igual de indiferente:

—Os echaré en falta —dijo.

—Lo mismo te digo, amigo mío, lo mismo te digo.

El hombre se ajustó las gafas, saludó con la cabeza y desapareció tras la pesada puerta de acero. Las últimas palabras las había dicho con cierta empatía.

Era un horno cerrado herméticamente, asfixiante, claustrofóbico, era un ataúd que albergaba a diecinueve personas respirando, aquella celda. En el transcurso del día, el calor se volvió insoportable. Pero no me quería quitar ni la camisa ni los pantalones. Me parecía que si lo hacía me quedaría enterrado allí de por vida. Ya nadie hablaba, nadie mencionó el almuerzo a pesar de que una nueva partida de queso, aceitunas y pan estaba comprada y

pagada. El calor nos atontó, la angustia y la espera se ocuparon del resto. Me estremecía cada vez que se escuchaba algo en el corredor y se abrían y cerraban puertas. Yo evitaba mirar los rostros de mis compañeros de celda, temeroso de ver reflejada en ellos el mío propio, evité todos los rostros menos el de Sevim. En él solo había sosiego. Estaba sentado con la cabeza reclinada en la pared y los ojos cerrados. Hubiera deseado que me hablara, pero no quise importunarle. Sus dos infernales semanas estaban a punto de finalizar, tenía mucho en qué pensar y quería que le dejaran en paz. Hice como él, recliné la cabeza contra la pared, cerré los ojos y me puse a pensar. Pensé en el tiempo inocente y seguro tras los altos muros del internado tan inconsciente del mundo exterior. Las repercusiones de una tormenta que arreciaba fuera llegaban a nuestros oídos, pero todavía estas no nos habían rozado la piel. Me pregunté si habría estado más preparado si hubiera crecido fuera de las protectoras alas del internado. Quizá sí y quizá no. Todos los conocimientos que había adquirido con curiosidad balbuceante y que debían armarme para los desafíos, se habían hecho añicos al primer encontronazo con la realidad de la ciudad, como un defectuoso escudo térmico que debiera protegernos del despiadado calor atmosférico. En ese momento podía haber perdido el coraje. Pero Zuhal estaba en pie, firme. Ella sola me daba nueva esperanza para continuar a tropiezos el camino. Había creído que mi dependencia de ella era provisional, como la dependencia de una madre. Autoengaño. Renuncié a lo que ella me pidió, me mantuve alejado de lo que yo sentía que a ella no le gustaba. Nunca conseguí reconocer que hacía todo eso por una mujer. Era miedo a dar un paso en falso y perderla. Pero ahora solo me quedaban mis cadenas. No tenía nada que temer. Convencería a Zuhal de mi amor e intentaría ganar el suyo.

El guardia gritó mi nombre. Abrí los ojos. Había llegado la hora. Odié el miedo al sufrimiento que me esperaba. ¡Que una amenaza así dominara la existencia! ¡Hubiera deseado estar por encima de todo eso! Mi único consuelo era que no tenía nada que explicarles, a pesar de lo que preguntaran y del dolor que me costara. Por primera vez podía vanagloriarme de ser un ignorante. Sevim me puso una mano en el hombro y me susurró:

—Recuerda lo que te dijo tu chica. Sé valiente.

Seguí obediente las instrucciones del guardia y me volví de cara a la pared del corredor. Enseguida me pusieron una venda en los ojos. Allí estaba yo abandonado a mí mismo. No sabía cuánto tiempo había estado en esa posición cuando escuché voces y pasos que se acercaban. Todo era bienvenido. Todo lo que no fuera espera. Alguien me pidió que me sujetara a un bastón que me estaba pinchando.

—Mi mujer tiene un miedo de muerte de que le traiga pulgas a casa —dijo el guardia burlón y se rio.

No era fácil hacerse a la idea de que esos hombres tuvieran una vida familiar, con mujer e hijos. Tropecé con el primer escalón y esperé golpes e insultos, pero los que me acompañaban guardaban silencio total. Continuaron conduciéndome sin comentarios. Al acabar la escalera atravesamos un corredor. Los sonidos que me llegaban indicaban que había oficinas a ambos lados del mismo. Era extraño que los sonidos familiares de un lugar corriente de trabajo me proporcionaran seguridad. Pero entonces emergió de uno de los pisos altos un sonido indescriptible, cavernoso, oscuro y helado. De la profundidad de una garganta, como una bestial y dolorosa lamentación fúnebre. Especulé sobre su origen. Pronto lo sabría. Íbamos de camino hacia allí. Continuamos el recorrido por el corredor. Cuando finalmente hicieron que me detuviera, solo me golpeó la cara una fresca brisa de verano, un golpe doblemente inesperado.

El sol, con toda su fuerza vivificadora, me acometió y cegó cuando me quitaron la venda. Todo irradiaba luz, blanquísimo, no era posible distinguir colores y formas. Me cubrí los ojos con las manos y poco a poco dejé que traspasara el sol entre los dedos. Cuando estuve preparado, los replegué con un gesto como para saludar a un amigo añorado. Estaba al lado de la entrada del departamento antiterrorista de la policía y miré hacia el aparcamiento. Coches policiales y agentes se movían entrando y saliendo de mi campo de visión. Pero yo ya no tenía ojos para ellos. Zuhal estaba en mitad del patio esperándome. Corrí hacia ella.

Si el beso que le rozó los labios la sorprendió, no lo dio a entender. Se entregó plenamente a expresar la alegría de tenerme a su lado. Bajamos deprisa, casi corriendo, hacia Mecidiyköy cogidos de la mano. La euforia de la tarde había empezado con su

acostumbrado rebullir de vida alrededor de las oficinas y tiendas. La gente pasaba sin dedicarnos ni a nosotros ni al infierno del que salíamos el más nimio de los pensamientos. Hablábamos interrumpiéndonos, jadeantes, nos robábamos las palabras a mitad de la frase y cada uno quería ser el primero en contar su historia. Como una reacción a toda la preocupación que dejábamos atrás, se nos ocurrieron cosas divertidas que no sabíamos que habíamos registrado cuando sucedieron. Torturadores que en un ataque de pánico se tiraron debajo de la mesa cuando la venda de una de las víctimas se desató, muertos de miedo de ser reconocidos. El preso de una celda que divertía a la gente con sus chistes. La bailarina de danza del vientre que encerraron por razones desconocidas y que ofreció una actuación por la noche; el guardia que introducía cigarrillos susurrando: «No os deis por vencidos, resistid». Eludimos comentar el terror y la ansiedad sufridos. La alegría de la inesperada libertad era tan grande que ninguno de los dos quería ensombrecerla. Especulamos acerca de la puesta en libertad. Mientras me esperaba, Zuhal había visto cómo ponían en libertad a otros presos del asentamiento. Era porque sabían que no estábamos entre los que habían usado armas o porque habían apresado más de los que podían abarcar. Entonces no sabíamos que los policías honrados habían ejercido una fuerte presión sobre los torturadores. La policía estaba escindida entre fuerzas progresistas y reaccionarias, como el resto de la sociedad.

La invité a mi casa, algo que no había hecho antes. Nos merecíamos una comida con todas las de la ley y un buen baño. Ambos teníamos aspecto de pordioseros. Además ella tenía un feo morado en la sien izquierda. Le quitó importancia cuando le rocé la herida. A Zuhal le parecía mejor conocer a mi familia en otra circunstancia más favorable y propuso que era mejor ir a su habitación de estudiante. Comer, arreglarnos y después planificaríamos el resto. Ganó ella como tantas veces. De repente estábamos en la plaza Taksim, habíamos hecho el camino sin darnos cuenta, el tiempo se nos había pasado hablando. Llegamos al lugar en el que nos conocimos. Pude ver que ella estaba pensando lo mismo, pero ninguno de los dos lo mencionó.

Encontré una cabina telefónica en la plaza y llamé a mi madre. Ella estaba tan desesperada como furiosa. Yo nunca había pasado la

noche fuera de casa sin avisar. No le podía explicar la verdad y le eché la culpa a una muchacha imaginaria que me había seducido —lo que provocó gruñidos en Zuhal—. La voz femenina contribuyó a convencer a mi madre. Me dio permiso para pasar otra noche con la *femme fatale* si le prometía que cuando volviera a casa no le daría la monserga de querer casarme. «Una madre original», dijo Zuhal. No advertí la añoranza en su voz. Tampoco me acordé de preguntarle por su familia. En lugar de ello, le expliqué todo sobre mi madre mientras esperábamos el autobús de Fatih, durante el trayecto y cuando compramos huevos, salchichas y pan en la tienda.

Algunos hombres mayores se lavaban en la cisterna común del patio de la mezquita, antes del rezo de la tarde. Pero también había otras personas, los que a la salida del trabajo hacían un alto, parejas con o sin hijos que daban un paseo, vendedores callejeros, palomas. Aquel patio había jugado un papel importante en la historia de la ciudad: como escenario de conspiraciones contra poderosos sultanes, de sublevaciones reaccionarias contra cada paso progresista dado en los últimos tiempos del Imperio Otomano. Pero después de la República, el patio había perdido su connotación política y se había convertido en un escaparate de la vida popular de la Ciudad Vieja en ausencia de imanes militantes que gritaran «muerte a los traidores del islam». Muchas personas de las nuevas generaciones relacionaban este enorme patio interior con paseos en los atardeceres de verano, *picnics* y juegos de pelota. Yo lo relacionaba con la muerte. No porque en su tiempo se exhibieran aquí cabezas decapitadas para sembrar el terror, sino debido a una muerte natural. La de mi padre, cuyo funeral se ofició en esta mezquita. Yo permanecí en un escondido patio menor donde los féretros con los muertos descansaban en peanas antes de la última oración y seguí la ceremonia detrás de rejas herrumbrosas. No asistió mucha gente. Unos cuantos amigos, pocos, y la familia. Mi padre había sido un hombre duro, de trato difícil. Eso le debió costar la pérdida de buena parte de sus amigos. A menudo yo lo veía como a un proletario aristócrata, rodeado de desperfectos en la fábrica, con sus cualificadas manos ocupándose de motores eléctricos. Y traje, corbata, zapatos lustrosos e intachables maneras otomanas de señor durante su tiempo libre. Creo que no encontró su verdadero sitio, que se movió toda su vida entre dos aguas: la

clase obrera con la que no se identificaba y la burguesía a la que no pertenecía. Eso puede explicar por qué no le conté nada de mi padre a Zuhal. Quería creer que yo me parecía más bien a mi madre.

En contraste con el espacio del patio, los anexos tenían aspecto de abandonados. La mayoría de los estudiantes se había ido a casa durante las vacaciones de verano. También la compañera de habitación de Zuhal. Sin las cosas de la amiga, la habitación tenía todavía un aspecto más desnudo de como lo recordaba de la primera visita. Zuhal, que acostumbraba a dejar su huella en la mayoría de las cosas, no se había molestado en hacer de su habitación un hogar. Ninguna señal personal: ninguna fotografía, póster, aroma de perfume, un camisón tirado caprichosamente sobre la cama, ningún pequeño objeto femenino que mostrara que aquí vivía una mujer. No me sorprendió. Sabía que era su forma de reprimir las pequeñas tentaciones burguesas y la exigente mujer que llevaba en ella. Una mirada, quizá un pequeño suspiro, debieron de revelar mis pensamientos.

—No vale la pena ya poner flores en un jarrón. He recibido un aviso de recesión del contrato de alquiler —dijo.

No parecía preocupada y sospeché que se tomaba la situación como un reto, alegrándose quizá de seguir su camino. Le disgustaba enormemente todo lo que supusiera establecerse. Era nuevo para mí que tuviera que mudarse de casa y quería saber qué planes tenía. Pero no me dejó hablar:

—Ahora no. Comamos primero.

En la cocina era analfabeta. Así me lo dijo. A mí me costaba creerlo. Todos los chicos y chicas que habían crecido pegados a las faldas de mamá sabían cocinar algunos platos. Pero si lo que pretendía era dejar claro que había roto con el tradicional papel de mujer, entonces vale. Siempre podría freír yo unos huevos y un par de salchichas. Saqué el horno de parafina y la sartén. Pasé el examen gloriosamente. Comimos en silencio. Yo pensaba en cómo me gustaría tenerla en casa viviendo con nosotros. Era solo un deseo, pero mientras masticaba tomó cuerpo, y de repente, cuando terminamos de lavar los platos, el deseo se hizo tan real como cualquier otra cosa.

—Vente a vivir con nosotros durante una temporada —le dije.

Ella se rio con espontaneidad.

—Recuerda lo que te ha dicho tu madre. No des la monserga con el matrimonio. ¿Qué pensará si apareces con una chica? —se burló. Pero ese brillo travieso de sus ojos expresaba mucho más. «¿Realmente puedes hacerlo? ¿Puedes llevar una mujer a vivir a casa de tu madre?». Yo no estaba seguro del todo. A mi madre no le gustaba que sus hijos le dictaran lo que debía hacer. Y además, ¿cómo llevaría el tema de compartir a su hijo? ¿Y las habladurías del barrio?

—Vayamos. Si no hay sitio para ti en casa de mi madre, tampoco lo habrá para mí.

Era la respuesta que ella esperaba, esa vez el brillo de sus ojos reflejó alegría. Pero continuó burlándose de mí. ¿Dónde dormiría? ¡Seguro que no teníamos habitación para huéspedes! ¿Me atrevería a dormir con ella?

—Tú puedes dormir en la habitación de mi hermano, él puede dormir en el salón conmigo —dije yo indignado.

Decidimos trasladarnos enseguida y empaquetamos sus cosas en dos maletas viejas. Al acabar miré esas pobres maletas y pensé que toda su vida se hallaba en ellas. Era por supuesto una idea absurda. Solo se trataba de sus escasas pertenencias.

—Debes comprenderlo correctamente, amado mío —dijo Zuhal —. Es una solución provisional.

Me había llamado dos veces «amado mío» en un corto periodo de tiempo. ¿Era una forma de hablar a los amigos o expresaba algo más profundo? Desde que llegamos a su casa, me había esforzado en reunir valentía y en crear la atmósfera propicia para explicarle todo lo que había reflexionado durante esos últimos días.

—Kemal tenía razón a pesar de todo —dijo entonces.

—Te quiero —dije yo.

Los dos habíamos hablado a la vez. Las palabras colisionaron en el aire y cayeron con estrépito en la sala. Su rostro se ensombreció, se dio media vuelta con brusquedad y se puso a abrir cajones vacíos de la cómoda. No sabía con qué cara me había quedado yo, seguramente con cara de imbécil. Había ido a escoger precisamente los segundos en los que ella nombró al hombre de su vida. «Kemal tenía razón a pesar de todo». Esas palabras se me revelaban ahora con toda la fuerza de su significado. Los disparos en el asentamiento

y el terror en la comisaría a ella le habían influido en dirección opuesta a como me habían influido a mí. Nos habíamos distanciado. Ella estaba preparada ahora para matar y morir.

—No me amas, es solo una ilusión —dijo todavía de espaldas a mí.

—¿Cómo puedes decir eso? —le pregunté. No pretendía que la respuesta a sus palabras quedara ahí. Quería continuar, pero algo inexplicable me bloqueó la voz. Me costaba recuperarla. Cualquier intento hubiera sonado a débil queja de muchacho prepúber. Había perdido la ventaja que me daba haber compartido algo grande con ella y la posibilidad de apartarla de ese camino sin salida. Ahora debía enfrentarme a un hombre y a todo lo que él defendía; luchar contra un hombre al que ni siquiera le hacía falta estar presente.

—Él no tiene razón —le dije, con voz firme—. Kemal es un aventurero sin seso. Cabalga hacia una tormenta que le barrerá del mundo. Lo sabe y le gusta. Vale, es un hombre valiente que puede asumir las consecuencias de sus actos, pero ¿de qué sirve? Además, tú no le importas.

De esto último no tenía ni idea. Solo era un golpe bajo. Pero hizo que Zuhal se volviera hacia mí.

—Te equivocas, amigo mío. Le intereso mucho. Por eso me dejó en paz cuando yo supe que no le quería. Él solo está enamorado de una cosa, de la revolución.

—¿Te diste cuenta de que no le querías? ¿No eras tú la que te burlabas siempre del amor?

—¿Lo hacía? ¡Qué ridículo! A veces intento parecer más dura de lo que soy. Es mi secreto. No se lo cuentes a nadie.

No estaba seguro de si me estaba tomando el pelo. Pero por la gravedad de sus ojos no lo parecía. Después de un año, esa mujer continuaba siendo un misterio para mí.

—¿Así que creías que Kemal era un contrincante invencible en tu lucha para obtener mi amor?

Así era. Pero ahora ya no importaba, a pesar de que me alegrara de haberme equivocado. Estaba un poco confuso, sentía que hablábamos sin entendernos. Quizá Kemal, como hombre, estaba fuera de juego, pero no sus ideas, que ahora se interponían entre nosotros.

—Él se ha incrustado bajo tu piel. Es esto a lo que me enfrento.

Es la palabra contra el poder. No podemos ganar esta guerra con las armas, Zuhal. Si ganamos, será una victoria pírrica. Con odio y solo perdedores. Venganza y sangre que mancharán las manos y los recuerdos.

—No sabía que te habías hecho pacifista. Tenemos aquí a nuestro propio Gandhi, sí, como él. ¿Tan ingenuo eres? Para las autoridades de este país las palabras son tan peligrosas como las armas. Los únicos que podrán escapar son los que callan.

—¿Crees que no lo sé? ¿Qué hay de malo en callarse y dejar a la historia seguir su curso? Ellos no pueden ostentar el poder eternamente, ¿o sí? Alguna vez han de cambiar las cosas, si no es ahora, será dentro de diez o veinte años.

—¿Qué propones? ¿Que cogidos de la mano vivamos juntos, rezando para que llegue ese futuro lo antes posible?

—Algo así, sí. O si lo deseas, podemos protestar con la palabra como arma y atenernos a las consecuencias. Estoy preparado para emprender un viaje contigo, adonde sea, escoge tú, mientras no tenga que abrazar las armas en lugar del cuerpo de mi amada.

—Nadie habla como tú, nadie que yo conozca —dijo Zuhal y me acarició la mejilla—. Has nacido poeta, quizá no un Nazim Hikmet, pero poeta pese a todo. Y los poetas son gente pacífica. Están condenados a serlo. Pero ¿cuán seguro estás de amarme?

No esperó respuesta. En su lugar se encaminó hacia la cama, se agachó y sacó una tina blanca de plástico. Iba y venía como una ágil ama de casa, sacó una cazuela grande, la llenó de agua de un bidón de plástico dedicado a almacenarla, encendió el homo de parafina y puso la cazuela encima. Yo sentía curiosidad pero no obtuve explicación alguna. En su lugar me envió a buscar más agua a la cisterna común de la mezquita. Equipado con dos bidones de plástico salí al patio. Igual que en los viejos tiempos, cuando nos mudamos a nuestro nuevo piso. Para no perder la costumbre, el Banco para la Vivienda había finalizado la construcción de pisos sin tener acabadas las infraestructuras. Mientras esperábamos a que instalaran el agua corriente, teníamos que ir a buscarla a la fábrica más cercana. A nosotros, los muchachos, nos resultaba divertido. Nos poníamos a la cola con los bidones de plástico y flirteábamos con las chicas. Recuerdo que Emel estaba colada por un obrero del acero que se sentaba sobre un montón de chatarra durante las

pausas. Se estiraba el bigote, silbaba y le guiñaba el ojo. La historia acabó con que Emel recibió una paliza de su abuela paterna tras pillarla in fraganti. El delito había sido un inocente beso lanzado al aire en dirección al amoroso obrero. Sonreí con el recuerdo.

—Debe ser un lucrativo asunto a juzgar por tu sonrisa —dijo el joven sentado que se estaba lavando los pies a mi lado.

—¿El qué? —le pregunté sin comprender.

—Pues, vender agua —dijo.

Por un momento pensé en divertirme a su costa. Pero tenía una mirada honrada e ingenua.

—No, qué va. Solo estoy enamorado —aclaré.

—Ah, claro, eso es diferente —dijo y me invitó a liar un cigarrillo. El tabaco de contrabando me mareó. Resultó que era descargador en la lonja.

—Bromeas —le dije yo sorprendido. Conocía a Ahmet de oídas. Nos sentamos en la penumbra de aquel patio mal iluminado. Fumamos y hablamos de la lonja de frutas y verduras como dos viejos amigos.

—¿Dónde has estado? El agua casi se ha evaporado de tanto hervir —dijo Zuhal intrigada.

—Me han ofrecido ganar importantes sumas con el negocio del agua —respondí yo. Y me miró como si yo hubiera bebido. Pero mi alegría era contagiosa.

—Estás loco —dijo y se rio.

—¿Me explicarás lo qué estás haciendo? —le pregunté.

—Lo tuyo son las palabras, yo soy una persona de acción —respondió enigmática. Pero yo ya no necesitaba ninguna explicación, ya había entendido a qué se debía todo ese ajetreo. Dividió la habitación en dos con una sábana colgada de un tendedero. Era para lavarnos y asearnos antes de conocer a mi familia.

—Las mujeres primero —dijo, y despareció detrás de la sábana.

Yo herví mi propia agua mientras ella se lavaba. Cuando terminó envolvió su pelo y su cuerpo en una toalla. Al verla me ruborizó y dirigí la mirada al suelo. Ella no desaprovechó la oportunidad para meterse conmigo.

—¿Por qué miras al suelo tan fijamente? ¿Hay algo raro? Es tu turno, muchacho. Manos a la obra.

Me desvestí, me senté en la tina y me enjaboné el cuerpo. Era maravilloso.

—¿Necesitas ayuda para enjabonarte la espalda? —dijo detrás de mí. Mi madre acostumbraba a frotarme la espalda con un paño áspero, pero ella no era mi madre.

—No, gracias —dije. Se agachó y recogió mi ropa.

—¿Por qué te la llevas? —le pregunté.

—Está muy sucia. Voy a ver si tengo algo mío de tu talla —dijo.

No me hubiera extrañado, éramos casi de la misma estatura.

—Podrías ya dejarme tranquilo —le dije.

La habitación estaba caldeada, el agua y mi interior también. Calor de deseo. El miembro se me puso duro en la mano, con la mente puesta en la fugaz visión de sus hombros y muslos desnudos. Soñé con llevar la mano a esos muslos y subirla hacia arriba, pero, avergonzado, me detuve de golpe. Me odiaría si de pronto ella se acercara y viera lo que estaba haciendo. Nunca sería capaz de decirle que deseaba hacer el amor con ella. Tenía demasiado miedo de que se burlara de mí. Eso sería como matarme.

Me sequé con rapidez y me envolví la toalla alrededor de la cintura. Debíamos salir de allí. En casa encontraría la calma necesaria para dar el siguiente paso. En casa no me conformaría con que aceptara mi amor sin nada a cambio. Allí pensaría en el más mínimo detalle, hasta que la más simple de las palabras sonara a rima de un gran poema. La obligaría a que reconociera su amor por mí. Un juego peligroso con riesgo de perderla para siempre. Pero tenía que correr ese riesgo. No quería seguir siendo solo el joven admirador bien considerado y nada más.

Tiré despacio de la sábana para pedirle que me alcanzara mi ropa. Tumbada boca abajo, sus largos rizos estaban esparcidos sobre el cojín, así que no podía verle el rostro. Presentí que había enterrado la cabeza en el cojín aposta para evitar comentarios torpes y para que contemplara a placer su cuerpo desnudo. Fui hacia ella como una mariposa nocturna a la luz.

Lo entendí en el preciso instante de abrir los ojos. La luz diurna se colaba por las altas ventanas y se desplomaba sobre la cama como chorros de luz. El inconfundible olor de las horas de amor de la noche suspendido en el aire. Permanecí tumbado un rato para absorber lo que todavía quedaba de ella. La camisa a cuadros y los

vaqueros, que llevaba ese día en la plaza Taksim, estaban doblados con esmero en el suelo como un último adiós. La sábana del tendedero y la tina de plástico habían desaparecido. Las dos viejas maletas, también.

SEGUNDA PARTE

Verano de 1979

Los diecinueve habían quedado atrás. Había transcurrido un año. Un año entero desde que el calor de su piel me cubrió. Hacía un año que me había abandonado dejándome sumido en una desesperación abismal. Había sido «mi año horrible». El inicio de una vida sin Zuhal. No es que al momento me diera del todo cuenta. Ella había desaparecido, sí, pero debía de existir una explicación. A pesar de hallarse esta en las revueltas de la conciencia, no era capaz de hacer que emergiera. Escogí engañarme a mí mismo agarrándome con uñas y dientes a otras posibilidades, por irreales que fueran. El único lugar en el que podía buscarla era la asociación estudiantil. Encontré allí muchas caras nuevas llenas de desconfianza. No, no conocían a ninguna Zuhal. Ellos no eran el Registro Civil. ¿Quién era yo?, ¿un agente de policía, quizá? Yo ya sabía que no servía de nada implorar, decir que era la mujer que yo amaba. Eso solo haría la situación más ridícula. Ya fuera del local, se me acercó corriendo un joven.

—Te he visto una vez con ella —dijo—. No la busques. No la encontrarás. Aquí no, ni en ningún otro lugar. ¿Entiendes lo que te digo, camarada?

Sí que lo entendía. Y me alejé de su lado. Caminé y caminé. Acabé en Gülhanepark, debajo del nogal. Me senté mirando más allá del Bósforo y lloré. Mientras lloraba, pensé en la fina línea que separaba cobardía de valentía. ¿Era yo el cobarde por escoger la paz y el amor frente a la guerra? ¿Era ella la valiente por no haber dudado en escoger otro camino? ¿O era al revés? Llegué a una conclusión. Debía esperar. Esperar a que ella volviera a mí. Juntos encontraríamos la respuesta.

Encontré consuelo en un fiel punto de apoyo:

—Deberías haberla traído aquí enseguida —dijo mi madre—. Con nosotros se habría sentido segura.

No pude decirle que eso no habría cambiado nada. Simplemente había cogido sus maletas y se había ido. Nunca habría aceptado el adormecedor calor de la conformidad. Nunca le pregunté en qué clase de hogar había crecido. Ni tampoco ella me habló de su familia. Si hubiera tenido la mínima esperanza de que quizá intentara buscar refugio en casa de sus padres o en casa de algún hermano, habría intentado localizarlos.

—Si te quiere de veras, volverá —dijo mi madre. No esperaba escuchar otras palabras de sus labios. Pero, en realidad, lo único que ahora deseaba era depositar la cabeza en su regazo, sus caricias en mi pelo, su tranquilizadora voz y sus sencillas palabras. Hubiera podido creerse que a mi madre le eran familiares las diferentes formas de dolor producidas por el amor. Por otra parte, no sabía qué pasaba por su mente; pero sus manos y su voz me insuflaban el aire que necesitaban mis alas para continuar llevando aquella pesada carga.

Podía recorrer tierras y tierras como Kerem por el desierto. Pero no podía entender por qué la figura medio loca de la leyenda popular, enfrascada en la desesperada búsqueda de un amor perdido, podía ser atractiva para alguien. Yo era una persona demasiado alegre y esperanzada para caer en una existencia tan desconsoladora. Y la depresión era un concepto desconocido por aquel entonces. Pero además siempre he sido un firme partidario de que uno mismo sea su propio psicólogo. Mi método terapéutico era simple: llenar cada segundo de mi vida con quehaceres. Solo así podía evitar que ella pasara de ser una amada ausente a un molesto fantasma. Solo así conseguiría hacer volar el tiempo. Empecé de nuevo a trabajar con Ahmet, con el mismo celo que antes. Él desconocía felizmente la tormenta que había asolado mi vida durante ese último periodo. Por ello evitó escenificar una torpe actuación de comprensivo participante en la curación de mi pena. Era el mismo de siempre, un pillastre encantador, fanfarrón y espontáneo. Solo una vez a causa de una joven estudiante que pasaba por la entrada del mercado de camino al curso de alfabetización, y que llevaba la mirada de los hombres pegada al cuerpo, recordó a Zuhal y me preguntó por ella.

—¿Quién? —dije yo y continué con lo mío.

—Santo Satanás. Este muchacho ni tan siquiera recuerda a las

mujeres de su vida —murmuró con envidia y enseguida perdió el interés.

En el verano de 1978 había recibido una carta con membrete oficial. Después de pasar el examen de ingreso me permitían entrar en la facultad de Filología. En otras circunstancias esto me habría alegrado. Sin Zuhal, se convirtió en un trámite similar a los demás. Ni siquiera quería albergar la esperanza de que ella de repente apareciera ante mí en algún pasillo extraño, con sus libros en el bolso de tela. Me matriculé en el departamento de Lengua y Literatura Inglesas y el primer día del semestre de otoño asistí a la primera clase magistral. Con el corazón temblando y tan discretamente como pude, intenté hacer averiguaciones entre los que podían conocerla. Ninguno de ellos la había visto desde la primavera. A pesar de lo poco esperanzado que estaba, me llevé una gran decepción. Levo estaba en su facultad. Nos encontrábamos durante las pausas en la cantina. Él hablaba sin parar de su Gülnur y de Semra, las dos todavía en el internado, en el último curso de Secundaria. Yo le escuchaba pero hacía lo imposible por hacerme el desinteresado y era en extremo ingenioso para evitar cruzármelas durante el fin de semana. El tema preferido de Levo era las pobres condiciones de las viviendas para estudiantes frente a las ventajas de vivir en casa. Yo era afortunado por vivir en esta ciudad y no tener que verme mezclado con lo más lamentable del mundo. Tenía un corazón de oro este Levo, pero nunca se preguntó por qué yo casi siempre guardaba silencio mientras él hablaba por los codos. No me quejé, al contrario, encontraba liberadoras sus historias y le tuve todavía en mayor estima.

Las noches eran lo peor. Leía, leía mucho y sin criterios selectivos. Solo la lectura podía llenar mi vacío.

—Te vas a estropear la vista con tanta lectura, hijo.

Perdí vista, pero no era del todo seguro que se debiera a la excesiva lectura. Las gafas que me compré con mis ahorros me conferían, según Levo, un carácter intelectual del que, a su parecer, yo carecía antes. Mientras yo me convertía en un competente estudiante sin ponerle apenas empeño, un incendio asolaba la sociedad, un incendio cuyas llamas se volvían más y más amenazadoras. Las batallas y los tiroteos entre fascistas, estudiantes revolucionarios y policía se habían convertido en algo corriente. Las

clases se interrumpían durante días cada vez que los edificios, ocupados por grupos políticos, eran convertidos en campo de batalla. Yo me mantenía al lado de los revolucionarios, iba a su cantina, a sus debates, pero me negaba a tomar parte en las violentas confrontaciones. Estaban tan divididos, tenían una visión de las cosas tan distinta, estaban tan fragmentados que incluso los más duros y curtidos escépticos progresivamente me aceptaron como una colorida mancha más en su colcha de retazos. Las pocas estocadas que debía aguantar tachándome de cobarde desaparecieron cuando no me tiré debajo de la mesa, como los demás, con las detonaciones de los primeros disparos. Yo estaba, a pesar de todo, más familiarizado con ellos que la mayoría. Así que me tenían por un personaje divertido con raras teorías sobre una especie de socialismo utópico en el que todo el mundo era feliz, compartía los bienes por igual viviendo en hermandad, paz y solidaridad.

—¿De dónde has salido tú, realmente? ¿Del planeta Marte? —decían riéndose. Esos jóvenes que soñaban con la dictadura del proletariado se divertían a mi costa. No me importaba. Me gustaba estar con ellos. Eran como una gran familia que había heredado de Zuhal. Y como un padre despojado de poder, velaba por ellos albergando ansias de que llegaran a actuar de otra forma. ¿Cómo? No lo sabía. ¿Cómo evitar que ganara el fascismo? ¿Parando las balas con cuerpos indefensos? Yo solo tenía preguntas sin respuesta. Y tuve la sensación de remar contracorriente. Sentí pena por mí y por mi generación. Éramos una generación perdida y, sin embargo, la mejor que había tenido el país en muchas décadas. «Lo que ahora necesitamos es una potente utopía», dije medio en broma. De una cosa estaba seguro: Zuhal había encontrado respuestas a sus interrogantes.

Otoño de 1979, en una casa segura. Estambul

Una mesa desnuda, un vaso de té (frío y sin tocar), migas de pan en el marco de la puerta para los pájaros, una estufa de leña (sin usar) al lado de la pared (con desesperada necesidad de pintura) y el rumor del silencio de una autoimpuesta soledad. Los sonidos del pasado, sin embargo, aparecían mejor afinados en la memoria: felices en su falta de desasosiego, provocadores en su irrefutabilidad, irritantes en su inutilidad.

A Zuhal le gustaba su soledad. Compañía no le hubiera faltado de haberla deseado. La soledad era un escudo que la protegía contra la incomprensión de los extraños.

Durante varios días había deambulado cavilando sobre una cosa para la que no hallaba respuesta convincente. ¿Qué diría en el banco? La cuestión era que quería causar sensación. Sobre todo a un determinado hombre. Había pensado mucho en él en los últimos meses. ¿Era su padre el artífice de sus convicciones, inculcadas a base de discursos sobre la justicia? ¿Tan eficaces habían sido, armadas de realidad, con sangre y lágrimas auténticas? ¿Era el padre quien la había modelado? A pesar de que con el tiempo lo había superado. También a ojos de él. Todo parecía una larga historia de génesis, con personas encadenadas entre sí a una trenza de influencias mutuas, en la que mientras unos no conseguían seguir adelante, otros, como ella, se dejaban la piel en el empeño.

A pesar de que su deseo de causar sensación estaba escondido en algún repliegue de la conciencia, en algún momento de su examen de introspección estuvo a punto de reconocerlo. Un poco de vanidad no hacía daño a nadie, seguro. Por otra parte, ¿quién se la merecía más que ella, después de un año de sacrificado trabajo? No era casual que gozara de cierto respeto que el tiempo se encargó de

reforzar. Si bien era cierto que había quien seguía sus pasos con escepticismo. Una herencia de décadas de enraizada desconfianza hacia la capacidad y aptitudes de las mujeres. Pero a ella eso no le afectaba.

Comparaba su pequeña vanidad con el ardor del artista y su necesidad de epatar. En unos pocos escogidos primero y después en el gran público. Ahora bien, atracar un banco en sí mismo era poco impactante, pero una réplica colocada en su justo momento podía cambiarlo todo. Continuaba con un problema sin resolver.

Todo lo que se le ocurría sonaba poco adecuado.

«Embargar», por ejemplo. O «confiscar». Tenía que existir algo pues que respondiera a sus necesidades, sin que fuera demasiado pomposo, algo que fuera impactante en ese momento y *a posteriori*. Después de todo, estaba destinado a ser su tarjeta de presentación.

Antes de cerrar la puerta, echó una ojeada de rutina a aquel piso sin identidad que no merecía ser llamado su hogar. Al bajar las escaleras pensó en aquel día, ya hacía un año, cuando Kemal y ella caminaban charlando uno al lado del otro como cualquier otro par de amigos; aunque su vínculo en realidad se debiera a su actividad y la conversación se asemejara a una «entrevista grabada». Kemal parecía contento con tenerla consigo otra vez, sin insinuaciones a su anterior y superada intimidad. Se mostraba un poco altanero en su papel de instructor. Con una media sonrisa en la comisura de los labios y la cabeza baja, hablaba monótonamente de teoría y praxis y de las obligaciones que para ella no eran más que perogrulladas. Cuando lo obligatorio hubo concluido, se detuvo y la miró por primera vez a los ojos.

—¿Sabes que no podrás verlo más, verdad?

Ella escogió reaccionar como el que no sabe de qué le hablan porque le cogió por sorpresa, o quizá sintiera vergüenza.

—¿A quién?

—A tu pequeño amante.

Si Kemal pretendía ser mordaz con esa definición, tuvo el efecto contrario. Y puso cara de súbito arrepentimiento, como suele pasar tras una irremediable metedura de pata. Miró de nuevo al suelo, seguramente muerto de miedo porque le tomara por un vulgar macho arrebatado de celos. A ella le disgustó ese malogrado descaro, pero no quería darle pie a confirmar ni a descartar nada.

—Mejor que te concentres en preparar los trabajos que nos esperan, ¿no? —Era todo lo que tenía que decirle, a pesar de que deseaba añadir que ningún hombre se convertiría en su amante durante un futuro próximo.

Más tarde sintió alivio de que la trasladaran fuera del ámbito de responsabilidad de Kemal, lo que suponía dejar de acatar sus decisiones o las de otros, y se le encomendara liderar su propio grupo. Pero sabía que sus caminos se cruzarían nuevamente si las circunstancias lo exigían. No le preocupaba. Cada cosa a su tiempo, pensó con la esperanza de que las discrepancias personales no obstaculizaran la cooperación con Kemal.

Se deshizo de esos pensamientos mientras caminaba con paso rápido por las calles vacías, como una obrera de camino a la fábrica apresurándose antes de que la avalancha matutina se apodere de las calles. Su estómago rugía quejándose de hambre. No se había atrevido a desayunar por miedo a vomitar y, aunque pasó por delante de un par de panaderías con bollería en sus escaparates, consiguió resistir la tentación.

El coche apareció a la vuelta de una esquina, un instante antes de que ella llegara a ese punto de encuentro. Le gustó esa precisión y constató con satisfacción que sus ataques de furia anteriores por las citas incumplidas no habían caído en saco roto. El coche paró ante ella y el que conducía abrió la puerta desde el interior. Se sentó en el asiento del copiloto sin fijarse en las características del vehículo ni preguntarse cómo había llegado a manos del grupo. Todos los puntos relevantes habían sido discutidos ya con los cuatro hombres que ahora compartían con ella los asientos del coche. Por eso se limitó a asentir con un movimiento de cabeza en señal de aprobación, como una profesora satisfecha con la asistencia de todos sus alumnos. Al instante le fue entregado un paquete, un saco largo que abrió doblándolo por los bordes. El acero que dejó al descubierto le provocó sentimientos contradictorios, como siempre. Repulsa mezclada con miedo junto a sensación de poder. Después de mucho tiempo sintiéndose insegura de querer traspasar los límites o no, había decidido que el poder hay que combatirlo con poder.

Apretujados en el coche, los cuatro hombres esperaban una señal suya. Callados, sin hacer comentarios ni bromas. Con las

espaldas erguidas, perlas de sudor en la frente y músculos tensos. Eran jóvenes, con bigote, sin bigote, altos, bajos y con un intenso olor corporal provocado por la escasa higiene. Tenían un aspecto vulnerable, de perdedores, enfundados en ropa que no les sentaba bien, barata, y Zuhal sintió compasión unida a fuertes deseos de protegerles. Era casi conmovedor cómo la miraban. De entrada, hombres rudos que a lo largo de su vida seguro que habrían pisoteado a más de una mujer. Para esos hombres ella era casi como un comandante en tiempos de guerra. Por eso quería hacer todo lo que estuviera en su mano para no defraudarlos. Estaba preparada. Lo único que amenazaba aquella calma artificial era la sequedad de boca, las leves palpitaciones, el sudor pegajoso y las ligeramente temblorosas manos que sostenían el *kalashnikov*.

Cuando el coche giró para entrar en la calle tras la ronda de reconocimiento, Zuhal pidió al chófer que aparcara delante del banco. Salieron del vehículo, Zuhal a la cabeza con la metralleta escondida en el saco, que era de arroz a juzgar por el logo y el nombre del productor. Seguida de dos más entró en el banco mientras otro montaba guardia en la acera y el conductor esperaba con el motor al ralentí.

La forma en que se desencadenaron los hechos a partir de aquí constituye un caos de imágenes confusas que ella después no consiguió reproducir con exactitud. No recordaba nada realmente del local, aparte de una incisiva iluminación de fluorescentes, pesadas cortinas y un sonriente rostro de mujer detrás de un mostrador marrón oscuro.

Como poseída, se dirigió a ese rostro sin tener idea de lo que hacían sus dos compañeros. Su ángulo de visión estaba ocupado solo por esa mujer. Cuando retiró el saco y descubrió la metralleta, la sonrisa de la mujer se torció en un sollozo. En sus oídos chirrió la voz de Zuhal como tiza rasgando una pizarra:

—¡Estamos aquí en nombre del pueblo para embargar los activos del banco!

Se hizo el silencio. La cara de la mujer se había transformado en un interrogante. El silencio duró hasta que un objeto cayó al suelo causando un estrépito. Zuhal se dio la vuelta en dirección al ruido. Uno de sus compañeros, con bigote, había dejado que se le cayera el cargador de la pistola y acababa de recogerlo con expresión de

disculpa. Casi incómodamente conmovida por el alboroto, se aclaró la voz y gritó:

—¡Venga el dinero, mujer, rápido!

«Rápido» era la palabra clave ahora. Rápido y eficiente, y sin torpezas, sin funestos traspiés. No sabía si alguien había pulsado la alarma, llamando a la policía, y, en ese caso, lo rápida y efectiva que sería. Zuhal escuchaba su reloj interior mientras seguía los movimientos de la otra mujer, sus manos temblorosas y su inquietud cada vez que tocaba los billetes, como si fuera ella misma la que robara el banco. Cuando la mujer hubo finalizado, le arrebató el saco con una sonrisa, único signo amistoso que estuvo dispuesta a otorgarle y esperando que no se lo tomara como una burla.

Cómo salieron del banco sigue siendo un agujero vacío en su memoria. Lo único que recuerda es estar en la calle con la metralleta erguida. No se produjo ningún grito histérico ni ningún signo visible de pánico. Quizá fuera porque era una mujer quien empuñaba el arma, o tal vez que la mayoría de la gente ya estaba acostumbrada a vivir este tipo de situaciones. Le produjo una reacción rayana en la decepción. Nada de figuras armadas bajando de coches idénticos que tomaban posiciones. Ni siquiera sirenas que indicaran una inminente confrontación. Escuchó gritar a los compañeros: «¡Venga, sube de una vez!», e inmediatamente después tiraron de ella hacia dentro. El vehículo inició la marcha con una sacudida que la lanzó hacia atrás, y cuando el chófer, en la curva, frenó bruscamente la envió hacia delante y se dio en la frente contra la nuca del que iba en el asiento del copiloto. Le salió un chichón en la frente y fue la única que se contusionó aquel día. Algo que provocó risas mal disimuladas y relajó la atmósfera de nervios entre los jóvenes.

Di un respingo involuntario cuando de repente me topé con sus ojos negros, inocentes, que me miraban con fijeza como si se preguntaran algo. Era una copia más joven de sí misma, el pelo recogido en una tirante cola de caballo, cejas pobladas jamás retocadas por pinzas, sonrisa insegura enmarcando la boca. Zuhal, estudiante de Secundaria, fotografiada en la portada de un periódico de ámbito nacional. El reportero tuvo que haber sacado la fotografía de los archivos policiales o haber engatusado a los

confundidos padres. Nosotros no teníamos ninguna fotografía de los dos. «No es necesario poner al día los archivos policiales. ¿O sí?», había dicho ella. El titular en negrita de la portada la nombraba solo a ella. «Mujer terrorista roba un banco». No me habría sorprendido si lo hubiera hecho sola. Pero el chillón titular solo buscaba captar la atención de forma sensacionalista. «Mujer terrorista» era mucho más llamativo que «cuatro hombres terroristas». Debajo de la fotografía, varias columnas con la historia del robo en lenguaje de película de acción, escritas por un reportero que visiblemente no sabía si amonestar o admirar a la terrorista. La historia estaba basada en supuestas declaraciones de testigos y contaba cómo una mujer y tres hombres, armados todos con metralletas y pistolas, habían irrumpido en el banco justo después de que abrieran, y sin herir a los empleados habían vaciado la caja. Se calculaba una suma importante. Después se habían fugado en un coche que esperaba con un quinto terrorista al volante. El vehículo, fue encontrado más tarde abandonado en una bocacalle a irnos kilómetros de allí. Había sido denunciado como robado el día anterior. La policía pudo identificar a la mujer a causa de una anterior detención, era lo que se podía leer en el periódico. Los otros cuatro eran desconocidos. El reportero citaba también al portavoz de la policía: estaba seguro de que se trataba de un robo político y de que los ladrones eran miembros de un grupo radical de izquierdas. La policía seguía la pista a los terroristas y harían todo lo que estuviera en su poder para apresarlos lo antes posible. El portavoz también aparecía fotografiado en la portada y se parecía más a un hombre de negocios que a un policía. Yo pensé en Sevim, dónde estaría, si leería el periódico y reconocería a su «policía bueno».

Zuhal había vuelto. Eso era lo que contaba. Podía tranquilizarme. La espera ahora sería diferente, menos agotadora. Aunque no pudiera albergar esperanzas de un contacto inminente por razones comprensibles. Estaba en algún lugar, quizá leyendo el mismo periódico con la idea de que yo lo considerara como un saludo de su parte.

Diciembre de 1979

—Opino que Shakespeare está sobrevalorado.

Era una astuta provocación. Y ardía de ganas por ver aparecer sorpresa e irritación en su rostro. Pero la había juzgado mal. Ella poseía la insólita cualidad del autodominio.

—Eres fácil de desenmascarar, joven —dijo—. Además, todos sabéis que tengo debilidad por mis mejores alumnos.

Escondida tras una nube de humo, hundida en un sillón de anticuario tapizado con grueso y gastado terciopelo, era una mujer pequeña y frágil con un cerebro fantástico y un mar de conocimientos.

Generaciones de estudiantes coincidían en que esa mujer era uno de los pocos rayos de luz entre los intelectuales del país. La señora Emine Torgan, profesora de Literatura Inglesa, llamaba al finado William Shakespeare «mi amado». No dudé ni un segundo de que la docente habría hecho lo indecible para seducir al autor de haber sido contemporáneos. Los rumores sobre su homosexualidad, en cualquier caso, habrían sido un obstáculo insignificante. Su amor unívoco estaba inmortalizado en forma de libros sobre su vida y obra. Y cualquier aproximación crítica se la tomaba como una ofensa personal.

—Lo creo de verdad —insistí yo—. Lo peor es que ni tan siquiera es bueno. Solo hay que fijarse en todas esas banales historias en las que perdió el tiempo. Puedo nombrar a cientos de autores mejores que él.

Ella seguía imperturbable, sin señales de su cólera profesional. Su delicada y firme mano sostenía la taza de porcelana, un objeto más de su anticuario. Tomaba voraces sorbos de café, hizo girar la taza un par de veces y la devolvió al plato.

—La vida está llena de historias banales. Pero él las convertía en excelente poesía. No puedes negar que *Romeo y Julieta* es una

bellísima historia de amor.

—Un melodrama alejado de la realidad —grité yo con ímpetu.

Ella alzó una ceja, algo que acostumbraba a hacer cuando quería mostrarse traviesa. Esa mujer, que nació con el hundimiento del Imperio Otomano, conservaba el entusiasmo de una niña.

—¿De verdad lo crees? Bien, entonces es hora de profetizar con el poso del café y descubrir tus secretos.

Podía tumbarme como a una pluma. Ella, la más declarada enemiga de la metafísica y de todo lo que escapaba a la razón pura, ¿iba a profetizar con la taza de café? Me revolví incómodo en la silla en la que se habían sentado en su época personalidades imperiales. Definitivamente, esa mujer tenía la capacidad de penetrar en el interior de sus semejantes.

—Eso es, correcto, tal y como lo pensaba. Un alma delicada con un peso muy duro. Un corazón afligido.

Me indicó una mancha marrón oscuro en los restos de café del plato.

—Veo un largo camino aquí.

Esta vez era una raya alargada que el poso había labrado al chorrear por la taza.

—Vas a hacer un viaje, a la búsqueda de algo o de alguien.

La risa era lo más bello en ella. Los años habían dejado además huellas profundas en su piel morena.

—*Just kidding* —dijo cuando cesó su ataque de risa—. *Besides, it was my own cup, it*[1] *?*
wasn't

Era poco afectada y casi nunca mezclaba vocabulario inglés en sus expresiones, solo en ocasiones especiales en las que se podía descartar cualquier sospecha de aborrecible americanismo.

—Dime una cosa. ¿Luchas gallardamente por tu amada dispuesto a sacrificar tu vida como Romeo, si se te exige?

Ni tan siquiera me había preguntado si tenía una amada. Pero su pregunta era precisa como un disparo que daba en el blanco.

—Ella no está —dije yo en lugar de responder sí o no. Pareció satisfecha con mi respuesta.

—¿Muerta? Literalmente, como Julieta. ¿O ausente del corazón, del hogar, del país?

—Simplemente no está.

Me gustaba hablar con ella. El placer era recíproco, creo. Ella misma había dicho que no acostumbraba a invitar a su casa a los estudiantes. Desde inicios del semestre de otoño, cuando los fascistas ocuparon los edificios de la facultad, ella había sido mi «tutora»: me encargaba trabajos y durante las visitas que yo le hacía a su casa los valoraba y comentaba.

En momentos así, el café servido era una señal de que se podía tomar la palabra. Ya desde su primera clase supe que había encontrado a la profesora de mi vida. Pero ni soñé que un día sería tan privilegiado. Le hablé de muchas cosas sobre el poso del café —ella sabía escuchar—, pero nunca le hablé de Zuhal. La profesora no necesitaba demasiadas palabras para sacar conclusiones acertadas.

—Tenemos mucho en común, ¿sabes? —me dijo—. Durante años me pregunté si había traicionado a la gente que amaba. Éramos pocos en los años cuarenta y cincuenta. Pocos que creyéramos en un mundo mejor. Entonces no tenían que matarnos como hacen ahora. Era suficiente con sumergirnos en una negra pesadilla. Escuchas, tortura y largas condenas de cárcel me arrebataron a la mayoría de personas amadas. Yo era un alma pacífica y sensible como tú. Con ideales, pero nunca participé en actividades subversivas. A mí no me tocaron, quizá en parte por las cercanas conexiones de mi familia con la elite republicana. De todas formas, tuve que aprender a convivir con mi dilema, el deseo de cambiar las cosas sin exponerme a las consecuencias. El sentimiento de haber fallado a mis amigos, de intuir reproches en sus miradas durante mis visitas a la cárcel, era lo peor, lo más difícil de soportar. El tiempo pasó. Algunos de los que fueron tratados con más brutalidad por el aparato estatal no dudaron después en pasar a formar parte de él como ciudadanos respetables. Mientras, yo continuaba siendo la misma, con el mismo ardiente deseo de cambiar el mundo, insobornable.

—¿Soy tan importante para usted como para que me cuente todo esto?

Pude ver que estaba preparada para la pregunta, casi esperaba que se la hiciera.

—Todas las personas son importantes para mí. En tu caso, puedes considerarlo una atención de mi parte. Por razones en las que no deseo entrar.

Ninguna palabra insistente hubiera conseguido que me lo aclarara más. A muchos, antes que yo, les había enviado a casa con las orejas gachas por agotar su paciencia con similar falta de tacto. Sin embargo, a mí no quería mandarme a casa demasiado decepcionado y se explicó.

—Amores como el tuyo perdí muchos por el camino. No necesariamente porque nos falláramos el uno al otro; sino porque el amor desaparecía. Hay quien dice que el amor no se consume si aquel por quien se siente pasión se encuentra lejos. No lo sé. Eso suena un poco a masoquismo. Pero, por otro lado, explica por qué yo escogí a William como mi amor definitivo.

Tenía parte de razón en lo que decía. Pero su ceja alzada indicaba que no me lo tomara todo al pie de la letra. Por mi parte, no le encontraba sentido al amor que no se consuma. Quería vivirlo y exprimirlo con Zuhal. Y era irrelevante cuánto durara. Sombrías perspectivas de futuro no eran mi mayor desconsuelo entonces. Cuando la profesora amablemente me acompañó a la puerta y salí a la fría noche de invierno, sentí la felicidad que me había dejado el día compartido con ella.

Una «idiota blandura», fina, insidiosa, chorreaba del oscuro cielo. Me gustaba caminar bajo la lluvia. Correr bajo la lluvia, como en la época del internado cuando después de la última clase, en chándal, saltábamos, y, gritando de júbilo, nos lanzábamos a los charcos del campo de fútbol. Ahora, caminando por la acera mojada, rodeado de contornos medio ocultos detrás de un tul de niebla que la tamizada iluminación de la calle doraba, sentía más deseos de cantar. Y lo hice. No *Cantando bajo la lluvia*, tampoco bailé. Mi corazón no se sentía tan liviano. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta de marinero y el cuello alzado por encima de las orejas, tarareé una vieja canción de Estambul en la que el amante le pedía un beso a su obstinada amada.

Había dejado de llover cuando llegué a Beyoglu. El Hotel Pera Palas estaba adornado para la fiesta, y a lo largo de todo Istiklal había un ambiente también festivo. Centelleaba una jungla de luces de neón; la gente transitaba en ambas direcciones, algunos solo para pasear y mirar, otros a la caza de la diversión que ofrecían el lugar y la noche. Me dejé llevar por la corriente hacia la plaza de Taksim y me pregunté cómo resultaría la experiencia de sentarse en

un banco mojado del parque con una botella de vino tinto barato y pasar la noche como un indigente bajo el cielo abierto. Fue solo una idea con poco atractivo. Para beber y pensar en Zuhal, lo podía hacer sin pasar frío en las nalgas. Di media vuelta cuando vi la fulgurante silueta del Hotel Intercontinental y retrocedí sobre mis propios pasos. En mi primera juventud acostumbraba a perderme por aquí, explorar las callejuelas escondidas que llevaban al Hollywood de la ciudad, Yesilçam, y quedarme un poco delante del café de los actores con la esperanza de entrever cualquier destello de los héroes de la pantalla. Principalmente a Yilmaz Güney. Pero sabía que ya, aunque mirara a través de los cristales del café de los actores, él no estaría allí. No porque no deseara esa noche jugar al *backgammon* con los actores parados, tal y como solía hacer porque le gustaba, sino porque debía pasar esta noche y las que vendrían detrás de los muros de una prisión. ¿Qué habrían pensado esos turistas que pasaban con la boca abierta, con asombro en su mirada de turista y cámara fotográfica en las manos, si les hubiera parado y preguntado si conocían a Yilmaz Güney? ¿Si les hubiera contado que era un prestigioso director de cine, guionista y actor que había matado a una persona? Quizá habrían pensado de mí que solo era un vendedor ambulante más mareando la perdiz antes de ir al grano de la venta. O quizá se habrían interesado diciendo *why on earth, man*? Entonces yo les habría contado la pequeña historia que no podrían leer en ningún folleto turístico. Era la historia de ese hombre que estaba sentado en un restaurante de una pequeña ciudad de provincias; se sentía cansado, pero contento al mismo tiempo, después del rodaje de su última película. Un poco apartado de él había un fiscal, embriagado y exasperado por tener que compartir un restaurante tan pequeño con alguien a quien detestaba. Y se enzarzaron en una riña verbal. El fiscal, con todo el peso del Estado consigo, llamó al actor «hijo de puta comunista», o algo por el estilo, a sabiendas de que podía ofender a quien fuera y cuando fuera sin que se le contradijera. En el peor de los casos, solo debía contactar con la comisaría local. El actor se había educado en valores feudales como honor y respeto, y velaba a rajatabla porque nadie los pisoteara; así que desenfundó la pistola de la cartuchera, que en este caso no era ningún accesorio del vestuario, y disparó. Pasado el tiempo, algunos de los testigos contaron que solo disparó

una vez, otros dijeron que dos. En la escena final, un fiscal yacía muerto en el suelo. *it*
That's
, habría dicho yo al acabar la historia, y habría proseguido mi camino.

Çiçek Pasaji estaba abarrotado, o casi. Una vieja prostituta, sola, ocupaba una mesa de la esquina. No es que lo leyera en su frente, no, se presentó así cuando le pedí permiso para sentarme a su lado. Locuaz, insistió en invitarme a la primera cerveza, además de a un plato de mejillones fritos. Ya nadie quería ni follar con ella ni escucharla. Pero yo estaba dispuesto a ello. A escucharla. Era una rubia teñida de pelo débil y reseco como el estropajo tras años de tinte, y con divertidas historias que contar sobre lo que había supuesto ser una desvergonzada joven en los años cuarenta. Era difícil de creer que nadie quisiera escucharla. Entonces me tocaba pagar la siguiente ronda, pero ella ya iba a tope. Se desplomó sobre la mesa dando un cabezazo. Y se quedó dormida. Yo pedí cerveza y bebí y fumé sin pensar en Zuhal, distraído en ese tugurio con el eterno murmullo del gentío y con el pelo estropajoso de la mujer que dormía a mi lado.

—Lo lamento profundamente —dijo una voz apostada en mi oreja. Era un hombre de mediana edad, bien vestido, amable—. Mi madre —dijo señalando a la mujer—. He venido a buscarla.

Le ayudé lo mejor que pude. Él sacó la cartera mientras la sujetábamos entre los dos y depositó un billete sobre la mesa.

—Espero que alcance para pagar la cuenta —dijo, y la llevamos hasta el taxi que estaba esperando—. Hubo un día en que fue una conocida artista de cabaré, ¿sabe usted? —dijo desde el asiento trasero a modo de despedida.

El dinero pagaría sin duda la cuenta de una suntuosa fiesta para varias personas. Quizá era una especie de atención por haber compartido la soledad con una mujer abandonada, una especie de compensación para aliviar la conciencia de un hijo. Los tonos de un solo de clarinete, risueños y fantasmales, se elevaban por encima del barullo como si se burlaran de mis pensamientos. «Bravo, maestro», gritó alguien. Al clarinete se le unieron pronto un violín igual de alegre y los ágiles compases de un tambor. La gente aplaudía, brindaba e invitaba a los músicos. La música se convirtió

en sonido de fondo. Yo bebía y miraba a la chica gitana que iba de mesa en mesa, la echaban enseguida o la toqueteaban. Después se paró ante mí. Era delgada, morena e iba sucia. Joven, vestía un abrigo gastado de mujer vieja, demasiado grande.

—¿Quieres que te lea la mano, hermano? —dijo.

Solté una carcajada. Después de haber vivido toda la vida sin que nadie quisiera hurgar ni en mi futuro ni en mi pasado, en un mismo día me habían ofrecido dos veces profetizar sobre mi persona. Al contrario de la profesora, la gitana tenía una cara mortalmente seria y mi risa la ofendió más que los largos dedos que la toquetearon.

—Soy una adivina muy buena, hermano. De verdad. Te lo puedo contar todo sobre cómo os irá a ti y a tu novia —dijo enérgica.

Estas adivinas tenían tendencia a dar por hecho que se tenía novia.

—Ah, sí —dije—, sí, toma asiento.

Me escuchó interesada y contenta de que al fin alguien hubiera mordido el anzuelo o, quizá, cansada de que la gente la menospreciara echándola continuamente de su lado.

—Vamos a buscar una solución intermedia —dije.

El recelo chisporroteó en sus oscuros ojos y le acerqué un billete por encima la mesa:

—Este será tuyo si…

—Yo no folio —se apresuró a decir.

¿Qué edad debía de tener? ¿Quince, dieciséis, diecisiete? No quise averiguar si continuaría resistiéndose si llegaba a multiplicar los billetes.

—… si me dejas que te lo cuente todo sobre mí y mi novia.

No supe si era la oferta más rara que había recibido en su joven vida. Probablemente no, pero pareció visiblemente aliviada.

—Si pagas por ello, puedo escucharte mil y una noches, hermano.

Le expliqué: Zuhal era la hija de un hombre rico, pertenecíamos a dos mundos diferentes imposibles de unir. El padre nunca aceptaría a un muchacho pobre; a ella la obligaron a irse al extranjero, pero decidió ser mía antes de desaparecer. La gitana sabía escuchar. Solo me interrumpió dos veces; la primera para decir «qué romántico, hermano, exactamente como en un film de

Yesilçam», y «¿hacéis el amor de la misma manera que en ellos?». La añoranza de Zuhal no había disminuido cuando se marchó la gitana. Pero la necesidad de contar mi intimidad a una desconocida a la que no volvería a ver más, sí. El reloj pronto daría la medianoche. Mientras alguien contaba los segundos, me uní al colectivo que cantaba. «Hacia la isla Heybeli remamos a la luz de la luna cada noche». Y con un grito de «Viva el Año Nuevo», el mismo día 1979 dejaba paso a 1980 en la conciencia colectiva.

Febrero de 1980

No tenía ninguna relación especial con febrero. Quizá porque era el mes que acababa con más premura. Gris, descolorido y la última parada del invierno. Febrero no gozaba de requisitos para impresionar. Pero este era un día fantástico que se burlaba de los prejuicios propios. Un día de esos en los que el sol brilla sin calentar; lo cual se agradecía a pesar de todo. La terraza del café enfrente del portón de la universidad, en el lado derecho antes de llegar al anticuario, donde la profesora fumando en pipa de agua había escandalizado a muchos hombres mayores que no podían dar crédito a sus ojos y, horrorizados, sacudían la cabeza, continuaba estando cerrada por ser invierno. Era el mismo lugar donde los poetas de la ciudad se encontraban y se leían sus poemas. No estaban ya allí, la mayoría había muerto. El poeta que escribió «Tengo treinta y cinco años, estoy en mitad de la vida» murió al año siguiente. Otro, autor de aquellos versos inolvidables: «Con los ojos cerrados te escucho Estambul, mientras una mujer joven refresca sus pies desnudos en el Bósforo», se cayó a una zanja excavada por el Ayuntamiento después de pasar la noche empapado en alcohol. Él ni siquiera estaba en mitad de la vida. ¿Escucharía por última vez a su amada ciudad antes de que se fuera apagando? Los supervivientes hacía mucho que habían desertado como desesperados ciudadanos ante un ejército invasor. Los estudiantes habían ocupado su sitio, entusiasmados por poder cobijarse a la refrescante sombra de árboles centenarios, en lugar de estar en tabernas llenas de humo y con intenso olor a comida. En invierno, según deseo propio y si el tiempo lo permitía, se podía coger una mesa y sillas del interior del café y continuar sentado afuera.

Tiritábamos un poco por la fresca brisa, pero nos aferrábamos osados a la libertad y al sosiego que una mesa gastada de madera y unas sillas en igual estado nos proporcionaban bajo árboles

desnudos, además de la compañía de unas cuantas palomas hambrientas. Con ellas compartíamos la comida, rosquillas de sésamo recién hechas, y nos calentábamos las manos con las tazas de té humeantes. Con las narices y mejillas enrojecidas soltábamos leves risas cada vez que uno de nosotros empezaba una frase y tenía que interrumpirla debido al castañeteo de dientes. Levo se mostraba extremadamente contento, casi seductor, con un brazo rodeando los hombros de Gülnur. Pero solo casi. Su actitud global no pasaba, sin embargo, de ser irritantemente fraternal. De entre nosotros, él era el bufón por decisión propia. Contaba chistes e imitaba a políticos y profesores con éxito variable. Para ser honrado, era el único hombre que me gustaba sin reservas de ninguna clase. Incluso su relación con Gülnur lo hacía diferente a mis ojos. Por supuesto se debía a que yo estaba hecho para las mujeres. Simplemente las amaba, a todas, y ya desde mi infancia. Primero a mi madre, después a mi tía la menor, en ese tiempo una dieciochoañera entusiasta. Las veces que dormía en casa de la abuela materna, compartía habitación con esta tía en la casa otomana de madera en la que todo olía a viejo y crujía amenazante. Pero yo me sentía seguro estando con mi tía. Era jovial, al contrario de la abuela, casi un objeto olvidado y mudo que prácticamente no abandonaba su habitación del segundo piso. La tía era para mí un ser exquisito que aprovechaba la ocasión para transformar mis estancias nocturnas en la casa en fiestas secretas. Casi seguro que era más para divertirse ella, por lo general, inmersa en una existencia gris. En esas ocasiones, invitaba a una prima de su misma edad que vivía cerca, y después de la cena y una larga sesión de radio compartida con la abuela nos retirábamos a su habitación. Esperaba ansioso a que los párpados de la anciana ya no pudieran resistirse al llamado del sueño y mi tía dijera: «Es hora ya de acostarse para el jovencito, ¿no es cierto, querido?». Esto y un guiño travieso eran su señal de que la diversión podía empezar. Con la abuela segura en la cama, nos encerrábamos en la habitación de la tía. Sacábamos los paquetes de cigarrillos y las cervezas y música de baile mitigada sonaba en el tocadiscos. Las dos muchachas bailaban abrazadas y se turnaban para hacerlo conmigo, risueñas y graciosas. Me permitían beber cerveza, pero no fumar. A mí la cerveza me sabía a mil diablos, pero era un obligatorio estadio del ritual antes de alcanzar el punto álgido de la noche. La música que sonaba era

diferente entonces, más somnolienta. Las chicas iniciaban una danza nueva en la que se sacaban la ropa al ritmo de gráciles movimientos lentos. Conservaban siempre el sujetador y las bragas, nunca pasaban de ahí. Eran ninfas preciosas, como cisnes con su blanca ropa interior bordada, contoneándose delante de mí. Siempre pensé que eran esas curvas las que las embellecían a ellas y no a los hombres. Esa sensual danza —entonces para mí no era sensual—, era más parecida a un espectáculo de mariposas en un jardín de verano. Y cuando finalizaba, estaba preparado para irme a la cama. La tía solía dejarse caer a mi lado y me cantaba para ayudarme a coger el sueño mientras yo aspiraba su fragancia a tabaco, a cerveza, a perfume y a mujer en pleno estallido primaveral.

Semra estaba guapa con su gorro de lana rojo y su bufanda del mismo color. Estaba sentada muy cerca de mí y se calentaba las manos en los bolsillos de mi chaqueta mientras se reía de corazón con las bromas de Levo. Todo era un poco para demostrarle a todo el mundo que volvíamos a ser buenos amigos. Las chicas habían llegado a la universidad un año después que yo y cada una había obtenido plaza en la facultad deseada. Semra estudiaba Economía y decía que quería cambiarse conmigo porque era la literatura lo que amaba. Escribía poemas, buenos poemas. Siempre me dejaba leerlos escritos en papel adornado con flores y con una caligrafía preciosa. La condición que me ponía era que yo le dejara leer los míos. Ella tenía mucho más talento que yo; pero por raro que parezca, no me producía envidia. Era extraño porque a los demás los veía como ineptos competidores. Principalmente a los que tenían obra publicada. Enmascarado tras una fachada de objetividad, me aseguraba de tirar por tierra casi todo lo que leía. Pero no lo hacía con los poemas de Semra. No podía sino reconocer que su poesía era poco pretenciosa, ingenua, sencilla y hermosa. Nada en ella parecía ser producto de esfuerzo y duro trabajo. Al contrario, parecía emanar de una fuente natural. Yo me prodigaba en halagos hacia su escritura y la animaba. No era típico en mí. Levo y Gülnur se fueron «para ver si había novedades en el frente oeste». Y nos quedamos solos. Habíamos pasado muchas horas juntos últimamente.

—¿La echas de menos? —me preguntó Semra.

—Sí.

—¿No quieres hablar de ello?

—No. —Quizá sonara como si estuviera irritado, pero no era así. E intenté corregir esa impresión—. No hay mucho de que hablar. No está y no puedo hacer nada para cambiar la situación.

—No, no puedes. —Su tono era neutral.

—He leído sobre ella en los periódicos —continuó diciendo—. ¿Recuerdas que una vez te dije que yo no podría ser como ella?

Lo recordaba, y también que había dicho que yo tampoco podría ser como Zuhal. Llevaba razón. Pero poco importaba. Ella había apostado a todos los números y había ganado, era todo.

—Yo no quiero cambiar nada —dijo Semra—. No tengo coraje ni fuerzas para ello. Que ella los tenga no significa que sea mejor que nosotros.

Sabía adonde quería ir a parar con todo eso. Deseaba la reconciliación entre nosotros y también conmigo mismo.

—Fuiste valiente en tu elección. Y yo estoy agradecida de que estés a mi lado pese a todo. No sé cómo me sentaría verte en los periódicos. —Me rodeó el cuello con un inesperado abrazo y me besó suavemente en la mejilla.

—Voy a cuidar de ti. Siempre —prometió.

—«Siempre» es mucho tiempo —dije yo.

—Lo sé —dijo.

Estaba agradecido por tenerla conmigo, era como un ancla. Su amistad era quizá lo que yo necesitaba para superar el vacío día a día sin Zuhal. Me daría sosiego contar con una mujer, su consuelo y calidez. Una mujer que no me cargara la conciencia con problemas de infidelidad. Y el día que Zuhal volviera, no le daría motivos para estar celosa. Semra siempre tendría lugar propio en mi corazón. Los amigos son los amigos. Le sonreí, pero ella no se dio cuenta. Con la cabeza baja estaba ensimismada en sus propios pensamientos.

Nunca había visto a Levo tan excitado. Siempre se mostraba entusiasmado y alegre, pero ahora nada le bastaba para expresar su alegría.

—¡Venga, vamos, apresuraos! Al fin rescataremos la escuela de manos de los lobos. La policía nos escoltará para entrar.

La universidad continuaba siendo para él la escuela. Estudiaba Administración Pública, pero pasaba la mayor parte del tiempo en

el club folclórico, costumbre que conservaba desde la época del internado. Ya entonces le habíamos nombrado futuro gobernador de Estambul y nos burlábamos de él recordándole las inagotables posibilidades que tendría de hacerse rico a base de sobornos. Su alegría nos contagió a todos. Mientras íbamos hacia allí, nos contó que la dirección de la universidad había aprobado acabar de una vez por todas con las ocupaciones ilegales y dar posibilidad a todos de asistir a las clases, a pesar de que significara poner policía en las facultades y sus alrededores. Yo no me sentía igual de optimista que Levo. Era una mala solución que no erradicaría los profundos conflictos entre los estudiantes. Había corrido ya mucha sangre y las posibilidades de una convivencia pacífica con los nacionalistas se habían extinguido. A mí me disgustaba que la policía nos protegiera, pues nada era de su incumbencia en la casa de la ciencia, y además no confiaba en ellos. Pero, de todas maneras, estaba contento y no quise discutir con él. Por mi parte, me alegraba de volver a ver a la profesora en su cátedra.

Cuando llegamos al portón de la entrada, había un gran grupo de estudiantes allí reunido. Discutían a favor y en contra de la decisión de la dirección. Al final se llegó al acuerdo de intentarlo pero dejando muy claro que la presencia de la policía era indeseada. La policía registraba a todo el que quisiera entrar. Se habían desplegado a lo largo de la entrada para vehículos como árboles de una avenida. El agente de policía responsable, con un *walkie-talkie* en la mano, corría arriba y abajo como un perro pastor para mantener a los estudiantes reunidos en un obediente rebaño. Fue Levo el primero en romper filas y evadirse. «Vamos, hombre. Arranca, corramos», me dijo. Hermoso, con su flequillo rubio, sus risueños ojos verdes y la débil barba que se había dejado crecer. No era ningún activista político, nunca lo había sido, solo un estudiante impaciente que quería recuperar su escuela. Corrí tanto como pude, pero él corría más rápido que todos nosotros. Me llevaba unos metros cuando nos acercamos a la entrada del edificio universitario. Y desde allí vislumbré sombras detrás de las colosales columnas, o lo creí, como en la plaza Taksim. Mientras corría, solo escuchaba el viento, nada más que el viento, por eso me cogió por sorpresa que Levo quedara petrificado como un soldado al que le llega una muerte súbita. No alcancé a cogerle en mis brazos, porque

algo fuerte me golpeó el pecho y me lanzó hacia atrás. Tumbado, percibía sonidos diferentes a mi alrededor que se mezclaban y no podía diferenciar; y en la visión, borrones nubosos de algodón blanco sobre aquel cielo azul. La luz del sol era tan fuerte que tuve que cerrar los ojos.

Todo oscureció. Sin embargo, sentí que alguien me tomaba en sus brazos y dejaba reposar mi cabeza en su regazo.

Olí a fragancia de mujer. Estaba ciego, no podía verla, pero sabía que Zuhal había venido y me había acogido bajo sus alas.

—No te rindas ahora —me dijo—. Recuerda, eres valiente, eres inmortal.

¿Qué fue lo que resbaló sobre mi frente? Una gota de lluvia o ella que lloraba. Ya no importaba. Estaba en buenas manos, podía descansar.

Nada la diferenciaba de los demás. No era distinta de las otras chicas. La misma mirada triste y apesadumbrada, la misma expresión corporal cansada y abatida. La única diferencia era que mientras los demás entraban para acompañar a los suyos y después se tomaban una bien ganada pausa para huir de la triste atmósfera de la sala de enfermos, ella estaba sentada en silencio en un banco del jardín. Insensible al frío, con la mirada vacía, fija en la fachada del hospital. Los demás tenían libertad para dar por acabada o alargar el descanso allá fuera, al aire libre, tomar el último sorbo de su taza, apagar la colilla bajo la pisada del zapato o encender un nuevo cigarrillo con el rescoldo del viejo. Ella no. Ni siquiera fumaba. Y mientras el invierno, valeroso, libraba su última batalla, ella permanecía sentada en aquel frío banco, paralizada en el silencio, como atada a él con lazos invisibles. Como condenada. Entre el banco del jardín y la puerta de entrada no había nada que le impidiera ir a consolar al moribundo paciente. Con excepción del translúcido cuerpo de Kemal. Con el dedo índice apuntándole como si quisiera alertarle contra el bárbaro deseo de venganza. Una mirada penetrante que condenaba todo acto que pudiera dañar la causa. Así se interponía entre ella y la puerta de entrada, sin palabras, solo apuntándole con el dedo índice y con la mirada.

Zuhal no sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, pero finalmente le caló el frío glacial y se apretó al cuerpo el abrigo de piel que había heredado de su madre. Tampoco eso la diferenciaba

porque vivía en una época en la que las mujeres heredaban los abrigos de sus madres y nada se tiraba hasta que no se convertía en puro harapo. Entonces pensó en su madre y en que, si hubiera sido ella la que hubiera estado allí, habría rezado una sosegada oración y, sin tener en cuenta visibles e invisibles obstáculos, habría caminado hacia él.

Marzo de 1980

Podía ver y oír de nuevo. Todos los que vi y con los que hablé podían confirmarlo. Mi madre, mi hermano, Semra, los médicos, las enfermeras. Tras dos semanas en un estado que llamaron una especie de coma, y una semana después de que abriera los ojos de nuevo. Fue una complicada herida de bala, me explicaron los médicos, me mostraron radiografías y me describieron su recorrido. Era complicado. Y las dos operaciones. Estaban claramente orgullosos de su obra maestra. Fui afortunado de caer enseguida en manos competentes, pero también de ser un pertinaz superviviente. No se temían ninguna lesión permanente de importancia, quizá una pizca de reducción en la capacidad pulmonar, la cual no debía preocuparme ya que yo no era un *sprinter*, ja, ja, y reducción provisional de movilidad en las dos piernas, lo que no significaba más que un par de semanas de cama en casa de mamá. ¿Quién se negaría a algo así ahora? Sabían lo que se decían y yo no tenía por qué dudar de su diagnóstico. Vino a visitarme un agente de policía y me preguntó si podía identificar a los autores de los disparos. No podía. Era amable y quería hacer bien su trabajo. Si lo deseaba, podía ojear un catálogo de fotografías, me dijo. «Solo sombras», le dije yo. Pensativo, sacudió la cabeza, con la certeza de que habían sido más que sombras. Al final me deseó que me mejorara y se fue. Nadie hablaba demasiado. Mi madre se contentaba con tener mis manos entre las suyas, acariciarme el pelo y besarme. Semra hacía punto de media, me velaba e intentaba adivinar mi más mínimo deseo. Yo no sabía que las mujeres modernas hacían punto de media. Debía de ser una forma de matar el tiempo, algo en lo que concentrarse para alejar los pensamientos indeseados. Mi madre y Semra habían organizado una forma de velarme parecida a los turnos laborales. Una se iba cuando llegaba la otra. Mi madre trabajó en una fábrica textil esos últimos años. Estaba muy

orgullosa de poder mantener a la familia con un trabajo digno. Y cogió un permiso las dos semanas que yací inconsciente. Después empezó a trabajar de nuevo y venía al hospital al terminar su jornada laboral. Parecía que se habían puesto de acuerdo en una cosa, hablar lo menos posible. Funcionaba bien, exactamente como yo deseaba. Entonces vino Gülnur de visita. Sorprendentemente serena y contenida. Se sentó a mi lado y me contó el entierro. Fue demasiado triste y pomposo, dijo. Alejado del espíritu de Levo. Seguro que él habría preferido canciones, danza y algunos chistes. Ella no quiso contrariar al imán y a los asistentes cantando alguna de sus canciones preferidas, tan falta de ánimo como andaba entonces y en una ciudad extraña y lejana. Por eso se mantuvo casi siempre en segundo plano. Me besó despidiéndose, pero ya en la puerta se dio media vuelta y volvió. «Yo lo amaba, ¿sabes?», dijo. Estaba al borde de perder la contención y el control. Semra lo vio, la cogió por los hombros y la acompañó hacia afuera. Lloré cuando salieron, pero podía haber cantado. Le prometí a Levo que lo haría en los próximos días, cuando recuperara de nuevo la voz para el canto. Y antes de que volviera Semra me sequé las lágrimas.

Gülnur se convirtió en mi catalizador. Ahora quería hablar y saber lo que había ocurrido. «Zuhal estuvo junto a mí —dije—. Me tuvo en sus brazos, me habló y me devolvió la luz después de que desapareciera».

Semra levantó bruscamente la cabeza de su media y me miró como si hubiera caído en estado de coma otra vez.

—¿Crees que he enloquecido?

—No lo creo. Pero no ocurrió así.

Me apoyé en los codos, quería acercarme a ella, mirarle a las pupilas y directamente a su cerebro.

—¿Qué miras? —dijo.

—Nadie más tiene en las pupilas esas manchas amarillas que aletean como mariposas.

—Fui yo —dijo y enrojeció. Quizá debido a las mariposas de sus ojos miel oscura o, quizá, por haberme tenido entre sus brazos.

Volví a apoyar la cabeza en el cojín.

—No es necesario que te sientas decepcionado —dijo mohína.

Ya no la escuché más.

Dos días más tarde se podían ver varias imágenes en los

periódicos, varias imágenes sangrientas. Siete fascistas habían sido asesinados en dos atentados diferentes. «La mujer terrorista asesta un nuevo golpe», decía el titular. Había una mujer entre ellos que había abatido a los siete con ráfagas de metralleta. No me producía alegría, no era ningún ungüento para mi herida, no era sangre por sangre que apagara mi sed de venganza. No quería creer que Zuhal había matado para vengarme, pero debía reconocer que quizá fuera eso lo sucedido. Tenía que encontrarla. Arrancarla de esa locura y llevármela a un lugar donde pudiéramos empezar una nueva vida. Debía pensar en planes para huir.

Cuando deseé ser dado de alta en el hospital, ningún médico protestó. Incluso me ofrecieron trasladarme a casa en ambulancia. Yo debí de ser popular porque llevar a pacientes con movilidad provisional reducida no solía incluirse en el servicio médico de un hospital. Les di las gracias con amabilidad, prefería un taxi. Un taxi cualquiera era más seguro que las pocas ambulancias que seguían en servicio. Un gran comité de bienvenida del vecindario me recibió y Dakan y mi hermano me subieron a cuestas por las escaleras de los cinco pisos, como a un destronado rey sentado en su silla dorada. Me aproveché de la ocasión para importunarles con sarcasmos. Al final me amenazaron con tirarme escaleras abajo y dejarme inválido para siempre.

Añoraba mi casa. Mi madre había hecho la cama al lado de la estufa de leña del salón. Lo había dispuesto todo con mimo como una cama de noche de bodas. Con las sábanas y cojines de su propia noche de bodas que hacía una eternidad que no se usaban. Después de días y días con la insípida comida de hospital cocinada de forma sana, se me antojaban toda clase de delicias fritas. Pude escuchar a mi madre dándole instrucciones a Semra en medio de otros tranquilizadores sonidos caseros. Había un buen tono entre ellas. Sobre Semra, mi madre una vez en el hospital había dicho «qué amiga tan hermosa tienes». Era más de lo que se podía esperar de ella. Si había una segunda intención en sus palabras y albergaba la esperanza de contribuir a que yo olvidara a Zuhal, lo ocultaba magistralmente. Semra, por su parte, se relacionaba con mi madre como la chica dotada de inteligencia social que era. No tardaron en descubrir intereses comunes como, por ejemplo, el amor a la literatura. Intercambiaban libros y los comentaban con genuina

alegría. Mi hermano trataba a Semra con respeto y la cuidaba como a esa hermana que siempre había añorado. Los turnos laborales para mi cuidado continuaron. Semra llegaba antes de que mi madre se fuera al trabajo, se quedaba a mi lado todo el día, comía con mi familia y se iba a su casa para dormir. Aprovechó la ocasión para contarme su vida, cosas sobre su familia y su hogar.

Semra vivía en uno de los nuevos barrios periféricos no muy lejos de mi casa, a un cuarto de hora en autobús, en un primer piso. Su madre se había largado con un hombre cuando ella tenía tres años, no la recordaba, ni siquiera tenía una fotografía de ella. El padre se hizo a la mar más tarde, enviaba dinero y alguna que otra postal desde los puertos en los que desembarcaba, pero raramente paraba en casa. Fue la abuela paterna, una mujer mayor, dura y enérgica, la que la había criado. Lo explicó todo sin dramatismos, como si fuera una historia corriente. Yo la conocía lo suficientemente bien para no sentir pena por ella. Era una muchacha que le había dado la vuelta a la desgracia con ayuda de su innata inteligencia.

Lo que más me alegró tras la vuelta a casa fue la visita de Ayfer. Apareció en el salón de casa una tarde, después de que Semra se hubiera marchado, con el obligado tazón de pepinillos en vinagreta en la mano y un saludo de su madre. Se sentó con sonrisa triste al lado de mi cama. No habían cambiado mucho las cosas en este frente. Hablaba poco, escuchaba más que nada, y se mostraba más tímida que la primera vez que nos vimos.

—Te has convertido en una joven estupenda —le dije, porque era cierto, con excepción de una fea cicatriz en la mejilla izquierda a causa de un grano infectado y una operación. Se tocó la cicatriz.

—No pienses en ella, desaparecerá. Y el hombre que no te quiera por una pequeña cicatriz, será un idiota —le dije yo con convicción.

—Esa amiga tuya nueva es tan hermosa… De vez en cuando la veo al llegar y cuando se va.

En su voz había auténtica admiración y nada más.

—Es solo una amiga, Ayfer. Tú serás siempre la primera —dije.

Entrenaba duro; flexión, extensión, con la eficiente ayuda de mi hermano. Las heridas todavía me producían dolor. Había tenido un agujero en el pecho del tamaño de una avellana que ahora había cicatrizado. Las cicatrices de las operaciones, esas más grandes, las

llevaba vendadas para evitar infecciones. Cuando por las noches permanecía despierto, escrutaba las secuelas en mi mente. Especulaba acerca de si la muerte había conseguido asustarme. Agudos dolores y una vida con discapacidad permanente era una idea mucho más terrorífica que un eterno descanso en un lugar indeterminado. Había oído que con la edad uno se apega más a la vida y se intenta alejar de la muerte con más fuerza. Se contaban historias sobre personas impías que descubren a dios en su lecho de muerte y sobre infieles que negocian con él a las puertas de la muerte. Eran historias que no tenían que ver con jóvenes, en todo caso no con los que yo conocía, y definitivamente no con Zuhal. No podía imaginar que ella temiera conscientemente la muerte. La había visto en plena plaza Taksim y cuando insultó a un policía en su propia cancha. ¿Era esa mujer inmune a la mayoría de cosas que producían angustia? Todo esto no lo hacía necesariamente con insensibilidad, quizá fuera solo una buena actriz con voluntad de hierro. Dominaba mis pensamientos y me inspiraba, incluso cuando pensaba en la angustia y la muerte. Pero había algo que el hecho de pensar en ella no podía remediar. La rabia, la rabia hacia mí mismo, por haber dejado morir a Levo. No podía apartar de mí la última imagen de él en mi retina, tampoco lo deseaba. Lo que me preocupaba era que este recuerdo se marchitara y desapareciera con el tiempo. Pensaba mucho en la deslealtad y llegué a un punto en el que temí convertirme en un poseso. Estaba tan indefenso Levo, debí haberlo previsto. Debía haber sabido que iría al encuentro de la muerte. No servía de nada incitar esa titubeante lógica y la sinrazón de mis pensamientos. El sosiego no se hallaba en la razón. Cada vez estaba más irritable y me volví de trato difícil. El tiempo pasó. Después de dos semanas en casa podía levantarme y caminar del salón a la cocina con piernas temblorosas.

De la estufa de leña se esparcía a toda la habitación un agradable calor que mantenía alejados los últimos espasmos del invierno. Marzo era un mes impredecible. En unos días, la primavera con su fragancia única llamaría a la puerta como un añorado huésped. Y con la primavera empezaría yo la búsqueda de mi flor. Semra estaba sentada en el borde de la cama haciendo calceta. Sus hábiles manos se batían con las agujas.

—La encontraré. Lo sé —dije.

Quizá era innecesario, pero quería su aprobación. Una mirada, un asentimiento con la cabeza. Ella no levantó los ojos, tejía y tejía. Su silencio, el hecho de que hiciera caso omiso a mis palabras, me irritó, pero no la presioné. El calor de la estufa y sus monótonos movimientos de mano me sumieron en una especie de somnolencia. Por la noche había tenido dolores y había dormido poco y mal. Me adormilé y desperté con sobresaltos un par de veces. Semra me miró y sonrió. Descendí otra vez a la oscuridad y soñé. En el sueño, Zuhal estaba sentada en el hospital y en silencio me tenía las manos cogidas. Sentí un inexplicable e intenso enfado al abrir los ojos.

—Mientes —grité.

—¿Sobre qué? —preguntó Semra extrañada.

—Sobre Zuhal. Cuando dices que ella nunca vino al hospital.

—Pero es solo la verdad, amigo mío.

Yo no quería escuchar más mentiras suyas.

—Vete —dije—. Te lo pido por favor.

—Venga ya, sé razonable —dijo.

—Vete —dije.

—Volveré mañana pronto. Y mañana habremos olvidado todo esto —dijo ella optimista.

—Vete al infierno y no vuelvas nunca más —grité yo.

Escuché a mi madre depositar las bolsas de la compra en la cocina. Entró en el salón:

—Toca, hace frío fuera —dijo y me apretó la cara entre sus manos.

—¿Dónde está Semra? —preguntó mientras se desataba el pañuelo de la cabeza.

—Se ha ido a casa. Para siempre —respondí.

Abril de 1980

Miré a mi alrededor en un intento de verla entre el mar de gente. Pero en la terminal de autobuses era tan difícil localizar a alguien como buscar una aguja en un pajar. No es que llevara retraso, era yo que estaba impaciente por encontrarla. Si me quedaba aquí delante de las oficinas de los autobuses, como habíamos acordado, pronto aparecería. Pero ya no podía quedarme quieto, estaba demasiado intranquilo. Si alguien me apuntaba en este momento, sería un blanco fácil, como cuando vi a Levo desplomarse. Era mejor moverse, y mejor sin seguir una pauta previsible, lo ideal habría sido correr en zigzag. Pero no lo hacía; no estaba loco, solo intranquilo, era mi primer día fuera, al encuentro del mundo.

Así me había sentido durante mis pequeños paseos por el vecindario. Angustia. No de muerte, sino por el enemigo invisible. ¿Quizá no era nada nuevo tampoco? ¿Era posible que arrastrara la angustia conmigo desde los acontecimientos de la plaza Taksim? ¿Me atormentaba realmente? ¿Era solo el precio a pagar por haber sobrevivido al disparo? ¿O era una excusa para no convertirse en asesino, agazaparse a la espalda del enemigo y dispararle en venganza? Me daban náuseas cada vez que pensaba en mí mismo con un arma de fuego en la mano, muy cerca de la persona desprevenida, dispararle y ver chorrear sangre y masa cerebral. ¿Podía una persona con conciencia vivir con eso? Tenía la solución. Prefería arrastrar la angustia que provocarla en otros. Mi ventaja era tener, quizá no voluntad de hierro, pero sí voluntad para mantener la angustia a raya. Así que si deseaba mantenerme en calma, ninguna desazón podría impedirlo.

Tomé una determinación. Me pararía delante de algunos escaparates para averiguar quién estaba detrás de mí, me daría la vuelta con brusquedad y miraría las caras de los que tenía a mi alrededor para recordarlas más tarde. No había nada malo en un

poco de paranoia.

Encendí un cigarrillo. Mis manos no temblaban. El sol de abril apenas calentaba, pero finalmente era primavera. Era un buen día para relajarse y fumar. Las primeras caladas fueron de éxtasis, pero mis pulmones me dijeron basta. Tiré la colilla y la pisoteé. Debería apagar el último cigarrillo un buen día. Algo me decía que había novedades detrás de mí. Me di la vuelta con ímpetu. Ella venía hacia mí con paso rápido y una maleta en cada mano.

—¿Llego tarde? ¿Hace mucho que me esperas? —preguntó sin aliento.

La cogí por los hombros y la besé en cada mejilla.

—¿Van todas las mujeres por ahí con dos maletas viejas? —dije.

Ella ya estaba acostumbrada a escuchar comentarios raros. El mundo propio de los chicos, su lenguaje y sus chistes. Sonrió un poco cansada, un poco desalentada.

—No están viejas. Las acabo de comprar, animal —dijo Gülnur.

Todavía faltaba una hora para la salida del autobús. Dejamos las maletas en consigna y nos fuimos a un café de al lado. Nada recordaba al café de los poetas en la plaza de la universidad. Las mesas eran de plástico barato, no había árboles y los clientes, campesinos callados abrumados por la gran metrópoli. Agua de lavar platos era lo único que podía competir con el té que aquí servían. No importaba. De una terminal de autobuses lo último que se espera es que suscite recuerdos.

—¿Estás segura de que irte sea una buena idea? —le pregunté.

—¿Qué me retiene aquí, en esta ciudad? Mira a tu alrededor. Ah, dios, cuántos cerebros muertos.

—La ciudad de los zombis —dije.

—La ciudad de los muertos vivientes —confirmó.

Hice unas cuantas payasadas señalándome a mí mismo. Y nos reímos.

—Lo siento. No quería decir eso —dijo—. Yo me asfixio aquí. Tengo que irme a mi pequeña ciudad, tomarme una pausa, no sé. Sin embargo, no era por eso por lo que quería hablarte.

La hora de la verdad, que yo en vano intentaba aplazar, había llegado. No estaba preparado, tan poco preparado como cuando ella llamó y dijo que quería verme. Desconocía lo que sabía ella, pero en el fondo era irrelevante. Cada palabra que intercambiáramos sería

vergonzosa y hurgaría en la herida abierta.

—No te reprocho nada —dijo y entendió que había empezado mal—. Ah, demonios, Semra no te reprocha nada, quise decir, por supuesto. Debes saber que nadie te reprocha nada.

Hizo una pausa para dejarme hablar a mí, pero yo no tenía nada que decir.

—Muy bien, ella me explicó algo, pero no todo. Debes comprender que todo el mundo necesita contar sus problemas a alguien, así que no debes reprochárselo.

—No estoy en situación de reprochar nada a nadie —dije. Sentí que debía decir algo para que la conversación fluyera de alguna manera, para que pudiéramos terminarla.

—Dame un cigarrillo —dijo Gülnur. Le dio una larga calada con los ojos cerrados, como si fumar nunca hubiera sido tan placentero.

—Se ha convertido en su propia sombra. Sufre. Tienes que ir a verla, consolarla y demostrarle que eres ese amigo que dijiste ser. —Me echó una bocanada de humo en plena cara. Señal de impaciencia e irritación—. Se siente rechazada, aniquilada. No es difícil entenderlo después de todo lo que ha hecho por ti.

No estaba preparado, de ningún modo, reaccioné como si me hubieran pillado con las manos en la masa y solo sonreí.

—Debe de ser poco honroso causar tanta tristeza a una mujer —dijo Gülnur huraña.

Me sentí mal, incomprendido.

—Creí que no me reprochabas nada.

—No nos desviemos del tema. Vine para pedirte que vayas a su encuentro.

—No sé, Gülnur. Creo que no es buena idea.

—Por nuestra amistad, por Levo. Desearía tanto tener la misma posibilidad de decirle a Levo que él era mi mejor amigo.

—No sé qué decirle.

—Dile lo primero que se te ocurra. Que vayas a verla y le ofrezcas consuelo es lo que importa ahora.

Sentada en el lado de la ventana agitaba la mano en señal de despedida. Yo también. Nunca antes había despedido a alguien en una terminal de autobuses. Estás allí parado diciendo adiós y a la vez deseando que el autobús arranque. Como en las películas, a su hora, sin retrasos innecesarios. En lugar de eso, el autobús

continuaba allí parado con el motor en marcha, el chófer entraba y salía comprobando detalles invisibles. Era ridículo seguir mirándola a los ojos y no dejar de agitar la mano. Miré al cielo, al suelo, a ella y agité la mano un rato más. Ella me dijo algo, sus labios se movían sin sonido tras el cristal, quizá intentaba decirme que no hacía falta que esperara. Yo meneé la cabeza e intenté decir que no importaba, que esperaría. Cuando al final se cerraron las puertas y el autobús emprendió la marcha, me sentí aliviado, la mano levantada en un último adiós. Ver que una persona se va de tu vida después de diez años de intensa amistad produce una rara sensación. Melancólica y triste, ausencia de todo goce. Si vuelve, me olvidaré de esta última despedida y la acogeré con los brazos abiertos, pensé, porque la quería y porque llevaba un poco de Levo consigo. Pero tenía la sensación de que no volvería. Gülnur se construiría una nueva y previsible vida en su pequeña ciudad y quizá, de vez en cuando, pensara solo en lo que supondría volver. Esperaba por su bien que no se arrepintiera de nada en su vida.

Caminé. Me hizo bien. Corrí en zigzag un tramo, con autoironía, me di la vuelta de repente y sorprendí a los que pasaban. Algunos curvaron las cejas, otros sonrieron y se mostraron comprensivos. Y cuando un imprevisto chaparrón se rio de la previsión del tiempo, me puse a correr de verdad. Había muchas personas que se habían refugiado bajo la marquesina de los autobuses. Había buena atmósfera, tal y como suele suceder cuando se sabe que amainará pronto y lucirá de nuevo el sol. Intercambié unas palabras con un hombre de mediana edad acerca de la mentada ciudad derbyen. Llegó el autobús. No montó nadie, quizá todos se protegían de la lluvia. Miré los itinerarios del letrero. Había tantos lugares a los que ir y en los que yo todavía no había estado… Me disculpé, me abrí paso y en el último instante subí justo antes de que el chófer cerrara las puertas. El chaparrón se despidió y el sol, magnífico, ocupó la escena de nuevo mientras el autobús bajaba disparado por London-asfalto. Cuando se paró en la gasolinera, pude ver nuestro bloque descollar por encima de los jardines y la planicie. Era demasiado sencillo bajarme sin haber visitado nuevos lugares de la ciudad. Dejábamos atrás lugares más y más desconocidos a medida que el autobús continuaba su trayecto, y cuando finalmente me bajé, el lugar era como sacado de un viejo libro. Y a la vez era como si

nunca lo hubiera visto. Es extraño cómo en una ciudad se vive en un constante estado de *déjà vu*. Podía haber estado aquí antes, si ella me lo hubiera pedido o invitado. Crucé el puente sobre las vías férreas y registré que también se podía tomar el metro. Un nuevo chaparrón empezó a caer mientras paseaba con lentitud calle abajo y contaba los números de los edificios.

La casa era un edificio corriente de cemento, uno de esos que proliferaron como setas por la ciudad en los años sesenta, en detrimento de las viejas casas de madera. Aunque dudé de que estos edificios hubieran sido construidos hace veinte años, antes de iniciarse la mayor emigración de la población rural. Busqué refugio bajo el toldo de una tienda de ultramarinos, oportunamente situada enfrente de la casa. La valentía que sentí al tomar el autobús me había abandonado. Encendí un cigarrillo y eché un vistazo al portal de la entrada.

—¿Esperas algo en especial, hijo?

Era un anciano, con barba gris; aquel gorro característico indicaba que era peregrino a la Meca; su dialecto, que procedía del mar Negro, y el mandil, que era el dueño de la tienda.

—No, abuelo. Solo espero que pase el chaparrón.

—La lluvia es un regalo de Dios, hijo. No nos hace mal.

Él debía saberlo muy bien. Llueve mucho en las costas del mar Negro. Alcé el rostro y miré al toldo intencionadamente. Cuando se cruzaron nuestras miradas de nuevo, observé un brillo travieso en sus ojos. Siempre se podía esperar sentido del humor de la gente del mar Negro.

—El sol, por el contrario, es un bocado de infierno.

Me reí y me hizo bien.

—Me voy ahora, abuelo.

—Lo siento, hijo. Hay tantos terroristas, atracadores y ladrones en estos tiempos. Que Dios nos ayude a todos.

—¡Que le vaya bien! —me despedí.

—¡La alegría te acompañe! —me deseó.

Sabía que el anciano seguía bajo el toldo y me observaba cruzar la calle. Me pregunté qué pasaría por su devoto y divertido cerebro cuando me vio empujar el portal con un seguro gesto de vecino establecido y después escurrirme hacia dentro. Él había pronunciado las mejores réplicas, pero yo había ganado la apuesta

gracias a los portales que en esta ciudad continúan abiertos.

La escalera estaba medio a oscuras, solo iluminada a través del cristal de la puerta. A la derecha subía cuatro pisos y también conducía al sótano. Allá abajo colgaba del techo una sencilla y ahorrativa bombilla desnuda que retaba a la superior oscuridad con sus sucios rayos amarillos. Olía a carbón, leña y humedad, un desafío para mis delicados pulmones. Solo había una puerta sin timbre y ningún letrero con los nombres. Si hubieran sido dos, me habría sentido todavía más perdido. Me apoyé en la puerta a la escucha de posibles sonidos: zapatillas arrastradas, un radiocasete, televisión, tintineo de cubiertos y vasos, murmullos o quizá risas. No estaban en casa. Reinaba el silencio como en un cementerio. Podía dar media vuelta, subir las escaleras, respirar el aire fresco de primavera, tomar el autobús hacia casa y decirme que lo había intentado. Pero no me sería de ayuda, tendría que volver, intentar escuchar los sonidos y… Llamé a la puerta. Esta se entreabrió como si alguien estuviera al acecho. Quizá ella había hecho lo mismo que yo, escuchar los sonidos con atención preguntándose quién bajaba las escaleras. Se parecía a mi abuela paterna, con un pañuelo blanco, bordado, que le cubría su pelo claro y gris; pómulos altos, ojos pálidos que habían perdido el brillo, piel como tierra seca. ¿Se parecían todas las abuelas maternas? Al contrario de mi abuela, ella era una mujer vivaz.

—Sí —dijo a la vez interrogativa y confirmando.

—¿Está Semra en casa?

—Sé quién eres. Vi una fotografía tuya en el anuario de la escuela.

Me odiaba, me odiaba sin hacer una sola mueca, a la antigua y cansina manera. Alguna vez quizá hubiera opinado diferente, cuando Semra le mostró una fotografía mía. Si me hubieran invitado a casa, habría conocido a su abuela y me la habría ganado de la manera que yo me gano a los ancianos. Me habría odiado igual pero al menos habría tenido tema para hablar. Ahora podía cerrarme la puerta y tendría que irme a casa y decirme a mí mismo que lo había intentado.

La puerta se abrió de par en par y escondió a la mujer. Semra apareció en la abertura con un fondo de salón con paredes desnudas, ventanas a nivel de calle y poca luz. Con su camisón

blanco, enjuta y convertida en su propia sombra. La sonrisa no había conseguido arrebatársela.

—Estoy un poco resfriada, ¿sabes?

Cimbreaba. Tuve miedo de que se desplomara y me apresuré a cogerla en brazos y levantarla. Era pequeña y liviana como una niña y me rodeó el cuello con sus brazos.

—¡Qué bien que hayas venido! ¡Qué bien que hayas venido! —me susurró.

La anciana me indicó el camino. Llevé a Semra en brazos y la deposité en la cama. Hacía frío en el dormitorio y había humedad. Las paredes sudaban aquí y allá. El agua de la lluvia se filtraba por las ventanas donde las bisagras se habían aflojado. Todo lo demás era sencillo, limpio y ordenado.

—¿No resulta extraño cambiar de rol y que ahora estés sentado al pie de mi cama?

La hice callar, la envolví en los edredones y le toqué la frente.

—Tienes fiebre —le dije—. ¿Cómo he podido hacerte esto?

—No digas eso. Nuestra amistad debería suponer eso y más.

¿Cómo llevarle la contraria? ¿Con qué atrevimiento? Era fácil estar de acuerdo y a la vez era cobarde. ¡Qué rápido se podía perder el alma y metamorfosearse! Esa sola bala de plomo me había cambiado sin que yo tuviera más constancia que las heridas externas. El mundo giraba a mi alrededor, solo contaba mi pena, mi amor. La simpatía que había sentido por Semra se había evaporado. Ni siquiera le había dado las gracias por haberme acogido en sus brazos, por haber pasado noches y días junto a mi lecho con quién sabe qué pesadilla de preocupaciones. Lo había dado todo por hecho. Y también a todos. Incluso a Zuhal. Con ella tenía suerte, felizmente desconocía mi alma tambaleante. A Semra le debía mucho. No podía apartarla de mí una vez más. Ante todo éramos personas, debíamos ayudarnos mutuamente a levantarnos de nuevo.

—¿Puedes perdonarme? —dije.

—Puedo perdonarte —dijo—, no por algo de lo que seas culpable, sino por lo que no fuiste capaz de evitar.

¿Cómo de grande era su corazón? ¿Tenía límites? ¿Cómo conseguía Semra dominar las riendas del ego? ¿Estuve a punto de hundirla en un nuevo y peor infierno con mi búsqueda del amor? Deseaba saber las respuestas. Yacía en su cama ahora con un nuevo

brillo optimista en los ojos y una sonrisa satisfecha en los hundidos rasgos de su rostro. Sin embargo, no podía estropear el instante y despertar algo que quizá ella había dejado reposar en las manos del tiempo.

—¿Has escrito algo últimamente?

—Mucho. ¿Quieres leerlo?

Se volvió de lado y cogió la carpeta de poemas del cajón de la mesilla de noche. Los leí. Era emocionante ver cómo había evitado sus propios problemas y acentuado los sufrimientos del mundo. De repente, los tonos de una olvidada melodía acudieron a mi cabeza, y la canté con las primeras estrofas de su epopeya. Era raro ver cómo se fundían de forma totalmente natural.

—Pensaba que estaba inacabada. Quizá la escribí para ser cantada —dijo.

—A Levo le hubiera gustado —dije. Ella asintió con la cabeza. Todavía podía proporcionarnos muchas alegrías el tiempo pasado.

La abuela se había hecho invisible mientras hablábamos. No la había oído alejarse ni acercarse.

—¿Quieres comer con nosotros? —me preguntó—. No hay nada especial, solo macarrones con carne picada y un poco de ensalada.

No me odiaba.

—Me encantan los macarrones —dije—, pero primero traiga usted las herramientas que tenga, abuela. En esta casa hace falta un hombre. Y estas ventanas necesitan un martillo.

Mayo de 1980

—Tú eres el hombre de la casa —dijo mi madre.

—Tonterías, madre. Tú eres el hombre de la casa. Siempre lo has sido.

—Bien, veo que estás decidido. La testarudez nunca ha sido un bien escaso en esta familia.

Se sentía herida. En su mundo, los hijos abandonan el nido cuando están preparados para emprender el vuelo por sí mismos, es decir, por lo general cuando se casan. No como yo, que seguía necesitando de la mano materna que lo acolchara, hiciera la comida y lavara la ropa.

—Semra me ayudará a establecerme. Me las arreglaré bien, ya verás. No te preocupes.

—¿A esto la reduces ahora? ¿A sirvienta?

—Sabes que no, madre. Solo me enseñará lo más elemental que debe saber un hombre soltero para manejarse. Además, la profesora nos ayudará a recuperar las horas de clase perdidas.

—Ah, sí, la profesora.

Era quizá aquí donde le apretaba el zapato. A Semra la había aceptado, pero la profesora era una oponente nueva y superior. Ella, sentada en su torre de marfil, rodeada de sus polvorientos libros, engañaba a sus jóvenes estudiantes para que abandonaran sus cálidos hogares. Era tan cercano a la realidad que solo pude reírme y felicitarla por su afinada puntería. Mi madre no dejaba nunca de sorprenderme con el diamante en bruto que tenía por cerebro. Era una pena que ya la hubiera catalogado de enemiga tomando posiciones en la trinchera. No dudaba de que en otras circunstancias las dos mujeres habrían congeniado. Pero la desconfianza de mi madre ahora me iba bien. No quería tenerla allí cuando me lanzara de cabeza sin saber qué encontraría bajo la superficie.

La profesora estaba sentada en su torre de marfil como una reina

solitaria sin súbditos. Si ella la hubiera conocido, habría odiado esta descripción, auténtica republicana como era. Pero yo siempre vi en ella algo de los sultanes del pasado: aislada, hábil para la supervivencia y poderosa, suficientemente poderosa como para hacer rodar cabezas de hombres indeseados, en este mundo de hombres. No había venido a visitarme al hospital, esperaba que yo acudiera a ella por mi propio pie, porque les tocaba a los jóvenes visitar a los mayores en nuestra sociedad, y no al revés, bromeaba. Pero ahora que estaba con ella, no ocultó que no pudo con la idea de verme yacer desvalido en una cama de hospital. Nunca creyó tampoco que fuera a sucumbir víctima de una cobarde bala fascista. Palabras inusuales en ella que quizá mostraran lo preocupada que se había sentido.

En este momento estaba preparada para escuchar. Los ojos de una mujer anciana quizá no lo soportaran todo, pero los oídos no eran tan sensibles. No tenía sentido descartar a Zuhal de la historia. ¿Qué me quedaba por contar si no me atrevía a reconocer lo que me hacía vivir? Pude ver que ese sorprendente giro en mi historia, que de entrada estaba destinado a bombardear todos sus sentidos, hizo mella en ella desde el primer momento.

—Oh, esto es algo digno de mi amado. Él habría adorado esta historia —suspiró.

Aparte de este comentario, me escuchó sin más interrupciones. Sentados entre estanterías de libros polvorientos, muebles polvorientos y un pasado polvoriento. Una tarde en la que los rayos de sol atravesaban las cortinas de tul que formaban una pared de regueros de luz entre nosotros, hasta que la oscuridad ocultó los detalles y nos dejó a solas con nuestras siluetas. Solo cuando hube terminado, se levantó y encendió la luz.

—Lo que necesitas en principio es una base —dijo la profesora —. Una base desde la que actuar. Entiende que, cuando se quiere explorar lo desconocido, no se puede arrastrar toda la casa. La cuestión es si estás preparado para abandonar la casa de tu madre.

Había pensado en ello desde el momento en que decidí que quería encontrar a Zuhal. Mi madre se preocupaba y, mientras viviera yo en casa, me vigilaría, protegería y nos haría la vida imposible a todos. Necesitaba tener las manos libres. Un espacio en el que entrar y salir a mi antojo. Aun así, no dejaría de preocuparse,

pero cuando se hubiera hecho a la idea, seguiría adelante con su vida, y de esta manera le evitaría preocupaciones innecesarias que de otra manera se presentarían en la convivencia diaria.

Pero no tenía medios para sufragar esas banalidades del alquiler y el mantenimiento.

—Tengo una solución, si es eso en lo que estás pensando —dijo la profesora.

Ella era dueña de todo el edificio donde vivía, de tres plantas y seis viviendas. En la primera y la segunda planta había inquilinos que con el transcurso de los años habían pasado a formar parte del inventario, una parte de su gran familia. Su madre, en su época, había unido dos pisos en uno y la profesora vivía ahora en el piso con vistas a su querido Bósforo. En la primera planta, a la izquierda, justo al lado de la escalera, había un apartamento más pequeño que los demás, con una cocina de juguete, un salón diminuto y un dormitorio. Estaba vacío esperando que volviera su último inquilino. El griego Yorgo había sido un competente cámara de cine, experto en sonido, asistente de director y de montaje y hombre para todo en Yesilçam antes de que fuera expulsado del país a principios de los años sesenta. Él nunca había pensado en convertirse en ciudadano de la república turca. Parecía una elección natural debido a que podría remontarse orgulloso hasta sus antepasados de Bizancio, y así resultaría ser un justo y auténtico ciudadano de Constantinopla-Estambul, y no de toda la república. Su padre Theo había sido un patriota, igual de ofendido que todos los demás con los franceses e ingleses que ocuparon Estambul después de la Primera Guerra Mundial. Convirtió su estudio fotográfico en una imprenta ilegal y distribuía panfletos contra los ocupantes. Este argumento no le ayudó a Yorgo en nada y cuando la crisis de Kipros se agudizó, fue escogido como víctima al azar junto a otros tantos miles. La profesora y Yorgo, juntos, derramaron lágrimas antes de su partida, y la impotencia ante la tremenda injusticia permaneció en su conciencia como uno de sus pocos rasguños. Intercambiaba correspondencia con él, que era ya un hombre entrado en años, y entre líneas ella adivinaba lo infeliz que se sentía él en Atenas y lo mucho que añoraba su país. Después de algunos años, empezaron a devolverle las cartas a la vez que Yorgo dejó de escribirle. Al principio quiso creer que debía de haber otras

razones, pero poco a poco tuvo que aceptar que Yorgo ya no estaba entre los vivos. Para otros, esta historia hubiera acabado aquí, pero para la profesora los actos simbólicos eran importantes. Por ello conservó el piso de Yorgo intacto desde el día que partió, amueblado con sus pertenencias, pero con ausencia de su alma y de su ser físico. La profesora era una persona que podía perdonar muchas cosas, pero no a los descendientes de nómadas que una legendaria vez cabalgando en sus fuertes caballos desde las estepas de Asia Central llegaron en un viaje casual hasta este país. No les podía perdonar haber aniquilado lo que quedaba de un mundo multicolor.

Ella por supuesto que no creía en el destino, pero tampoco quería negar el pequeño o gran papel que las casualidades ejercen en la vida. En este sentido, la espera de Yorgo no había sido en vano. Él y yo teníamos mucho en común: la añoranza de lo que se había perdido y la esperanza de recuperarlo. Y por eso podía yo tomar el relevo de su piso por tiempo ilimitado y bajo las mismas condiciones: sin pagar nada. Todo el mobiliario que había allí había pasado a ser antiguo, pero todavía estaba en buen uso. La profesora se cuidaba de que una mujer de la limpieza lo aseara una vez al mes. No tenía nada en contra de la ocasional presencia de Semra, al contrario, una mujer joven traía consigo luz y alegría por regla general. Tampoco había hecho preguntas sobre el papel de Semra en mi historia. En parte porque yo había eludido mucho de lo concerniente a ello, en parte porque ella misma era una gran partidaria de la amistad entre hombre y mujer. Lo único que esperaba de nosotros era que llenáramos el vacío y diéramos sentido y honráramos, en cierto modo, la memoria de Yorgo. Me sentía más que feliz. Esto representaba mucho más de lo que había podido soñar.

Pero todavía no había terminado; experimentaba, según sus propias palabras, uno de sus momentos de explosión de ideas que propiciaban solo eventos únicos. Lo que quedaba ahora era encontrarme una fuente de ingresos que no limitara mi movilidad con horarios de trabajo y a la vez me permitiera vivir en el lado correcto de la frontera del hambre. ¿Qué me parecería ayudarla en una traducción de Shakespeare o si no, realizar encargos para una editorial basura que publicaba traducciones de revistas basura

estadounidenses? Algo que podría hacer durmiendo. Prefería esto último, por respeto a Shakespeare. Era la respuesta correcta. El autor lo exigía todo de un traductor, incluso el alma; además, el pago era lamentable. Pero el trabajo basura, que no exigía casi nada, estaba bien pagado y siempre se podía hacer decentemente.

El día que me mudé, transportamos mis cosas con mi hermano al volante de un coche alquilado, orgulloso de poder sacarle provecho a su reciente carné de conducir. Mi madre no vino con nosotros. No se trataba de ningún tipo de protesta, dijo, y estaba bien porque ya había colaborado generosamente consiguiéndome lo imprescindible en utensilios de cocina, ropa de cama y vestimenta. Lanzó agua al coche según la tradición para desear al que se va una pronta vuelta a casa. Volví el rostro desde el asiento de atrás para retener una última imagen fugaz de ella. Por supuesto quería verla lo más a menudo posible. Tanto aquí como en mi casa. Pero los dos sabíamos que la época en que habíamos sido ramas de un mismo árbol era ya historia. Mi hermano hablaba por los codos, de todo y de nada, aparentemente insensible a la fuerte emoción que flotaba en el aire. No tenía nada en contra de dar un rodeo para recoger a Semra. Por supuesto, cuanto más condujéramos, más divertido sería. Semra también estaba de buen humor y bromeaba con mi hermano, apretujada en ese pequeño espacio del asiento trasero. Se hizo eco de los comentarios de mi hermano sobre mis posibilidades de atraer a pequeños y deliciosos corderos a mi nueva pequeña madriguera y acusó recibo señalando los peligros que comportaba demasiada carne de cordero para los viejos y avariciosos lobos. Sonreí ante sus gracias por obligación. Por dentro me sentía triste y nervioso.

Sin embargo, mi humor subió de tono en el mismo momento de hacer girar la llave en la cerradura y dar el primer paso dentro del apartamento de Yorgo. Todo, el sofá con los cojines bordados, la mesa con el mantel de ganchillo, las sillas de terciopelo tapizadas, esa vieja radio encima de la cómoda con flores grabadas, todo era como sacado de una película de los años sesenta. La ventana del salón daba a la calle principal y al Bósforo, el dormitorio estaba amueblado con sencillez: una cama para un hombre austero, un *kilim* Diyabakir medio roído por las polillas y un armario. Había una ventana que daba a un pequeño jardín trasero, con árboles frutales, un columpio, hierba que crecía salvaje, una vieja y

pequeña mesa de jardín y dos sillas. El jardín estaba cercado por una valla desdentada que lo afeaba. No sabía cómo me repartiría entre el Bósforo y este jardín con el que había soñado desde mi niñez. La cocina estaba situada al lado del dormitorio y disponía de una puerta que daba al jardín. Era del tamaño de una cocina de juguete. Dudé de que pasara mucho tiempo en ella. Me sorprendió hallar un baño con el espacio suficiente para asearse. Podía hervir agua y… La imagen de Zuhal con el pelo y el cuerpo envueltos en toallas pasó como una película por delante de mis ojos.

Ardía en deseos de que Semra y mi hermano se fueran para quedarme a solas en el piso. Pero ellos no tenían ni la más mínima intención de irse. Semra traía consigo comida hecha en casa y mi hermano nos sorprendió sacando una botella de *raki*. Me contagiaron su entusiasmo. Ante todo, nos hacía falta un poco de comida y fiesta, y enseguida nos pusimos a arreglar el jardín para una pequeña celebración. Yo corrí a invitar a la profesora, pero no estaba en casa. Quizá había preferido mantenerse a distancia para no dar la impresión de inspeccionar el traslado con mirada de halcón. Comimos, bebimos y encendimos la lámpara de parafina cuando la oscuridad se extendió sobre nosotros como una manta. Me pidieron que sacara la guitarra que mi madre me había comprado —un deseo de infancia— una vez que guardé cama. Mi forma de tocar no era nada virtuosa, pero mi cabeza estaba repleta de melodías. Ya le había puesto música a tres poemas de Semra y los toqué. Después cantamos canciones de Estambul. En una de ellas, una muchacha iba a Üsküdur, hacía mucho tiempo, a principios del siglo X, para encontrarse con su amado Katip. Era muy osado para una muchacha. La sorprendió un chubasco, pero como era de prever llevaba consigo un elegante paraguas y un vestido y abrigo largos, y su hermoso rostro, probablemente, estaba cubierto con un velo de tul. Cuando al fin descubrió a su Katip, él todavía llevaba el sueño en los ojos, camisa almidonada y abrigo largo, un poco sucio en los bajos. Allí y entonces no le preocupaba la lluvia ni las habladurías o cualquier otra cosa de este mundo que no fuera su Katip.

Le prohibí a mi hermano que se sirviera el tercer vaso de *raki*. Aquella seductora bebida de anís no era peligrosa si estaba dentro de la botella. Él me reprochó que impusiera nuevas reglas en el

viejo pueblo. En este país el examen del permiso de conducir consistía en llegar a casa sano y salvo conduciendo en estado de embriaguez. Mi hermano se había convertido en un joven guapo, robusto y fuerte, además de en un recio trabajador. Había crecido en una sociedad con injusticias y anomalías, no le importaba en absoluto su seguridad vial ni la de los demás, pero estaba educado en la obediencia a su hermano mayor, aunque a veces no pudiera contener sus ataques de rebeldía. «Conduce con precaución», le dije al dejarlos en el coche. Por toda respuesta apretó el gas a fondo, los neumáticos rechinaron dejando un olor a goma chamuscada. Y antes de que el auto saliera disparado escuché la risa de Semra sentada a su lado. Sonreí cabeceando, pero no me preocupé. Sabía que enseguida disminuiría la velocidad y, como siempre, no pasaría nada malo. Cuando volví al jardín, este se hallaba silencioso y tranquilo, tal y como había soñado. Croaba una que otra rana y algún grillo cantaba, la luna y las estrellas decoraban el cielo y las luciérnagas danzaban en la oscuridad. Me quedé sentado rodeado de soledad y la disfruté. La paz en aquel jardín era un instante robado; construida, escenificada, no existía.

Junio de 1980

Era como escuchar pisadas de algo grande. A diario explotaban bombas, hombres jóvenes de ambos bandos morían en atentados y también algunas mujeres. En las filas fascistas no había mujeres, ellas tenían que quedarse en casa, hacer la comida y dar a luz a sus hijos, así se evitaban ser blanco de los disparos. Las mujeres de izquierdas eran diferentes, las había muy duras entre las más arrojadas, e iban a la cabeza de la lucha. Organizaban y lideraban acciones sin dejarse impresionar por los hombres. Tenían tendencia a declararse enemigas del feminismo, una repudiable ideología pequeño burguesa. Para ellas, la liberación de la mujer era parte obligada de la lucha de clases. Yo estaba de acuerdo. Me gustaba esa nueva mujer, a pesar de que con su deseo de ser llamada «hermana» se corriera cierto peligro de cometer, en caso de encontrar atractivos sus senos, incesto mental. A mí me gustaba la nueva mujer que Zuhal representaba, y le estaba agradecido de que ella se burlara de esa tontería de la hermana-camarada.

Durante el verano de 1980, lo que más me preocupaba eran esas pisadas de algo grande. El estado de excepción continuamente prolongado, patrullas de policía por las calles, las detenciones y torturas sin límite. Zuhal había ocupado la portada de los periódicos junto a Kemal varias veces, estaban entre los más buscados del país. Mi tiempo se escurría. Cada día que pasaba sin conseguir acercarme a ella aumentaba mi frustración. Buscaba a una mujer a la que la policía con su enorme aparato no lograba echarle el guante. Me pasaba los días recorriendo las calles, principalmente los lugares en los que, según los rumores de los periódicos, parecía haber sido vista, con la esperanza de tropezármela casualmente, aunque no fuera sino un milagro en una ciudad como Estambul. No, no era ningún soñador, solo un ser desesperado sin otra cosa a la que aferrarse. La gente de la asociación estudiantil se había

acostumbrado a mis visitas. Frecuentar el lugar en el que ella dejó huella se había convertido en una especie de costumbre. Ellos me tenían por un romántico incurable. «Si pasas a la clandestinidad, quizá la encuentres, —me decían—. No, hombre, no, es broma. Eso no funciona así», añadían riéndose.

Necesitaba una foto de carné de Zuhal, así que fui a insistirle a la profesora. Ella siempre había sido leal a la institución para la que trabajaba, la ética y el deber eran algo muy serio. Pero haberme adoptado a mí también lo era. Un día rompió con sus principios y se fue directa a los archivos universitarios. Halló la ficha de Zuhal y, en ella, la dirección de sus padres. La foto de carné que yo deseaba, y que debería haber estado en su ficha, había desaparecido, posiblemente estaba ya en manos de la policía.

La profesora me propuso visitar a los padres de Zuhal juntos. Una profesora preocupada por el bienestar de sus estudiantes causaría menos conmoción en los ya preocupados padres que un joven al que le resultaría difícil justificarse. Desde que me había ofrecido su casa, se había vuelto menos crítica, no condenaba mi capacidad valorativa, solo me daba consejos y me hacía propuestas que yo no podía rechazar. Ante su falta de críticas, me hacía las preguntas yo mismo. ¿Qué podía sacar de la visita a casa de los padres de Zuhal que no fuera satisfacer mi curiosidad? ¿No era equivocado inmiscuirme en las vidas de dos personas que con seguridad sufrirían debido a una hija etiquetada de terrorista? Pero sentía un intenso deseo de conocerlos. Poder darle a Zuhal una historia, un pasado, una familia como tenía la mayoría, la haría menos abstracta en mi mente.

Un general jubilado era lo último que esperaba encontrarme como padre de Zuhal. No se podía evitar sentir que resplandecía viéndole allí sentado en su sillón, con la espalda erguida, el rostro grave y la mirada valerosa, en mitad de un salón amueblado a la antigua y rodeado de fotografías de sí mismo en uniforme. En otro tiempo había dirigido a muchos hombres con natural autoridad. Pero lo que más me sorprendió fue la acogida que nos dispensaron, como si fuéramos huéspedes que esperaban desde hacía tiempo. Cuando la profesora y yo salimos de casa hacía un día estupendo, cálido, con una brisa refrescante que procedía del Estrecho. Habíamos acordado acercamos paseando hasta la casa de los padres

de Zuhal, situada en una zona de familias acomodadas. Yo estaba nervioso y preparado para toparme con animosidad y un claro mensaje de que no éramos bien recibidos, quizá incluso para que no nos abrieran la puerta.

Pero mi preocupación era del todo infundada. Desde el momento de la presentación fuimos acogidos con amable hospitalidad y al momento nos guiaron hasta un gran salón. La madre de Zuhal era jovial, de físico redondeado, y, como la mayoría de amas de casa, estaba orgullosa de enseñar su hogar y su habilidad para la cocina y los pasteles. El general era un experto conversador, con intereses variados y se dirigía exclusivamente a la profesora. Con voz severa discutía la actual situación en la universidad y la última traducción de Shakespeare de la profesora. Yo sentía su penetrante mirada mientras hojeaba los álbumes de fotografías que la madre comentaba con cariño. «Aquí, Zuhal con tres años. ¿A que está preciosa con este vestido de princesa? Aquí tiene cinco años, en el jardín donde vivíamos antes. Esta se la hicimos en su primer día de escuela. Aquí está nuestra Zuhal…». Creí que el general me evitaba por una u otra razón y pensé que pronto abandonaría la casa sin haber intercambiado una sola palabra con él cuando de repente dijo:

—¿Fumas, joven?

Sonaba a pregunta de tanteo y yo dudé de si la respuesta correcta era sí o no.

—Desafortunadamente sí, mi general —murmuré. Nunca creí que llamaría a alguien «mi general». Pero sonaba tan natural en ese caso… Él sonrió levemente a mi comentario y pareció satisfecho.

—Esto resuelve la cuestión —dijo mientras se levantaba del sillón—. Fumémonos un puro en el balcón mientras las damas continúan conversando.

No cabía duda de quién había heredado el parecido Zuhal. Él tenía sus mismos rasgos faciales corrientes, pero agradables, y el mismo color aceitunado en la piel.

La terraza grande que abarcaba la anchura del piso daba al parque Emirgan. Encendió mi puro y el suyo y me describió los alrededores como si fueran instrucciones de planificación de su trabajo: en mitad del parque, una mansión de un antiguo sultán, un jardín de tulipanes y lo delicioso que eran los paseos matinales por

los bellos y pacíficos senderos. Era como escuchar a alguien a quien conocía desde hacía mucho. Seguía sintiendo el mismo respeto por él que al principio de la visita, pero ahora de forma relajada, como si estuviera en casa.

—Sabíamos que vendrías —dijo—. Ella nos avisó. —No me miraba, miraba los senderos del parque—. Estuvo aquí para despedirse antes de pasar a la clandestinidad y nos pidió que cuando llegaras te acogiéramos como a un miembro de la familia. Nunca le hemos negado nada, ¿sabes?

Él no sabía nada de mí, y sin embargo me abrió su casa porque su queridísima hija lo había previsto y se lo había pedido.

—¿Te crees merecedor de su confianza? —Fue una extraña pregunta.

—Amo a su hija. Que haya desparecido de su lado y del mío es la opción que ella ha tomado y yo no puedo hacer nada para cambiarla.

Asintió comprensivo. Conocía a su hija y quizá se arrepentía de haberla educado para ser más autosuficiente de lo conveniente. Pero él no podía saber que yo no le había dicho toda la verdad, que yo podía haber optado por unirme a ella.

—Se está librando una sucia guerra allá fuera. Y me resulta muy doloroso saber que ella está luchando sola.

No era a mí a quien reprochaba dejar sola a Zuhal, el reproche iba dirigido a él mismo. Él sabía más de guerras sucias que la mayoría. Como joven capitán del ejército, fue destinado a la guerra de Corea por un Gobierno deseoso de deslumbrar a los Estados Unidos y poder entrar en la
OTAN
. Tuvo que viajar a un país lejano para hacer una guerra que no era la suya, se sintió como un soldado alquilado por arrogantes soberanos. Desde el primer día, su único objetivo consistió en proteger a sus hombres lo mejor posible. Pero le fue del todo imposible cuando escogieron a su compañía para cubrir la retirada de los aliados. Fue un infierno de varios días, y cuando hacia el final quedaron sitiados por los enemigos, comprendió que hacía mucho que los suyos les habían traicionado. Una noche la compañía decidió abrirse camino a balazos. Eran ciento cincuenta hombres y habló antes con ellos. Nadie estuvo a favor de la otra alternativa, la

prisión. Al final, solo cinco consiguieron romper el cerco y llegar a las líneas propias tras kilómetros de marcha por terreno enemigo; los cinco, heridos en cuerpo y alma. Les enviaron a casa como héroes. Las medallas y el estatus de héroe los escondió en la buhardilla y allí están todavía. Paulatinamente se convirtió en un general que aborrecía la guerra, hasta que su propia hija fue a parar a una nueva, una guerra en la que ni siquiera había frentes y en la que no era fácil distinguir al amigo del enemigo. Él respetaba la valentía juvenil contra un enemigo superior, pero no compartía ese mismo optimismo. Tenía esperanzas, sin embargo, de que llegaran lo suficientemente lejos para necesitar pronto a los viejos generales. Solo así podía soñar en reunirse de nuevo con su hija.

Nos quedamos unos momentos en silencio, dos hombres con un peso en la conciencia.

—Ella no desea que la busques. Fue el mensaje que me pidió que te transmitiera. —Continuaba evitando mi mirada.

—Pronto alguien tendrá que contradecirla —dije yo.

Sus ojos, que se encontraron con los míos, igual de oscuros que los de Zuhal, se iluminaron como transmitiendo que al fin habían dado con una opinión poco corriente.

—No creas que va a ser fácil. No puede ayudarte nadie. Y el día que la encuentres la puedes perder para siempre si intentas que abandone su lucha. Tampoco puedes estar seguro de que te ame, y buscándola te arriesgas a que quizá te hiera y te rechace. ¿Qué dices a esto?

—¿Tiene usted algo, algo que de algún modo me sirva de punto de partida para la búsqueda?

Pensó y pensó intensamente, pude ver que intentaba hurgar en todos los recodos de su cansado cerebro y sonsacar recuerdos del olvido.

—Había una chica. Las dos eran inseparables. Solía venir aquí en otra época. Después desapareció de golpe. Seguramente sea solo un disparo en la oscuridad. Una amiga que por el camino se volvió una extraña. Pero intentarlo no puede perjudicar a nadie. Se llama Tuba. Sé dónde vive. Acompañé a Zuhal una vez allí.

Se levantó para ir en busca de papel y lápiz. Aproveché la ocasión para preguntarle si tenía una foto de carné de ella. No me preguntó por qué. Cuando volvió llevaba una nota con la dirección

de Tuba y dos fotografías de pasaporte de Zuhal tomadas un año antes.

—¿Sabes qué significa *zuhal*? —me preguntó.

—No, lamentablemente no —dije yo.

—Significa «Saturno». Raro nombre para una chica, ¿verdad? Pero si piensas en ello detenidamente, Saturno con su místico anillo es el planeta más bello de nuestro sistema solar.

Se sentó y volvió a encender el puro que había apagado al irse. Después habló como si lo hiciera consigo mismo.

—Quizá ser tan hermosa y tan superior no sea del todo bueno. Los demás quedamos relegados a vivir bajo su sombra.

Julio 1980

Tuve un raro sueño anoche. Estábamos en la ciudad deambulando y acabamos en un pub. *Se que generalmente bebes con moderación. Pero esta vez parecía que querías experimentar contigo mismo, traspasar los límites, tal vez deseabas solo hacer el tonto. O quizá había otra razón. Desesperación. Desesperación por estar enamorado de una sombra. No es que crea que no te favoreciera la embriaguez. Te pusiste raro. Hablabas de forma incongruente, de todo lo habido y por haber, pero no de ella, no dijiste ni una sola palabra de ella. Y te mostrabas insólitamente amable, pero no eras convincente. Ya sabes que tengo una relación ambivalente con el alcohol. Me gusta tomarme un par de copas en buena compañía. Pero me da miedo embriagarme, miedo de perder el control y descubrirme. En el sueño bebí poco, quería cuidar de ti. Entonces se volvió todo caótico.*

Todo sucedía con lentitud, como a menudo ocurre en los sueños. Hay que lograr algo, pero nunca se alcanza, y las cosas desaparecen de imprevisto ante uno. Me invadió el pánico cuando desapareciste. Intenté llamarte a gritos, pero no tenía voz. Recuerdo que corrí por todas partes, pero no volví al pub. *Corría por un espacio abierto, vacío e indefinido. De repente todo volvió a ser como antes, pero tú ya no estabas allí. Te había perdido. No sé si es comparable, pero hice lo mismo que aquella mujer de un libro de Graham Greene (no recuerdo cuál). Prometí que te dejaría en paz si volvías.*

Cuando desperté me arrepentí. No debí haberte prometido nada. ¿Qué me queda sino tu amistad? No me quejo. Estar contigo es difícil, pero a la vez muy gratificante. Sé que fue injusto lo que escribí, «desesperación por estar enamorado de una sombra». Sin duda, tú sientes una luz que te llama. Que

respondas a la llamada significa que existe esperanza. Pero yo debo dejarte en paz. Un periodo, mientras vas en busca de tu luz.

Un día a principios de julio encontré esta carta en un sobre abandonado sobre la cómoda de Yorgo, después de que Semra se hubiera marchado. Lo primero que pensé fue lo vacía que sería la existencia sin ella. Entonces comprendí que no deseaba que me dejara en paz, no deseaba estar solo. Dependía de personas a mi alrededor que me cuidaran. «Dependencia» no sonaba prometedor, pero con el tiempo me había atado a Semra, había encontrado paz en su apoyo. Todo lo que había sucedido desde el día en que le abrí la puerta de mi casa hasta que leí la carta era confuso. Me movía entre la sensación de que ella me gustara, me disgustara y me gustara de nuevo. La incómoda vergüenza que me producía esa situación no era suficiente para impedir que quisiera seguir experimentando la ternura que suscitaba en mí.

No sabía si ella trabajaba o estudiaba, por eso escogí un sábado para acercarme a la dirección de Tuba. Podría haberse mudado entretanto. Una deprimente idea que intentaba ahuyentar mientras bajaba por una pendiente adoquinada. Una calle estrecha en la que las casas casi se recostaban unas en otras. Se ensanchaba al final de la cuesta, abriéndose a una pequeña plazoleta. En medio había una fuente con grifo protegida por un tejadillo y flanqueada por paredes adornadas con viejos azulejos Iznik y una inscripción con letras otomanas, seguramente construida antiguamente en honor de algún príncipe o princesa.

La casa donde supuestamente vivía Tuba estaba situada a la derecha de la plazoleta, formaba parte de la hilera de casas bajas que en su tiempo caracterizaron la ciudad y de las que milagrosamente algunas todavía quedaban en pie. Eran casi las doce del mediodía, y justo encima de mi cabeza el sol, un intenso disco luminoso, anunciaba una nueva ola de calor. El calor, la plaza desierta, los aromas de las diferentes flores que colgaban de las macetas en las ventanas, todo era adormecedor. Una abeja pasó ganduleando como sonámbula. Me senté en un banco de mármol junto a la fuente, apagué la sed y me sequé el sudor de la cara. Ya no estaba tan decidido como cuando salí de casa, no sabía quién abriría la puerta si llamaba. Aunque fuera Tuba, ya no estaba

seguro de qué le diría. «Hola, ¿has visto a Zuhal últimamente? ¿Puedes ayudarme a encontrarla?». Si esa mujer seguía teniendo contacto con Zuhal, mi curiosidad despertaría sospechas en ella. Por supuesto, cuanto más pensaba en ello más convencido estaba de que un intento de hablar con ella arruinaría mis posibilidades más que reforzarlas. Debía pensar en otra cosa, no podía quedarme eternamente allí sentado al lado de la fuente. Eché otra ojeada al entorno y en el lado izquierdo de la plaza encontré la salvación. Era una casa de té que se diferenciaba de las otras casas por su ancho ventanal. Estaba casi enfrente de la casa de Tuba y constituía un puesto de vigilancia perfecto.

Dentro había un ambiente tan adormecedor como fuera. Unos hombres mayores jugaban a las cartas. Les saludé y también al dueño que estaba detrás del mostrador y secaba vasos con un paño echado en el hombro. Me devolvieron el saludo a coro y me siguieron con la mirada hasta que me senté en una mesa libre al lado del ventanal. La casa del otro lado de la plaza estaba encalada, con puerta verde y macetas detrás de las rejas de dos ventanas bajas. Yo tenía la mirada fija en ella.

—¿Le pongo algo, señor mío?

El dueño encorvado esperaba mi respuesta con bloc de notas y lápiz en mano.

—Té. Ah, una taza de té con una rodaja de limón, gracias.

Humedeció la punta del lápiz en la lengua y con lentitud anotó el pedido como si le hubiera echado encima un arduo trabajo.

—Té, señor mío, será servido. Aquí en esta casa siempre tenemos té recién hecho.

—Tonterías —gritó un hombre mayor con gafas—. Ese té lleva en el fuego al menos tres horas.

—Tú ves mal, tío Fuat —dijo el dueño indignado—. Acabo de hacer una nueva tetera. Aún está en el fuego. Por supuesto, ni notas el aroma. A tu edad se tiene mal olfato.

El tío Fuat murmuró algo, tuvo que ser algo chistoso porque provocó la carcajada de sus compañeros de juego. El dueño debía de estar acostumbrado a las bromas mortificantes, porque no respondió. Después de unos minutos volvió con un vaso en una bandeja.

—No lo he visto a usted antes por aquí. ¿Vive en el vecindario?

—No, solo estoy de paso. Estudio Arquitectura y quería ver las casas de la zona con mis propios ojos. Muchas casas bonitas tienen ustedes por aquí.

—Totalmente cierto. Y las conservamos tal y como están. Ningún constructor avaricioso las va a derribar mientras vivamos.

—Solo espera a que otro constructor avaricioso te ofrezca una buena suma —dijo el tío Fuat, seguido de una nueva salva de carcajadas.

El dueño volvió a sus vasos, la pandilla dirigió de nuevo la atención al juego, yo encendí un cigarrillo y miré la casa blanca. El té era fresco, fuerte en su justa medida y olía probablemente a montañas del mar Negro. El tiempo se había detenido en este olvidado rincón de la ciudad. Podría quedarme aquí sentado durante horas sin hacer nada, mi cerebro no tenía otra ocupación que seguir el tictac del reloj de pared. Podría vivir aquí durante años, quizá como había hecho el tío Fuat, sin hacer otra cosa que ir y venir de mi casa a la casa de té. Era una idea tan absurda como la de llamar a la puerta y preguntar a Tuba si tenía una habitación libre para alquilar. Este pacífico, adormecido vecindario me hubiera aburrido y ahogado después de pocos días. Pero precisamente en ese momento no había nada como gandulear allí.

Era alta, delgada, por lo demás corriente, con el pelo hasta los hombros, gafas, blusa blanca, falda color crema, no muy diferente de como la había descrito el padre de Zuhal. Tras cerrar la puerta, miró hacia ambos lados y cuando, con paso rápido, empezó a subir la misma cuesta por la que yo había llegado, supe al instante que debía seguirla. No importaba adónde ni durante cuánto tiempo. Si iba a servirme de ayuda, debía ser de forma ajena a su voluntad. Dejé dinero en la mesa, me apresuré a salir y escuché al tío Fuat que me gritaba:

—Ten cuidado, hijo. Esta dama es un pájaro difícil de digerir.

Pero no escuché las previsibles carcajadas, ya estaba encaminado hacia la cuesta, aterrado por perderla de vista. No era fácil seguir a una mujer por esas calles desiertas y estrechas sin ser descubierto, por eso debía guardar una considerable distancia. Me paraba de vez en cuando en una esquina y esperaba, y después corría al verla desaparecer en la siguiente esquina. Para los curiosos que estuvieran viéndome desde detrás de las cortinas, debía de ser

un personaje bastante ridículo. Para mí, la persecución resultaba más dramática que chistosa. La adrenalina me pegó una subida, el corazón me latía aceleradamente y la respiración se volvió fatigosa. De haber sido un juego, le habría pedido una pausa para fumar. Cada esquina representaba el peligro de perderla. Cuando al fin llegamos a la calle principal, resoplé penosamente pero aliviado. Ahora su figura alta y delgada, a unos cien metros, era del todo visible. Los dos reducimos el ritmo para adaptarnos a la ola de gente que los sábados hacía sus compras, y al denso tráfico que retumbaba en la hora punta. Cada uno en nuestro puesto, no muy separados, entre la multitud preparada para iniciar la carrera por las cuatro rayas pintadas en el instante en que se detuviera el tráfico. Casi tropiezo con ella cuando se paró por culpa de un desconsiderado chófer.

La parada del autobús estaba abarrotada de gente de todas las edades. El autobús llevaba retraso. Si llegaba, si le quedaban plazas libres y paraba, y si ella lo tomaba, no tenía por qué ser problemático. El problema surgiría si ella decidía tomar un taxi. Pero no podía quejarme de mi suerte en ese caluroso día. Después del cruce, continuó recto y traspasó resuelta el portal del Hospital Universitario. O iba a visitar a un paciente o ella misma estaba enferma. En ambos casos se trataba de no perder el contacto, seguirla incluso cuando acabara con la esperanza de que no se fuera inmediatamente a casa. Ahora podía explicar a todo aquel que quisiera escucharme que lo que habíamos visto en películas y leído en libros sobre sabuesos era pura tontería. Eso de caminar, correr, esconderse y volverse invisible y, a la vez, no perder de vista a la persona en cuestión, era como para volverle a uno loco de cansancio.

Ahora se dirigía a la sección de partos. Mujeres embarazadas, mujeres con sus hijos recién nacidos, futuros y recientes padres, y otros visitantes fluían por él en las dos direcciones; risas, llantos y gritos de niños se fundían en una enorme cacofonía. La escena reforzó mi anterior creencia de que eso de traer niños al mundo no corría prisa. Me abrí paso cuidadosamente por entre diversas hechuras femeninas, y cuando de pronto estuve al final del corredor, Tuba había desaparecido. Debió de entrar en una de las salas, era imposible de decir en cuál. Confundido recorrí el mismo

camino de vuelta. Tenía que estar en algún lugar, se trataba de mantener la cabeza fría, antes o después aparecería. Podía escoger entre sentarme en un banco, esperar en él o salir, fumarme un cigarrillo y vigilar la entrada de la sección. El altavoz despertó a la vida crepitando y convirtió en superfluas mis reflexiones. «Doctora Tuba Karan, por favor, acuda a la sala de partos número uno. Doctora Tuba Karan…». La masa de gente se abrió en dos y ahí estaba Tuba con su bata de médico ondeando al aire. Mi suerte forzó una sonrisa cuando ella, con cara de preocupación, pasó corriendo por delante de mí.

Ahora ya podía irme a casa. Su guardia no acabaría antes de última hora de la tarde, quedarme deambulando por el hospital no era muy tentador. Además era de prever que al salir se fuera directa a casa para acostarse. Haciendo cuentas, los hallazgos de ese corto día no eran nada desdeñables. Existía una tal Tuba, una antigua amiga de Zuhal, me las podía imaginar juntas en épocas felices, hablando, riendo e intercambiando experiencias banales sobre chicos. ¿Continuarían viéndose y compartiendo secretos, o la tormenta que arreciaba las mantenía separadas? A pesar de que era delgado, ahora tenía un hilo que seguir. Si era capaz de desmadejar el ovillo sin caer en trampas definitivas, podría hallar la respuesta. Sabía dónde vivía y dónde trabajaba Tuba. Si con eso no llegaba a ninguna parte, como último recurso, llamaría a su puerta y le diría: «Hola, ¿has visto a Zuhal?».

Una cabeza ensangrentada y un torso con una camiseta también ensangrentada aparecieron ante mí. El resto del cuerpo, las piernas, todavía permanecían en el taxi. Estuve a punto de pisarlo cuando en el último instante salí de mi ensimismamiento. El taxista estaba enfrascado en la tarea de arrojar a ese hombre al asfalto. La increíble escena me hizo estremecer en medio del calor. ¿Había enloquecido todo el mundo?

—¿Qué haces? ¿No ves que este hombre sangra?

El hombre tumbado, inconsciente, en el asfalto era un peso muerto. El taxista, un tipo delgaducho, apenas podía tirar de él para sacarlo del coche. Le resbalaba el sudor por la frente hasta la cara y su mirada expresaba un abatido todavía-un-idiota-más-con-nariz-larga-metiéndola-en-las-cosas-de-los-demás. Pero eso no le impidió dispararme una sarta de quejas.

—¿De qué vas? Este cebón ha sangrado por todo mi coche. Hoy en día no se puede uno compadecer de nadie. Le encuentro sangrando como un cordero degollado en plena calle. ¡Ay!, mamá, pensé yo, hay que llevarlo rápido a un hospital, conduje con el gas a tope, ¿y qué me dice cuando llegamos aquí? ¡Adivínalo, adivínalo! «Lo siento, hermano, desafortunadamente no tengo dinero». Y ahora te pregunto yo: ¿Es esto un automóvil o la carreta del centro asistencial? ¿Quién va alimentar a mis hijos si acarreo al hospital, volando y gratis, a todos los que sangran por la calle?

Un grupo de curiosos se había arremolinado a nuestro alrededor divididos en dos grupos de apoyo a los adversarios.

—Sí, correcto. ¿Quién va a alimentar a mis hijos? —dijo alguien.

—¡Dios mío!, ¿qué nos ha pasado a nosotros los musulmanes? —dijo otro.

—Está bien, está bien. ¿Cuánto? —dije yo.

—¿Que cuánto? —preguntó alguien del grupo.

—Corta ya —le dije—. Se lo pregunto al taxista. ¿Cuánto cuesta el viaje?

El taxista se había olvidado ya de sus peores preocupaciones. No supe si era por mala conciencia o sentido de la justicia, pero puso un precio razonable.

—Ahora es tuyo, hermano. Espero que lo disfrutes. Pero dudo de que recuperes el dinero si lo vendes.

Fueron sus últimas palabras, el taxi aceleró y salió disparado del lugar hacia nuevas aventuras. Dispersar al resto del grupo fue fácil. Solo hizo falta pedirles que hicieran una colecta para ese pobre hombre.

—¿Puedes oírme?

—Claramente y con precisión, camarada.

Tenía una cara redonda, pelo corto, bigote estrecho, ojos alegres y me sonreía con dientes ensangrentados.

—¿No es la vida un circo y todos nosotros los payasos? —dijo mientras se levantaba, todavía un poco grogui. Le pregunté si se encontraba bien. Ah, sí, nunca había estado mejor; je, je, si podía contar hasta diez, no había nada que temer. No, no era boxeador. Sí, lo había oído todo. Aquel gusano de taxista mentía, él no había dejado el coche ensangrentado, todo el tiempo había tenido una toalla presionada contra su herida. El único objeto ensangrentado

del coche ahora era la toalla que el taxista llevaba en el asiento trasero.

Era un tipo robusto, ya no tan gordo o tan fuerte una vez erguido, con toda su altura. Estaba de acuerdo conmigo en que debíamos pasarnos por urgencias para ver si le podían coser la herida. Y en el fondo no era tan diferente, en cuanto a impresión, a donar sangre. Tuve la sensación de que ese hombre no se lo tomaba todo en la vida con igual seriedad. Quizá con el taxista como excepción. El gusano pagaría con su coche o, si no, con la vida. Eso por haber desconfiado de él y de que saldaría antes que nada la deuda que supusiera el costo del viaje antes que nada. Fue una ofensa imperdonable. Le pedí que se olvidara del taxista y se concentrara en su herida. «Así se hará, señor mío», dijo y se cuadró ante mí a la manera de un soldado. A partir de ahora mis palabras serían órdenes. Yo me reí de su grandilocuencia. Si lo deseaba, incluso podía jurarlo ante la tumba de su madre. O todavía mejor, si le permitía darme un porrazo en la cabeza, incluso seríamos hermanos de sangre. Era quizá un par de años mayor que yo, pero me trataba como a un hermano mayor. Cuando ya me sentía más tranquilo por su estado, empezó a preocuparme cómo pagaríamos la vista a urgencias. Yo solo llevaba treinta liras en la cartera.

—Aquí han acabado nuestros problemas, espera y verás —dijo.

No nos hicieron esperar. Le recibieron como si fuera una especie de famoso.

—Bienvenido, Soldado. ¿Cómo te lo has hecho esta vez? —dijo la enfermera—. El guardia de seguridad nos trajo dos vasos de té y le deseó una pronta recuperación. Mientras el médico cosía la herida, Soldado bebía té y me sonreía. Lo lavaron a conciencia y sacaron una camiseta limpia para ponérsela. Al terminar, tenía aspecto de hombre joven en buena forma a pesar del vendaje que le envolvía la cabeza. Después nos sentamos en un banco del parque del hospital. Era hora de decirnos adiós, pero este hombre había despertado mi curiosidad. «¿Por qué te llaman Soldado?», le pregunté. Ah, era una herencia de su paso por la Legión Extranjera. Una vez soldado, siempre soldado. Así es, y ahora era soldado de toda una familia, si comprendía lo que quería darme a entender. Y lo que acababa de ocurrir incumbía a la familia. Él había sido idiota perdiendo el dinero recaudado que llevaba encima —por lo demás

una suma importante—. Nos presentamos de manera correcta. No se sorprendió de que yo fuera un estudiante pobre. Los estudiantes, es decir, los jóvenes con conocimientos, eran el futuro del país. Y esperaba que fuéramos piadosos cuando estuviéramos entre los grandes. No desconfié de la seriedad de sus palabras.

La casa de la que había hablado era un casino-bar-restaurante y pertenecía a la familia que poseía negocios bastante legales de juego, de protección y promoción de servicios sexuales. Por lo demás, sus labios estaban sellados, nadie podría escuchar de su boca que hubiera algo ilegal en sus negocios. Él era una especie de director general, e iba camino de entregar la recaudación del día al cajero cuando le atracaron. Era un riesgo calculado, en ese ramo había siempre un precio que pagar por todo. Pero ya era suficiente charla, había que celebrarlo, yo debía tener una cosa presente: mantenerse con vida era para celebrarlo. Ahora era yo su huésped. Deseaba mostrarme esa oscura, pero, ay, tan tentadora cara de la ciudad. Podría jugar, beber, comer y escoger libremente entre sus chicas. Ah, espera, había una chica nueva en la ciudad, totalmente virgen, se pondría contenta por estrenarse acostándose con un joven guapo como yo. Soldado quizá fuera un fanfarrón o quizá no. Pero su invitación era innegablemente tentadora. Sin embargo, a ciertas cosas en la vida había que decir «no, gracias». Por otra parte, un estudiante pobre debía trabajar para ganarse el pan, me estaban esperando en casa unas cuantas traducciones banales. Soldado parecía ofendido, pero mis deseos eran órdenes, indiscutibles. «Una vez estudiante, siempre estudiante, ¿no?», dijo. Entonces me pidió un último favor: que le diera unas monedas para llamar por teléfono y que le esperara. No tardaría más de media hora.

El coche llegó en veinte minutos. Un Mercedes brillante, como recién salido de fábrica. El chófer, en uniforme completo, me abrió la puerta y me senté en el asiento trasero al lado de Soldado. No dudé ni un instante de que ese hombre pudiera provocar instantes de angustia en sus enemigos, pero entonces con su sonrisa feliz y orgullosa y el vendaje en la cabeza a mí me parecía más simpático que aterrador. Disfrutamos del viaje en silencio. Finalmente el automóvil se detuvo en una de las calles traseras de Beyoglu, en la que yo no había estado antes. «La casa» estaba adornada con bombillas de colores. Un gran cartel luminoso informaba a los

interesados de que entraban en el Casino Las Vegas. Me dio un abrazo y me besó en las mejillas.

—Ven cuando quieras. Si necesitas algo, si no necesitas nada. —Abrió la puerta para salir—. Lleva a este señor donde te diga —ordenó al chófer. Antes de que bajara le agarré del brazo.

—Oye una cosa. Pórtate bien con las chicas —le dije. Sonrió, un poco incómodo esa vez.

—Así se hará —dijo. Cerró la puerta tras él y me despidió con la mano desde la acera.

Me recliné en el asiento de piel y pedí al chófer que me llevara a casa. Ese hombre de mediana edad con largas patillas y un enorme bigote me observaba con insistencia y a intervalos por el espejo retrovisor. Con fríos ojos curiosos.

—¿Hay algo que quieras saber? —le dije cuando las miradas se volvieron molestas.

—No, nada, señor. En mi trabajo no se me permite la curiosidad.

Y me alargó un sobre sin desviar la mirada de la carretera. Contenía numerosos billetes equivalentes a incontables páginas traducidas.

—No puedo aceptarlo —dije devolviéndole el sobre.

—Eso fue también lo que me dijo Soldado, que usted no querría aceptarlo. Pero añadió que si volvía con el sobre perdería el trabajo.

A mí me hacía falta dinero con premura, no quería tener a un parado en mi conciencia ni tampoco darle al chófer más ocasión de extrañarse con la clase de idiota que llevaba en el coche. Me recosté en el asiento y me di cuenta de que olía a piel auténtica.

Julio de 1980 (todavía)

Perlas de sudor le bajaban por la frente y le nublaban la visibilidad. Por eso tuvo que tomarse una pequeña pausa y secarse los ojos con la manga de la camisa. A pesar de todo, había hecho bien dándole la espalda al sol evitando así que la cegara. A la vez, y para hacer las circunstancias todavía más adversas, zumbaba una gran mosca negra alrededor de su cabeza. Sin embargo, era afortunada si se comparaba con los dos hombres atacados por toda una nube de ellas. En cuclillas sobre la tierra tórrida, deseaba que el cielo se cubriera pronto de oscuras nubes y que estas dejaran caer un chaparrón que ahuyentara tanto a esas fastidiosas criaturas como el intenso olor que las atraía. Giró la cabeza hacia un lado, solo para constatar de nuevo si la pierna del hombre tumbado de espaldas en el suelo continuaba sangrando. No tardó en apartar la mirada. No porque no tolerara la visión, sino porque debía concentrarse en el contacto con el gatillo, en sentir la culata contra los hombros y atisbar un casquillo vacío eliminándose con un clic metálico. Ante ella se extendía un desolado paisaje de árboles talados para dar cabida al nuevo asentamiento. Solo ondulantes promontorios desérticos de tierra rojizo amarilla, y el último tramo asfaltado de camino cubierto de espejismos de agua bajo el sol.

El coche de la policía estaba volcado en la cuneta, a unos cien metros. Zuhal apuntaba al coche y aquel lejano sonido de plomo que perforaba el metal le confirmaba que las balas no daban en otra cosa que en objetos muertos. No es que pensara que se arriesgaba a dar a algo vivo, los policías estaban tumbados, pegados al suelo; ellos también disparaban al aire de vez en cuando, sin levantar la cabeza. Zuhal sabía que esperaban refuerzos, lo que llevaría tiempo porque más abajo una multitud había bloqueado el camino. Su grupo debería haberse retirado hacía rato, pero habían herido a uno de los suyos en el primer tiroteo al hacer aparición la policía. Y

tenían que socorrerle. Pero ya era hora de irse. Se giró hacia el hombre que estaba a su lado.

—¿Has terminado?

—Sí. He detenido la hemorragia, pero ha perdido bastante sangre —respondió Kemal mientras se secaba las manos con un trapo.

Estaba contenta de que Kemal, que siempre mantenía la cabeza fría en situaciones extremas, participara en la acción y que temporalmente los dos grupos permanecieran unidos para hacer frente a imprevistos.

—Entonces cogedlo y marchaos primero vosotros. ¿Tenemos la seguridad de que el camino de gravilla continúa abierto?

—La gente de por aquí lo acaba de confirmar. Pero dicen que no es apto para vehículos motorizados.

—Marchaos. Nos tienen sin cuidado los chasis de los coches robados, ¿no?

Ella creyó ver una sombra de sonrisa en el semblante de Kemal, por lo demás gravemente serio. Él estaba ya a punto de dar la señal de partida al grupo cuando hizo algo inesperado, le cogió la mano. En sus ojos y en su apretón se podían leer, además de preocupación, ansias de protección.

—Este va a necesitar un médico.

—Ya sabes cómo encontrar uno, ¿no?

—Sí —respondió él un poco titubeante.

—Entonces, hazlo. Y adiós.

—Adiós. Cuídate —dijo Kemal y le soltó la mano.

Zuhal los vio llevarse al hombre herido hasta uno de los dos coches. Más abajo había un camión, abandonado y desvalijado, sin mercancías. Cuando Kemal despareció entre una nube de polvo, se preguntó en silencio dónde y cuándo lo vería de nuevo, si es que, pensándolo bien, ocurría. Pero cuando pasó ese momento sentimental que se había podido permitir, accionó el dispositivo automático de su metralleta, se levantó y descargó contra el coche de policía. Seguidamente, con la mano derecha describió un círculo alrededor de su cabeza. Su grupo respondió de inmediato a la señal de reunirse. Ninguno de los cuatro parecía estar herido.

—Aquí hemos terminado, camaradas. *¡Vamos* [2] *!* —dijo de buen humor. Pero los tebeos del Lejano Oeste, visiblemente, no

habían sido las lecturas de infancia de esos hombres. La miraron inmóviles, llenos de expectativas.

—Ah. Olvidadlo. ¡Vayámonos, muchachos! ¡Vayámonos!

El jardín se había convertido en mi refugio. Allí comía, leía y trabajaba. Pero sentía que el silencio era un engaño y que vivía en una ciudad sitiada. Esa percepción nunca se modificaba mientras estaba allí sentado con el oído atento. A pesar de lo mucho que lo intentara y de lo mucho que aguzara el oído, el estrépito de las batallas que se producían en la calle no era audible. Acontecían rodeadas de clandestinidad, pero no por ello eran menos enconadas y sangrientas.

Zuhal estaría orgullosa de ser tan temeraria. Quise ponerme en su piel, en un malogrado intento, pensar como ella. A pesar de no lograrlo, entendía la tentación que la movió ese día. No podía tratarse de una opción trivial. Lo debió de planear así. También intenté imaginarme cómo secuestraron el camión: dos coches con nueve hombres en total y una mujer esperando en un callejón. Saben exactamente cuándo y por dónde pasa el camión en su ronda diaria. Lo detienen con cualquier pretexto. El chófer comprueba que todo está tranquilo y no teme peligro alguno, después de todo no transporta oro. ¿Qué hacen con él, aparte de amenazarle y aterrorizarle con una pistola en la nuca? La mujer se coloca en el asiento del copiloto de la alta cabina, al lado del camarada que se hace cargo del volante. El potente motor arranca con un bramido y arrastra al camión hasta su nuevo destino. Los dos coches con el resto del grupo lo siguen. Ese nuevo asentamiento a las afueras de la ciudad no ha cambiado desde la última vez. Igual de polvoriento, desamparado y pobre. La mujer pide al chófer que se detenga delante de la casa donde hace dos años un joven encontró la muerte cuando una bala le atravesó el pecho. Pronto se aglomeran mujeres y niños alrededor del vehículo. Jóvenes armados saltan de los coches de la comitiva, abren la puerta trasera del camión y sacan las mercancías alimentarias. La mujer está en la plataforma de carga, debe hablar a la gente y explicarle por qué deben aceptar la carga del camión secuestrado.

—Hoy las fuerzas revolucionarias han confiscado estas mercancías a la burguesía, en realidad los bienes que os habían robado y que os pertenecen.

Se calla bruscamente. No ha venido aquí para hablar. Abandona el camión, las cajas de alimentos, a las mujeres y a los niños a su suerte para situar a su tropa en puntos estratégicos. Asegura la huida y espera. Esta vez es ella la que escoge el punto de combate. Las fuerzas especiales que llegan al asentamiento caen de lleno en la emboscada: están en medio de un fuego cruzado. Ha armado a sus hombres con todo el material disponible para la ocasión: metralletas y granadas de mano. Lidera el ataque asumiendo riesgos.

Algunos testigos contaron que, de pie, disparaba ráfagas con su *kalashnikov*, cambiaba de cargador y abría fuego de nuevo. No me era difícil imaginarla. No de la manera que la presentaban los periódicos, como una especie de mística Juana de Arco, sino como la mujer que era, auténtica, fiel y arrojada. Porque, a pesar de lo arrogante que pudiera parecer ese golpe, yo estaba seguro de que había vuelto al asentamiento para demostrar su lealtad, su solidaridad a esas gentes a las que la unían vínculos de amor. Lo había hecho a su manera, humillando al enemigo en un espacio antes arrasado por él. «Ostentación de poder». «¿Dónde está el Estado?», decían los periódicos. Fue un milagro que no hubiera pérdida de vidas después de ese corto, pero intenso, tiroteo. Y era una derrota para los que ostentaban el poder que los terroristas abandonaran el lugar del combate como dando un paseo en un día veraniego. Compré los periódicos y leí y releí, con mezcla de admiración y desasosiego, cada frase concerniente a Zuhal. Incluso los periodistas reaccionarios le adjudicaban el atributo de «leyenda». Pero ese orgullo y el desprecio que mostraba por la vida a mí me preocuparon.

La arena del reloj se escurría con una rapidez increíble. Había envarado. Era como tener plomo en las piernas. Sin embargo, el plomo lo tenía en el cerebro. A pesar de lo mucho que cavilaba, no conseguía llegar a ninguna parte. Tuba era un callejón sin salida. ¿Qué podía tener que ver una médica interna de un hospital con gente que se consideraba a sí misma revolucionarios profesionales? Un revolucionario profesional solo tenía un trabajo y sacrificaba todo lo relacionado con la vida privada y la familia. Si Tuba, en el mejor de los casos, era simpatizante, no querría tener contacto con Zuhal. Pero ¿qué me quedaba? No podía hacer guardia delante de algunos bancos por si casualmente acudía ella a robar, vigilar los

camiones de mercancías que deseara ella secuestrar o mudarme a su asentamiento preferido con la idea de que quizá organizara una nueva razia. Trastornado, empleaba mucho tiempo en ideas absurdas como poner un anuncio en el periódico. «Alcornoque busca a Saturno. Encontrémonos aquí o allí, en una semana a las…». Los espías de antaño obtenían excelentes resultados así.

Un lunes por la mañana, a mediados de julio, llamé al hospital. No podían decirme el horario de trabajo de un determinado médico, pero un turno diurno corriente terminaba alrededor de las cinco de la tarde. A las 16:30 me coloqué delante de la sección de partos. A las 17:10, Tuba salía del edificio con dos amigas. De buen humor, hablaban y reían, quizá aliviadas por dejar atrás una agotadora jomada laboral. Estaban enfrascadas en lo suyo y no repararon ni en mí ni en otras personas. Cuando se pararon en la parada del autobús delante del hospital me sentí aliviado. Tuba tenía planes que no eran irse a casa después del trabajo. Estaba decidido a permitirme el último intento antes de que esa mujer se convirtiera en historia. Si resultaba que se trataba de un inocente ir de compras con repercusiones solo para el bolsillo, le diría un callado adiós.

Era una hora punta y se disputaba una despiadada lucha por conseguir sitio en el autobús de Bakirköy, aunque fuera de pie. Sobrevivir al viaje dependía casi del espacio de aire que se consiguiera. Todo era apretado y pegajoso, las ventanas eran del tipo que no permitían abrirse y todos los líquidos corporales se evaporaban en el calor interior. Los nervios afloraban tensos como cuerdas de un instrumento, y la gente se hallaba al borde del ataque de nervios colectivo. Surgían disputas aquí y allí, sobre todo entre mujeres y hombres; ellas se quejaban del contacto corporal totalmente indeseado, los hombres demasiado pegados a ellas, mientras ellos se defendían arguyendo la falta de alternativa. Si alguno era inocente, otros sin duda estaban cerca de ser perversos violadores. Constituían una raza en sí misma y uno se preguntaba si no serían una de las causas del insufrible caos de las horas puntas. El chófer no quería perderse la diversión, al contrario, contribuyó a ella y se saltó un par de señales de *stop*. Pero la confusión y el caos reinante me beneficiaban. Cualquier cosa era más interesante que yo para atraer la atención de Tuba. El único inconveniente era la posibilidad de perderla de vista, no darme cuenta de que se bajara

en una de las escasas veces que el autobús paraba. Cuando este se acercaba a Bakirköy, se despejaron las filas de pasajeros. Las dos amigas ya no estaban con Tuba, debían de haberse bajado durante el trayecto.

Ella estaba, casi sola, al lado de una de las puertas hacia la mitad del autobús, se sujetaba a una de las barras balanceándose levemente al ritmo del movimiento del vehículo. Parecía observar con detenimiento a los pasajeros y durante un fugaz segundo nuestras miradas chocaron por primera vez. Me clavó la suya, escrutadora y curiosa, yo aparté la mía con un poco de pánico, y quizá demasiado rápido, y la dirigí a la ventana. No bajó hasta la última parada, lo que me facilitó su seguimiento. Ella no tenía prisa, bajaba tranquila por la calle comercial y, a intervalos regulares, se paraba a mirar los escaparates. También se paró en la tienda de Ayfer, pero no era allí donde había pensado entrar. Continuó y se paró en una tienda de ropa de más abajo.

Crucé la calle. El otro lado también estaba lleno de comercios. Había pasado incontables veces por aquí sin reparar en ellos. Me paré delante de una tienda de ropa interior, justo frente a la tienda en la que Tuba había entrado. En la cristalera podía ver reflejada la entrada de la tienda de enfrente. La ropa interior de señoras era interesante. Nunca antes me había fijado con tanto detalle en la gran variedad de modelos en bragas y sujetadores. Ella se tomó un tiempo, pero al fin salió. Pude ver en el reflejo del escaparate que estaba parada en la acera, un poco insegura de qué dirección tomar, entonces cruzó la calle. No estaba preparado para una jugada así. Llegó y se colocó a mi lado, ahora éramos dos los entusiastas de esas sensuales prendas. Sentí, más que vi, que su mirada pasaba del escaparate a mi perfil. Era tan intensa que casi me quemaba la piel. Ya no podía seguir fingiendo que estaba concentrado en la lencería, así que me di la vuelta y me topé con sus sonrientes ojos. Hubo algo, como si acabáramos de presentarnos. Casi pensé que me estrecharía la mano y empezaría a hablar del tiempo y el viento. Pero no lo hizo. Con la sonrisa intacta se dirigió al interior de la tienda. No cabía duda, me había descubierto. Cómo, no era fácil de saber. Quizá los viejos de la casa de té le habían advertido, o quizá había estado todo el tiempo en alerta. Me sentí nervioso, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar. Ya no servía de nada esconderse.

Me recliné contra la pared de la tienda disfrutando del sol de la tarde. La gente pasaba por delante como en un desfile y yo me entretenía adivinando su profesión y si estaban solteros o casados, contentos o tristes. Después de tres cigarrillos, Tuba continuaba sin dar señales de vida.

En la tienda había una temperatura agradable y un ambiente apacible. Los pocos clientes y la dependienta hablaban en voz baja como si la ropa interior de señoras reclamara respeto. El local era mucho más grande de lo que podía imaginarse desde el exterior, se prolongaba hacia la derecha en forma de ele, y esa parte del local quedaba fuera de la visión que se tenía desde el escaparate. Tuba no estaba entre los clientes, ni tampoco en los probadores vacíos, con las cortinas echadas a un lado.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —me preguntó una joven dependienta.

—Sí, gracias —dije—. Busco a una amiga que acaba de entrar. Alta y delgada, con gafas.

—Ah, la de la sección de incendios. Quería inspeccionar nuestras salidas de urgencia. Salió por la puerta trasera y no volvió a aparecer.

—Muy raro. Debíamos encontrarnos fuera, delante de la tienda. Pero ya daré con ella. Por cierto, ¿adónde da la puerta trasera?

—A un patio interior con salida a una calle paralela. Todo lo hacemos siguiendo las instrucciones, ¿sabe usted?

—Muy tranquilizador —dije contento. Tenía deseos de reírme por la forma tan perspicaz en que Tuba me había engañado—. Tenéis unos modelos encantadores —comenté, y ella se ruborizó—. Gracias por la ayuda —añadí, apresurándome a salir antes que me hiciera preguntas incómodas.

No hubiera servido de nada recorrer la manzana corriendo. Seguro que no estaba esperándome en ningún recodo. La había perdido. Me pregunté por qué se había tomado la molestia de eludirme de ese modo refinado. Le habría resultado más fácil hacer una escena en mitad de la calle. Incluso habría conseguido que un par de jóvenes, contentos de poder defender la honra de una joven, me hubieran dado una paliza. La explicación lógica es que Tuba no deseaba llamar la atención, que era astuta y tenía experiencia en escaparse de presuntos perseguidores. La pregunta era: ¿Por qué?

¿Tenía algún motivo? Como, por ejemplo, llegar a su destino sin un séquito indeseado. Era posible que al fin hubiera mordido el anzuelo.

Ayfer estaba fumándose un cigarrillo delante de la tienda donde trabajaba.

—Hola, extranjero —gritó.

La saludé con la mano, pero no me apeteció cruzar la calle para mantener una conversación forzada. Cuando llegué a la parada del autobús, tenía clara una cosa. Ya no gozaba del privilegio de ser una sombra anónima en pos de las huellas de Tuba.

«Quiero que me prestes a una de tus chicas», le dije. Si se sorprendió, lo disimuló bien con su eterna sonrisa en su cara redonda. Pero seguro que Soldado había oído de todo a lo largo de su corta vida. Me acogió como a un amigo íntimo, casi como a un hermano. Al salir de casa, me había temido que el entusiasmo de Soldado por mí hubiera sido algo esporádico y que me hubiera olvidado nada más traspasar la puerta de su local. Las hoscas maneras del portero que me topé en la entrada no eran nada halagadoras. Cuando le nombré a Soldado me repasó de pies a cabeza achicando los ojos y me pidió el carné de identidad.

—Ya he cumplido los dieciocho —dije.

Pero él insistió:

—Carné de identidad. —Como un papagayo con una sola locución en su vocabulario. Debido a los regulares registros policiales lo llevaba siempre encima. Se lo entregué. Era más desconfiado y estricto que todos los policías juntos. La expresión de su cara indicaba que se esforzaba por encontrar parecidos entre mi físico y mi apariencia en la fotografía. Al final, con un brusco movimiento de mano que confirmó mis sospechas respecto a sus destrezas lingüísticas, me ordenó que me quedara donde estaba y desapareció tras las cortinas de terciopelo. Poco después Soldado hizo una aparición triunfal, apartó la cortina con los brazos extendidos y corrió hacia mí para abrazarme gritando:

—Bienvenido, hermano. ¿Qué vientos te traen por aquí?

Se podía muy bien expresar así. Si no me hubiera empujado la casualidad, habríamos tardado en vernos. Me devolvió el carné de identidad y se disculpó en nombre del descortés asno que tenía como portero. La próxima vez que viniera, se cuadraría ante mí,

¿cierto? El asno parecía ahora un miserable gato que hubiera derramado la leche. No respondió, seguro que el pobre hombre no había hecho otra cosa que lo que se le había ordenado. Pero como se dice por nuestras tierras: Cada gallo saca más pecho en su propio gallinero.

A través de la bien iluminada entrada pasamos a un local en penumbra. Lámparas rojas en las mesas junto a otras de pared, bastante escondidas, estaban al cargo de la iluminación, la justa para impedir que uno se tropezara con algo. A primera hora de la tarde, todavía había poca afluencia de clientes. Soldado escogió una mesa libre al lado del escenario en el que una chica, escasamente vestida, medio actuaba, medio bailaba haciendo *playback*. No vi que Soldado hiciera gesto alguno, pero dos camareros, silenciosos y efectivos, llenaron la mesa con platos: rodajas de melón, queso feta, rollos de hojas de parra, ensalada de berenjena y *grillköfte* y, por supuesto, *raki*, servido correctamente, sin mezclarlo con agua previamente. Una jarra con agua y un cuenco con cubitos de hielo servidos al lado por si se prefería tomarlo rebajado. La charla discurrió con desenvoltura. Soldado estaba contento de poder mostrarme una fachada respetable. Por eso se mantenía alejado de temas como el juego o los servicios sexuales. Aparte de la chica del escenario, había un par de chicas más acompañando a clientes, pero era difícil saber si eran huéspedes o «empleadas». Eso me hacía sentir inseguridad, había albergado la esperanza de que Soldado me hiciera una oferta sin solicitarlo.

Al decir «Quiero que me prestes a una de tus chicas» quizá no había usado la jerga adecuada aquí, pero yo era un profano y la frase, correcta o no, ya estaba dicha. Soldado carraspeó un poco detrás de su sonrisa. Parecía sentirse inseguro con mi forma de expresarme.

—Vale, hermano, puesto que vas directo al grano, solo me resta preguntarte: ¿Cuál es tu tipo? ¿Rubia, castaña o totalmente morena?

—La más inteligente que tengas.

Quizá pensar no fuera la ocupación más frecuente de Soldado. Pero las arrugas de su frente indicaban una intensa actividad cerebral mezclada con confusión. Le debía una explicación. Toda la verdad no haría más que aumentar su asombro. Las mentiras

blancas, por el contrario, no debían representar un gran delito en su mundo y lo harían todo más fácil. Así que le conté que un buen amigo tenía un pequeño problema. Su mujer era un poco casquivana, desafortunadamente. Se movía por todas partes con desvergüenza. Mi amigo se tiraba de los pelos atormentado por la idea de la infidelidad. Por ello, habíamos confeccionado un plan. Seguir a la mujer durante todo un día aclararía la situación y solucionaría los problemas de una vez por todas. Pero a nosotros nos tenía muy vistos. Por supuesto, estábamos descartados para seguirla. Ahí cuadraba la idea de una chica inteligente que pudiera seguirla sin ser descubierta. Lo único que debía hacer era vigilarla hasta la estación terminal e informar después. Mi amigo y yo queríamos pagarle por estos servicios.

Soldado estaba satisfecho con la explicación. Él mismo se ofreció para prestar un servicio extra en caso de que esa desvergonzada se mereciera un escarmiento. Eso sería exagerar, le aseguré, además mi amigo rechaza la violencia, él solo pretende divorciarse si se demuestra que su mujer tiene un amante. Enseguida pude darme cuenta de que Soldado no estaba de acuerdo con eso y que no tenía en ninguna estima a ese marido.

—Hecho, hermano —dijo—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti de inmediato?

No sabía cuánto podía pedirle por el pequeño servicio que yo le había prestado, o si en su mundo había una cuota para esas cosas.

—Atiende —aclaró—, el hecho de llamarte hermano no es por nada. Ese día me ayudaste desinteresadamente. No estoy acostumbrado a eso, ¿entiendes? Siempre espero mierda de mi prójimo. Tú has contribuido a rectificar esta percepción. Entre nosotros, las cosas ahora son como si fuéramos hermanos. Y entre hermanos no se pasan cuentas por lo que uno hace por el otro. Así que escúpelo.

Lo escupí. Tenía una novia que no era mayor de edad, aunque pareciera mayor de lo que en realidad era. Su familia estaba totalmente en contra de una relación seria por el momento. Pero nosotros no podíamos ni queríamos esperar. Yo tenía planes de irme al extranjero, pero no sin ella. El caso era que los dos necesitábamos un pasaporte sin pasar por la burocracia oficial, si me entendía lo que quería decir. No sabía si eso estaba en sus manos, pero, por lo

menos, esperaba que pudiera indicarme cómo conseguirlo. Al terminar, me quedé con la mala conciencia de haberle mentido tanto en un solo día.

—¿Llevas encima las fotografías de pasaporte? —preguntó casi comercialmente.

Las llevaba. Se las pasé, la mía y la de Zuhal. Las escudriñó un instante y dejó de sonreír. Parecía ya inmerso en la seriedad del trabajo. Luego alzó la vista, quiso decir algo, pero cambió de idea. Cuando al fin habló, su rostro había recuperado la sonrisa.

—Una chica guapa. Ahora entiendo que no te interesen las mías.

Sacó una cartera de la chaqueta y con cuidado guardó las fotografías dentro.

—Hay muy pocas cosas que no estén al alcance de mi mano. Dalo por hecho. Pero puede llevar tiempo, pasa siempre con el trabajo fino. No te persigue nadie, ¿verdad?

Su sonrisa se ensanchó todavía más. No podía estar más cerca de la verdad. A Zuhal sí que la perseguía alguien. Aunque, como no sabía dónde se hallaba, no corriera prisa.

—¿Quieres algún nombre especial en los pasaportes?

—No he pensado ninguno en realidad. No —dije.

—Muy bien. Los escogeré yo.

—Quiero pagártelo —dije.

Se rio y me sacudió un par de cariñosos cachetes en la mejilla.

—No te rindes, ¿eh? De acuerdo. Paga la factura cuando te vayas. No creas que va a ser barato. Después quedaremos en paz, ¿vale?

Asentí con la cabeza.

—Entonces eso ya lo tenemos en el bote. Pero hallar a una chica inteligente entre las mías, eso ya es más duro. He comprobado varias de sus habilidades, pero nunca la inteligencia. Algo bastante superfluo en este ramo, ¿entiendes? Pero déjame ver qué puedo hacer. Mientras tanto, pásatelo bien. Tengo mucho que hacer en otras partes de la casa. Casi seguro que no puedo volver. Quédate todo el tiempo que quieras. Si deseas algo solo tienes que dar una palmada, ¿vale?

Dije que sí con un movimiento de cabeza y le di las gracias. Me apretó una vez más en un caluroso abrazo y desapareció por la puerta contigua al escenario. Ni siquiera tuve que dar ninguna

palmada, un camarero esperaba a una distancia respetable, cambió los platos, sirvió *raki* y me encendió el cigarrillo antes de que yo pudiera calcular mis necesidades. Esas inusuales atenciones unidas al infalible efecto del *raki* se me subieron a la cabeza. Me recosté disfrutando de las tentaciones que proporcionaban dinero y poder. La clase trabajadora me perdonaría sin duda este único exceso. El local estaba ahora casi lleno y, en el escenario, la cantante había dejado paso a una bailarina. Rubia, auténtica o no, era una mujer joven con largas piernas y curvas hermosas. Y al contrario de su antecesora sabía cómo usarlas. Su sensual danza resultó ser la introducción a un número de *striptease*. Se lo tomaba al pie de la letra; con mirada picara, lanzaba al aire besos y su desvergonzada lengua, que acompañaba con movimientos de senos y cadera, provocaba a los clientes masculinos. Tiraba las prendas de ropa delante del público. Yo nunca había visto nada igual y me temí que esos excitados hombres invadieran el escenario. Pero debían saber cuáles eran los límites por propia experiencia ya que permanecían controlados en sus asientos, gemían y suspiraban, y a juzgar por sus expectantes miradas, esperaban que una determinada prenda fuera a parar precisamente a una de sus cabezas. Cuando al fin ella se quedó con un hilo de braga y un sujetador minimalista, se hizo un silencio total. Era el punto álgido del número. La bailarina alargaba deliberadamente el momento y los sufrimientos de los hombres. La luz de penumbra se mitigó aún más cuando finalmente, de espaldas al público, se desabrochó el sujetador. Al darse la vuelta, sus pechos libres se balanceaban al ritmo de la música. Lo único que vi después fue el sujetador volando por el aire hacia mí y cómo fue a parar justo en mitad de la ensalada a medio consumir. Un gemido colectivo recorrió la sala, el público aplaudió y silbó con enérgico entusiasmo. Ella hacía reverencias como una actriz de teatro tras una exitosa representación mientras seguía lanzando besos a diestro y siniestro. En ese momento abandonó la escena y se acercó a mi mesa.

—Una mala tirada, ¿no? —dijo y se sentó con desenfado en mis rodillas.

Todo esto ocurrió a una velocidad fulminante, como ensayado de antemano. Era manifiesto que esa chica hacía lo mismo con los escogidos de cada noche. Seguro que en este momento era yo un

hombre envidiado y que ni un solo hombre de entre el público sospechaba por qué me había escogido a mí.

—Hola, soy la más inteligente —me susurró al oído mientras me lamía el lóbulo de la oreja—. ¿No serás homosexual, querido?

—No, no lo soy —balbuceé yo y enseguida fui acallado por su lengua, que se abrió paso en mi boca a la vez que sus caderas rotaban sobre mi bragueta.

—Oh, sí. Aquí lo tenemos. El monstruo despierta a la vida —dijo en una pausa del morreo y agarró al «monstruo».

Yo no quería ser descortés, pero deseaba dar por finalizada la escena que había levantado tanto júbilo y grandes silbidos entre el público.

—Has malinterpretado tu trabajo. Solo debes…

—Shh, guapo. Sé con exactitud lo que debo hacer. Así que te pones caliente con cosas normales, ¿eh?

Había aprobado el examen. Enseguida me explicó que nunca se era lo suficiente precavida en estos tiempos. No tenía nada en contra de los homosexuales, pero no soportaba la jeta de cerdos perversos. Con los hombres nunca se sabía si sacarían un látigo. Era un juego en el que a ella no le gustaba participar. Burlona, me pidió permiso para irse y ponerse algo más decoroso. Entretanto debía ser buen chico y no dejar que nadie se sentara en mis rodillas. No volvió en un largo rato, daba igual, porque yo necesitaba un tiempo para recuperar mi dignidad avasallada. Cuando regresó, estaba lo suficientemente presentable como para asistir a cualquier reunión conservadora. El severo maquillaje había sido retirado, la peluca rubia ya no le cubría su oscuro pelo, recogido ahora en una cola tirante, y el sencillo vestido no exhibía asomo de escote.

—Me siento como una monja, pero es lo mejor que pude juntar para la ocasión —dijo.

—Estupendo. Nunca has estado tan bella desde que nos conocimos —dije.

Se rio y me halagó diciéndome que yo le había gustado desde el primer momento. Tras abandonar la vestimenta de *striptease* en el armario, transformada en una graciosa y conversadora muchacha, no era ni mucho menos repulsiva. Me preguntó qué tal era ser estudiante y me escuchó con interés. Yo no le pregunté por su vida, lo que pareció agradecer.

—¿Así que eres tú él que ha convertido a Soldado?

—¿Convertido?

—Era un auténtico hijo de puta. No encontrarás apenas una chica aquí que no haya probado sus puñetazos. De repente cambió. Ahora solo nos riñe. Entre nosotros, no sé qué es preferible. Sus blasfemias pueden provocar abortos espontáneos. Me dijo que el cambio se debía a ti. Y que por eso yo debía procurar ser amable contigo.

—Creo que Soldado exagera un poco. Debe de ser su bondad reprimida que al fin ha aceptado que aflore.

—Je, je, seguro. Pero al rey lo que es del rey. Nos protege contra la mayoría de peligros, que no son pocos en este mundo, debes saber. Ahora vayamos al grano. Me dijo que era tuya mientras me necesitaras. Así que tuya soy. ¿Nos vamos, amado mío?

—¿Puedo preguntarte adónde?

—Bien, debes de tener alguna madriguera en uno u otro lugar, ¿no?

No nos trajeron ninguna cuenta, pero le di una buena propina al camarero. El portero nos dio amablemente las buenas noches. Y tomamos un taxi a casa. Leyla no era su nombre artístico, me aseguró. En un bolso grande llevaba dos pelucas, gafas de sol, unos pantalones y un cinturón, objetos que calificó como accesorios de trabajo. El resto, un par de bragas, un camisón y un cepillo de dientes era el equipaje estándar para una estancia corta en casa de un extraño. Así que, de pie ante la única cama de la casa, embutidos en camisón y pijama respectivamente, me preguntó si yo deseaba hacer el amor. Desafortunadamente, padecía un ligero dolor de cabeza. Le daba igual, porque ella misma sentía un cansancio de muerte después de todo «el trabajo de casa». Pero sería muy agradable sencillamente dormir con un hombre. Decidimos darle una oportunidad al amor fraternal. Me tumbé del lado izquierdo, ella se recostó pegada a mí rodeándome con un brazo. Lo último que percibí antes de dormirme fue su respiración sosegada y regular.

Leyla volvía a ser rubia. La peluca le sentaba sorprendentemente, bien a su pálida piel, no producía un grotesco contraste como en muchas otras chicas. Auténtica no se la podía considerar, pero podía pasar en todas partes por una rubia teñida

no demasiado llamativa. En silencio, sentada junto a mí, lamía su helado, quizá un poco nerviosa pues había dejado de hablar por los codos. Esa vez yo había escogido un lugar discreto, a unos cien metros de la entrada a la sección de partos, detrás de un árbol de mucha envergadura. Lo habíamos ensayado de antemano y estábamos convencidos de que Tuba no podría descubrirme allí sentado. Cuando me recostaba en los hombros de Leyla tenía una buena visión de la entrada. Tuba, en principio, no vería en una pareja a potenciales perseguidores.

Exactamente a la misma hora que la última vez, a las 17:10, Tuba salió del edificio. Esa vez iba sola. Fue más prudente y se tomó tiempo para inspeccionar los alrededores antes de iniciar la marcha con andares ligeros. Al verla, me retiré detrás del árbol a la altura del pecho de Leyla. Fue suficiente señal para Leyla, que no precisó de más instrucciones. Yo ya la había informado de antemano para que reconociera el aspecto de Tuba y también sobre cómo me había engañado anteriormente. Cuando se levantó y se sacudió las invisibles partículas de polvo del vestido, le deseé buena suerte. Me guiñó el ojo, agitó la mano contoneando las caderas como último adiós antes de caminar a paso más normal y pronto fue engullida por la multitud.

Leyla canturreaba una canción desconocida. No tenía tiempo para mí, estaba muy ocupada en la cocina. Yo debía relajarme y dedicarme solo a preparar mi ánimo para una vivencia culinaria que tardaría en olvidar. Confiaba en mi capacidad de aceptación para lo nuevo. Porque estos platos los había aprendido de su madre cuando vivía en un pueblo a orillas del mar Egeo. Además, las canciones que ahora canturreaba también eran de allí. El pasado pertenecía al pasado y no había por qué llorarlo. Pero se podía homenajear, como hacía Leyla, cocinando viejas recetas de la madre y condimentarlo con hermosas canciones montañesas.

Hablamos de otras cosas mientras comimos y dejamos su encargo para después. La comida fue diferente, casi exótica, y estaba muy sabrosa. La alabé sin necesidad de mentir y brindé en memoria de su madre. Ella me divirtió con raras y medio chistosas historias del pueblo. Al reclinarnos hacia atrás y encender nuestros cigarrillos, estaba al fin dispuesta a satisfacer mi creciente curiosidad.

—Ese amigo tuyo, querido. Si no es de esa clase de personas que viven a la sombra de un rival, deberá buscarse a otra mujer.

Se trataba de un bloque corriente de cuatro pisos, anónimo y aburrido, uno de tantos de la calle. La vida transcurría con más sosiego allí en relación al ritmo febril de otras partes del barrio. Tanto el tráfico como las personas parecían relajarse tras liberarse del caos eterno de la calle principal. Y parecía que yo fuera uno de los pocos que continuaba sintiendo inquietud. Ya había subido y bajado la calle dos veces. Leyla me había anotado la dirección y descrito con detalle cómo encontrarla, así que no había duda de que me hallaba en el lugar correcto. Allí donde yo había fallado, Leyla había demostrado toda su astucia. Tenía la ventaja de ser mujer, y era más hábil que yo, en parte gracias a la práctica de cambiar de ropa que su profesión exigía. Según sus explicaciones, todo había ido como una seda, casi demasiado fácil, al límite de lo banal. Pero sospeché que le quitaba importancia a sus habilidades: capacidad de ser el centro de atención en un determinado momento y al siguiente pasar a ser lo más anónima posible. Soldado no se había equivocado al escogerla.

Tuba esa vez había tomado otro camino, precisamente en dirección contraria, hacia el centro de la ciudad. Tras bajar del autobús en Beyazit, había paseado hasta el Gran Bazar. Leyla no había sospechado ni un solo segundo de que Tuba estuviera interesada en las atractivas alhajas de los escaparates, o en las preciosas alfombras persas o turcas, a pesar de que las otras mujeres pasaran bastante tiempo delante y dentro de las tiendas. En un par de ocasiones, Leyla había tentado a la suerte cuando contempló codo a codo con Tuba las mismas alhajas que ella para comprobar si esa otra mujer demostraba escepticismo hacia su perseguidora. No lo parecía. Porque aunque Tuba hubiera echado veloces ojeadas de halcón a derecha y a izquierda, por lo general su mirada había seguido el movimiento del hombre. En una tienda de ropa, Leyla había entrado en un probador contiguo al de Tuba y había aprovechado la oportunidad para cambiarse de peluca y la falda por un pantalón.

Cuando salieron del Gran Bazar, Tuba tomó el metro en Sirkeci. Leyla se sentó en el mismo vagón haciendo ganchillo, aparentemente inmersa en su labor durante todo el camino hasta

Bakirköy. Después de la gira por la ciudad fueron a dar a esa calle donde ahora me encontraba yo. Tuba parecía cansada y desconcentrada en esos momentos; ya no se molestaba en echar miradas regulares por encima del hombro, y fue directa a ese anónimo y aburrido edificio que ahora tenía ante mí. Leyla podía darse la vuelta y volver satisfecha, pero ella era una muchacha a quien le gustaba llegar hasta el final, así que no dudó en empujar la puerta de entrada y seguir a «la desvergonzada señora casada». Su determinación fue recompensada cuando al subir las escaleras pudo atisbar el último destello de Tuba que, al abrirse la puerta, entró en un piso de la segunda planta. Era prueba suficiente de la disipada vida de la mujer de mi amigo, ¿verdad? Sin duda, dije yo y le ayudé a recoger, le estampé un beso amistoso en la mejilla antes de irse y le prometí que la próxima vez conseguiría atrapar al vuelo el sujetador e impedir que acabara en la ensalada.

Al contrario de lo que le dije a Leyla, nunca dudé tanto como cuando estuve delante de la vivienda. Tenía una dirección que quizá no fuera otra cosa que la guarida del amante de Tuba. Su precaución podía explicarse fácilmente con la conducta parecida de innumerables mujeres que tenían amantes secretos, o todavía mejor, si realmente engañaba a su marido que le esperaba en casa sin sospechar nada; solo había una manera de averiguarlo. Llamar a la puerta. Si la abría un hombre desconocido, le preguntaría: ¿Vive casualmente aquí una señorita llamada Zuhal? Y si la respuesta era negativa, lamentaría haberle molestado. Punto. En realidad, la milagrosa aparición de Zuhal en la puerta no supondría otra cosa que el final de una aventura.

Levanté el brazo para llamar a la puerta, pero el hombre del otro lado salió a mi encuentro como si hiciera tiempo que me esperara. Tardé un par de segundos en reconocerle, justo el tiempo de bajar el brazo y no quedarme petrificado en una ridícula postura. En la calle, fácilmente podía haberme pasado desapercibido como un ciudadano cualquiera. Aquí estaba preparado para encontrármelo, y eso me ayudó a reconocerlo. Estaba increíblemente cambiado a pesar del relativo corto periodo que había transcurrido. Pero el cambio no se debía solo al tiempo, sino a su propio esfuerzo. Su largo y desgreñado pelo ahora era corto y bien peinado; la barba Guevara que ocultaba los hundidos rasgos de su rostro había

desaparecido, ahora iba rasurado. Ya no tenía un cuerpo delgado y esbelto, algo que para mi irritación le había dado un aspecto atlético. La parca militar y los tejanos los había cambiado por una camisa blanca y limpia y pantalones de traje. Nos observamos el uno al otro unos instantes, yo sorprendido, él con indulgente tranquilidad.

—Entra. Te he estado esperando —interrumpió por fin el silencio Kemal.

Tuvo que tomar él la iniciativa, porque yo estaba mudo. Mi cerebro intentó pensar en lugar de pronunciar palabras. Allí donde estuviera Kemal, estaría también Zuhal. Era una conclusión lógica. Quizá no se tratara de amor, pero estaban unidos en la lucha y era difícil imaginarlos separados. Me estaba comportando como un niño, un niño indefenso, qué haría si me la encontraba ahora en mitad del salón. No podría lanzarme a sus brazos en presencia de Kemal, ni quedarme allí de pie, paralizado como un idiota. Oh, fue un infierno de solo unos segundos. Mis cábalas habían sido en vano, el salón estaba vacío. A excepción de nosotros no había nadie más. Tenía aspecto de haber sido amueblado a toda prisa, con muebles de segunda mano. Nada era especialmente feo, viejo o desgastado, solo mal distribuido. Como si alguien hubiera recogido una cosa aquí y otra allí y las hubiera echado al aire sin importarle dónde aterrizarían o si combinarían unas con las otras. Kemal estaba de espaldas a la ventana cubierta con cortinas de tul transparentes. Comprendí por qué me había estado esperando. Debió de haberme visto parado en la acera.

—Estás cambiado —me dijo—. Pero no tanto como para que no pudiera reconocerte.

Él no tenía ya la mirada soñadora que le había caracterizado cuando era un vitoreado líder estudiantil. Los ojos se le habían endurecido a base de duras experiencias.

—Siéntate —dijo con la amabilidad forzada que se muestra hacia un huésped indeseado. Me apetecía más quedarme de pie, pedirle que se dejara de cháchara innecesaria y fuera al grano, que para mí era hablar de Zuhal y solo de Zuhal. Pero tenía miedo de irritarle, de decir algo inapropiado que pudiera acabar con la posibilidad de saber algo, de que se cerrara en sí mismo. Por eso me senté obediente en un sillón que crujió peligrosamente bajo mi

peso, y él se sentó delante de mí en un sofá. Arrastraba una expresión de visible disgusto, como si un dolor físico le molestara a cada ínfimo movimiento. Por lo demás tenía aspecto saludable, más que nunca, ¿podría ser yo la causa de ese disgusto?

—Solucionemos esto de la manera menos dolorosa posible —dijo Kemal—. ¿Cómo has averiguado esta dirección?

Le expliqué el viaje que empezó en casa de los padres de Zuhal y acabó allí. Cuando me callé, se mostró disgustado conmigo, consigo mismo y con todos los que estaban envueltos en el asunto.

—¿No es increíble que sea tan fácil? —dijo—. Casi estoy contento de que seas tú el que esté sentado aquí. Si ese viejo general hubiera informado a la policía en lugar de a ti… —Se interrumpió, quizá porque era innecesario pronunciar lo evidente.

—Él nunca haría nada que pudiera dañar a su hija —dije yo en defensa del general.

—No, correcto. Él no. Pero ¿y tú?

—Yo no tengo ninguna hija. Por el momento —dije yo.

Algo parecido a una sonrisa torcida iluminó su rostro, y después esta se liberó.

—Así que ahora estás aquí y el daño está hecho. No podremos ya conservar esta casa como un lugar seguro, debemos evacuar lo antes posible. Además hay que suspender el contacto con Tuba. Si tú puedes dar con ella, también puede hacerlo la policía. Comprendes que tu empeño nos va a costar caro, ¿verdad?

—¿No te estás poniendo un poco paranoico? —dije.

—No, la vida está en juego.

—Quizá ya va siendo hora de cambiar de estilo de vida. ¿Sigues creyendo que las acciones de un reducido grupo armado van a prender la chispa de la revolución en las masas y despertarlas del sueño de siglos?

—¿Qué si no va a despertarlas?

—No lo sé, pero, en todo caso, no la violencia. Empeorará las cosas. Los que quieren conservar el poder a cualquier precio lo usarán como pretexto…

—Escúchame, amigo mío. Tú no tienes que enseñarme nada. Has escogido tu camino. Muy bien. Pero no creas que si perdemos vencerá la paz. Encontrarán suficientes pretextos para machacar a cualquier oponente, tanto si usa metralleta como pluma. Nadie

saldrá ileso.

No me hacía falta que me persuadiera para reconocer que él tenía razón. Mi opción no era más honesta que la suya, ser espectador no era una buena alternativa a responder a la violencia con violencia. Debía de haber otros caminos a parte de esos, opciones pacíficas, pero como él bien había dicho, nadie saldría ileso. Así que podía entender que él hubiera escogido la metralleta en lugar de la pluma. Yo, por mi parte, ni siquiera había escogido la pluma.

—De todas maneras, es demasiado tarde —dijo Kemal—. Todas las señales están ahí. Los generales preparan un golpe militar. Cuando llegue, alguien tendrá que hacerles frente y demostrarles que en este país no les dejamos el paso libre.

Temblé sin querer, no a causa de las palabras que sonaban a profecía, sino de la forma en que las había dicho.

Podía ver los tanques rodando por las calles. Y también que él llevaba tiempo preparándose para el papel de mártir. Ahora era todavía más acuciante llegar hasta Zuhal.

—Ayúdame a encontrarla —le pedí.

Debió de ver mi desesperación en el rostro. Su expresión se suavizó y me respondió con voz blanda y consoladora.

—No puedo, no porque no quiera, simplemente porque no puedo. Estuvimos juntos bastante tiempo. Pero después pasó a otra unidad. En una organización como la nuestra no conoces a nadie, y no sabes más de lo conveniente.

—¿Pero Tuba, entonces? ¿Quizá pueda ella ayudarme?

—Tuba estuvo aquí a petición mía. Créeme, no sabe más de Zuhal que yo. Ven, te voy a mostrar algo.

Saltó del sofá, se dirigió hacia una puerta, la abrió y se hizo a un lado para que mi visión abarcara toda la habitación. Esta era más espartana que el salón, solo una cama, una mesilla de noche y un armario que ocupaba por entero una de las paredes. Las cortinas estaban bien echadas, la luz de la habitación era tenue, pero pude claramente ver los contornos de un hombre joven echado en la cama, durmiendo o inconsciente.

—Le dispararon y está herido —dijo Kemal—. No herido de muerte afortunadamente. Pero ha perdido mucha sangre. Por eso vino Tuba aquí. La experiencia de haber hecho muchas cesáreas le

fue de ayuda. Está recuperándose. Deberíamos trasladarlo pronto.

Cerró la puerta. Aquel joven tumbado en la cama había despertado en mí imágenes olvidadas de otro joven y de mí mismo en el hospital.

—No tienes por qué trasladarlo enseguida. Puedes confiar en mí —dije.

Kemal parecía estar pensando en otra cosa y tardó unos segundos en responder. Después me dio la mano. Su apretón era amistoso.

—Ya se arreglará. No te preocupes.

Le dije adiós y me di la vuelta para irme.

—Espera un momento —dijo—. No puedo prometerte nada. Pero puede que me encuentre con ella si se dan las circunstancias.

Le di la dirección del piso de la profesora. La repitió un par de veces para asegurarse de que la recordaba bien. Con este gesto inesperado me devolvió la esperanza y encendió una pequeña luz. No suficiente para alumbrar la oscuridad del pesimismo, pero fue un faro lejano en un mar revuelto y enemigo.

Agosto de 1980

La nada es un molesto vacío. Cuando se vive esperando que suceda algo determinado, a menudo se llenan las horas con innumerables quehaceres diferentes. Porque todo lo demás queda relegado a un plano secundario, se vive solo para una cosa, la única que se espera que suceda. La nada es un adversario que no quiere ceder, que envenena, destruye, degrada, aplasta. La comida no sabe a nada, no se despierta descansado, la luz de la luna deja de embrujar, las palabras pierden el sentido aunque se lea el mismo párrafo varias veces. Las canciones adquieren un tono triste y las palabras dichas son inaccesibles, los viejos amigos pasan a ser solo soportables. Ni siquiera una seductora mujer que no consiga controlar su falda revuelta por una inesperada ráfaga de viento merece atención. La nada va del brazo del tedio. Cuando no sucede nada, todo se convierte en una prueba de resistencia.

Al principio, me mantuve expectante y esperanzado. Ella se vería obligada a encontrarse con Kemal en uno u otro lugar, él le daría mi dirección y ella vendría a verme. Pasaban los días, cada uno se convertía en una tensa espera. El oído aguzado, atento a cualquier ínfimo ruido que pudiera producirse en la escalera. Temblaba cada vez que el portal se cerraba de golpe. Un día llegaron a mis oídos pasos que se pararon delante de mi puerta. Corrí y abrí con ímpetu. Era la profesora, allí de pie dijo que era la vez que le habían abierto más rápido. Debió de ver la cara de decepción que puse y me pidió una aclaración, y se la di. Ese día volvimos a hablar del amor. «El amor a veces es una vivencia de soledad», me dijo. Pero hay que dar valor a esa espera y a esos estallidos del corazón, porque el proceso por el cual los sentimientos se intensifica y se llega a un estado de máxima percepción es único y excitante. Este estadio amoroso es el más creativo. A pesar de la desesperación, se sobrevive con ayuda de la

esperanza y la confianza. Con el reencuentro del amado o amada se llega a un clímax y después, por desgracia, la intensidad tiene una ingrata tendencia a decaer, y el amor se establece como un hábito. El amor necesita nutrición, desafíos y cambios. Si de vez en cuando uno tropieza y pierde sus alhajas, al reencontrarlas se siente mucho más júbilo. Por todo eso, me envidiaba. A gusto se habría cambiado por mí para poder vivir esa enervada espera, en lugar de matar el tiempo en compañía de sus polvorientos libros. Yo no estaba tan seguro de que realmente quisiera cambiar sus libros por otra cosa cualquiera.

Me había familiarizado a los ruidos regulares de los vecinos. Rápidos, lentos, pesados, leves pisadas, toses, risas, riñas, voces femeninas, voces masculinas. Sonidos que antes no había percibido, que no había tenido necesidad de percibir. Tras familiarizarme con ellos, me sumí en una especie de sosiego y dejaron de agitarme. El tedio tomó el relevo. Las cuatro paredes de la casa y el jardín se convirtieron de nuevo en mi mundo.

Y la profesora tomó cartas en el asunto y me ordenó que visitara a mi madre. Pero enseguida quedó demostrado que había sido en vano. Solo conseguí mala conciencia cuando no logré responder a los intentos que mi madre y mi hermano hicieron para entretenerme. Cuando los dos se fueron al trabajo, me senté al tórrido calor veraniego del balcón y estuve mirando la calle solitaria. Algo presionaba duramente mi pecho, en el mismo lugar donde había penetrado una bala. Pero era demasiado joven para que me preocupara por mi corazón, lo que me tenía en vilo eran otras cosas. ¿Y si Zuhal hubiera decidido salir en mi busca ese día? Esa remota posibilidad se agrandó apoderándose por completo de mi actividad mental hasta que ya no pude esperar más allí mirando la calle. Me fui antes de que mi familia volviera del trabajo y encontré mi piso tan vacío de Zuhal como antes.

La profesora no se daba por vencida, esa vez optó por pensar que lo que yo necesitaba era un cambio radical. ¿Cuándo fue la última vez que me fui de vacaciones? Vacaciones, lo que se llama vacaciones nunca había tenido. Precisamente, dijo. Ella tenía una cabañita que había heredado, no muy lejos de Estambul, en la costa del mar de Mármara. Yo no me mostré ni a favor ni en contra. Quizá solo estaba agradecido por que alguien tomara las riendas de

mi vida. La profesora escogió el equipaje que iba a necesitar y me lo hizo por mí. Y un buen día tomamos el autobús hacia mi primera estancia vacacional. Era una destartalada cabañita, rodeada de más cabañitas también destartaladas, a unos cien metros de la playa. Casi pensé que se derrumbaría la puerta al abrirla y que una telaraña y una gruesa capa de polvo nos caerían encima. Pero dentro estaba sorprendentemente limpio y ordenado. Ella me explicó que la criada venía una vez al mes y se ocupaba de mantener el lugar en estado más o menos habitable para acoger a la señora en caso de que deseara ausentarse del estrépito de la gran ciudad. Allí no había señal alguna de amueblado señorial, al contrario del piso de la ciudad. Las dos habitaciones de la cabaña servían de dormitorio, salón y cocina. Además, el baño era comprimido, para bañarse había que improvisar diferentes soluciones según las necesidades. Las dos camas eran lo único en lo que se había invertido. Cuando las probé vi que eran realmente confortables. Sin embargo, las habitaciones estaban austeramente equipadas, solo con los muebles más elementales. A mí me parecía bien. Siempre me costaba sentirme a gusto en espacios excesivamente amueblados.

El primer día se fue en recorrer los alrededores. Había arena, sol, mar y gente por todos lados. No mucha tranquilidad quizá, dijo la profesora, pero si uno se tomaba la molestia de pasear y alejarse un poco, podían hallarse bellos campos de girasoles y alguna que otra playa solitaria. Almorzamos en el restaurante del lugar, con solo un techo que debía proteger de los aguaceros esporádicos y un suelo de madera que debía cumplir la misma función contra la arena; y mesas y sillas desgastadas. El dueño pescaba, asaba el pescado y lo servía él mismo también. La comida era buena y barata. Por la tarde, la profesora me presentó a los vecinos más cercanos como su sobrino que pasaba unas bien merecidas vacaciones tras un duro curso. Era pura exageración, pero satisfacía su curiosidad. A la derecha de la cabañita vivía una pareja de ancianos, pensionistas más preocupados por si yo era adicto a la música ruidosa y los mil decibelios. La respuesta les tranquilizó en parte, no parecieron sentirse amenazados por una sencilla guitarra, siempre que no sonara después de medianoche. A la izquierda, vivían los veraneantes fijos, una familia encantadora: madre, padre

y dos adolescentes. La chica con dieciséis años y el chico con dieciocho eran clavados a su madre, una risueña belleza. Los jóvenes parloteaban atropelladamente, contentos de tener un vecino joven en la vivienda contigua a la suya. Me preguntaron qué clase de música me gustaba y quedaron prendados al oír que tocaba la guitarra. Estaban claramente interesados por la música. La profesora no quiso quedarse a dormir. No soportaba el calor, y los mosquitos eran su peor enemigo. Añoraba ya la brisa que por la tarde soplaba del Estrecho. En realidad solo venía aquí en primavera y en otoño, cuando el calor, los mosquitos y las personas habían desaparecido. La acompañé hasta el autobús, y antes de partir me prometió tener los ojos bien abiertos y aguzar los oídos a cualquier hora del día por si alguien golpeaba mi puerta.

La familia de al lado me adoptó desde el primer instante. Sin ellos yo habría sido un solitario, fastidiado tanto por el calor como por los mosquitos. Nunca había visto una familia tan armónica. La madre era una mujer muy activa, la cabeza de familia y, a la vez, una exquisita cocinera. El padre, un hombre modesto, casi tímido, totalmente enamorado de su mujer, de sus hijos y de la pesca. Además competía con su mujer en la cocina. Este papel de padre era tan desconocido para mí como sorprendente. Mientras que muchos le hubieran llamado calzonazos, a mí ese estatus familiar tan inusual hizo enseguida que él me gustara. La simpatía era recíproca. Al contrario de la mayoría de padres que no toleran la sombra de otros hombres rondando a las mujeres de la familia, él dejó bien claro que yo siempre era bienvenido a su casa. Y la relación entre los dos jóvenes podía figurar como prototipo del amor entre hermanos. Mientras Nehir era la favorita, Deniz era elogiado como hijo varón y hermano mayor. Sorprendentemente poco mimados a pesar de toda la atención que recibían, eran dos jóvenes alegres con buenas maneras y respeto por su prójimo. Después de haber pasado mucho tiempo con ellos, no me cabía la menor duda de que su relación estaba basada en el mutuo cuidado, el respeto y el amor.

O yo iba a su casa, o ellos venían a la mía, al menos los hijos. Los días que no estaba invitado a comer, me traían la comida a casa. Pero en general, encendíamos una hoguera por la noche y asábamos la comida al aire libre. Después nos sentábamos alrededor

del fuego, bajo las estrellas, y hablábamos. Antes de acostarnos, uno de ellos me pidió que tocara y cantara algo. Estuvieron de acuerdo en que la guitarra y el canto no me harían famoso, pero las canciones eran de las mejores que habían oído. Poco a poco, Nehir me remplazó en el canto e interpretó los textos de Semra y mis melodías a su manera. Con una voz que le iba bien a su nombre, que significa río; porque era tranquila, sosegada, controlada y al rato cogía fuerza explosiva, salvaje, profunda y desatada. Yo era el único sorprendido con la voz madura de una muchacha tan joven, los demás constataron que ella siempre había sido el pájaro cantor de la familia.

Mi estado de ánimo oscilaba entre la apatía y una especie de estado melancólico. Mi tiempo y mi energía los empleaba en escribir nuevos textos y nuevas melodías. Era doloroso. Las melodías las tenía en la cabeza, pero los textos me costaban. A pesar de darles la vuelta y retorcerlos, siempre trataban el mismo tema, una desesperada búsqueda del amor. Echaba en falta el talento de Semra para jugar con las palabras, transformar lo patético en realidad cotidiana. La tristeza que expresaba en mi comportamiento no quedaba reflejada en mi obra.

Un día me despertó Nehir con pan recién horneado y una tetera llena de té. Yo había tenido durante un rato una melodía en la cabeza y un esbozo de texto, el que menos me desagradaba. De pronto deseé escuchar su opinión, más bien, su júbilo, en una urgente necesidad de ser elogiado. Antes de asearme fui en busca de la guitarra. Impaciente le di a entender que se sentara y toqué la melodía sin texto. Al terminar, la miré expectante.

—¿No se parece demasiado a «Puente sobre aguas turbulentas»? —dijo.

Eso era, según su forma de ver, honradez infantil. ¿No era eso lo que yo necesitaba? ¿Una respuesta franca?

—Era «Puente sobre aguas turbulentas» —dije.

—No, no lo era —dijo y se rio.

Después quiso ver el texto. Y me hizo muchas propuestas que convirtieron el poema inacabado en una canción, un texto sencillo, fácil de entender. Definitivamente, ella tenía más conocimientos musicales que yo, me contó que recibía clases de canto privadas y que se preparaba para entrar al conservatorio de música.

Trabajamos juntos, y al final del día teníamos terminada una canción. No «Puente sobre aguas turbulentas», nada revolucionario, pero melodioso, un poco triste y a la vez extraordinariamente optimista, con un estribillo fácilmente reconocible. En los días siguientes revisamos juntos mis anteriores melodías. Semra se habría levantado de la tumba si no fuera porque estaba entre los vivos.

Deniz, de aspecto, era igual que su hermana, pero era diferente en todo lo demás. La música para él era solo para ser escuchada. Carecía de perspicacia, confianza en sí mismo y en sus ambiciones. Pero, por otra parte, era un joven responsable, comprometido con los complejos conflictos sociales. En muchos aspectos me recordaba a mí mismo a los dieciocho. Me gustaba todavía más su compañía que la de Nehir. Con ella me sentía sobre tierras movedizas. Aunque siempre se comportaba con corrección, era una joven atractiva, muy consciente de su cuerpo y generosa exponiéndolo a los calores del verano con ropa bastante liviana. En la playa, en bikini, era como un imán para las miradas masculinas. Podía jurar que la idea de seducir ni rozaba su mente. Sin embargo, yo tenía la molesta sensación de que no habría protestado si la hubiera retenido en mis brazos algunos de los momentos en que estábamos ella y yo solos.

Deniz y yo dábamos largos paseos y, tal y como había prometido la profesora, hallamos bellos campos de girasoles y solitarias e íntimas playas. Teníamos mucho que conversar. Deniz era un romántico, tanto en lo político como en lo emocional. Después de Secundaria no quería continuar estudiando. Su sueño era convertirse en sindicalista tras un periodo de aprendiz en una fábrica. Era algo que nunca se me había pasado por la mente, convertirme en parte de la clase obrera como mi hermano y Ayfer. Ellos siempre decían para burlarse de mí que yo me convertiría en algo grande y los liberaría de sus cadenas. Me sorprendió que yo nunca hubiera protestado en contra de esas bromas. Respetaba a Deniz con sus ideas románticas sobre la clase obrera e intentaba no adoctrinarle sobre lo importante que era tener una formación intelectual. Creo que él valoraba mi capacidad de escucharle, era lo que necesitaba: hablar y ser escuchado. Su familia se mostraba poco comprensiva con sus planes para el futuro.

Deniz andaba enamorado de una chica que se había ido de viaje

y por eso esas vacaciones eran solo algo que debía sobrellevar. Estaba seguro de haber hallado a la mujer y el amor de su vida. Sin embargo, me consultó si yo lo creía posible cuando se es tan joven. Mi madre le habría dicho sin titubear que encontraría cincuenta muchachas más igual de hermosas. Yo fui más diplomático. Era un chico sensible, con palabras amables para todo el mundo y una sonrisa cálida que podía deshelar el más frío de los corazones. En paz consigo mismo y con el mundo, parecía una especie de aprendiz de la vida que todavía no había pasado por desafortunadas relaciones interpersonales. Pero pronto sucedería algo que, con su efecto dominó, tendría insospechadas consecuencias en su vida.

Hacía una noche deliciosa, con millones de estrellas brillando y brisa de mar. La ola de calor que nos había paralizado había desaparecido. Deniz y yo decidimos aprovechar para estirar las piernas. La charla fluida, la oscuridad y ese sendero inexplorado nos alejaron de la colonia veraniega. De pronto, salimos a la carretera y divisamos luces de casas a lo lejos. No sabíamos exactamente dónde nos hallábamos, pero no nos preocupaba extraviamos del todo mientras viéramos señales de civilización cercanas. La curiosidad nos empujó a cruzar la carretera y dirigimos hacia las luces. Fue una grata sorpresa encontrar una casa de té a las afueras de un poblado. Unos cuantos hombres miraban un partido de fútbol en la televisión, otros estaban sentados en el jardín. Un jardín con árboles frutales, hierba alta, perfumes veraniegos y sonidos también veraniegos flotando en el aire. Un jardín del pasado. No estaba iluminado, había que contentarse con la luz que se colaba por las ventanas y la puerta. Eso ofrecía la posibilidad de pasar desapercibido y disfrutar de la atmósfera, tal y como necesitaban estas dos almas cansadas de las vacaciones. El té nos lo sirvió un camarero ligero y alegre y todo era bello a nuestro alrededor. Deniz estaba feliz como un niño por ese descubrimiento y habló de traer a la familia al día siguiente para compartir con ellos el idilio. Probablemente a la luz del día el aspecto del lugar habría sido el mismo que el de otros muchos, pero en ese momento era seductoramente diferente al sol, el mar, la arena y las cabañitas destartaladas.

Todo estaba tan tranquilo que no presentimos peligro alguno cuando un pequeño grupo de tres jóvenes salió de pronto de las

sombras. Apenas les había yo echado una mirada cuando empezaron a gritar algo, primero incomprensible, como en cualquier bronca de grupo, después se hizo entendible: «¡Muerte a los comunistas!». El idilio pasó de inmediato a ser un peligro real. «¡Fascistas!». Mi cerebro empezó a funcionar febrilmente. Sentir miedo era una buena señal, pero no que te paralizara. Miré a mi alrededor, dos de ellos habían entrado en la casa de té. Pude ver a través de la ventana que iban de mesa en mesa, gesticulando y gritando. El tercero, que se había quedado en el jardín, gritaba sin parar: «¡Al suelo, todos al suelo!». Varias veces en esa última época, los fascistas habían irrumpido en casas de té de la ciudad y asesinado a personas al azar. Sabía que aquí sucedería lo mismo, nadie les detendría si no encontrábamos la forma de escapar. Odié la idea de ser una víctima indefensa a la espera de ser sacrificada, y por primera vez habría deseado tener un arma. A la vez sentí que no estaba nervioso, que me negaba a morir de aquella forma y registré la expresión aterrorizada en el rostro de Deniz.

—Espera mi señal, y después corre en zigzag tan rápido como puedas. No pierdas el contacto conmigo pero tampoco te acerques demasiado —le susurré.

El fascista del jardín vino hacia nosotros.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó y blandió la pistola. No era mayor que Deniz y, a juzgar por la mirada vacía y su tambaleo, estaba drogado con una u otra sustancia. Parecía nervioso y le temblaban las manos, yo tenía un fuerte deseo de romperle su fea cara, solo con los puños.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó.

Le había advertido a Deniz que no se echara al suelo por nada del mundo. Si alguien quería dispararnos que lo hiciera mirándonos a los ojos. El fascista parecía inseguro, impaciente inclinó la cabeza hacia atrás y al lado como si esperara ayuda de los demás, y de repente se dio la vuelta y corrió hacia otra mesa.

—¿Por qué no estáis todavía en el suelo? —les gritó.

Era nuestra oportunidad y quizá la única. «Ahora», le dije a Deniz. Tiramos las sillas al levantarnos a la vez y corrimos en la oscuridad. Los disparos no tuvieron otra repercusión que asustamos. Deniz corría cada vez más rápido que yo, que sentía un dolor en los pulmones y dificultades para respirar. Se paró para esperarme,

confuso y temblando. Cuando empezamos a correr de nuevo, le cogí de la mano. Recordé la ocasión en la que Zuhal me cogió de la mano durante otra huida. Ahora era yo el mayor y el que guiaba hacia la escapatoria. Nos abrimos paso entre los altos girasoles de un campo.

Nos costó una eternidad encontrar el camino de vuelta a la colonia veraniega. La paz de allí, en contraste con lo que nos había sucedido, era surrealista. Pensé en todas las tragedias que acontecían a diario fuera de nuestro conocimiento. Nos quedamos sentados un rato en silencio en las escaleras de mi cabaña. Deniz estaba más tranquilo y ya sin miedo, pero furioso.

—Alguien debe pararles los pies —dijo al final. Había oído esa frase antes. Quizá de Levo—. Yo lo haré —añadió—, con los medios que hagan falta.

No usando sus mismos medios, debería haber dicho yo. Pero no tenía ni ganas ni creía en ello. Me conformé con pedirle que no se lo contara a los padres.

No pude dormir esa noche. Pensaba en los que se quedaron en la casa de té. Lo que había sucedido era más aterrador que cuando me alcanzó una bala en la universidad. Aquella vez no había visto a los autores del crimen, ni siquiera había oído el estallido de los disparos. Pocas horas antes, sin embargo, había estado indefenso ante un hombre mirándolo al interior de sus ojos, un hombre con una pistola en la mano y un crimen en la mente. La tolerancia había sido casi siempre un concepto desconocido en nuestra sociedad, pero esa desnuda brutalidad de asesinar a una persona al azar, de manera torpe, quizá en presencia de sus familiares cercanos, era chocante. Cada vez que pensaba en ello, veía las imágenes de una de las películas de propaganda nazi en la que un oficial alemán se divertía ejecutando prisioneros. Mi cerebro se negaba a comprender que alguien fuera capaz de hacer lo mismo cuarenta años después de la vergüenza más grande que había asolado a la Humanidad.

Lo que más me confundía en todo esto era la posición de Zuhal, una agente activa del conflicto armado. ¿Podría ella justificar el asesinato de gente desarmada para vengar a camaradas caídos? ¿Perdería la razón reduciendo su lucha a una sangrienta contienda, primitiva y casi religiosa, en la que lo único que contaba era ojo por ojo? Pronto tendría la respuesta. Progresivamente comprendí

cuándo acudiría a mí. Estaba esperando llegar a la última fase. Cuando los tanques rodaran por las calles y el enemigo iniciara su gran ofensiva para aplastar a toda la resistencia, cuando se derrumbaran todas las fortificaciones, cuando ya no hubiera casas seguras, vendría a mí. No quería exponerme al peligro antes. Lo que se me exigía es ser paciente y fiel, estar en pie y despierto cuando llegara.

Me levanté al amanecer e hice la maleta. Tras asegurarme de que la cabaña tenía un aspecto más o menos ordenado, comí un poco de pan con queso y esperé a que se reiniciara la vida en casa de mis vecinos. Se sorprendieron ante mi decisión de irme tan intempestivamente, pero lo comprendían. Las vacaciones se acercaban a su final, no había mucha diversión allí para un joven y ellos mismos también partirían en pocos días. Nehir me abrazó con calidez y me preguntó si podía escribirme. Le garabateé mi dirección en un trozo de papel. Más adelante, y en circunstancias más normales, quizá podríamos iniciar un contacto basado en nuestro interés musical. Deniz se limitó a darme un ligero apretón de manos, quizá porque se sentía abandonado. El brillo feliz de sus ojos se había transformado en algo más funesto y definido.

Septiembre de 1980

El 11 de septiembre fui a una boda. Algo que hacía raras veces. Eran muy pocos los que se casaban en mis círculos de relación; en parte porque éramos todavía demasiado jóvenes, en parte porque esos actos sociales eran como raras criaturas; un cruce entre lo occidental, los suntuosos vestidos blancos de novia, la orquesta y el vals de la pareja, y lo oriental, con danza folclórica, besos de manos y de mejillas y el vestido de la novia adornado con dinero en billetes. Era la primera vez que me invitaban específicamente; con mi nombre, y no el de mi madre, escrito en la invitación, que me fue entregada con solemnidad por el mismísimo chófer de Soldado. Se trataba de su propia boda. Al principio no entendí por qué diablos me había invitado. Vale, yo le gustaba, pero no éramos que digamos amigos de la infancia. Cuando entré al salón de baile del Hotel Hilton, con mi único traje y mi única corbata, me di cuenta de que había invitado a medio Estambul. Entre los asistentes había un par de famosos de segunda fila y algunas auténticas celebridades, pero lo que más llamaba la atención era un coronel del ejército con uniforme de gala completo y un jefe de policía de mítica reputación. Estaban sentados a una larga mesa frente el escenario, junto a otros hombres con aspecto de vip, y rodeados de numerosos guardaespaldas. Debían de ser «la familia». Me sentí como un pez fuera del agua y me lancé a la desesperada en busca de una cara conocida, a pesar de que las posibilidades fueran nulas. Pero quien busca, encuentra. Entre la jungla de gente bailando, en mitad de la sala, choqué con Leyla, que también me buscaba.

—Oh, dios mío, por fin —dijo—. Empezaba a creer que no aparecerías nunca. Sentémonos en nuestra mesa antes de que la ocupe alguien.

Estaba preciosa con su propio pelo y un vestido de fiesta caro y elegante con una abertura que dejaba al descubierto gran parte de

su larga pierna. La tomé en mis brazos y la hice girar al son de las notas de la orquesta a la vez que comentaba la abertura. Se rio y dijo que yo no era el único que babeaba, varios viejos gordos con abultadas carteras le habían pedido un baile, pero se había reservado para mí, puesto que sabía por Soldado que yo estaba invitado. Las demás chicas que venían con ella ya hacía rato que habían hallado sus minas de oro de la noche. Pero Leyla esa noche no tenía planes de trabajar, solo beber, bailar y pasárselo bien. Al terminar la pieza de baile, me llevó hasta una pequeña mesa para dos, estratégicamente situada con vistas a toda la sala. Leyla quería que se lo contara todo sobre mi amigo y su mujer. Quizá yo debería plantearme escribir guiones de cine, porque la historia que apañé no le faltaba ningún ingrediente. El piso al que ella había visto entrar a Tuba pertenecía a un primo de mi amigo. La inevitable confrontación entre los dos hombres acabó a puñetazos. En el hospital, la esposa estaba arrepentida, lloraba y descubrió que en realidad amaba a su marido. Pero mi amigo, que tenía el brazo roto, se negaba a perdonarla.

Ella se iba del hospital con el corazón roto. Cuando él la vio marcharse llorando, corrió hacia ella y la tomó, sino en los brazos, sí en su único brazo sano. Así que todo acabó bien para la pareja, pero del primo nada más se supo.

En cierto modo, era simpático ver a Leyla pasar de la sorpresa a las lágrimas para acabar esbozando una amplia sonrisa con el relato de una historia banal, un juego infantil en comparación con sus vivencias diarias. Así que no sentí mala conciencia por haberle contado mentiras que, al fin y al cabo, la entretuvieron. Más tarde me explicó todo lo que sabía sobre algunos invitados. Historias que hubieran impresionado incluso a curtidos columnistas de la prensa del corazón.

Se hizo la hora de la entrada de los novios. Soldado estaba digno de ver, vestido con un impecable frac; y la novia era, por supuesto, bella como una modelo. «No como, es modelo», comentó Leyla con envidia, y después, durante el vals de los novios, derramó lágrimas de emoción. A continuación la pareja hizo una ronda entre los invitados, les llovieron felicitaciones, abrazos y besos y recibieron regalos en oro, plata y otros materiales preciosos.

Escoger un regalo había sido un dolor de cabeza para mí.

Cuando finalmente me decidí por *El padrino* de Mario Puzo, pensé que era un regalo acertado, tanto para mi bolsillo como para el sentido del humor de Soldado. No me equivoqué. Soldado se rio de todo corazón. Me dio un fuerte abrazo y dijo que la película era como un estudio de su propia vida y Al Pacino su ídolo, mientras Leyla adornaba el brazo ya recargado de la novia con un brazalete más. A Soldado parecía que le apetecía más sentarse con nosotros que continuar la ronda, así que charló y bromeó hasta que la novia dio señales de impaciencia.

—Yo también tengo un regalo para ti —dijo y me metió un paquete en el bolsillo. Me abrazó de nuevo y me susurró: —Buen viaje, hermano. Pero cuida de ti mismo. Tus contactos no son menos peligrosos que los míos. La próxima vez confía en mí y tráetela contigo. Me gustan las damas con cojones, je, je.

Era un tipo extraño, Soldado, acababa de sorprenderme con la evidencia de que no solo leía las páginas de deportes.

—Parece feliz —le dije a Leyla.

—Al menos lo era hace un momento, cuando intentó follar conmigo en los lavabos —suspiró.

—¡Hijo de puta! —exploté yo—. ¿Y qué hiciste?

—Tengo la regla, le dije. Por suerte no le gusta a ese cerdo más sangre que la que producen sus golpes.

—¿Tienes la regla? —le pregunté yo intrigado.

—¿Quieres comprobarlo? Los lavabos aquí son deliciosos —propuso.

—Reservémoslo para mi boda —le contesté.

El resto transcurrió como es debido en una boda. Los invitados se divertían más que los novios. Mientras Soldado y su novia modelo permanecían sentados con decoro junto a la familia, Leyla y yo desgastábamos la pista de baile, flotábamos abrazados, girando de un lado a otro. Y Leyla, después de bastantes tragos, sedujo a la concurrencia con una danza del vientre que no desmerecía en nada su número de *strep-tease*. Acaparó todo el *show*, con tantos billetes en el escote como la novia. Pero al final los borrachos que hurgaban en sus carteras y aún más en sus pechos la irritaron. El ambiente se puso iracundo y se creó la atmósfera apropiada para una pelea, el casi obligatorio final de todas las bodas. Algunos eran partidarios de tumbarla allí mismo mientras otros estaban dispuestos a defender su

virtud.

Pero la situación se calmó cuando la saqué de allí y me la llevé a nuestra mesa. Esos hombres que un momento antes podían haber matado para obtener su favor abrieron paso al hombre al que ella seguía sin rechistar. Uno de los ancestrales códigos del mundo masculino: «No ofenderás a una mujer que va acompañada de un hombre», nos sirvió de ayuda. Habíamos comido, bebido, bailado y casi provocado una pequeña querella local, así que era hora de despedirnos. El taxi que tomamos me llevó a casa primero a mí. Leyla no quiso ni hablar de que pagara yo. Ya tendría ocasión de cobrármelo con intereses tan pronto como mis ingresos fueran adecuados.

Hacía mucho que no me divertía tan desenfrenadamente. Una vez sentado en el borde de la cama, me sentí agradablemente embriagado, lo suficiente para que la habitación girara un poco pero no para impedirme deshacerme de la ropa que llevaba puesta. El paquete de Soldado seguía en mi bolsillo. Lo abrí. Los pasaportes eran una pieza de artesanía, tal y como me había prometido. Eran usados, para total seguridad, con varios sellos de entrada y salida y un visado para un par de países europeos. Los puse debajo del cojín. Y a mí, debajo de la sábana para navegar en el sueño sin pensar en el cepillo y la pasta de dientes.

Al día siguiente me desperté con dolor de cabeza. Eran las 10:35. Reinaba el silencio, tanto en casa como fuera. Los ruidos habituales, pasos en la escalera, puertas que se abrían y cerraban, tráfico trepidante en la calle principal y bocinazos, habían desaparecido. Me sentía mareado y sediento. Algo andaba mal, tanto en mí como en el resto del mundo. Salté de la cama y llegué a la ventana. Estaba nublado, oscuros nubarrones corrían por encima del Bósforo. Eran lo único que se movía. El Estrecho ahora era una ruta marítima como otra cualquiera sin el acostumbrado tráfico de grandes y pequeños barcos. La autovía, solo un trecho de asfalto con ausencia de coches. Era como si la vida hubiera quedado eliminada por arte de magia. Fascinado contemplé la escena vacía. Lo que veía ante mí tenía algo de extremo sosiego y al mismo tiempo era desagradable, como si mientras yo dormía la mona un arma altamente mortífera hubiera exterminado toda clase de vida, y yo fuera el único superviviente. Esperé. No sucedió nada. Luego

escuché sirenas a lo lejos. Nunca creí que las sirenas pudieran anunciar vida y regocijo. El sonido se volvió más y más agudo. Después pasó un coche de policía a toda velocidad rodando por el asfalto vacío y luego otro más. Lo que me sacó de mis fantasías no fue la visión del primer vehículo de la fila, un *jeep* bastante corriente con chófer y un oficial en el asiento de al lado, sino el segundo, el tercero, el cuarto; en total, veinte pesados camiones militares abarrotados de soldados y equipos de guerra. Me puse a cubierto como si de repente estuviera en medio de un fuego de artillería. Había empezado, era la gran ofensiva. Mientras yo me entregaba a un desenfrenado baile habían ultimado los últimos preparativos e inspeccionado las tropas. Alguien había apretado el botón mientras yo dormía sin ningún tipo de sospecha.

La monumental radio de Yorgo, que quizá le acompañara en las largas noches durante la Guerra Mundial con noticias del frente, estaba ahora silenciosa sobre la cómoda. Yo la había usado en la potente onda corta para sintonizar voces y lenguas desconocidas, de lugares ignotos de todo el mundo cuando el aburrimiento estuvo a punto de ahogarme. Siempre tardaba en ponerse en marcha. Había que esperar a que se calentara algo en el interior tras hacer girar el mando redondo y grande, gastado por la mano de Yorgo. Todavía me quedaba un poco de esperanza. Las notas de una vieja canción de Estambul pronto llenarían el aire, yo la tararearía, prepararía té y encendería un cigarrillo mirando el Bósforo. La vida seguiría su curso normal.

Como otras tantas veces, me sorprendió el sonido repentino que me golpeó los tímpanos con fuerza. Marchas militares se expandieron por la habitación. Las escuché sin reaccionar, sin disminuir el volumen, apoyado en la cómoda, con la cabeza hundida entre los hombros. Esperé, esperé a que la marcha terminara, a que fuera sustituida por una voz.

«Mensaje número 1 del estado de excepción, desde el I Cuartel General de Estambul. Queridos ciudadanos: Hoy, 13 de septiembre de 1980, las Fuerzas Armadas del país toman a su cargo las actividades gubernamentales cumpliendo de esta manera su obligación de proteger la Constitución. El Parlamento queda disuelto, todos los partidos políticos y toda la actividad política se declara prohibida. Instamos a todos los ciudadanos a que se atengan

al toque de queda y se queden en sus casas. El objetivo de esta acción militar es destruir las organizaciones ilegales, extremistas, separatistas que…».

Apagué la radio. Pensé en Salvador Allende. Sin vida en una silla, cubierto con la bandera. Pararon a la gente por las calles, la golpearon y patearon. Jóvenes de ambos sexos fueron detenidos en sus propias casas y trasladados a un estadio de fútbol. Se llevaron a Víctor Jara. No cogió su guitarra, no le dejaron. Lo matarían de todos modos, con o sin guitarra.

Ahora ellos rondaban por las calles, armados hasta los dientes, iban de casa en casa con las listas y llevándose a todos los que habían ido a una manifestación, lanzado piedras, escrito consignas en las paredes y cantado canciones de lucha. Después los juntarían como a un rebaño de corderos en el estadio de Dolmabahçe, entre la facultad técnica y el monumento de Barbarossa, al lado del Bósforo. O quizá una voz militar leería un casi poema que sonaría por los altavoces: «¿Qué señalan esos bramidos de cañones? No lo dudéis, es la flota de Barbarossa que llega de su última expedición».

Me imaginé las gradas y pensé en los partidos de fútbol, en el Galatasaray, mi equipo favorito. Íbamos a los partidos invitados por nuestro profesor de inglés. Él era también el entrenador de nuestro equipo, un inglés auténtico, un tipo peculiar que traía la guitarra a clase para enseñarnos inglés a través de la música. En los partidos, cada vez que alguien la chutaba bien, gritaba: «Buen pase, buen pase»; si no, se quedaba callado. No era especialmente de buen ver, pero se llevó a la chica más guapa de su escuela, una *miss* del este de Londres, una rubia de ojos azules, con falda corta y piernas largas. Se casaron. Dos británicos solitarios. Extraña pareja, pensamos nosotros, pero no había mucho donde escoger en una escuela-internado lejos de casa. Se casaron y se trasladaron a otro país rodeado de desierto. Un día supimos que a ella la habían encontrado muerta en mitad del desierto. Tenía una enfermedad desconocida, grave, dijo alguien. Fue asesinada por su marido por celos, dijeron otros. Compasión y vergüenza, dijimos todos, realmente apenados. Yo era joven, no quería morir. No en ese estadio deportivo.

Me estremecí cuando golpearon la puerta, con decisión, casi de forma militar. Apenas me dio tiempo a sentir miedo. Habían llegado

demasiado rápido. Me apresuré con los pantalones, mientras continuaban golpeando la puerta. Algo, algo con lo que defenderme. ¿Qué había dicho Kemal? «Alguien tiene que demostrarles que no se les dejará paso libre». Cogí un cuchillo de la cocina. Respiré hondo, estaba preparado. Tan decidido como la manera de golpear, abrí la puerta.

—Feliz cumpleaños —dijo sonriente la profesora. No conseguí articular palabra y pensé que había convertido en un hábito eso de venir cuando menos pensaba en ella porque esperaba a otros.

—Veo que estás haciendo la comida —dijo señalando el cuchillo —. ¿Qué te parece si juntamos fuerzas?

Levantó la bolsa de la compra de manera ostentosa. Y ya estaba en la cocina, risueña y tarareando una melodía arcaica. Trabajaba deprisa sin hablar y sin comentar nada más sobre el cuchillo. Yo hice la cama, dejé los pasaportes debajo del cojín y arreglé lo más desordenado mientras ella ponía la mesa y servía el té.

Reemprendió la conversación durante la comida. Había salido para desobedecer el toque de queda, alguien debía oponer resistencia. Había patrullas por todas partes. Soldados jóvenes, inseguros y nerviosos que la llamaron «madre» le pidieron que se fuera a casa. Pero ella solo iba a la tienda del barrio. El dueño se sentía insultado. ¿Cómo compraría el pan del día la gente? A él no le importaba quién gobernara el país en tanto que no recurriera a esa tontería del toque de queda. Mientras ellos hablaban, llegó otra patrulla con un teniente joven al mando. Era amable pero estricto. Había que cerrar la tienda, nadie podía entrar a comprar. Decidió hacer caso omiso de la vieja dama. Además, nadie pasaría hambre por un día de toque de queda. Dependiendo, claro, de las circunstancias, pero el ejército haría todo lo posible para evitar perjuicios innecesarios a «nuestros queridos ciudadanos». E imitó el enfado del teniente divirtiéndose, coqueta, como si fuera un juego.

—¿Ha visto si se llevaban a alguien? —le pregunté para comprobar la gravedad de la situación.

—No, a mí no me querían, y por la calle no corre nadie, ni los gatos.

—Estoy seguro de que está ocurriendo. Juntan a la gente en el estadio.

—La nuestra no es una república bananera.

—También se decía eso de Chile.

—Aquí tenemos un ejército más civilizado. —Exhibía su típica sonrisa torcida, esta vez sin ser burlona sino triste. Entonces se agachó y me cogió la mano.

—No te preocupes, todavía no. Hay que esperar y ver lo que pasa. Adivino que llaman quedamente a las puertas.

—En todo caso, por la radio braman.

—Siempre lo hacen. La última vez se llamó «Operación Mazo». Pero el uso del mazo ocurre en la oscuridad nocturna. Recuerda que este es mi tercer golpe de Estado.

Más tarde jugamos al ajedrez en el jardín y hablamos. Ese era otro mundo en el que las marchas militares y los avisos del estado de excepción no penetraban. Los jardines juegan un papel determinante en la vida de una persona, pensé. La profesora explicó historias jugosas que ocurrieron en golpes de Estado anteriores. Sobre cómo algunos inocentes escritores y académicos fueron acusados de sabotear un barco que había permanecido en dique seco una eternidad y de provocar un incendio en la Casa de Cultura durante la representación de la obra *La quema de brujas*. Y la Casa de Cultura le recordó un chiste. Nunca le había oído contar chistes, anécdotas sí, pero chistes no. Era sobre un nuevo rico que creía que todo se podía comprar con dinero. Iba a casarse y buscaba un lugar adecuado para la celebración de su boda. Un día pasó por delante de la Casa de Cultura y le gustó. Se dirigió a la recepción y preguntó cuánto costaba alquilar el local para una boda. No, desafortunadamente, el local solo se usaba para celebrar actos culturales. Quedó decepcionado. Otro día al pasar por delante del edificio, vio el letrero: *Las bodas de Fígaro*. Entonces se ofendió, irrumpió dentro y gritó: «No me alquilasteis el local a mí, pero a ese tal Fígaro sí, ¿eh?». El día en que reconozcamos a nuestro Fígaro, ese día no habrá más golpes de Estado.

Si tan solo hubiéramos podido quedarnos en ese jardín, sin que nadie nos molestara, habríamos gozado de paz eterna. O quizá no. Las historias divertidas habrían tocado a su fin, nos habríamos cansado de jugar al ajedrez. Las personas somos animales sociales, por eso nos pareció mejor salir, sentarnos en la escalera de delante de casa y entablar conversación con los soldados que patrullaban.

Era imposible hablar con ellos. Miraban con escepticismo a

todos los que paulatinamente habían osado salir a las aceras y a los balcones. Aparte de un par de intentos, sin mucha convicción, de hacer entrar a la gente en sus casas, se mantenían silenciosos. Eran dignos de estudio. Chicos de los distritos rurales con ojos como platos, tímidos, marchaban en formaciones compactas como si buscaran refugio y protección contra los peligros de la gran ciudad. En un par de ocasiones, los vi cogidos de la mano. No sabían ni podían imaginar que en esta temida gran ciudad existía un código determinado y podían ser considerados homosexuales. Eran los que llevaban sus rifles con todas las de la ley y a la vez como si cargaran con un peso excesivo. También los había más conscientes, originarios de pequeñas y grandes ciudades de todo el país. Formaban un grupo mucho más heterogéneo. Algunos no escondían el deseo de que acabara la patrulla; echaban de menos la comida y la cama. Con mirada abúlica, bostezos, los cascos caídos hacia atrás y el rifle negligentemente colgado en el hombro. Los había que iban con el dedo en el gatillo, la mirada escrutadora, casi llena de odio, preparados para disparar y ganar medallas. Y después había unos pocos que sonreían, guiñaban el ojo a las muchachas, tarareaban canciones revolucionarias, como una señal cómplice para los entendidos que quería dejar claro que ellos no comulgaban con los golpistas.

Nos metimos en casa para escuchar las noticias de última hora. Esa vez nos quedamos en el piso de la profesora, ella tenía televisión. Nos sentamos ante la pantalla con una taza de té. Desde el apogeo de *Dallas* no había ansiado un programa con tanto desdén como entusiasmo. Tras la obligatoria introducción del himno nacional, izamiento de la bandera y difusión de varios avisos, cinco generales tomaron asiento detrás de una mesa. Las imágenes en blanco y negro —no se tira nada antes de que se rompa del todo era el lema de la profesora— teñían la realidad de antigua, como si lo que ocurría en la pantalla no perteneciera a nuestro tiempo, sino a un desconocido pasado. El jefe del Estado Mayor se ocupó de hacer el discurso mientras los demás militares, de los cuatro cuerpos diferentes del ejército, estaban de adorno, o como una especie animal amaestrada. Intentaban comunicarse con los teleespectadores con la mirada y las gesticulaciones de la cara. Y repetidas veces me dio la impresión de que trataban de

hipnotizarnos. O de que intentaban romper el deprimente tedio con un pequeño juego de «aguantar la mirada lo más posible sin parpadear». El orador no nos decepcionó en absoluto. Es más, nos entretuvo con sus mañas de comando de campaña. «Un tocón tiene más carisma», fue el comentario de la profesora. Se le veía más perdido que a un escolar en la fiesta de fin de curso, lo que a nosotros, los teleespectadores, nos inspiraba compasión.

Los parlamentarios desalojados y recluidos en casa antes de que pudiera abrir la Asamblea Nacional el periodo de otoño, cargaron con toda la culpa de la situación del país. Directamente seguidos de los terroristas. Los demás no tenían nada que temer. Este era un argumento medianamente comprensible. Pero el resto no llenaba una semilla de higo. Todavía nos quedaba por escuchar lo que sería su inolvidable réplica: «¿Qué se espera de nosotros? ¿Que los alimentemos eternamente en la cárcel en lugar de colgarlos?». Cuando apagamos la tele y le vimos desaparecer de la pantalla, deseé que desapareciera de nuestra vida de la misma manera, apretando un botón.

Mi hermano llegó al día siguiente, pronto por la mañana. Con amabilidad le agradeció a la profesora que me invitara a pasar la noche en su casa. La primera confusión, producida a causa de sentir soledad ante el gran enemigo, había dado paso a la rabia contra los huecos uniformes que les autorizaban a arrebatarnos la libertad ya entonces de alas recortadas. Solo por su poder, porque poseían enormes cantidades de armas y mandaban dotaciones de miles de hombres a diferencia de las demás fuerzas. Era lo único que los convertía a ellos en libertadores y a los otros en terroristas. Y esos incapacitados individuos, cuyo cerebro encogido se había desarrollado en un ejército entrenado para una posible guerra civil, decidirían sobre nuestro destino. Me acosté. A pesar de todo, dormí sorprendentemente bien.

Mi hermano había venido a buscarme. Mi madre estaba preocupada por mi seguridad. No intenté contradecirle, él solo vino de mensajero y como tal gozaba de inmunidad. Tras una corta despedida con la profesora, ella estuvo de acuerdo en que el regazo de una madre es el mejor lugar para el consuelo, partimos en el coche alquilado que conducía mi hermano. La vida en las calles transcurría con aparente normalidad. Pero era solo la superficie. El

toque de queda había sido levantado entre las seis de la madrugada y la medianoche. Recordé lo que había dicho la profesora: «Ocurre en la oscuridad de la noche». Imágenes de hombres y mujeres, edificios, tiendas, bancos y comandos de soldados con boinas azules pasaban por delante de la ventanilla del automóvil. ¿Qué pensaba la gente que caminaba por las calles? ¿Estaban angustiados o se sentían aliviados? ¿Eran contrarios a lo que ocurría o lo apoyaban? Quizá solo eran indiferentes, como el tendero del barrio, con su lema: «El que no me toque a mí, larga vida». Aquel adormecimiento, la abulia que había embotado a este pueblo durante cientos de años, innegablemente llevaba a las respuestas. Zuhal lo habría rechazado, seguro, lo habría considerado una idea tan oportunista como derrotista. Pero al otro lado de los cristales no podía yo ver filas de las milicias populares dispuestas a combatir al enemigo. Lo único que desfilaba con paso invisible e inaudible era el miedo a todo lo que representaba la autoridad. No hacía mucho, miembros de un grupo de teatro disfrazados con uniformes militares diseñados por ellos mismos paraban a los transeúntes en Beyoglu, les cacheaban y humillaban dándoles órdenes raras. Nadie protestó ni les preguntó quiénes eran. Llevaban uniforme, no importa de qué tipo, era suficiente. Los uniformes existían para infundir miedo, incluso los uniformes huecos. Si era verdad que la gente que caminaba al otro lado del cristal tenía miedo de todo y de todos, y sentían alivio de que alguien con uniforme hubiera tomado el mando, me producía pesimismo y me ofendía.

—¿Ha habido respuesta en las fábricas? —pregunté.

—Escasa, por lo que sé. Piquetes de huelga en un par de fábricas. Hay rumores de que tanto ellos como la mayoría de líderes sindicales están tras las rejas, custodiados por la división blindada número 66. Por la mañana pasé con el coche por delante de la alambrada, había mucha actividad de soldados y vehículos. Allí se estaba cociendo algo, eso como mínimo.

Esta no era una república bananera. ¿A quién le hacían falta estadios de fútbol cuando se dispone de guarniciones militares en las que se había invertido tanto?

—Se llevaron a Dakan —dijo mi hermano—, y a otros chicos del vecindario. Nadie sabe dónde están. Ahora pueden tenerlos encerrados tres meses. Ya sabes lo que esto significa, ¿no?

La gravedad caracterizaba su semblante, algo que no era propio en él. Siempre había sido el payaso de la familia. Recuerdo que una vez se desplomó haciéndose el muerto tras uno de mis golpes. Representó el papel de forma tan convincente que lloré junto a su cadáver. Le encantaba burlarse de mí e irritarme, con sentido del humor y chispa en los ojos, algo que yo no poseía en el mismo grado que él. Dakan era más amigo suyo que mío. Los dos me habían llevado escaleras arriba en andas cuando llegué del hospital. Los dos sabíamos que tres meses de encierro provisional significaban tortura y malos tratos en un lugar en el que quizá ya hubieran colgado el famoso cartel: «Aquí no hay dios que valga».

El hombre del abrigo negro tenía aspecto de ser mucho mayor de lo que ella podía recordar. A pesar de la distancia, estaba plausiblemente segura de que era la misma persona. A pesar de que no podía atisbar detalles, a excepción del poblado bigote que apuntaba al suelo y parecía arrastrar con él todo el cuerpo, no necesitaba nada más para poder leer su dolor y tristeza. Su largo abrigo negro característico que una vez ondeó al viento al frente de las manifestaciones, ahora colgaba como un manojo de ropa en desuso sobre su escuálido cuerpo. En otras circunstancias, ella lo hubiera atribuido sin dudarlo a enfermedad o envejecimiento. Pero ahora su lenguaje corporal, como de animal atrapado, desesperado, con una perpleja conciencia de pérdida de libertad, humillación y desnuda angustia, no dejaba lugar a dudas sobre su suerte. Había visto demasiadas imágenes por la televisión de oponentes al golpe que habían sido aplastados para equivocarse. Era un animal atrapado, todo su cuerpo gritaba: «El que se me acerque caerá en la trampa».

Un autobús se detuvo delante de ella y le bloqueó el panorama mientras descendían pasajeros con cansancio matutino, y otros que habían estado esperando junto a ella se dirigieron hacia las puertas en tropel. Cuando el autobús se fue, ella permanecía allí plantada, la única persona de la parada. Al otro lado de la calle, el hombre se cimbreaba dentro de su abrigo flanqueado por dos hombres en buena forma física, jóvenes y que rastreaban el entorno con mirada sagaz.

Zuhal sabía que había estado a un paso de ser arrestada. Su mente recelosa y su constante estado de alerta la habían salvado.

Desde el momento en que recibió el mensaje de Kemal a través de un intermediario, la había torturado la sensación de que todo el plan estaba, si no condenado a la catástrofe, sí a ser una carga para ella. Las instrucciones de Kemal eran claras: Tuba y el sindicalista se incorporaban a su grupo. Los dos eran personas eficientes sin posibilidades ya de llevar a cabo una actividad política legal. Zuhal no necesitaba más presentación. Los conocía bien a los dos, a Tuba como amiga de la época de estudiante, y del sindicalista sabía que era un tipo sólido arraigado en la clase obrera, cosa que no abundaba en sus filas. Los dos habían participado activamente en la lucha política durante un difícil periodo, pero nunca antes en la lucha armada y, precisamente por eso, como regla general se les podía etiquetar de «peligro para la seguridad». No era ningún secreto que la policía escogía a esas personas para descubrir a militantes de grupos armados, ya que escaseaban otras posibilidades de llegar hasta ellos. Pero a Zuhal le costaba creer que Kemal no hubiera valorado el riesgo. Por una u otra razón debió de haberse sentido obligado a tomar la decisión, y como ella no tenía posibilidades de discutirlo con él, no podía hacer otra cosa que aceptarla.

Ese día había tomado las precauciones que creyó necesarias; se disfrazó de apocada trabajadora, con pañuelo en la cabeza, gafas, un poco maquillada y un bolso gastado, pero decidió dejar su Browning en casa. Si caía en una trampa, las posibilidades de escapar de la situación a balazos eran, de todos modos, muy pocas. Llegó antes de la hora a la cita para poder comprobar y valorar la marcha de los acontecimientos.

Se sentía tranquila, nada de súbita angustia o pánico. Seguro que el hombre habría hablado bajo tortura y guiado a sus torturadores hasta el lugar de la cita. No se lo reprochaba, al contrario, de forma extraña deseaba haber podido consolarle. Su tranquilidad quizá emanaba de la fe en su alto umbral de dolor y en unas convicciones tan firmes que la hacían superior, de modo que nadie nunca la destruiría. De todas maneras, tenía miedo de ser arrestada. Una vida encarcelada era inconcebible para ella. Podría ser más duro que soportar sufrimientos físicos no permanentes.

Su dilema ahora era si abandonar a Tuba en manos de un terrible destino o quedarse e intentar prevenirla. Estaba enfrascada

en intentar desenmascarar a otros enemigos entre la multitud. Inútil. Aparte de los dos prototipos que vigilaban al hombre del abrigo largo, los demás iban muy bien camuflados. Dominaban a la perfección el arte de fundirse con la masa. Entonces llegó Tuba, que bajaba por el otro lado de la calle. Alta y delgada, su delicado ser destacaba entre la anónima multitud. Todavía tenía tiempo de cruzar la calle e impedirle que llegara a la parada de autobús simulando un encuentro fortuito de dos amigas, darse la vuelta y llevársela a un lugar seguro. Casi sonrió, convencida de que la idea saldría bien, y dio un paso al frente. Pero dos manos fuertes la detuvieron de forma abrupta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz autoritaria, acostumbrada a interrogar.

Zuhal sabía que ahora tenía que representar su papel. Para empezar, evitar el contacto de miradas con los dos hombres que podrían leer inseguridad en sus ojos o reconocer rasgos familiares en su cara tan conocida tras las múltiples órdenes de arresto. Tímida, bajó la mirada a las manos que la sujetaban.

—Espero el autobús. ¿He hecho algo malo?

—Quizá —dijo uno de los hombres—. El autobús acaba de marcharse. ¿Por qué no lo has cogido?

Meditó una respuesta razonable mientras observaba los pasos de Tuba hacia el hombre del abrigo largo. La forma en que se echó el pelo hacia atrás y el hecho de que apresurara el paso demostraban que ya lo había visto y que respondía a la descripción que le habían dado. Pero Tuba no poseía la experimentada mirada de Zuhal y no leyó las señales de peligro.

—Ese autobús iba lleno hasta los topes —dijo Zuhal—. Y yo no tengo prisa. Pensé que mejor esperaba al siguiente y así podría sentarme.

Era hora de arriesgarse a echar una rápida ojeada. Ladeó la cabeza arbitrariamente hacia la derecha. La piel de la cara del hombre era como terreno intransitable, grabada de cicatrices, a causa de lo que llamaban «granos orientales» en la región de la que probablemente él procedía. Sin embargo, los ojos eran lo más determinante, duros, con una mirada perforadora a la caza de enemigos sociales, pero a la vez serviles y agradecidos por la oportunidad que se le daba. Ella le sonrió recatadamente.

Cuando ladeó la cabeza, Tuba se había inclinado hacia el hombre con el que debía encontrarse como charlando con confianza. Después se quedó paralizada en esa posición y desapareció seguida de varios hombres que se despegaron de la gente y se precipitaron hacia ella. Un minibús Ford azul cielo surgió de la nada y se detuvo delante de la parada de autobuses y los tapó. Zuhal y los dos hombres que la escoltaban miraron un instante la escena que se desarrollaba ante ellos, y cuando se interrumpió, el hombre se inclinó hacia ella en un intento de establecer contacto visual.

—¿Sabes qué está pasando ahí delante? —Tenía mal aliento y un inconfundible acento, una nueva señal de su origen.

—¿Yo? No.

Ya había empezado a negar cosas. Negarlo todo, su propio nombre, su dirección, sus contactos, almacén de armas, todo. Por un instante se imaginó la cámara de tortura, cómo se arrancaba la venda de los ojos y le escupía a ese kurdo de cara masacrada, para demostrarle que aún despreciaba más a los asesinos asimilados. La voz del otro hombre la sacó de su contienda interior.

—¡Vayámonos!

—¿Y ella? —La mano del kurdo se aferró a su brazo apretándolo más.

—¿Ella? Olvídate —dijo el otro—. Ya tenemos bastante que hacer hoy.

Le soltó el brazo titubeante, contrariado, y corrió tras el colega. A medio camino, le lanzó una última mirada por encima del hombro, decepcionado, como si le hubieran robado algo que deseaba.

Zuhal se quedó parada hasta que el minibús Ford se hubo marchado de la misma manera que llegó. Después tomó un taxi para volver a casa.

Algunos rayos de sol traspasaban la capa de nubes a través de un agujero en esta, chocaban contra los cristales de la ventana a terrible velocidad para salir rebotados. La intensa refracción la cegó, se retiró un poco para ver si las cortinas estaban echadas o corridas. Tenía por costumbre correrlas a los lados, pero ahora no recordaba qué había hecho antes de irse, si las había dejado echadas tal y como estaban en ese momento. Por primera vez temió

la proximidad del enemigo. ¿Habrían cogido a Kemal?

Su superior, el enlace entre su grupo y el de Kemal, era el único que conocía su dirección. ¿Habría Kemal hablado, delatado, y a su vez este…? Debía hacer un esfuerzo y concentrarse. Pensar en qué haría ahora. La soledad que antes disfrutaba se volvió de repente su peor enemigo. Se sintió terriblemente sola, sin ningún punto de agarre.

—¿Te pasa algo, hija mía?

Era una mujer vieja, con auténtica preocupación en la mirada. Zuhal debía de tener aspecto de enferma, así era como se sentía. Durante un instante pensó contestar que sí, inclinarse hacia el viejo cuerpo, pasear con ella y hablarle de cosas cotidianas, de lo que fuera con tal de que pudiera desconectar de un mundo colapsado.

—No, tía —respondió—. Pero gracias de todas formas por su atención.

—Vete a casa. Acuéstate y descansa un poco.

¿A casa? Junto con el mensaje de la cita, la hora y el lugar, con Tuba y el sindicalista, también le habían pasado una dirección de parte de Kemal. Aunque no tenía ni idea de cómo había dado él con Kemal, era una clara señal de que no se daba por vencido y la seguía buscando. En un momento de debilidad le había dado falsas esperanzas y un ánimo temerario a un hombre que ya nunca tendría un papel importante en su vida. Sin embargo, el mensaje le alegró de una manera extraña. Disponía de un lugar al que acudir si la presión era demasiado fuerte. Pero ahora debía hacer un esfuerzo, olvidar las condenadas cortinas y hacerse responsable de su vida y la de otros.

El coche estaba en la calle de detrás de la casa, donde lo había aparcado la víspera. Lo abrió, se sentó al volante y encendió el motor. Mientras estaba allí escuchando el tranquilizador ruido del motor, pensó en la primera lección de conducir que le había dado un camarada, casi a tientas, hasta que fue capaz de conducir sola, y cómo le había enseñado a robar un coche en un mercado ante las narices del dueño. Los coches eran quizá fáciles de robar, pero no eran infalibles, fallaban como las armas que se encasquillaban y las personas que, de vez en cuando, podían traicionarte. Por eso quería comprobar si el motor funcionaba, por si tuviera que huir; y esperaba que el motor arrancara igual de bien la próxima vez. Dejó

puesta la llave de contacto y las puertas sin cerrar, y especuló sobre si la ironía del destino haría que alguien le fuera a robar el coche ya robado.

Zuhal pulsó optimista el interruptor, pero el encendido automático falló como de costumbre, y la escalera permaneció a oscuras. Respiró hondo varias veces, intentó atenuar la adrenalina que le turbaba el ritmo respiratorio y los latidos del corazón y cuando recuperó un aceptable equilibrio, aguzó el oído en busca de ruidos dentro de la casa. Todo estaba sorprendentemente silencioso. Conocía los ruidos de la casa de su infancia pero no de esta. Por eso decidió no considerar el silencio como una señal de peligro. Atacó las escaleras a toda velocidad, para no darse tiempo a más digresiones, y llegó al segundo piso. Cuando se detuvo ante su propia puerta, con la respiración más rápida pero inaudible, se permitió un último pensamiento: Si la esperaban allá dentro, nunca conseguiría llegar a ese coche. Al fin sin pensar, se agachó, apoyó la oreja en la puerta, y cuando se convenció de que nada por el momento rompería el silencio, colocó la llave en la cerradura y la hizo girar.

Octubre-diciembre de 1980

Los días transcurrían silenciosos al son del andar de puntillas de mi madre. Estaba contenta de tenerme en casa, en el diván con mis libros o sentado a la mesa haciendo traducciones triviales, una especie de cabeza de familia del que no se espera demasiado. Finalmente se convenció de que yo no estaba implicado en ninguna sublevación contra el poderoso Estado, pero no podía entender por qué no quería reemprender mis estudios. La ocupación de la universidad, en su opinión, era un estadio superado. Cuando yo decía que la ocupación continuaba, que los soldados habían sustituido a los fascistas, la expresión de su cara reflejaba la resignación y la tolerancia de una madre con un hijo díscolo. Hubiera deseado llevarla allí y mostrárselo, pero nunca habría podido rebasar el primer control policial de la entrada sin un carné de estudiante en regla. El portón se había convertido en puesto de vigilancia militar, una especie de *checkpoint charlie* con el mismo ambiente tétrico. Todo el que se acercaba era tratado como terrorista potencial. Dentro de esos muros se sentía uno vigilado hasta la médula de los huesos, lo que a su vez producía una reacción que llevaba a considerar a todos los desconocidos como potenciales agentes de policía. Era como entrar voluntariamente en una cárcel sin saber si la estancia sería provisional o permanente. La profesora ya no ocupaba su cátedra. La habían enviado a engrosar las filas de los pensionistas, mientras que otros muchos habían sido despedidos.

—He intentado continuar con los estudios —le dije a mi madre —, pero inmediatamente llegué a la conclusión de que la prohibición de llevar barba es completamente idiota.

Mientras mi hermano se reía de la exageración, mi madre se asombraba, ella no estaba acostumbrada al humor de las nuevas generaciones.

—Pero hijo, ¿por qué te preocupa? Tú ni siquiera llevas barba.

—Ya, pero es que precisamente acabo de decidir dejármela.

Me deje crecer barba para tener una legítima razón para no acudir a la universidad. Pero al mes empecé a pensar que los generales sabían qué era lo mejor para todos. La barba no era para mí, debían existir otras formas mejores de acumular pelo. Necesitaba una puesta a punto y, sin un esmerado cuidado, se rizaba en todas direcciones. Pesaba en el rostro, la imagen que daba el espejo parecía falsa y además picaba infernalmente. Si se hacía caso a Semra, que se había negado a besarme desde que volvió de su exilo autoimpuesto, me quedaba tan bien como a ella. Reconocí que la prefería sin barba, y para contentar a todo el mundo me la afeité en ese mismo momento para júbilo de las dos mujeres. Pero conservé el bigote como una especie de coartada de masculinidad.

Su risa me caldeaba el alma, eso mostraba lo mucho que la había añorado. Tras decidir que el golpe de Estado era una buena razón para romper con el ayuno, fue a casa de la profesora en mi busca. Ella llamaba «ayuno» a mantenerse alejada de mí. Pero nada tenía que ver con las místicas religiones orientales, me aseguró, aunque la meditación le hubiera ayudado. Ah, no debía espantarme, no era demasiado distinto a quedarse sentada mirando a la pared en silencio. Así me entregaba su calidez e indomable optimismo en la época en la que más los necesitaba. Al final, tuve que competir con mi madre para acapararla.

Dimos un paseo por los llanos descampados. El aire era fresco como se espera que sea en octubre. El susurro del viento ahogaba el ruido del tráfico de la autopista y creaba la impresión de una paz asoladora que no se asociaba en general con la gran ciudad, sino con las infinitas llanuras de países deshabitados. Nos sentamos al pie de un árbol, las hojas caían y se mezclaban con la hojarasca esparcida por doquier y debajo de nosotros como un blando edredón de plumas.

—¿Tienes miedo de que aparezca cuando tú no estás? —preguntó Semra.

—Si viene y no me encuentra, volverá. Además, yo lo sabré. Reconoceré las señales cuando llegue. —Semra me miró. ¿Cómo podría explicarle que yo volvía a ser mi viejo yo, que no bromeaba?

—Hablas como si esperaras al Mesías —dijo.

—Toda espera le hace a uno sabio —dije. Ella asintió mostrándose de acuerdo. A eso podía resignarse.

—Quiero viajar lejos.

Comprobó mi reacción con una mirada un poco insegura pero insistente. Quizá apostó deseando que yo dijera «no lo hagas». La idea de que se fuera lejos me irritaba. Ella formaba parte de mí. Sin ella, mi vida, esa vida a la que estaba acostumbrado, se desplomaría y nada sería ya lo mismo. Mientras ella estuviera a mi alcance, me sentiría seguro.

Con ella lejos, perdería mi última conexión con aquel tiempo pasado.

—¿Adónde? —le dije.

—A cualquier parte. A algún lugar del extranjero.

Pensé en los pasaportes debajo del cojín en el piso de Yorgo. Ella era igual que yo. Los dos apostábamos por escapar como última salida.

—Estoy cansada de este país —continuó—. Cansada de ver imágenes de cadáveres ensangrentados en las portadas de los periódicos.

No podía reprochárselo. Yo mismo había dejado de ver la televisión y leer los periódicos. Se habían convertido en los portavoces de los generales.

—Pero más que nada me da miedo hallar tu imagen ensangrentada en ellos cualquier día. Sé que puede suceder. Sé que eres capaz de todo por ella.

Tenía razón. Estábamos sentenciados, todos los que ayudáramos, escondiéramos o amáramos a una o a un terrorista. Y se nos podía disparar y torturar. Sí, podía suceder.

A Semra le concedieron una beca en una universidad inglesa, no Cambridge ni Oxford, una menos conocida. Empezaría el siguiente otoño, pero opinaba que la espera era larga y se sentía inquieta. Su celo y alegría me hirieron. Inglaterra la encandilaría con sus pueblos rodeados de bella naturaleza, sus museos repletos de tesoros robados y las grandezas literarias con las que no podía competir ningún país. No pasaría mucho tiempo hasta que un mordaz inglés la sedujera con citas de poetas muertos después de un par de cervezas en un *pub*. Me esforcé en esconder mi envidia. Pero ella había desarrollado una desagradable capacidad de leer mis

pensamientos. Me preguntó qué me pasaba y se rio de mis tormentos diciéndome que seguro que no encontraría a nadie más mordaz que yo ni a alguien con más citas en su repertorio. Podía haberme dicho otras muchas cosas que no hubieran sido tan aduladoras, pero quién quería oír toda la verdad.

Un día a mediados de diciembre me sorprendió con la noticia de que se iba a finales de mes. Había solicitado trabajo de *au pair* a través de una agencia. Se disculpó de haberlo hecho en secreto, tenía miedo de que yo lo viera con escepticismo y la hiciera cambiar de opinión. En una especie de desesperación provocada por la urgencia temporal intenté recompensar todas las preocupaciones que yo, ese joven confundido, le había ocasionado. Una simple rosa, un libro por el que había mostrado interés, entradas de cine para una buena película, una melodía dedicada y un beso amistoso. Todo esto provocaba su sonrisa. Entendí demasiado tarde lo fácil que era hacerla feliz.

Esa noche, delante del espejo, dos días antes de fin de año, me peiné con el mismo empeño que cuando tenía dieciséis. Pensé que el bigote era una elección acertada, acentuaba el carácter en mi semblante y colaboraba a borrar los últimos desastrados trazos adolescentes. Un poco más tarde abandoné el piso, contento con mi aspecto y preparado para acompañar a una mujer al aeropuerto, una mujer que tenía que tomar el avión nocturno en dirección a Londres. Deseaba que hubiéramos pasado esa noche juntos, por ejemplo en Çiçek Pasaji, allí estuve el año anterior con una mujer mayor embriagada, una gitana y un grupo de músicos.

Estaba oscuro y fuera hacía frío, algodonosos copos de nieve revoloteaban esporádicos. Se había anunciado una intensa nevada, y yo esperaba que no llegara antes de que su avión hubiera despegado. Por lo demás, me alegraba que nevara. En mi infancia nos deslizábamos en un trineo por las pendientes, nos olvidábamos del frío y llegábamos a casa medio helados. Después pasábamos un doloroso rato al lado de la estufa para reavivar las manos. Tenía lo suyo eso de desafiar el frío.

En el aire había la quietud que precede a una nevada. La gente se había parapetado en sus casas y cedido las calles a la oscuridad que nunca se veía amenazada por la triste luz de las farolas. La parada del autobús estaba un poco alejada, pero a mí me gustaba

caminar con frío glacial y sentir su mordisco en mi piel. Había dos hombres delante de un minibús Ford taconeando contra el suelo. Un humo espeso se escapaba del tubo de escape y el motor ronroneaba al ralentí. Otros a los que también les gustaba tomar aire fresco en lugar del saturado calor de los coches. Quizá ya había entendido que me estaban esperando a mí cuando les vi patear impacientes.

Nadie reaccionaría si yo gritaba, corría o me disparaban por la espalda. Me dirigí hacia ellos. Me bloquearon el paso sin palabras y me miraron con detenimiento comprobando si cumplía sus requisitos. Alguien abrió la puerta del coche desde el interior y me gritó: «¡Sube!». Yo obedecí y me senté enfrente del dueño del coche. El minibús se puso en marcha después de que los dos hombres ocuparan los asientos traseros. Él ya no llevaba gafas con montura dorada, o quizá me había imaginado yo que eran doradas. Ahora eran solo grandes, redondas y de pasta. Si sus zapatos eran italianos era difícil de discernir debido al barro que los cubría. La cara, antes redondeada, ahora la tenía hundida, ojos cansados tras las gafas y barba de dos días.

—Nos hemos visto antes, creo —dijo y me miró como esperando que yo lo confirmara—. ¿Recuerdas a Sevim? Todavía lo tengo en el sótano. Ahora se hace llamar de otra manera. Un nombre masculino. Igual de tozudo. Me gusta.

Volví la cabeza, miré por la ventana y me pregunté por qué no me habían vendado los ojos. No me apetecía hablar, pero debía decir algo pronto.

—Ahora solo nos falta Zuhal. ¿Qué te parece? —dijo, seguro de que esa vez reaccionaría. No tenían a Zuhal, así que podía hablar.

—¿Tenéis mucho trabajo? ¿Os da tiempo de torturar a todos lo que encerráis? —dije. Y sentí movimientos intranquilos detrás de mí. Él los advirtió con una mirada y detuvo a los dos hombres.

—No nos dedicamos a eso nosotros —dijo amable—. En realidad, yo voto a los socialdemócratas. Voté a los social-demócratas —se corrigió él mismo.

—Nunca me han gustado —dije yo.

Se rio. Yo también tenía deseos de reírme. Porque no tenía miedo. No tenía nada que decir ni nada que temer.

—Tuba dice que tú no tienes nada que ver con ellos, solo es cuestión de amor. ¿Debo creerla?

Así que habían cogido a Tuba. Y por eso a mí. Continuaba sin tener nada que temer.

—Seguro que la gente dice muchas cosas raras bajo tortura.

—También dice que Kemal interrumpió el contacto con ella debido a ti. Nos has costado caro, ¿entiendes? ¿Quieres ver a Tuba? Tienes que ver a Tuba. Poco a poco se ha vuelto habladora.

Iba a mostrarme a Tuba, apaleada, ensangrentada, las plantas de los pies destrozadas, cables conectados a los pezones y a los órganos sexuales.

—¿Qué puede traerme de bueno?

—Ah, ¿quién sabe? Entras. Miras. Empiezas a pensar. ¿Vale esto la pena? Quieres tener paz. Pero la paz tiene su precio.

—¿Qué precio?

—Digamos que alto. En un momento puede haber un disparo en medio de la oscuridad. Sin embargo, los caminos del amor son inescrutables. Ella nunca irá a casa de sus padres. Pero puede acudir a ti. Te pones en contacto con nosotros. Sí, será algo difícil de sobrellevar. Por otra parte, así le salvas la vida. ¿Qué importancia tiene un relativamente corto periodo de cárcel en comparación con las balas de las que no es posible arrepentirse?

Hablaba como un viejo sabio un poco cansado de la vida. O quizá solo estaba cansado de hacer girar la manilla del aparato mecánico que producía descargas eléctricas.

—¿Periodo relativamente corto en la cárcel?

—Un Gobierno civil que sucede a un Gobierno militar está obligado a conceder una amnistía.

—Me odiaría el resto de su vida.

—Quizá sí, quizá no. Es un riesgo que debes correr.

—¿Y si no quiero correrlo?

—No tengo nada en contra de ti. Tú seguirás con vida. ¿Pero ella?

Se encogió de hombros. El coche se había parado en un aparcamiento donde una vez había dado un fugaz beso a Zuhal en los labios. Estábamos frente al vehículo, de nuestras bocas ascendía el vapor del aliento.

—Todavía puedes ver a Tuba si quieres —dijo.

—¿Qué puede traerme de bueno?

—Bien, quizá tengas razón. ¿Qué puede tener de bueno?

Además, estoy cansado. Vayámonos a casa. Hasta la vista.

Los otros dos hombres habían entrado en el edificio. Él se sentó de nuevo en el coche.

—Llévame a casa, hijo —le dijo al chófer.

—¡Feliz Año Nuevo! —me dijo a mí.

Yo metí las manos en los bolsillos del abrigo, caminé cuesta abajo y en la calle principal cogí un taxi.

—Se fue hace un cuarto de hora —dijo la abuela de Semra.

Me di media vuelta para marcharme.

—No lo hagas —dijo la anciana—. Se ha hecho a la idea de que no acudirás.

Fuera nevaba más intensamente ahora.

TERCERA PARTE

Febrero de 1981

No sé por qué no viniste a despedirme. Debió de haber una buena razón. Yo prefiero pensar que ni tuviste fuerzas, que tenías miedo de descontrolarte, de mostrar tus sentimientos y quizá llorar. ¿Lloras alguna vez? Yo lo hago a menudo. Tengo que reconocer que lloré un poco cuando cogí papel y bolígrafo y me dispuse a escribirte. Así que, si encuentras borrones en el papel, son lágrimas, no gotas de bebida como igual pudieras pensar. «El angelito» se acaba de dormir. Es un ángel la pequeña Victoria. Nos gustamos desde el primer momento. A pesar de que casi no tengo experiencia con niños, es de trato fácil, muy amable y obediente. Y para chismorrear un poco, ávida de cariño. Hablamos mucho. Se ríe de mis fallos y le encanta corregirme de un modo encantador, precoz. El que afirme que la mejor manera de aprender una lengua es en la cama con un extranjero, se equivoca. Nadie puede ganar a los niños en ese campo. También está tan llena de confianza, mi pequeñita. Le estoy cogiendo gusto a los niños, cuando se duerme en mi regazo mientras escucha los cuentos extranjeros que mi abuela me contaba en mi infancia. La madre es una mujer reservada, siempre ocupada con una u otra cosa. Me llama darling *y tiene pánico de parecer demasiado mandona. ¡Hurra! Por fin alguien me llama* darling. *¿Debería apostar por chicas en lugar de chicos? Me gustaría saberlo. Al padre lo veo poco y por ello no tengo una opinión hecha de él. Hace como si yo fuera aire y evita dirigirse a mí directamente. Todos los mensajes que le conciernen a él se me transmiten a través de la madre. Por lo que sé nanny puede significar «zona prohibida» para los hombres en Inglaterra. Por eso las perspectivas de que pueda molestarme durante las próximas noches, a nivel sexual, o a otro nivel si vamos al caso,*

acudiendo a mi habitación, por el momento son escasas.

Por lo demás, hay mucho que hacer. Entregar y recoger a la niña en el jardín de infancia, limpieza, compra, hacer la comida entre otras cosas. La vida de la au pair no es precisamente a piece of cake, como puedes comprender. (Debes acostumbrarte a una lengua bastarda. Aparte suena bastante posh. ¿No te parece?). A pesar de todo he podido visitar el Museo Británico. Es increíble lo lejos que han llegado, literalmente, robando lo que pertenecía a otros (todavía estoy bajo tu influencia, ¿te das cuenta?). Toneladas de piedra de la Antigüedad en exposición. Traídas de Egipto, Grecia y Anatolia. Una de las salas está dedicada a un monumento romano «traído a Inglaterra con el permiso del sultán». Ese famoso sultán era conocido por preguntarse qué diantre harían con todo ese pedrusco. Así pues, el término «pedrusco» es del sultán y no mío, que conste. A propósito, una pequeña anécdota: Cuando el poeta El Pescador de Halicarnaso fue enviado al exilio a orillas del mar Egeo quedó aterrado al saber que el monumento había sido trasladado a Inglaterra. Entonces escribió una carta al Museo Británico pidiendo con amabilidad que se repatriara el tesoro, porque lucía más en el azul del Mediterráneo. La respuesta no se hizo esperar. «Tomamos en consideración su petición y pintaremos de azul la habitación donde se expone el monumento». ¡Así que no estaba pintada de azul! No se les gana en sentido del humor a estos ingleses. Y para coger más experiencia en este terreno (para tu espanto y horror) fui a un par de pubs *de Londres. Puedo hacerme vieja deprisa antes de que alguien entable relación conmigo. La mayoría de las veces los chicos se juntan con chicos y visiblemente se lo pasan bien sin chicas. El único que se atrevió a acercarse a mi mesa fue uno que resultó ser turcochipriota. Era el dueño del restaurante y tan interesante como el laberinto de metro de la ciudad. Pasaron diez minutos antes de que me ofreciera trabajo de camarera en su local. ¿Qué te parece? No me lo digas. Sé que suena horripilante. Pero dios y el mundo saben que necesito ganar dinero antes de continuar viaje hacia Gales.*

Por lo demás, es delicioso pasear por doquier sin toparse con un general aquí y una columna de tanques allí. Recomendable.

Escríbeme tú también. Tan extenso como puedas. Cuídate (¡Hazlo!). Abrazos y besos. Semra.

La carta iba dirigida al piso de Yorgo. Debió de haber previsto que estaría aquí cuando llegara. Decidí trasladarme de nuevo cuando en la familia hubo novedades que hacían más fácil la decisión. A principios de enero mi hermano recibió la orden de presentarse a hacer el servicio militar en verano. Pronto se convirtió en su pesadilla. Durante varios días deambuló nervioso torturado por la idea, perdió el entusiasmo, se convirtió en su propia sombra. No me lo podía imaginar como recluta en el ejército de los generales golpistas, pero intentaba no influenciarle, ya que no se podía acoger, como yo, a la solicitud de prórroga, una de las ventajas de ser estudiante. Él era simplemente un trabajador y por ello no tenía privilegios. Mi madre intentó primero consolarse con el argumento repetido durante generaciones: el servicio militar es una obligación con la patria. Pero cuando no obtuvo apoyo de nadie, fue ella la que encontró la primera y única solución creativa. Su hijo menor podía irse a Alemania, a casa de su hermano, que entonces ya hacía años que era alemán, sin demasiado contacto con la familia de su viejo país. Los que vivían y trabajaban en el extranjero tenían derecho a aplazar el servicio militar.

Le disgustaba contribuir a la disgregación de su pequeña familia, pero una madre no podía contar con tener a sus hijos en casa eternamente. Demostró ser tan eficiente como con sus palabras. Se encargó de organizarlo todo, escribió a su hermano que, a su vez, se puso contento de poder servir de ayuda al fin y envió una invitación. Con ella mi madre podía presentarse en la oficina local de reclutamiento con serios argumentos para pedir el aplazamiento. Y cuando llegó la hora de tramitar el pasaporte, como el que no quiere la cosa, le pregunté a mi madre si no sería una buena idea que ella acompañara a mi hermano. Viajar al extranjero antes de dejar este mundo había sido siempre su sueño secreto. Se le llenaron los ojos de lágrimas por mi gran consideración y me besó, inconsciente de que para mí sería una preocupación menos que ella estuviera lejos de las fronteras del país.

El día en que partieron, estuve en el andén despidiéndoles hasta que ese tren con destino a Alemania desapareció en una curva. Allí

plantado pensé que ya podía trasladarme al piso de Yorgo sin necesidad de preocuparme de que hombres en minibús Ford pudieran chantajearme maltratando a mi familia. Ahora podía volver allí e iniciar la espera decisiva. Pero ya no estaba seguro de desear que Zuhal volviera. Me había acostumbrado a vivir sin ella. En realidad, cuando abandoné la Estación Central lo que deseaba era estar en aquel tren junto a mi madre y mi hermano.

Entonces fue cuando recibí la carta de Semra. Llegó en un momento en el que necesitaba distraerme de mis preocupaciones. Y le contesté explicándole mis sueños. Clichés sobre paz en la Tierra, igualdad, fraternidad y solidaridad. También acerca de un futuro en el que podría sentir y escuchar música en mí, totalmente exclusiva, nunca había inspirado a otra persona antes. También le hablé de mi sueño de amar sin defraudar ni ser defraudado. No nombré a Zuhal. Cuando Semra leyera mi carta, ninguna sombra turbaría ya nuestra relación. Esa carta me llevaría hasta ella como un perfume de hogar. Nuestras cartas iban a edificar los cimientos de una sólida amistad, por encima de las convenciones. Íntima y peculiar, solo nos pertenecería a los dos.

La segunda carta era de mi madre y mi hermano. Cada uno había escrito un párrafo. Mi madre estaba a gusto en esa pequeña ciudad un poco apartada de Frankfurt. Ella y su hermano se llevaban sorprendentemente bien a pesar de tantos años de separación, y debido a su eterna soltería, le pidió que se quedara todo el tiempo que deseara. Mi madre se preguntaba si el jefe de la fábrica estaría dispuesto a prolongarle la excedencia. No añoraba su país porque la ciudad era casi una «pequeña Turquía». Compatriotas con sus coloridos trajes locales desfilaban los domingos por las calles principales, era algo digno de ver. Al único que añoraba era a su hijo mayor. Mi hermano solo tenía un tema. La última noticia era que había encontrado un trabajo en la fábrica de neumáticos donde trabajaba el tío. Había puestos libres, por si estaba interesado.

Siempre me había gustado recibir y escribir cartas, pero nunca había pensado demasiado en lo importante que estas pueden llegar a ser a veces en la vida de alguien. Lo descubrí entonces, cuando los míos estaban tan lejos y no había otra forma de satisfacer la necesidad de comunicación. Para telefonear no tenía dinero, por supuesto. La profesora, que se percató de mi intercambio de cartas,

se preocupaba más que nada por la calidad de mi escritura y mi nutrición intelectual e insistió en prestarme las cartas de Rosa Luxemburgo a su amado recogidas en un libro. Hasta ese momento había tenido la impresión de que era una dura mujer de acción. La desnuda pasión de esas cartas me sorprendió, para mí fue una revelación de lo compleja y polifacética que llega a ser una persona.

Fue la tercera carta la que me confundió. El sobre no llevaba remitente. Me senté a la mesa con miedo de abrirla. La letra del sobre era bastante corriente, sin ningún rasgo distintivo. Intenté recordar la letra de Zuhal. Si los remitentes eran ella o Kemal —ninguna otra persona además de Semra y mi familia conocían esa dirección—, casi seguro que la carta no traería divertidas historias cotidianas de la clandestinidad. Serían malas noticias, presentía, pero por más que miraba el sobre no descubría su secreto. Lo cogí y rasgué el papel con cuidado como si su contenido pudiera tomar vida y escaparse de mis manos volando.

La carta estaba exenta de frases introductorias. Escrita con lenguaje objetivo, ligeramente formal, sin duda con una intención informativa. Mis presentimientos de algo desagradable en el sobre no carecían de fundamento. Nehir me contaba la trágica historia de su hermano. Había olvidado a Nehir y también que le había dado mi dirección, por eso su nombre no acudió a mi mente cuando especulé sobre el remitente. Ella debió de imaginar que pasara algo así porque empezaba presentándose: «Nehir, de la colonia de verano». El resto de la carta estaba dedicada a Deniz. Después de las vacaciones se volvió un poco raro, introvertido y callado. Su alegre hermano estaba desconocido y, por primera vez en su vida, sospechó que le escondía algo. Fue esa sospecha la que le llevó a rebuscar en su habitación. La pistola escondida debajo de la ropa doblada, más que asustarla, le aclaró las cosas. Por supuesto que no podía hacerle confesar ni avisar a sus padres. En lugar de ello se encaró a él, enfrentándolo. Deniz primero se enfadó, la acusó de fisgona y desvergonzada, pero después se tranquilizó y le contó lo de aquella terrible noche. Ella entendió por qué antes me había mencionado a mí como si me debiera algo. Entendió la frustración que conlleva haberse visto amenazado de muerte, haber sido humillado, sentirse atemorizado y furioso. Pero no podía relacionar a ese pacífico muchacho con un arma de fuego. Intentó consolarle,

estar junto a él para impedir que hiciera algo de lo que podría arrepentirse. Fue de poca ayuda. Él se volvió más y más inquieto y tenía un aire ausente. Pasaba el tiempo con sus nuevos camaradas, vestidos con parcas militares y aspecto sombrío y grave para su edad. Llegaba tarde a casa, de correrías tras haber llenado las paredes de pintadas, las manos llenas de pintura. Una noche llegó muy agitado. Tenía que explicar a alguien lo que había sucedido. Así que se lo contó a Nehir: había habido un tiroteo con fascistas, esperaba que alguno de esos hijos de puta hubiera recibido una bala. Nehir tuvo por primera vez miedo real. Fue entonces cuando pensó en ponerse en contacto conmigo. Pero sucedieron muchas cosas de golpe. Su padre sufrió un infarto y ella se pasaba el día al lado de su cama. Mientras la familia asimilaba el golpe y se concentraba en la lenta recuperación del padre, ella perdió el contacto verbal con Deniz, que tras el golpe militar andaba callado y taciturno de nuevo. Nehir no se lo tomó necesariamente como una mala señal, porque la enfermedad del padre les había afectado tanto a Deniz como a ella. Él terminó con sus correrías nocturnas, entonces se quedaba en casa y aparentaba que el golpe militar no le interesaba, mientras el resto opinaba sobre el futuro del país. Pero una noche no fue a casa y cuando la familia empezaba a sentir preocupación, llamaron a la puerta. Entró un regimiento de policías y soldados, armados hasta los dientes, y pusieron el piso patas arriba. Altivos e irrespetuosos, se comportaron como fuerzas invasoras, gritando órdenes y negándose a responder a las preguntas de dónde estaba Deniz y qué buscaban. Después de insistentes ruegos y el llanto de la madre, el oficial que lideraba la razia irrumpió irritado:

—Puedes estar contenta de que tu hijo esté con vida, mujer. Fue arrestado junto a un grupo de jóvenes por ser miembros de una organización armada ilegal.

Deniz estuvo un mes bajo arresto policial y a principios de febrero fue trasladado a una cárcel militar. Ahora habían levantado la prohibición de recibir visitas. El padre no soportaría tal penalidad, la madre se negaba a ver a su hijo tras las rejas. Nehir se mostró en desacuerdo con la madre y opinó que era importante demostrar a Deniz que su familia estaba con él. Además, se reprochaba a sí misma haber desatendido a su hermano. Pero no

sabía si podría reunir la suficiente valentía para visitar sola a Deniz. Así que me preguntaba si podía plantearme acompañarla en ese aterrador viaje. Deniz me respetaba y, sin duda, valoraría mi presencia. Terminaba la carta con un número de teléfono por si deseaba ponerme en contacto con ella.

No lo deseaba. No quería verme envuelto en algo que no me incumbía. Nada me obligaba a ello moralmente. Ese muchacho había elegido su camino. Yo sentía cómo crecía mi irritación hacia él. ¿Por qué tenía que jugar al libertador? ¿Por qué creía que las armas conducirían a la justicia? No tenía el propósito de ser una especie de padre para él. No contestaría la carta. La decepcionaría pero me olvidaría, de igual manera que yo con el tiempo los olvidaría a ellos.

Por la noche me desperté, salté de la cama después de un vano intento de dormirme otra vez y miré por la ventana. La calefacción central estaba apagada durante la noche y hacía frío en el piso. Una luna llena, un poco difusa, borrosa y trémula colgaba sobre el Bósforo. Me pregunté si Neil Armstrong realmente había pisado la Luna o si había sido un malabarismo propagandístico, un enorme engaño. Solo teníamos la palabra de los estadounidenses y unas vacilantes imágenes como testimonio. En el fondo era irrelevante, los mismos estadounidenses se cansaron de la luna poco a poco. Pero ¿quién había inventado la famosa frase de Armstrong: «Un pequeño paso para mí, pero un gran salto para la Humanidad»? Porque esas eran palabras bien dichas que merecían su puesto en la Historia tanto si habían sido pronunciadas en la Luna o en un estudio. Después de que Armstrong se rompiera la pierna buscando el Arca de Noé en el cráter de Ararat, yo había perdido mi poca fe en que hubiera sido él quien espontáneamente hubiera formulado la inolvidable frase.

Un gran salto para la Humanidad. ¿Era un salto así el que había deseado dar Deniz? ¿No había deseado yo mismo, a su edad, que la gravitación universal se rindiera bajo mis pies? ¿Y no había creído yo que podía mover montañas? ¿Por qué era tolerante con Zuhal, mientras condenaba a Deniz? Deniz había dado un salto que yo no me había atrevido a dar, en el que no había tenido fe. El titubeo, la duda, me había costado perder a Zuhal. Nunca sabría lo que había perdido. Ahora le envidiaba a él. Esta era la razón de mi irritación y

rechazo.

Por la mañana llamé a Nehir. Cogió el teléfono enseguida y me dijo que se había levantado pronto y había estado esperando junto al teléfono; era el día de visita, algo que conscientemente había evitado nombrar en la carta. Debía decidirme sin sentirme presionado por esa información. La alegría en su voz fue mi recompensa, un sentimiento de satisfacción por haber evitado decepcionarla. Ya había decepcionado a suficientes personas en mi vida.

Acordamos encontrarnos en la parada del autobús. Llegó puntual, envuelta en una chaqueta de ante, gorro de lana y bufanda. Estaba más delgada y su rostro, más maduro, había perdido los rasgos de adolescente a lo largo del medio año transcurrido. El ligero maquillaje agraciaba su aspecto en fase de cambio. Estábamos allí parados sin saber exactamente qué decirnos, sonreímos cumplidores y amables cuando se encontraron nuestros ojos y después miramos en la dirección en la que vendría el autobús. Éramos como dos perfectos desconocidos casualmente sentados uno al lado del otro a la mesa de una celebración. Su retraimiento me irritó. Como de costumbre, ni era capaz ni conseguía ocultarlo con mi lenguaje corporal.

—Veo que estás incómodo. Lo siento. Estoy un poco nerviosa. Y tengo miedo —dijo Nehir.

Asentí comprensivo, pero no intenté mostrarme más activo. Yo mismo estaba un poco nervioso, pero debíamos pasar por esto sin producirnos mutuamente un innecesario malestar. Durante el viaje estuvimos callados. Y cuando bajamos del autobús, estábamos en tierra de nadie. Yo pregunté a un transeúnte por el camino que conducía a la cárcel. De la cárcel no sabía nada, pero nos encontrábamos en los límites de la guarnición militar de Hasdal y solo era cuestión de seguir hasta encontrar la caseta de guardia. Una alambrada de espino se extendía a lo largo del camino, que era una avenida con árboles altos. A pesar de la época invernal y los árboles desnudos, era este un lugar sosegado y bello. Nehir debió de sentir lo mismo que yo, me cogió del brazo y me sonrió. No sé por qué me fijé en el entorno porque no era aquel un lugar al que pensara volver.

El camino era poco transitado. Un vehículo militar y dos coches

civiles nos adelantaron, nada más interrumpió el silencio mientras caminábamos del brazo. Pronto llegamos a la caseta de guardia, tal y como nos había indicado el transeúnte, y cuando nombramos nuestro asunto en la puerta principal nos mandaron continuar por la entrada de vehículos que acababa en un vallado metálico, diferente al que bordeaba el camino, había varias franjas y entre ellas caminaban soldados armados. Tras el vallado se hallaban unos edificios grises y sin identidad. Nos mandaron a uno de ellos y nos encontramos con un grupo, mujeres, hombres y niños, en la puerta.

—Llegáis tarde. Acaba de entrar el último grupo de visitantes —dijo el sargento sentado a una mesa desnuda en la entrada a una pequeña habitación igual de desnuda. Eran las tres de la tarde, y por una u otra razón no habíamos reparado en el tiempo. El sargento dijo eso más para constatar el hecho que como un deseo ardiente de mandarnos de vuelta. Tenía aspecto de cansado e infeliz.

—¿A quién? —preguntó.

Nehir contestó.

—¿Parientes?

—Su hermana —dijo Nehir.

—Su primo —dije yo. El sargento alzó la vista para mirarme.

—Solo parientes cercanos —dijo.

Esto era algo que me había temido pero evité comentárselo a Nehir. Cambié el peso, intranquilo, de una pierna a la otra. El sargento alzó la cabeza y me miró con detenimiento. «¿Eres realmente su primo?», preguntaban sus ojos, no sospechando de mí, pero con cierta curiosidad.

—Por esta vez, hermano, ¿comprendes? —dijo.

Asentí. Él se levantó, se dirigió a esa pared desnuda pintada de gris sucio y abrió una puerta del *mismo* color. Se quedó parado ante la puerta entreabierta, la mano todavía en el picaporte y la cabeza inclinada hacia el hombro como si se preguntara si aceptaríamos el reto de entrar. Durante un corto instante pensé que cerraría la puerta con llave detrás de nosotros y no nos dejaría salir nunca más.

La habitación era igual a la primera, desnuda y pintada de gris sucio. Un nuevo sargento estaba sentado a una mesa cubierta con un libro de registro, comprobó nuestros carnés de identidad y registró nuestros datos personales. Hacía su trabajo como un

concienzudo secretario, sin mostrar sus sentimientos. También había dos soldados rasos. Mientras uno me registraba a mí, el otro se limitó a *registrar el bolso* de Nehir. Nos avisó de que la fruta y la ropa limpia estaban permitidas, pero no los libros que llevábamos, desafortunadamente.

La tercera habitación era diferente. Estaba dividida en dos desde el suelo hasta el techo por una malla de acero que la caracterizaba, sin ella el lugar habría sido anónimo, gris y aburrido en lugar de inquietante. La malla de acero tenía dos capas, y entre ellas había soldados que vigilaban y escuchaban las conversaciones entre los familiares de nuestro lado y los prisioneros al otro. Zumbaba como en un nido de abejas. Era una carrera contrarreloj, todos querían decir el máximo de cosas antes de que alguien parara el minutero. Nos apretujamos hacia un rincón. Todos los presos del otro lado eran hombres jóvenes, algunos de mi edad, algunos un poco más jóvenes, otros un poco mayores. Sonreían y se reían, la mayoría, gesticulaban y explicaban; pero las madres, los padres y los hermanos tenían aspecto de preocupados y algunos lloraban. De pronto apareció la cabeza de Deniz por encima de los demás. Su mirada, ávida, iba de lado a lado buscando y finalmente se posó en nosotros.

—¡Deniz, Deniz! —gritó Nehir. Él levantó el brazo a modo de saludo y se abrió paso hacia nosotros.

—Hola, ¿cómo estáis? —dijo relajado, como si acabara de encontrarnos por casualidad. No había cambiado mucho. Al contrario, extrañamente había recuperado su brillo feliz en los ojos. Era el Deniz de los días despreocupados en la colonia veraniega. Hablaba como olas recurrentes de un mar alocado. Preguntó por la salud de los padres, bromeó con la hermana y la llamó «la criatura más bella de la Tierra». Nehir tenía las dos manos pegadas a la malla de acero y miraba intensamente a su hermano como si quisiera atraerlo con la mirada, succionarlo y llevárselo con ella a casa.

—Te has dejado bigote. Te sienta bien. Estoy tan contento de que hayas venido —me dijo. También yo estaba contento. Aunque su tono risueño fuera ensayado, era tranquilizador verlo con tanto coraje.

—Nos tratan bien aquí. Incluso tenemos televisión. Pero hay

rumores de que esto es solo provisional, que nos están preparando una cárcel especial para nosotros —dijo.

El soldado más cercano mandó callar con el dedo índice puesto en la boca y señaló al suboficial que había entrado en la sala de visitas.

—Allí nos destrozarán —continuó Deniz impasible—. ¿Sabes qué? Nos alegramos de ello. Les vamos a demostrar que nunca conseguirán destruirnos.

Comprendí entonces que su alegría no era solo fachada. Era una expresión de orgullo. La lucha no había terminado con el encarcelamiento, apenas acababa de empezar. Miré a mi alrededor con nuevos ojos. El sargento que nos condujo dentro, esos soldados, que a primera vista parecían escuchas y soplones, no eran más que semejantes nuestros, jóvenes y carceleros por la fuerza. Solo que en un lugar y en un tiempo equivocados, por la simple razón de que unas infrautilizadas instalaciones militares habían sido transformadas a toda prisa en una cárcel. Lo mismo era válido para el suboficial que con voz suave consolaba a una anciana. Pero en otro lugar manos voluntariosas preparaban una prisión de verdad para estos jóvenes. Me estremecí contra mi voluntad. Esto que ahora presenciaba se convertiría en un recuerdo agradable en comparación con lo que les esperaba. Ignorando mis pensamientos, Deniz me explicaba la comedia que se desarrolló en el juzgado militar, sobre cómo fueron arrestados sin ningún tipo de pruebas, exceptuando las declaraciones de los policías. No contó nada del periodo de arresto policial; para ahorrarle sufrimientos a Nehir, supuse yo. Nehir quería saber cuándo le soltarían. Deniz se encogió de hombros como si no tuviera importancia. «Cuídala», me dijo a modo de saludo final antes de que le sacaran de la sala.

Cuando bajamos por la avenida no estábamos solos, formábamos una comunidad que se había creado sin necesidad de apoyo en viejas amistades. Me sentía abrumado tanto por la ternura que Deniz me inspiraba como por la intimidad que se había establecido entre los dos. Se había convertido en mi hermano, y por eso yo formaba parte de aquel colectivo. Hablé con un padre que había venido de lejos para ver a su hijo solo unos momentos, Nehir habló con una mujer joven, personas extrañas se conocían y entablaban conversación. En el autobús, nos quedamos callados. Pero este

silencio era diferente al de la ida. Ahora necesitábamos tiempo y calma para reflexionar. Nehir tenía aspecto de estar pensando intensamente en algo que debía decidir.

Empezó a llover cuando bajamos del autobús. Primero hablamos de ir a un café, después fui yo, o quizá Nehir, quien propuso que sería mejor ir a mi casa y hacer un buen té. Tomamos un taxi. Le ayudé a quitarse el abrigo, el gorro y la bufanda. Su pelo exhalaba humedad y ella temblaba. La abracé para parar su temblor. No pensé en nada más, puedo jurarlo; pero cuando miré sus mejillas encendidas, sus ojos entornados y los labios entreabiertos, supe que quería que la besara. Sus labios eran cálidos y dulces. Podía haberlo dejado ahí y aparentar que había sido un beso inocente, pero no conseguí separarme de ella. Con movimientos vacilantes nos deshicimos de la ropa. Sus pechos, pequeños y tersos, eran como un par de capullos de rosa; el vientre, plano; la cintura, estrecha, y las caderas, exuberantes. La piel de seda. Mientras la besaba, la amaba y acariciaba todo su cuerpo, ella se mostraba expectante, tímida y asustada.

Sentada en el borde de la cama, se inclinó y extrañada miró su sexo como si hubiera descubierto su «punto débil». Y a mí me invadió una súbita necesidad de protegerla. El mundo era un peligroso lugar, allí junto a mí estaba segura.

—Tengo que irme a casa.

—Hay algo que debes saber antes de irte —dije.

—¿Sobre la mujer que te has olvidado nombrar?

—Algo así, sí —respondí.

—¿Dónde tienes los cigarrillos? —dijo y brincando por la habitación como una gacela grácil, cogió el paquete de cigarrillos y el cenicero, me puso un cojín en la espada y en cuclillas se sentó encima de mí.

—Eres mi caballo y voy a cabalgarte —dijo y después encendió un cigarrillo, le dio una calada larga sin toser y me lo puso en la boca. El humo me escoció en los ojos—. No te sientas tan conmocionado. Para mí es la primera vez. Pero cuéntamelo ahora.

A mí no me habría sorprendido si hubiera hecho una escena, llorado o como mínimo me hubiera hecho reproches. Pero parecía feliz como un niño dispuesto a escuchar un cuento nuevo. Y yo este ya estaba acostumbrado a relatarlo en diferentes versiones. Esta vez

puse el énfasis en la añoranza y la espera. El amor era abstracto, casi una excentricidad intelectual. Zuhal estaba bien escondida entre sombras. Me la imaginaba como en un sueño. Y cuando entendí que el sueño había acabado, que la espera era en vano y que Zuhal no vendría o no querría venir nunca, Nehir ya había penetrado en mi vida.

Nehir me tapó la boca con mano suave.

—No más. Me gustó tu historia tal y como fue. Sin mí. Me gustó tu historia —repitió—. Me descubrió mucho más de ti de lo que yo podría descubrir durante toda la vida.

No era cierto, por supuesto. Pero ella tenía su forma propia de reducir las cosas. No sabía del todo si era una ventaja o un inconveniente para mí.

—Ahora es mi tumo —continuó diciendo—, escúchame con atención. No me debes nada. Al contrario. Si no hubieras aceptado, nunca me habría atrevido a visitar a Deniz. Para mí era más importante de lo que puedas imaginar.

Se detuvo como si fuera necesario hacer una pequeña pausa para subrayar que la continuación era lo más relevante.

—Eres una buena persona —dijo—. No, no protestes. Es así y me siento segura a tu lado. Hoy cuando vi a mi hermano tras las rejas, tuve una clara revelación. No podía continuar siendo una inocente virgen en un mundo que ya hacía mucho que ha perdido su inocencia. Lo pensé en el autobús. No había ninguna razón para aplazarlo. Estabas sentado a mi lado, el primer hombre y el mejor. No podía ir por ahí esperando que hubiera otro mejor. Además, nadie hace las camas mejor que tú. Je, je. Así que no debes sentirte culpable ni tener mala conciencia o algo por el estilo. No tienes por qué declararme amor prematuro, me ofendería más que otra cosa. Y no debes ponerte en contacto conmigo si para ti no significo nada. ¿Lo prometes?

¿Qué podía decirle? Si realmente creía lo que decía, era más adulta que yo.

—Sí —dije.

—Bien. No pensemos más en ello. Un día nos casaremos pase lo que pase. Pero cada cosa a su tiempo.

Se inclinó hacia adelante, con brillo en los ojos, como si bromeara, conmigo y con el mundo entero.

—Ahora quiero cabalgarte —dijo.

20 de febrero de 1981, en la región del mar Negro

—Despierta —le dijo alguien y la sacudió sin piedad. Era el que hacía la guardia. Se agachó sobre ella para asegurarse de que se había despertado y se fue hacia el siguiente. Ella había dormido a intervalos durante toda la noche. Era imposible dormir de un tirón bajo aquellas circunstancias. Esta condenada lluvia, pensó. Diluviaba, con lluvia fría e ininterrumpida. Acurrucada bajo el improvisado techo de ramas de abeto, envuelta en su manta y en la ropa de camuflaje, su piel quedaba cubierta como en una asquerosa y húmeda membrana fina. Lo que más le irritaba, a pesar de todo, eran las gotas sueltas que habían encontrado una abertura en el cuello de la chaqueta y, heladas, se deslizaban por el cuerpo. La gorra de camuflaje se había deslizado hacia atrás durante la noche dejándola expuesta a la lluvia. Arrojó la manta y se levantó poniéndose primero en cuclillas. Tenía el cuello tenso y también varias articulaciones atrofiadas. Me estoy haciendo vieja, pensó. Acababa de cumplir los veinticinco.

Unas ganas tremendas de mear se presentaron enseguida. Alzó su *kalashnikov*, un arma de toda confianza, un tipo de metralleta conocida por su óptimo funcionamiento bajo cualquier circunstancia. Usó la culata como bastón para apoyarse y avanzó con precaución por el resbaladizo terreno mojado. En el riachuelo aflojó el cinturón del pantalón y se agachó en cuclillas. La orina le escoció al recorrer las vías urinarias. Debía de haber cogido una infección que le había producido unos agudos dolores esos últimos días, y aún le duraban. Se lavó prolijamente. El agua fría y sana le aceleró la circulación de la sangre. Cuando volvió al campamento, estaban todos preparados para la gimnasia matutina. Kemal era extremadamente severo en la exigencia de mantenerse en buena

forma física, así que ella no podía más que obedecer y servir de modelo a los demás como subcomandante que era. Comisario político, pensó medio irónicamente. No habían tenido mucho tiempo para la actividad ideológica en esa última época. Desde que descubrieron su paradero, los días se iban en marchas interminables por terreno difícil y con fuertes dotaciones de fuerzas del ejército pisándoles los talones. Aparte de un par de insignificantes tiroteos, todavía no habían sufrido confrontaciones cruentas con el enemigo. Miró a su alrededor y escrutó los rostros de los hombres y las mujeres camaradas reunidos en círculo. La mayoría de ellos estaba en los inicios de los veinte, solo tres tenían más de treinta años; todos lugareños, campesinos curtidos y silenciosos que soportaban los desafíos más duros sin queja alguna. Conocían bien el lugar que exploraban, guiaban al grupo y hallaban las zonas más apropiadas para la acampada con una precisión que no dependía de mapas ni brújulas. Sus familiares y contactos de los pueblos les proporcionaban comida e información.

Había tres mujeres en total. Zuhal no conocía a las otras dos, que eran también lugareñas. Al igual que a los hombres, Zuhal las admiraba por su actitud exenta de afectación, su resistencia y su optimismo. Conocía bien a dos de los hombres del grupo, porque habían venido con ella de Estambul. Confiaba en ellos sin reservas y, por supuesto, en Kemal y en los hombres que traía para crear la unidad guerrillera. Los tres restantes quizá constituían el eslabón más débil del grupo. Eran de Ankara y se habían quejado por todo desde el primer día. Por la comida, el tiempo, el terreno, las armas y las municiones. No se les podía reprochar que se quejaran de lo último, porque la dotación de armas, dicho con optimismo, era mala. Dos metralletas *kalashnikov*, dos pistolas automáticas de producción francesa, escopetas de caza, tres escopetas de cañón recortado, algunas granadas de mano y escasa munición. Los tres hombres se habían traído sus pistolas y se mostraban en desacuerdo con la asignación de los *kalashnikov* a ella y a Kemal. Este se limitó a contestarles que su misión consistía en apoderarse de las armas del enemigo. Zuhal estaba en desacuerdo con la actitud que Kemal tenía con ellos. Debería ser más severo, hacer uso de su autoridad como líder militar y someterlos a control antes de que se convirtieran en un peligro para la disciplina del grupo. Pero Kemal

no creía en lo que él llamaba «jerarquía burguesa». Esos hombres solo tenían problemas de adaptación y todo iría mejorando poco a poco. Ella hubiera deseado compartir su optimismo.

Todo había ido bien en Estambul. Todavía no alcanzaba a comprender por qué el golpe militar había sorprendido a la organización armada, siempre había creído que formaban una organización sólida como una fortaleza y que estaban muy bien preparados para cualquier cosa. La realidad demostraba que se había equivocado. A finales de diciembre la convocaron a una reunión ampliada del comité central. Ella nunca se había inmutado por las reuniones, dirigía su grupo como una unidad práctica y móvil. Su misión consistía en hacer propaganda armada, estaban equipados para ello, tanto con ideología como con armas y unos pocos pero eficientes hombres que nunca cuestionaron su liderazgo. Cosechar frutos, simpatía y reclutar era misión de otros. Estaba orgullosa de su grupo que había realizado varias acciones sin sufrir pérdidas, humillando al enemigo y ocupando más sitio que nadie en la prensa. Su superior, el eslabón entre su unidad y el comité central en la ciudad, se cubría de elogios y hablaba de miles de activistas en todo el país preparados para luchar contra el golpe. A ella no le cabía duda alguna. Basándose en esta creencia se le ocurrió un plan bien articulado. Se trataba de oponer resistencia al Gobierno militar, y eso debía hacerse pronto. Su propuesta era ejecutar un ataque sorpresa a una guarnición militar de la ciudad, preferiblemente a una división acorazada. Apoderarse de los tanques y demás vehículos blindados y después ocupar las fábricas y los edificios estatales dedicados a la comunicación. Si conseguían separar la parte europea de la ciudad del resto del país, eso les daría buenas posibilidades de organizarse, agruparse y prepararse para una larga guerra civil contra el enemigo. Si Estambul resistía —la ciudad era el corazón del país—, el resto de las ciudades con el tiempo caerían como fichas de dominó. Había hecho cuentas. Con unos cien hombres bien armados se podría ejecutar una operación de este calibre. Ella contribuiría aportando seis de los suyos. Por supuesto que necesitarían chóferes competentes y mecánicos con experiencia en el ejército. Se podía contar con cierta parte de tránsfugas entre los soldados rasos, esto formaría parte de los objetivos. El resto dependería del aparato político de la

organización. Para conseguir el apoyo de la clase obrera tendrían que trabajar muy duro. Pero sin su apoyo no se podía garantizar la victoria inmediata.

La asamblea, formada por ocho hombres, había estado escuchándola en silencio absoluto. Al único que conocía era a su superior. Y este tenía aspecto de sentirse embarazosamente conmovido, mientras otros exhibían una triste sonrisa en la comisura de los labios. El moderador, un cuarentón calvo con un abundante bigote que agudizaba la gravedad de su rostro, tomó la palabra:

—No dudo de tu buena intención, camarada, pero ¿vives en la Luna o es que te has salido de tus casillas? ¿Puedes explicarnos cómo vamos a reunir cien hombres y además bien armados? Hemos perdido cuarenta hombres en las últimas semanas. Fueron arrestados sin que sepamos cómo. Lo único que sabemos es que ahora están en manos del enemigo, les están torturando y debemos prepararnos aún para más detenciones. Tu grupo es uno de los pocos que todavía se mantiene activo. Por eso tu misión es procurar preservar intactos a tus miembros. Lo que menos nos hace falta ahora es un fracaso en una especie de ataque Moneada, Fidel ya lo intentó. Lo que necesitamos son medidas de precaución que puedan limitar los daños y ayudarnos a sobrevivir en este periodo. No quiero oír más disparates cuando ni siquiera podemos garantizar la seguridad de esta reunión.

Se había sentido como una idiota, ridiculizada por un hombre al que no conocía. La habitación llena de humo la mareaba. Si le hubieran pedido que hiciera la comida, se habría marchado sin ni siquiera decir adiós. Pero no lo hicieron. Se encontró a su superior en la cocina abriendo latas y mezclando su contenido en una repugnante masa dentro de una cazuela grande.

—Lo siento —dijo todavía incómodo—. Solo intentaba darte ánimos.

Ahora detestaba a ese hombre en el que antes había confiado, pero debía hacerle una pregunta y él era el único que le debía algo.

—¿Dónde está Kemal? —le preguntó.

Le sonrió, para sorpresa suya, mientras removía la masa de la cazuela.

—Kemal ya ha discutido su plan. Tú estás aquí, en realidad, para

reemplazarlo a él.

Entonces le explicó que Kemal se había ido a la región del mar Negro para organizar allí una guerrilla, con o sin la aprobación de la organización. Zuhal pensó en él con ternura, pensó en todos los lazos invisibles que les unían. Quería trasladarse al mar Negro. Pero la asamblea rechazó su deseo y decidió que sería enviada a Europa para convertirse en la portavoz de la organización en el extranjero.

El tiempo pasaba. O bien olvidaron la decisión debido a todo el caos reinante, o simplemente no consiguieron prepararle un viaje seguro. Si eso hubiera ocurrido antes, habría quedado consternada y habría culpado a sus superiores de ineptitud. Pero ya no le sorprendía nada. Si quisiera, ella misma podría organizar la huida del país. Pero nunca había sido esa su intención, no quería irse al extranjero. En vez de eso, ejecutó con su grupo, en ese periodo, dos logradas acciones. Y se ganó el enojo de la organización. Había actuado sin su aprobación; además, atraer la atención de la prensa había dejado de ser provechoso en esos tiempos de censura. Y la amenazaron con la expulsión. A ella no le gustó y se puso a planificar el ataque a la guarnición militar que había pensado, aunque a menor escala. Sin ella saberlo, Kemal salió en su ayuda. Necesitaban refuerzos. El comité central de la ciudad estaba más que dispuesto a enviar a Zuhal y a un par de miembros más para que llevaran armamento de refuerzo a una guerrilla en la que no tenían la menor fe.

Robaron un camión y empezaron el viaje hacia el mar Negro. Zuhal iba escondida detrás de cajas en la plataforma de carga con el fusil dispuesto a su alcance. Leía un libro a la luz amarillo grasienta de una linterna. Pero con el ajetreo de los primeros días, los soldados de los puestos de control ni tenían el coraje de pararles; y las veces que los pararon, Zuhal salía de la situación desviando el tema, les ofrecía cigarrillos y les explicaba que simplemente transportaban cajas vacías para llenarlas de avellanas y hojas de té de la región del mar Negro. Después de pasar varios controles, más las consiguientes pausas para mear y muchos kilómetros por carreteras locales tras haber abandonado la nacional, el vehículo se paró en un alto sobre el mar en el que el camino de gravilla desaparecía de repente y empezaba un espeso bosque. Aunque era a mediados de enero, hacía frío y había humedad, Zuhal y los dos

hombres abandonaron el calor del vehículo, bajaron y estiraron las piernas aspirando el aire sano de las montañas. Más tarde apareció Kemal con un campesino y una mula. El campesino les dio la espalda incómodo cuando ellos se abrazaron y besaron. Cargaron el equipamiento en la mula mientras el campesino se llevaba el camión al poblado más cercano. Zuhal empezó la marcha cuesta abajo, hacia un profundo valle. Tenía la sensación de haber llegado a casa, esa era la zona donde ella y Kemal habían vivido como dos estudiantes enamorados. Sentía que habían pasado cien años.

La marcha de los primeros días, que a Zuhal le dejó las piernas tensas y cansadas, finalizó en un caserío, según Kemal situado en las inmediaciones de un poblado. El resto del grupo les estaba esperando en el caserío.

En total eran quince, entre mujeres y hombres, ahora sentados en círculo. Zuhal había olvidado la humedad y el dolor en las vías urinarias y escuchaba con fervor a Kemal, que orientaba al grupo sobre los acontecimientos de los últimos días y el plan de acción. Había dos grupos más operando por la misma zona, dirigidos y compuestos por gente del lugar. Se pondrían en contacto si se presentaba la necesidad de ejecutar acciones comunes y dependiendo de las circunstancias. Podían llegar a movilizar alrededor de sesenta personas, como máximo, más o menos armadas. Kemal, inclinado sobre el mapa, orientaba al grupo con autoridad. Era un líder que no ejercía con mano de hierro, el grupo de voluntarios participaba en todas las decisiones. Les pidió que se hicieran cargo de la gravedad de la situación. No estaban allí para jugar a la guerrilla, la época romántica había terminado. Él no podía prometerles más que sangrientas fatigas, su única recompensa sería un certero golpe que debilitaría al Gobierno militar. Por ello, la seguridad del grupo era la prioridad número uno. Existía un delito: la traición. Y una pena: la muerte. Los que tuvieran objeciones podían abandonar en ese momento. Todo el mundo se merecía una última oportunidad para ser honrado consigo mismo. Bien. Era un alivio ver que todos se quedaban.

Zuhal le escuchaba con la misma admiración que había profesado por él antaño en el mundo estudiantil. Muchos le tenían por arrogante y vanidoso, una especie de *prima donna*, pero Zuhal siempre supo que Kemal era leal y honrado. Y ahora se alegraba de

no haberse equivocado. Estaba contenta de que los dos tuvieran la oportunidad de trabajar juntos. Kemal no le demostraba especial interés y la trataba como a una más del grupo. Ella no se ofendió, sabía que la vieja amistad ya no contaba, debían partir todos de la misma base para construir una comunidad nueva. Después de la reunión, ella volvió junto a las mujeres. Y por primera vez sacó el diario de su mochila, lo hojeó todo desde la primera página, blanco, límpido, y durante un buen rato se preguntó cuáles deberían ser las palabras introductorias.
(*El mismo día, Estambul*)

Sentado a la mesa miraba los libros que Nehir había olvidado llevarse. Dos tomos de Mehmet *el Flaco*, la historia del solitario y displicente asesino que se convirtió en una leyenda popular por su capacidad de supervivencia y de escapar de las más increíbles situaciones. Yo no leía los periódicos, no escuchaba la radio, no veía la televisión. La profesora estaba continuamente preocupada por mi nutrición intelectual, me informaba con regularidad y con el mismo entusiasmo que hubiera puesto en impartir conferencias. Había habido tiroteos en la región del mar Negro. El ejército había trasladado a la zona grandes dotaciones militares, helicópteros y aviones de reconocimiento. Mehmet *el Flaco*, que nunca se enfrentó a más de un soldado, no hubiera sobrevivido a esta situación. ¿Esos hombres y mujeres que ahora desafiaban el invierno, allá arriba en las montañas, y a un enemigo superior, tenían más posibilidades de supervivencia que él? ¿Cuál era su fuerza motriz? ¿Desesperación o valentía? Aquí detuve mis pensamientos. El tercer libro se titula *La fábrica*. Y también lo había leído. Un libro turbulento sobre el amor, la traición y los ideales.

Yo había sido infiel. Yo le había sido infiel a Zuhal sin el menor escrúpulo de conciencia. Pensé mucho en ello, durante varios días, sentado a la mesa con un paquete de cigarrillos ante mí. En realidad, no era del todo cierto que no hubiera tenido escrúpulos. Había varias cosas que me atormentaban. Ponderé escribir a Semra y explicárselo. Pero ¿cómo explicarle lo de Nehir? Podía escribirle diciéndole simplemente que debía hacer un esfuerzo para entenderme y llorar después por lo patético que me sentía.

A Zuhal no le debía nada. No recordaba siquiera su rostro, ni su

cuerpo ni cómo era hacer el amor con ella. Pero lo recordaba todo de Nehir. Cuando estaba tumbada de espaldas en la cama, cuando ella preguntó: «¿Hace daño?». Y yo en lugar de responderle me deslicé con cuidado dentro de ella. Cómo jadeaba y echaba la cabeza hacia atrás, su cuerpo tensado en un arco, sus pequeños pechos como picos de colinas; el vientre, una ladera abrupta, y ese sentimiento de conquista. Había sido infiel con Nehir; con esa joven y tersa carne, con esos pequeños y tersos pechos, con el más bello y cálido orificio del mundo y no podía pensar en nada más.
(*El mismo día, en la región del mar Negro*)

La lluvia había cesado. Zuhal sintió al fin el calor reptando por su cuerpo. Se puso a ayudar a las dos mujeres que preparaban la comida. A las mujeres pronto se les adjudicó esa tarea. Y ellas lo aceptaron como lo más natural del mundo, parte del rol femenino. Los demás estuvieron contentos con el reparto. Zuhal decidió que lo discutiría con Kemal para reorganizar esa tarea de manera que quedara incluida en los turnos y les tocara a todos, al igual que las guardias. Tenían rigurosamente prohibido hacer fuego por miedo a ser descubiertos, así que había que reprimir el deseo de una taza de buen té. Charlaba con las mujeres y cortaba rodajas de pan, este no sabía a nada pero se conservaba durante tiempo. La comida era simple y constaba de dos rodajas de pan, un poco de queso de cabra y una manzana seca. Pronto deberían procurarse nuevas provisiones. Las dos chicas, movidas por la curiosidad, le preguntaron si estaba casada o tenía novio. Era la primera vez que Zuhal hablaba con ellas de otra cosa que no fuera el trabajo diario. Y estaba insegura de cómo debía responderles, así que un no era lo más seguro. Ellas opinaban que era una pena porque era tan guapa, dijeron. Sonrió, divertida por la involuntaria mentira del comentario. Un mes en el bosque había ajado su aspecto. Tenía el pelo rígido y enmarañado por falta de lavado; la cara, llena de pequeños arañazos de ramas y matorrales; la piel de las manos, resquebrajada, y sus pies, aquejados continuamente de ampollas, resultado de marchas interminables. Un par de años aquí y me convierto en una bruja, pensó, y al instante se alarmó con la idea. Aquí no había espacio para la vanidad. Lo raro era que cuando estaba en la ciudad y se soltaba el cabello como cualquier mujer

pequeño burguesa, con el objetivo de pasar desapercibida, claro, continuaba siendo solo una camarada más para los hombres de su círculo, admirada y respetada, pero asexuada. Aquí no añoraba las atenciones. Hacía una semana, mientras lavaba su torso desnudo en el riachuelo que atravesaba el bosque, apareció de repente uno del grupo de Ankara, el más gamberro, uno llamado Lucky Luke. No le hubiera parecido más asquerosa la visión de una serpiente deslizándose entre los matorrales. Se quedó allí parado con una cara que expresaba no saber cuál sería su siguiente movimiento. Zuhal cogió el rifle, lo cargó, apoyó la culata en el hombro y lo apuntó, después se dio media vuelta y se fue sin inmutarse por la clase de reacción que le reservaba. Se preguntó si debería prevenir a las otras chicas, pero pensó que eran dos chicas seguras y fuertes que sabían cuidar de sí mismas.

Se respiraba una nerviosa espera en el grupo. Sabían que ese día se toparían con el enemigo. En cambio, Zuhal estaba más aliviada que nerviosa; harta de ser presa de caza, deseaba de una vez por todas actuar como cazador. El plan era sencillo. Tomarían posiciones para tenderle al enemigo una emboscada. No muy lejos del campamento, esperarían a la tropa avanzada que les estaba rastreando. Nadie dispararía antes que Kemal. Su disparo sería la señal para abrir fuego intenso, después se retirarían y marcharían sin pausas hasta que llegara la noche.

El grupo llegó al lugar previsto después de dos horas de firme marcha. El camino de tierra paralelo a la línea final del bosque era la única arteria de comunicación del lugar. Mientras al oeste del camino el bosque ascendía empinado, espeso e impenetrable, hacia el este, a unos doscientos metros, había un despeñadero. Kemal desplegó a sus fuerzas en arco por el lindero del bosque. Zuhal se situó en el extremo del arco más cercano al camino. Kemal estaba a una altura de cien metros detrás de ella, equipado con los binoculares. Los demás estaban escondidos detrás de árboles y rocas. La idea era caer sobre el primer vehículo, que acostumbraba a ir un poco por delante de la columna principal, cuando se pusiera a tiro de sus posiciones. Esto suponía que cuando Zuhal oyera la señal tendría que disparar al vehículo desde atrás. El que estaba más cerca de Zuhal era uno de los campesinos al que Kemal le había prestado su *kalashnikov*. A cambio, él usaría la escopeta del otro

con el objetivo de poder disparar al chófer un tiro mortal.

Zuhal estaba detrás de una roca que la cubría entera. De vez en cuando miraba hacia arriba y comprobaba el camino que serpenteaba por la colina. Desde allí divisaba varios kilómetros de carretera. Las instrucciones que tenía eran de retirase de inmediato si la columna marchaba en densa formación. Hubiera deseado tener un *walkie-talkie*. Empezaba a llover, lluvia fina y afilada como punzadas de aguja. Se puso la capucha, se acurrucó y se calentó las manos con el vaho de la respiración. Lo único que caldeaba su alma era el olor del bosque de abetos. Podía imaginarse que estaba en la ciudad, en un café con vistas al Bósforo y una taza de té al alcance de la mano…

Después de esperar varias horas bajo la lluvia, cambió el tiempo. Primero sopló un viento fresco, después se volvió helado, silbaba en los oídos y la ducha de lluvia le azotaba la cara cada vez que soplaba una ráfaga de aire. La luz se escondía detrás de una densa capa de nubes. Todo quedó ensombrecido, las nubes, el bosque, el camino hacia el valle. De repente, un destello lo volvió todo blanco. Un relámpago de múltiples brazos danzó en los picos de la montaña. La lluvia paró como ahuyentada por la cólera del cielo. Pero el viento no cedía. Se quedó acurrucada un rato largo, la lista de deseos se reducía ahora a una hoguera con cálidas llamas.

El cuerpo le dio una sacudida como si el corazón se le parara durante una milésima de segundo antes de reiniciar los latidos. Llena de pánico, comprendió que había echado una cabezada. Ahora estaba rodeada de más luz. Una espesa franja de bruma lechosa colgaba sobre los picos de la montaña, ondeaba como una enorme sábana blanca. Como si intentara zafarse, pensó Zuhal. Se despegó en silencio de los picos y rodó pesadamente ladera abajo como una avalancha. Ella se protegió instintivamente la cabeza con las manos, como segundos antes de una colisión y pronto se vio envuelta en un blanco mundo irreal. Era difícil respirar, las partículas invisibles de hielo le golpeaban los orificios nasales. Sacó el pañuelo y se cubrió con él boca y nariz.

Zuhal creyó oír ruido de arañazos, la voz dolorosa de la propia niebla que con sus últimas fuerzas se agarraba al precipicio. La visibilidad era nula y la despabiló. Debía abandonar su puesto y retirarse bosque arriba por decisión propia o hacer algo para recibir

instrucciones nuevas. No servía de nada gritar, su voz se la hubiera llevado el viento. Rebuscando en su mochila encontró un rollo de cuerda fina, lo ató a la roca y con precaución, paso a paso, avanzó en dirección al compañero más cercano. Era como si la niebla actuara en contra de su desplazamiento, como si quisiera acapararla para sí misma. Cuando escuchó a Hamit gritar: «Detente o disparo», estaba a menos de un metro del cañón de su fusil. La blanquecina niebla humeaba del fusil, de la ropa, del pelo y de su bigote. Él asintió para dar a entender que había captado el mensaje de ir hasta Kemal en busca de nuevas instrucciones. «Un cordel, buena idea», dijo, sonriendo astutamente, y desapareció en la niebla. Zuhal encontró el camino de vuelta al pedrusco y a su mochila, enrolló el cordel y se sentó. Dirigió la mirada a la niebla, tenía la sensación de que si mantenía la mirada inmóvil y sin parpadear el tiempo suficiente, la niebla descubriría sus secretos.

No sabía cuánto tiempo había permanecido sentada así cuando una ráfaga de viento, con mucha más fuerza que la anterior, sacudió la niebla como golpeándola con un mazo enorme. Y creyó oír de nuevo sus garras rasgar la ladera cuando la masa perdió agarre y con un grito desesperado rodó por el precipicio.

A unos diez, quince metros de ella apareció un *jeep*, como un barco fantasma en medio del mar, con una ametralladora montada en la plataforma de carga a modo de mástil. Zuhal dio un paso al frente saliendo de detrás de la piedra, consciente del efecto que produciría en el chófer y los dos soldados a cargo de la ametralladora. A cara tapada, con capucha y una venda cubriéndole la boca, como la misma muerte emergiendo de los infiernos, abrió fuego con una larga ráfaga de disparos y sintió el cosquilleo de los retrocesos de culata en el bajo vientre. El mecanismo despedía casquillos vacíos. Rectificó el punto de mira apuntando al rastro que, arrancando franjas naranjas, dejaban los proyectiles en el aire y vio que las balas habían pinchado la rueda derecha delantera y reventado la reja de protección del radiador y la luna del parabrisas, que rebotó contra el grueso cuerpo de la ametralladora. Podía haberlos matado a los tres, lo sabía, pero las balas no les dieron. Corrió hacia el coche. El siguiente movimiento decidiría quién iba a morir y quién conservaría la vida.

Los tres soldados estaban ya a cierta distancia. A un par de

kilómetros ante ellos había una columna de camiones. Zuhal vació el resto del cargador y los vio tirarse al suelo. No necesariamente tenían por qué ser cobardes, solo eran jóvenes que todavía no estaban curtidos para la guerra. Quizá la próxima vez lograran ya controlar la angustia y el pánico y podrían mantenerse firmes sin soltar sus fusiles. Zuhal cambió el cargador, agarró el arma y saltó al vehículo. En el suelo había una caja con cartucheras de ametralladora y una caja con granadas de mano. Tenía poco tiempo y debía llevarse lo máximo posible. La ametralladora no se movía, no sabía cómo desmontarla, la zarandeó y, con irritación creciente, la emprendió a patadas con ella.

—Déjame a mí. Formé parte de los efectivos de ametralladoras del ejército —dijo Hamit.

Ese hombre tenía una capacidad única para sonreír ante cualquier situación. Era su rasgo característico, una cálida sonrisa que inspiraba confianza. Hamit desmontó la ametralladora con manos habituadas al trabajo y, junto con dos hombres más, se la llevaron, y también las municiones mientras Zuhal los cubría. El fuego de mortero empezó cuando llegaron a los primeros árboles. Desde la altura a la que estaban podían ver cómo las granadas, a cada nuevo intento, caían más cerca del vehículo y hacían estallar masas de tierra que rebotaban en el aire excavando pequeños cráteres. Cuando llegó la granada certera, el coche se alzó, quedó suspendido de las ruedas traseras un instante sobre el precipicio y después se lanzó ladera abajo en medio de la niebla.

25 de febrero de 1981, Estambul

Escribí dos cartas, dos con el mismo contenido. Una se la envié a Semra, pero la otra no tenía adónde enviarla. Decidí ser honrado y explicarles a las dos que estaba totalmente hechizado por una chica joven. Y que no sentía ni culpa ni vergüenza. Al contrario, tal como sucedió me sentía inocente, un rayo caído del cielo abierto, súbito y casual. No les conté nada más de mi pasión. Semra lo entendería y me apoyaría, con ello contaba al menos. Sobre qué habría pensado Zuhal en caso de haber recibido la carta, no tenía ni idea.

Estaba obsesionado. Pasaba las noches en vela soñando con Nehir. Soñaba que ella estaba tumbada de espaldas a mí, que la abrazaba, que hacía cosas con ella a las que uno solo se atreve en las fantasías. A la vez era considerado y cuidadoso como si fuera de cristal y pudiera hacerse añicos si la soltaba.

Solo ocurría en los sueños. La primera vez que la llamé por teléfono Nehir se mostró irresoluta y desinteresada. Me dijo que estaba algo enferma y que no podíamos vernos. La segunda y la tercera fue la madre quien se puso al teléfono. Fue amable pero reservada, dijo que Nehir tenía gripe. Me sentí desdichado, abandonado, usado y tirado. Estaba furioso, cansado, enfermo de indómito deseo y añoranza, y tenía miedo. Si hubiera tenido coraje, la habría ido a buscar, pero temía así confirmar mis peores suposiciones. Al cuarto intento pude hablar con ella. Confundido e impaciente, le reproché que se mantuviera distante a conciencia. Me quejé como un niño y me puse en ridículo. «Llámame mañana», dijo antes de colgar. No podía vivir sin ella, tenía que traerla aquí como fuera, engañándola, raptarla si fuera necesario y…

Cuando la llamé al día siguiente, no quiso venir a casa.

Sé lo que tienes en la cabeza —dijo—. Pero yo tengo otras cosas en las que pensar. ¿No podríamos ir a un concierto esta tarde? Allí te explicaré de lo que se trata.

Yo no quería asistir a ningún maldito concierto, pero no tenía alternativa. Básicamente solo existía el «sí» en mi vocabulario. La idea de verla sin poder acariciarla me producía dolor. Dolor que arrastré conmigo todo el camino hasta la sala de conciertos en la que actuaría el coro del Conservatorio. Y cuando la encontré a la entrada, la cogí de la mano sin pronunciar palabra y la arrastré al amparo de un portal. La besé intensa y desesperadamente. «¿Tanto me añoras?», me dijo sin aliento. La agarré por las caderas y con los dedos bien apretados contra la tela del pantalón la atraje hacia mí. Le susurré mil fantasías prohibidas. «¿Realmente quieres eso?», me preguntó sorprendida.

En la sala encontramos nuestras butacas y yo me senté. Nehir se quedó de pie buscando entre el público. Cuando saludó a alguien, inquieto, me encendí de celos. Pero me alivió ver que era una chica la que le devolvía el saludo. El coro, formado por alumnos del último curso, cantó sorprendentemente bien un repertorio de clásicos de herencia bizantino-griega fundida en variantes turcas. El público se mostró entusiasta y, por primera vez desde hacía tiempo, podía relajarme y disfrutar de una actividad pública, con la mano de Nehir en la mía. En la pausa salimos al vestíbulo, donde abandoné a Nehir para ir en busca de bebidas. Cuando volví estaba con la chica de la sala. Y nos presentó. Me sorprendí al enterarme de que la pálida joven era la novia de Deniz. Pero intenté disimular mi decepción, charlé un poco con ella y poco a poco, influido por su depresiva tristeza, me volví parco en palabras, como si estuviera en un entierro y ya hubiera cumplido dando el pésame.

Durante el resto del concierto estuve pensando si ese encuentro habría sido casual. No volví a ver a la joven al abandonar el local, y cuando Nehir dijo que quería pasar la noche en mi casa, me olvidé de ella por completo. Sus padres le habían dado permiso para dormir en casa de una amiga. Yo no podía domar mi alegría. «Eres como un niño», me dijo Nehir. Sí, era como un niño al que le han hecho un regalo inesperado. Algunos transeúntes sonreían, otros sacudían la cabeza sin comprender nada y una patrulla con tres soldados me miraron como si fuera un enemigo del pueblo. Yo les clavé la mirada con un poco de encono. Y uno de ellos pegó la mirada en las caderas de Nehir y esa fue mi excusa.

—¿Qué miras? —dije, preparado para lanzarme encima de él sin

pensar en las consecuencias.

—Condenados campesinos que no han visto una ciudad en su vida —dijo un joven a mi lado. Él y su pandilla estaban de mi parte.

—Lo siento, hermano —dijo uno de los dos soldados y se lo llevó calle abajo.

—Debíamos haberle dado una buena tunda —dijo el joven que me apoyaba. Les di las gracias y continuamos. Un trecho más abajo, Nehir me paró.

—Debes controlarte, ¿sabes? —me advirtió.

—No voy a permitir que nadie te mire de esa manera —dije.

Me sujetó las manos y me miró con ojos diáfanos.

—Solo tú. Te prometo que nunca te daré motivos para ponerte celoso. Pero si me quieres, no solamente ahora, sino en lo sucesivo y mientras lo desees, tienes que merecértelo.

—Dime, bella princesa, ¿qué puedo hacer por ti? —dije yo bromeando.

Entramos al calor del autobús antes de que ella se explicara en voz baja. Aquella joven que había conocido en la sala de conciertos estaba buscada por la policía porque la relacionaban con Deniz. Provisionalmente estaba segura en casa de unos buenos amigos, pero no sabía por cuánto tiempo y por eso deseaba abandonar el país. El resto de la historia no me hacía falta oírla. Nehir había encontrado los pasaportes debajo del cojín el día que convertimos la cama en un campo de batalla.

—El pasaporte está pensado para Zuhal. Lo sabes, ¿no? —dije irritado de repente.

—No volverá. Tú mismo lo dijiste —respondió.

—Necesitamos una foto de pasaporte —dije yo entonces.

Abrió el bolso y me mostró un sobre. Su confianza en sí misma y su fe en su capacidad de convencer eran dignas de admiración. ¿O quizá era una inquebrantable confianza en su prójimo y en su potencial capacidad de actuar con altruismo?

—Puede que no resulte —dije—. Nunca lo he hecho antes y puede que el pasaporte se eche a perder mientras cambio las fotografías.

Me tomó del brazo y apoyó su cabeza en mi hombro.

—No me asusta ese peligro porque sé que tú eres un artista —dijo.

Intentaba concentrarme. Me caía el sudor de la frente y me escocía en los ojos mientras observaba el vapor que escapaba en un firme remolino de la abertura de la tetera en el fuego. Me sequé con una toalla, le di una calada larga al cigarrillo y se lo devolví a Nehir. Después, con manos temblorosas, sujeté el pasaporte encima del vapor. Estaba nervioso, no sabía cuánto tiempo debía mantenerlo bajo el efecto del vapor, así que lo retiré enseguida. La cobertura de plástico que cubría la fotografía y los datos personales de la primera página continuaba tan pegada como antes. Mi segundo y tercer intentos también fueron igual de infructuosos. Al cuarto desafié a la suerte, lo mantuve más tiempo sobre el vapor y lo retiré al observar unas gotas en el plástico. Cuando este cedió y pude arrancarlo, respiré aliviado. Agotado por la tensión, como un cirujano tras una operación, sostuve el precioso plástico entre los dedos. Le pedí a Nehir que lo secara cuidadosamente y comprobé el estado del papel. No había sufrido daño alguno. Hice la misma operación con la foto de Zuhal, ahora con más experiencia. La cola ofrecía más resistencia, pero al final, con ayuda de una cuchilla de afeitar, se soltó. El papel estaba un poco húmedo, así que le dije también a Nehir que lo secara. Me senté a la mesa con un trozo de cartón, un lápiz y una cuchilla de afeitar. El siguiente paso era hacer una plantilla de esa parte del timbre que le faltaba a la nueva fotografía. Escruté con detenimiento la foto de Zuhal. Ella me miró con una sonrisa triste, contenta y reprobadora a partes iguales. En la esquina izquierda inferior quedaba una cuarta parte del timbre. Coloqué la fotografía sobre el cartón y cogí la hoja de afeitar. Mis manos estaban oxidadas, no las había empleado en mucho tiempo ni para pintar ni para ninguna otra actividad por el estilo. Se trataba de utilizar la fuerza justa, la mano ni demasiado relajada ni demasiado fuerte. Presioné la hoja de afeitar contra la fotografía y corté los bordes del sello.

Era difícil valorar la calidad de la plantilla recortada en el pedazo de cartón. La coloqué en una hoja satinada y le pasé el pincel con tinta por encima. El resultado era satisfactorio. Nehir había secado el plástico y el pasaporte con un viejo ventilador en desuso del salón que milagrosamente funcionaba. La foto mutilada de Zuhal se quedó encima de la mesa. La cogí y la hice pedazos.

—¿Por qué tuviste que hacerlo? —dijo Nehir irritada—. La

podías haber conservado de recuerdo.

—Tengo otra.

—Ah, claro —dijo.

La siguiente fase no me supuso grandes desafíos. Corté la foto de la joven al tamaño adecuado y la pegué al pasaporte. La chica era más joven que lo que indicaba la fecha de nacimiento de sus datos personales, pero eso no tenía por qué suponer problemas. Después coloqué la plantilla con precisión sobre la foto y le pasé el pincel con tinta. Como la tinta era fresca quedó más clara que la original. Por lo demás, el único fallo que podía percibirse era que los extremos de la parte del timbre nuevo no coincidían al milímetro con el resto. Pero como dice la gente, ni la mismísima hija del sultán es perfecta. La última fase era la peor. Pegar la cobertura de plástico con una plancha en la misma página de antes. Demasiado calor fundiría el plástico. Comprobé varias veces la temperatura de la plancha con los dedos húmedos, y cuando alcanzó un punto que calculé que era el correcto, la aplasté contra el paño que cubría el plástico.

Y ahí quedó pegado el plástico cubriendo la fotografía de otra mujer y también su destino.

—¡Sabía que eras un artista! —gritó Nehir.

Cogí el pasaporte y lo expuse a la luz. La cubierta de plástico estaba en su sitio; pero todos los cantos, por una u otra razón, habían cogido un color ligeramente amarillo, al contrario del resto del incoloro plástico. Sabía que había fracasado, el pasaporte podría pasar un control superficial, pero no tenía grandes posibilidades de superar una detenida revisión.

—Mi bello, bellísimo artista —dijo Nehir besándome.

Durante un fugaz segundo pensé decirle lo que opinaba sobre el pasaporte, pero al instante supe que ya nunca podría decepcionarla.

—Y ahora, ¿qué era lo que querías hacer conmigo? —susurró seductora.

1 de marzo de 1981, en la región del mar Negro

El grupo se había instalado en un claro del bosque, junto a unos pastos, en dos chozas de pastores, tras pasar varios días buscando a la otra unidad armada por la zona. Tal vez se habían cruzado y solo se llevaban un par de kilómetros de distancia, nunca lo sabrían. El plan consistía en reunir fuerzas para hacer frente al enemigo. Pero las cosas no ocurrieron según el plan trazado. Esa vez en las cabañas de pastores podían encender fuego. Habían pasado días largos y fríos, con lluvia, aguanieve y nieve, y para poder sobrevivir tuvieron que correr algún riesgo. Pero a Zuhal lo que más le preocupaba era la disciplina. Kemal, con dos campesinos, había partido hacia un pueblo para recoger comida y la había dejado a ella al mando. Al final del primer día sin Kemal, observó que había intentado hacerlo todo con la misma precisión que él. Eso no suponía un inconveniente, confirmaba que conocía bien los hábitos y sus camaradas parecían contentos de que hubiera alguien que organizara su trabajo. A excepción de los tres de Ankara, que le demostraban continuamente que no era digna sustituía de Kemal. Se reían entre dientes y dejaban escapar escabrosos comentarios sobre «el trabajo de las mujeres» cuando ella les decía que les tocaba a ellos preparar la cena. Zuhal llevaba mal el conflicto y se mostraba irritable, pero los demás la apoyaron. De repente, el grupo quedó dividido en dos fracciones, algo que nunca había pasado estando Kemal. Comprendió que estaba a punto de perder el control pero no sabía cómo solucionar la situación sin perder la estima que los demás depositaban en ella. Para su sorpresa fue Lucky Luke quien al final relajó los ánimos. Apoyó la igualdad entre los sexos opinando que en un campamento de la guerrilla todos los trabajos eran igual de dignos. A pesar de que los enfrentamientos quedaron

solucionados, Zuhal sabía que ya no podía confiar en ellos.

Zuhal fue a acostarse después de hacer la ronda y comprobar que alguien se ocupaba de la guardia. Las mujeres disponían de la más pequeña de las dos chozas. Las dos chicas, cansadas tras las fatigas del día, ya se habían dormido. A Zuhal le costaba conciliar el sueño a pesar de tener el cuerpo cansado. Había dormido mal desde que llegó a las montañas, se despertaba varias veces a lo largo de la noche con el sentimiento de que sucedería algo imprevisto mientras dormía. Todavía estaba despierta cuando la puerta de la choza se abrió y sintió el foco de una linterna en la cara.

—¿Estás despierta, camarada? —susurró una voz. Y ella encendió su linterna. Era uno de los hombres que hacían la guardia.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? —preguntó mientras la angustia de lo imprevisible y su propia insuficiencia iban creciendo en su interior.

La cara que el hombre enfocó era como una máscara de pesadumbre color ceniza.

—Iba a despertar al siguiente para la guardia, cuando me di cuenta de que… ellos… los tres… los tres tipos de Ankara… no estaban —tartamudeó él.

La intuición de una catástrofe, la disgregación del grupo, estimuló la capacidad de su cerebro.

—Despiértalos a todos. Preparaos para evacuar a la primera señal y mándame Hamit.

Ella cogió el fusil, despertó a las chicas y les explicó con pocas palabras lo que había sucedido. Al acabar, entró Hamit preparado para actuar. Estaban todos reunidos fuera. Se sentía tan segura y firme como ante un mitin de la asociación estudiantil.

—Camaradas. Lo peor que puede ocurrirle a una guerrilla nos ha pasado a nosotros. Tres de los nuestros se han fugado. Mi obligación ahora es encontrar a los traidores y castigarlos. El vuestro es manteneros unidos y conservar la serenidad. Para ello, la unidad central se adentrará en el bosque. Y dejaremos un puesto con ametralladora en el lindero del bosque. Hamit y yo partiremos enseguida para seguir el rastro de los traidores. Vosotros esperaréis a Kemal y a los que van con él y a que regresemos nosotros. Si ninguno de nosotros dos ha aparecido antes de mañana al mediodía, abandonaréis las posiciones y os adentraréis hacia lo profundo del

bosque. Es todo. Suerte.

Hamit no necesitaba instrucciones, ya husmeaba como un perro cazador y pronto encontró en la nieve las huellas de los tres. La pegadiza capa de nieve era como una mano auxiliadora de la naturaleza en medio de la oscuridad invernal. El abierto terreno estaba rodeado de bosque por tres lados y descendía hacia un río que se curvaba y fluía hacia el poblado más cercano. En la oscuridad, los contornos del paisaje se divisaban mal, pero las huellas de los pasos se desviaban claramente hacia el oeste, hacia el bosque. Todo parecía indicar que los fugitivos caminaban siguiendo el lindero del bosque como una tripulación temerosa de perder de vista la línea costera y… A Zuhal le dolía no haber adivinado lo que se traían entre manos esos tres. ¿Lo habían planeado hacía mucho y solo esperaban una ocasión propicia como la que se había dado con la ausencia de Kemal? ¿O era una consecuencia del último conflicto? ¿Cuál sería realmente su objetivo, pasarse al enemigo? Eso supondría un fuerte golpe para el grupo, porque hasta la fecha habían conseguido crear la ilusión de que eran fuertes y estaban mejor organizados de lo que realmente estaban. ¿O simplemente era un acto humano guiado por el deseo y la esperanza de poder reunirse con los suyos, lo querido y añorado? También le dolía haberlos tildado de traidores. Pero lo dicho, dicho estaba. Fuere cual fuere el motivo que los guiara, debía encontrarlos y darles su merecido para dar ejemplo y dejar claro que poner en peligro la vida de los camaradas con actos irresponsables era inaceptable. Ninguno de los tres se había llevado un arma. Solo un poco de comida y bebida, por eso no esperaba encontrar resistencia. Pero a cada segundo que pasaba se encendía más, a cada arañazo de una rama, a cada difuso grito en la oscuridad del bosque se predisponía a disparar a quien fuera, quizá a una persona indefensa.

El bosque, por la noche, era un lugar hostil. La oscuridad se agazapa contra la piel como una gruesa manta que se torna impenetrable. Era peligrosamente silencioso, como si durmiera y pudiera irritarse al ser despertado por intrusos. Los animales dormían, solo el angustiado aullido de un lobo solitario rasgaba el silencio a lo lejos. Zuhal estaba agradecida de tener a Hamit consigo, sabía que sin él ya se hubiera dado por vencida y vuelto al campamento. El bosque les deparaba trampas e interponía invisibles

obstáculos. Zuhal tropezaba y se caía una y otra vez en el resbaladizo suelo.

Al final se quedó tumbada sin fuerzas, con la cara aplastada en el fango. No deseaba levantarse. Solo quería descansar, quizá dormir un rato.

—Levántate, camarada. Todavía nos queda mucho —le dijo Hamit con voz paternal y suave.

—Dime, ¿qué posibilidades tenemos de cogerlos? —preguntó sin alzar la cabeza.

—Buena suerte, dijiste al irnos. Creo que con un poco de suerte quizá lo logremos.

Se levantó y se apoyó en Hamit hasta que encontró el ritmo de nuevo. Eran hermanos de armas, ella y Hamit. Confiaba en él. Se secó el fango de la cara con un pañuelo y se rio.

—¿De qué te ríes, camarada? —le preguntó Hamit escéptico.

—¡Y yo que acababa de darme un baño de espuma! —dijo y se rio de nuevo—. De acuerdo. Tú mandas. Tú decides si hay que rendirse o continuar.

Faltaban algunas horas para el amanecer. No penetraba luz alguna en el bosque. Zuhal continuó caminando echando los hígados por la boca, solo con ayuda de las escasas reservas de firmeza que le quedaban. De repente, Hamit cayó de rodillas como presa de un éxtasis sagrado en un ritual religioso, como en el rezo matutino. Con un gesto de la mano la detuvo, sin mirarla, inclinado hacia delante, con la vista a ras de suelo. Después se levantó, le pidió que le esperara allí y desapareció sigilosamente entre los árboles. Zuhal fue a mirar qué había descubierto Hamit como una revelación. Las huellas de pasos de los tres, que hasta allí se dibujaban por separado, ahora se entremezclaban en una caótica danza. Entendió el por qué un poco después. Una de las huellas de pasos dejaba de ser regular y se convertía en un trazo largo, resultado de arrastrar el pie con la tracción del cuerpo. Uno de los hombres se había accidentado, quizá había tropezado o caído y se había hecho un esguince. Zuhal se sentó al pie de un árbol y cerró los ojos. Fue como el dormir de un zorro torturado por el constante estado de alerta. Pero a pesar de ello soñó. En el sueño estaba con su padre en casa. Los dos sentados en el balcón mirando las estrellas. Era un sueño silencioso en el que no ocurría nada más. Se

despertó por un cambio de la presión del aire y del entorno. Hamit, dúctil y silencioso como una fiera, estaba junto a ella.

—Soñaba —dijo.

—Debe de haber sido un sueño corto —dijo él de mala gana como si le reprochara haberse dormido—. Están a poca distancia de aquí —continuó—. A unos quinientos metros. Hablan. Quizá peleen. Uno de ellos está tumbado. Debe de ser una pesada carga para los otros dos. Tenemos que darnos prisa antes de que le abandonen.

Él guiaba. Zuhal estaba ahora despejada, extrañamente descansada. Las manos apretadas al fusil no sentían el frío glacial, su cuerpo caldeado y tenso, caminaba ligera. Era como si continuara soñando y nada de lo que pasara fuera real. Perdió la sensación de espacio y tiempo y solo volvió en sí cuando Hamit tuvo que dirigirle la palabra. Esto alarmó a los tres hombres. Ella pudo ver sus siluetas, pero no sus rostros. También pudo ver que dos de ellos se daban la vuelta para huir. Hamit corrió tras ellos mientras ella se dirigía al tercer hombre, sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol. Se agachó para poder reconocer su rostro. Lucky Luke no parecía sentirse feliz. Los sufrimientos que expresaba su cara eran tan profundos que no podían deberse solo al dolor físico. Primero escucharon un disparo, la detonación se volvió un eco creciente que rebotaba de árbol en árbol. Y después sonó un disparo más.

—¿Qué fue? —dijo Lucky Luke y se acurrucó. La mirada no abandonaba el fusil de ella.

Zuhal no respondió. El hombre parecía querer hablar, solo hablar, de lo que fuera, como si fuese su último deseo.

—Tenéis que ayudarme a llegar al campamento —dijo.

Ella se preguntó dónde se habría lesionado. No había traído la mochila consigo. ¿Cómo le curarían la herida? Volvió Hamit con el fusil mal colgado en el hombro y un recién encendido cigarrillo en los labios.

—Desaparecieron —dijo sin esperar la pregunta y le dio el cigarrillo a Lucky Luke.

Hamit la miró. Ella se volvió hacia el hombre lesionado.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —le preguntó.

—Bariş. Ahora ya lo sabes, no puedes matar a alguien con nombre. ¿O sí puedes?

Su corazón se quedó tan helado como el dedo puesto en el gatillo. Tenía razón. No podía.

—Venga ejecútalo, camarada —escuchó que decía Hamit impaciente.

—No, dejémoslo aquí. Vamos. —Y se dio la vuelta contenta de su decisión. Cada paso la alejaba de matar a sangre fría. Entonces oyó un tercer disparo. Le pareció haber gritado, pero no era su propia voz. Sus oídos todavía estaban llenos del sonido de la detonación. Se dio la vuelta, y corriendo se lanzó a los brazos de Hamit, que le apretó contra su pecho.

—No te preocupes. Lo llevaré a mis espaldas el día del juicio final —dijo sin atisbo de ironía en la voz.

Caminaron en silencio un rato, cada uno con sus pensamientos. Hamit se detuvo para encender un cigarrillo. Quizá ella no lo habría rechazado si le hubiera ofrecido uno. Pero él no lo hizo. No porque fuera descortés. En su mundo, las mujeres estaban preparadas para matar pero no fumaban.

—Todo el mundo tiene un nombre, por si no lo sabías —dijo. Zuhal quiso llamarlo y explicárselo. Pero quizá eso complicaría la concepción que él tenía de los inadaptados urbanitas. Su alma sencilla contaba con soluciones sencillas y posiblemente eso lo convertía en un superviviente más competente que ella.

La mañana trajo buen tiempo ese primer día de un retrasado invierno. El sol brillaba, calentaba y fundía la delgada capa de nieve húmeda descubriendo la hierba todavía no verde, aún quemada y marrón. Abajo fluía el río con reflejos al brillo del sol, y los pájaros aleteaban a lo largo del lodazal de la orilla. Esa fue la imagen que se toparon al llegar al final del bosque cercano a las chozas. Zuhal barrió el paisaje con sus prismáticos. En el lindero del bosque, al otro lado de los pastos, pudo ver el puesto con la ametralladora y detrás a Kemal hablando con los demás. La alegría la embargó en el mismo instante de divisar la conocida figura de Kemal, su largo pelo ondeando al aire, la poco poblada barba como heredada de un tiempo lejano; no duró nada. Los gritos de pájaros y el chapoteo de innumerables alas hicieron que dirigiera la atención hacia el lodazal. Escondidos entre los juncos, marchaban agachados en una larga fila. Señaló en esa dirección sin apartar los ojos de los prismáticos. Sintió que Hamit se arrodillaba y con la mira de su

fusil inspeccionaba la misma zona. Los soldados desaparecieron y aparecieron de nuevo detrás del espeso matorral. No podía decir cuántos eran, pero eran muchos.

—Dispara al del extremo —le ordenó ella.

Hamit disparó. El hombre se encogió y se desplomó despacio. En el lodazal se produjo un caos de movimientos. Cuerpos presas del pánico en retirada y hordas de pájaros aleteando. Zuhal enfocó de nuevo a Kemal. Él había comprendido la situación también con ayuda de sus prismáticos y estaba ya a punto de dar instrucciones a los efectivos al mando de la ametralladora.

Las balas de la primera ráfaga de disparos rebotaban en el agua sin herir a nadie, debido a la gran distancia. Pero tuvo un efecto disuasorio. Los soldados que habían llegado a tierra seca se tiraron al suelo. Zuhal y Hamit corrieron por el filo del bosque. Los últimos doscientos metros que separaban las dos zonas de bosque eran de terreno descubierto. Echaron a correr sin titubeos y salieron de la protectora armadura que les proporcionaban los últimos árboles. Ella sabía que los habían descubierto y que les disparaban, pero a sus oídos solo llegaba el silbido del viento. La ametralladora escupía ahora sin parar para cubrirlos. Las piernas le pesaban como plomo, clavadas en la tierra embarrada. A cada momento temía que una bala la abatiera por la espalda y la tirara al suelo. Se le nublaban los ojos y el único sonido de su propia respiración llenaba sus oídos. Cuando sintió que le fallaban las fuerzas, quiso tirarse al suelo y abrazarse a la madre tierra.

—Sabía que lo conseguirías —dijo la voz de Kemal.

Les rodearon todos. Le costó recuperar la respiración y enfocar la vista. Kemal ya estaba organizando al grupo. Pidió dos voluntarios para quedar al mando de la ametralladora y cubrir la retirada.

—Yo —dijo Hamit y dio un paso al frente.

—Y yo —dijo una de las chicas—. Sería una falta de respeto abandonar a mi tío. —Y se sonrieron mutuamente. Zuhal no sabía que eran tío y sobrina, nunca habían dado esa impresión. Cogió a Hamit de la mano y le dio un abrazo.

—No te preocupes. Os alcanzaremos enseguida. Le prometí a mi hermano que cuidaría de ella —dijo Hamit.

El enemigo había llegado a las chozas y se había posicionado

detrás. El grupo se dividió en pequeñas unidades y se adentró en el bosque en retirada. Como era de día, les protegía de nuevo. Zuhal caminaba junto a Kemal y lo miraba con insistencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kemal.

—¿Hamit y su sobrina? —dijo ella.

—No temas. Cuando se internen en el bosque nadie les podrá hacer daño.

Ella caminaba y la cacofonía de la ametralladora que todavía podía escuchar la tranquilizó. Sabía que los soldados no se aventurarían a traspasar el terreno descubierto bajo fuego abierto. Entonces oyó un sonido nuevo, diferente de los disparos corrientes de fusil de los soldados y de las ráfagas de la ametralladora. Era como si un motor trabajara duro para ponerse en marcha, sin jamás conseguir pasar del instante de arranque. Tac, tac, tac, tac. De repente supo que eran las hélices de un helicóptero. Se detuvo y prestó atención. La ametralladora funcionaba como si midiera sus fuerzas con las de las hélices del helicóptero. Hamit no había abandonado la ametralladora. Ella sabía que nunca lo haría. Y quiso correr para volver y rescatarlos, a él y a su sobrina, y ponerlos a salvo en el bosque. Primero escuchó un zumbido irascible que se disipó rápidamente en el aire, después una explosión que no se parecía a ninguna explosión conocida. Las llamas que se alzaron enseguida lanzaban una luz artificial sobre el bosque. De inmediato, un silencio significativo lo cubrió todo.

5 de marzo, Estambul

—Lo siento —dijo la joven—. He hecho algo imperdonable olvidando tu nombre. Después de todo lo que haces por mí.

Yo mismo había olvidado su nombre tras la escueta presentación de Nehir y desde entonces la llamaba la novia de Deniz.

—Mi nombre es Bari§ —respondí conciso.

—Bonito nombre. ¿No es paz lo que necesitamos ahora? —dijo.

Yo ya había devuelto mi precaria atención al periódico que sostenía, así que ella se dio la vuelta y suspiró como si «paz» fuera un novio que la había decepcionado y abandonado. No sabía que motivó a mis padres para ponerme este nombre, pero llamarme «paz» en un mundo escenario de tantas guerras me resultaba problemático. Parecía un pequeño intento rentable para alcanzar algo utópico. Por eso Zuhal se negaba a llamarme por mi nombre, no necesitamos paz, sino una fervorosa voluntad de lucha. Los nombres poseían una desagradable tendencia a burlarse de nosotros, así era en el caso de Zuhal y el mío. En cambio, Nehir salió bien parada. Ella era un río tranquilo, salvaje, profundo, bello e impredecible.

Nehir me malinterpretó cuando le mencioné que deseaba viajar con la joven. Su reacción fue inesperada.

—Has terminado conmigo, y ahora ya puedes irte, ¿no? Quieres escaparte, hace tiempo que lo deseabas, ¿no?

No sé por qué reaccionó así. Quizá temía realmente que me fuera y la abandonara. Armándome de paciencia le expliqué que solo pretendía acompañarla y dejarla a buen recaudo, porque seguramente se encontraría muy sola. Era verdad, pero no toda la verdad. No podía explicarle a Nehir que la novia de Deniz iniciaría el viaje a su futuro con un pasaporte dudoso y por eso sentía la obligación moral de acompañarla por si ocurría algo malo. Como el agua turbulenta que vuelve a su cauce, poco a poco se tranquilizó y

me ahogó en multitud de pequeños besos.

—Eres mi héroe —dijo.

Sí, un héroe de mal grado. Y con la moral como una fina y tensa línea, tan tirante como mis nervios. Solo esperaba que no se derrumbara por los suelos en el último instante.

Tenía que hablar con alguien que no fuera Nehir. La profesora era la única persona en la que confiaba sin paliativos. Además debía tener conocimiento de lo que me traía entre manos en caso de que no pudiera volver. Quedó demostrado que fue una sabia decisión. La profesora tenía buenos consejos. Debíamos evitar los aeropuertos muy vigilados debido a acciones anteriores. El autobús era la forma menos arriesgada de salir del país, pero no por la frontera búlgara. Los búlgaros practicaban una política opresora contra las minorías de origen turco y eran propensos a investigar detenidamente a todos los turcos. Los griegos, por el contrario, era de prever que harían la vista gorda con los refugiados. Todavía había otra ventaja con Grecia, la profesora nos podía dar la dirección de un buen y eficiente amigo que conoció a través de Yorgo cuando todavía mantenían contacto. Vasili Andoniadis era un emigrante de Estambul y tenía una librería en Atenas. Le escribiría avisándole de nuestra llegada. La decisión estaba tomada. Durante los siguientes días organicé y pagué el viaje. Conservaba parte del dinero que Soldado me había dado para situaciones de emergencia, y Nehir y la profesora también contribuyeron generosamente. Compré los billetes de autobús, ida y vuelta para mí, y cambié el resto del dinero en dólares para comprar el billete de avión hasta Atenas.

Nehir nos acompañó a la estación de autobuses. Fuimos al mismo café donde despedí a Gülnur tras la muerte de Levo, tomamos té y aguardamos a que el autobús estuviera listo para el viaje. Esta vez era yo el que estaba sentado en el autobús mientras alguien me despedía desde la plataforma. Agité la mano haciéndole señales de que no era necesario que esperase. A pesar de que no podía oírme, entendió mi mensaje y me hizo gesticulaciones para darme a entender que quería esperar a que partiéramos. No podíamos apartar la mirada el uno del otro. Era triste para los dos, pero su tristeza, que intentaba esconder detrás de una sonrisa valiente, era una tristeza tan desnuda que me descubrió su honda preocupación de que ese autobús me alejara de ella para siempre.

Deseé bajarme, abrazarla y quedarme a su lado. Pero el fino sedal que me unía a la otra mujer a mi lado me retuvo. Y no conseguí reprimir las lágrimas. Al final vi a Nehir correr tras nosotros como una pasajera que acaba de perder el autobús.

El chófer nos avisó de que fuéramos al puesto de control fronterizo para que nos sellaran el pasaporte al acercarnos a la frontera. Mientras hacíamos cola tenía el cuerpo entumecido, estaba nervioso pero intentaba calmarme lo mejor que podía. Mi acompañante estaba delante de mí. Se dio la vuelta y me miró con ojos interrogantes. Hasta aquí, consciente o inconscientemente, había rechazado toda idea de cuáles serían las consecuencias si nos detenían. Deberíamos habernos puesto de acuerdo para dar la misma explicación. Que Nehir pudiera verse envuelta en ello, no se me había ocurrido hasta entonces. Maldije mi torpeza, pero era tarde para derramar lágrimas sobre descuidos irremediables y sonreí para animarla. Entonces le tocó a ella el turno. Mi corazón dio un brinco cuando depositó su pasaporte en la ventanilla. El tiempo que transcurrió fue eterno. Cuando finalmente se lo devolvieron y con paso ligero se dirigió al autobús que esperaba en la zona de tránsito, me sentí tan aliviado que era capaz de tolerar que me pasara de todo.

—Esta fotografía no se parece a ti —dijo el policía de la ventanilla.

—¿Perdone? —dije yo sorprendido por un contratiempo inesperado.

—No llevas bigote en esta fotografía —me explicó con signos de impaciencia.

—Es verdad. Me dejé bigote después de hacérmela —dije yo maldiciéndome por no haber reparado en el detalle.

—Ah, sí —dijo empleando un tono que indicaba que no le había convencido—. Veo que has salido y entrado muchas veces del país.

—Vivo y trabajo en Alemania —dije yo más relajado. Formaba parte de mi falsa historia, debido a que los dos visados eran para ir a Alemania, falsos, claro.

—¿Por qué has elegido Grecia como ruta de viaje esta vez?

Debía encontrar rápidamente una explicación.

—No deseaba pasar por Bulgaria, esos hijos de puta obligan a nuestros hermanos compatriotas a cambiar de nombre —dije.

Eso le gustó. Pude notarlo por el activo meneo de cabeza que hizo para confirmar lo que yo decía. Olvidados quedaban los griegos como los peores enemigos que hacía poco habían sido. Ahora era Bulgaria la que había asumido ese papel.

Me devolvió el pasaporte y me deseó buen viaje, yo le di las gracias. Había pocos metros entre yo y el autobús. Mi acompañante, junto a la puerta, me hacía señales con la mano.

—Eh, tú. ¡Vuelve! —gritó el policía. Y se me paró el corazón. Guardias armados patrullaban por los alrededores y a pesar de que mis rodillas querían echar a correr desesperadamente, no tenía la menor posibilidad de llegar al lado griego. Y volví, volví despacio.

—¿Podrías hacerme un favor? —me preguntó, sin voz autoritaria esa vez, sino sonriente y amigable—. ¿Puedes comprarme un cartón de cigarrillos en la tienda *duty free*? Ah, maldita sea, ¿qué he hecho con mi cartera?

—Olvide el dinero, señor oficial, tómeselo como un regalo de mi parte —dije. Era fácil dejarse corromper en medio de la borrachera de alegría que tuve. Corrí hasta la tienda *duty free*.

El aduanero griego nos despidió agitando la mano. Agotado, me quedé dormido durante el resto del viaje.

Tomamos un taxi en la terminal de autobuses. Atenas era una ciudad diferente a Estambul, pero el tráfico me hizo sentir en casa. Vasili Andoniadis nos acogió con los brazos abiertos en su sombría y ligeramente húmeda librería, con un caos de libros esparcido por estanterías, mesa y suelo. Era como si hubieran regresado unos añorados amigos. Era viejo, pero vigoroso, de pelo encanecido, bigote robusto y rostro redondeado y jovial.

—¡Qué bien recibir visita de Estambul! —dijo varias veces con ese acento con el que él y generaciones de antepasados suyos hablaban, casi un dialecto turco propio, a punto de desaparecer.

A pesar de nuestras protestas, cerró la tienda pronto y nos llevó a su casa, situada a pocas manzanas de allí. Tía María, que desde el primer momento quiso que la llamáramos así, era la encarnación de una madre, tal y como nos era familiar por los barrios de Estambul. Su hospitalidad era conmovedora y culminó cuando el hijo de la familia, Lefter —conocido en su tiempo como el más grande jugador de fútbol griego de origen turco—, llegó a casa del trabajo, ahora empleado social en un centro de acogida para refugiados de

las inmediaciones de la ciudad. Cenamos, la mesa estaba adornada con platos exquisitos, como si mi madre y tía María hubieran estado juntas cocinando. Mientras la familia Andoniadis bebía el *raki* que yo había traído, nosotros saboreábamos su *ouzo* y de nuevo estuvimos de acuerdo en que las diferencias entre nosotros eran pequeñas. La comida duró lo mismo que la conversación, al principio más centrada en el viejo país y los inevitables cambios urbanísticos de la ciudad, Constantinopla-Estambul en nuestra conciencia colectiva.

Poco a poco la charla fue desplazándose hacia el golpe militar y lo que nos traía allí. Lefter, un treintañero moreno, todavía soltero, vivía en casa de los padres. Había abandonado Estambul en 1960, a los nueve años, y había vivido la cara oscura de su nuevo país como joven encarcelado durante la Junta Militar en Grecia. Estuvo encarcelado cuatro años hasta el colapso de la Junta en 1974. Por eso no había dudado en abandonar su trabajo de profesor y entrar a trabajar en el nuevo centro de acogida para refugiados turcos. Pero rápidamente nos desaconsejó solicitar asilo en Grecia, porque las condiciones del centro eran inadecuadas para una joven; plazas limitadas, libertad mínima, mucha frustración, conflictos internos entre las facciones radicales de izquierda, y además pocas posibilidades de obtener posteriormente asilo en otro país. Su propuesta era la de intentar mandar a la novia de Deniz de inmediato a Alemania, y gracias a viejos camaradas que ahora ocupaban cargos en la policía y en la aduana, contaba con que el asunto iría bien.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿No es esta una buena ocasión para alejarse de Turquía y esperar que la situación del país cambie?

El desafío era tentador. Psíquicamente era una persona infeliz en mi propio país, desilusionado y desesperanzado. Había planeado este viaje hacía mucho, en realidad pensando en Zuhal. Salir del país y empezar una nueva vida en otro podría salvarme de la perdición total. Nehir podría reunirse conmigo más tarde, podríamos encontrarnos en uno u otro lugar del mundo.

—No, gracias. A mí todavía me queda algo bueno esperándome —dije.

En el curso de la noche, Lefter contactó con sus amigos por teléfono. Cuando finalmente le dieron garantías de una segura

partida, reservó un billete de ida a Alemania en el avión matutino del día siguiente. Yo mismo escribí una carta a mi madre en Alemania y le pedí que acogiera a la posible joven que le llevaría una carta, en caso de necesitar personas amigas. Aquella noche dormí con el alma en paz en un colchón tirado en el suelo que tía María había convertido en cama.

Nos levantamos pronto por la mañana. Después del desayuno me despedí de la chica que no había tenido tiempo de conocer. Lefter la llevó en coche camino de su nuevo futuro.

Vasili insistió en acompañarme hasta la frontera para asegurarse de que pasaba la aduana. Tía María nos preparó un atadillo con pan y salchichón para cada uno, derramó lágrimas de madre y agua sobre nuestras cabezas como símbolo del deseo de un pronto reencuentro. Vasili me divirtió durante el viaje con divertidas historias del mundo de los libros. En la frontera charló con los aduaneros, que me saludaron amigablemente, me llamaron «vecino» y llevaron a cabo el control evitando preguntas molestas. Nos abrazamos prolongadamente y prometimos vernos en Estambul la próxima vez. En la frontera turca, todo fue a pedir de boca, una aduanera me dio la bienvenida. De camino a Estambul leí el libro que Vasili me había dado como regalo de despedida y llamé a Nehir tan pronto como llegué a la estación de autobuses.

11 de marzo de 1981, en la región del mar Negro

Cuando escucharon la noticia por la radio de que se habían dictado las primeras condenas a muerte tras el golpe militar y que las ejecuciones serían inmediatas, se pusieron a discutir qué podían hacer. Todavía no se habían repuesto de la pérdida de Hamit y su sobrina. Kemal no la había criticado directamente, pero le había dejado claro, en una corta conversación privada sin querer escuchar su versión, que había demostrado un deficiente criterio al mando del grupo. Fue entonces cuando fue consciente de la gravedad de haber alejado de su conciencia el hecho y ser moralmente responsable de la muerte injustificada de tres personas. Por ello ardía en deseos de protagonizar la lucha de nuevo, demostrar valor y espíritu de sacrificio. Así que propuso un arriesgado ataque a un puesto militar adjudicándose un papel de accionista-suicida. Como de costumbre, Kemal valoró la propuesta con sentido común. Quedaban reducidos a diez personas y no podían esperar refuerzos de inmediato, ya que no conseguían ponerse en contacto con las demás unidades. Un ataque abierto a un puesto militar con un mínimo de diez bien armados soldados, era un planteamiento malo desde el punto de vista militar. No la apoyó nadie más y la propuesta quedó anulada. Se sintió defraudada y castigada. Por supuesto era un sentimiento ilógico, porque ella misma reconocía lo desesperado y potencialmente peligroso de su plan. Pero esta seca lógica no bastó para impedirle sentir una profunda decepción. El resto de la discusión la siguió con menos atención y sin apenas participar. Solo en un momento dado, cuando uno de los lugareños informó sobre una base de la
OTAN
cercana, un pequeño centro de comunicaciones, en la que

trabajaban dos ingleses, protestó y se declaró en contra del secuestro. Pero una vez más experimentó que no tenían en cuenta sus opiniones. El objetivo era tentador. Era asequible militarmente y contenía aspectos políticos, tanto si se miraba desde la perspectiva de golpe al imperialismo como si se entendía como una forma de presionar al Gobierno militar. El pleno de la asamblea decidió enviar a tres hombres en misión de reconocimiento.

Zuhal sintió como si hubiera perdido el control y hubiera sido arrastrada al centro de una desenfrenada e impredecible tempestad. Todo pasaba ante sus ojos a una terrible velocidad, carente de poder para influir en la marcha de los acontecimientos. Se sintió del todo inservible y añoró su ciudad. A la vez que se apoderaba de ella un deprimente desasosiego, como si todo lo que estaba fuera de su control fuera a acabar en desastre. Y añoró todavía más la ciudad. Si iba a deshacerse mentalmente, que fuera en la ciudad, donde podía actuar como pez en el agua y esconderse de las miradas. Esa noche lloró acostada en su saco de dormir como no lo hacía desde hacía mucho, porque sentía pena de sí misma, pero más por frustración. Le ayudó, en cierto modo; por la mañana vio las cosas más claras.

La patrulla de reconocimiento volvió con la noticia de que la seguridad que rodeaba la base era mínima. Solo un guardia nocturno y dos ingleses. Los tres vivían en la base, pero no sabían si iban a la ciudad de vez en cuando y, en tal caso, cuándo. Por eso decidieron atacar cuanto antes.

Empezaron al amanecer. La primavera estaba a punto de hacer su entrada, pero el aire todavía era frío. La brisa fresca de la noche la espabiló sintiendo esa agradable sensación en las piernas cuando se coge el ritmo en una larga marcha. Había vuelto a ser parte del grupo y estaba dispuesta a trabajar para él, a pesar de cuáles fueran sus ideas personales.

Todo fue bien. Mucho mejor de lo que ella había previsto. No encontraron resistencia, ni por el camino ni para tomar la base. El guardia era un hombre mayor equipado con una vieja pistola, la única de la base. Los dos ingleses no tenían ningún espíritu guerrero a pesar de sus uniformes. El miedo se incrustó en sus rostros trazando profundos surcos desde el primer instante. El hombre mayor reaccionó de forma totalmente opuesta, actuó de forma

relajada y dicharachera.

—Debéis de ser los famosos anarquistas, pero no creo que queráis matar a una cabra vieja —dijo.

—No estés tan seguro de ello —gruñó uno de los campesinos, irritado por su hilaridad.

—Ja, ja. Yo solo temo a mi gran Dios —suspiró el hombre.

Zuhal y algunos más se rieron entre dientes por la involuntaria comicidad de la situación.

—Escúcheme, abuelo. Podemos llevarle al lugar más olvidado de dios si no cierra su bocaza —intervino Kemal.

—Sería solo una carga que os retrasaría, hijo. Tengo malas piernas —dijo animado por las apagadas risas a su alrededor.

Le taparon la boca y lo ataron a una silla. Después dejaron un mensaje dirigido al Gobierno militar, un ultimátum exigiendo que detuvieran las ejecuciones y liberaran a todos los presos políticos.

El episodio con el abuelo había creado un ambiente alegre y emprendieron el camino con coraje renovado. Incluso Zuhal se sintió más animada. Con un poco de suerte y presión de la opinión pública mundial, podrían quizá propiciar un fracaso estruendoso para la Junta Militar. Kemal detuvo el grupo al llegar al bosque.

—Camaradas, el enemigo revolverá todo el bosque. Por eso habrá que retirarse hacia zonas altas de la montaña —dijo.

Zuhal valoró rápidamente las consecuencias. Kemal tenía razón en una cosa. El bosque se volvería más peligroso de lo que había sido. Con reducción de peso, claro, es más fácil ascender. Pero perderían el escudo protector que el bosque les proporcionaba y limitaría las posibilidades de movimiento durante el día.

—No estoy de acuerdo —empezó diciendo Zuhal, pero Kemal la interrumpió.

Ya está decidido —dijo y se dio la vuelta para empezar a andar.

Ascendían en silencio. Ahora que ya conocía los secretos y trampas del bosque, afrontar ese fatigoso desplazamiento por desnudos pedruscos y tierra en medio de la oscuridad de la noche supuso un nuevo desafío para Zuhal. Pero le fue de ayuda concentrarse en pisar en terreno firme. El esfuerzo físico le hizo relegar sus preocupaciones a las más recónditas zonas de su cerebro. Cuando al final acamparon cerca de una cueva, se mantuvo a distancia de Kemal y de los dos rehenes. No quería ver sus caras

ni hablar con ellos. Así evitaría conocerlos, sentir simpatía o antipatía por ellos. Y lo más importante de todo: evitar enfrentarse con un miedo que ella contribuía a crear. Le había pedido a Kemal que le evitara tener algo que ver con ellos. Sabía que él tendría otros planes, que querría sacar provecho de su conocimiento de idiomas, era razonable suponerlo bajo las circunstancias reinantes. Pero también sabía que no le ordenaría algo que ella no deseara. Por eso él mismo se encargó de interrogar, tranquilizar y consolar a los dos hombres, aunque eso contradijera su rol como líder.

Zuhal pudo darse cuenta, en parte con curiosidad y a la vez de mala gana, de que las palabras no son suficientes para atenuar la angustia. Desde que tomó las armas siempre había tenido la esperanza de que fuera posible llevar a cabo una guerra con el mínimo sufrimiento. Pero en su fuero interno siempre supo que era una idea ingenua, y poco a poco fue aceptando la muerte como consecuencia natural de sus actos. Entonces se contentó con evitar sufrimientos innecesarios, tanto físicos como psíquicos, principalmente a personas indefensas. Pero esta era su debilidad, porque esa era una tenue línea divisoria, traspasarla era solo cuestión de tiempo. Por eso ella era partidaria de liberar rápidamente a todos los prisioneros que se vieran obligados a apresar. Estaba preparada para llevar sobre su conciencia a los muertos del campo de batalla, pero no a personas torturadas por una angustia de muerte. Pero ahora solo deseaba dormir y alejarse de toda preocupación.

13-14 de marzo de 1981, Estambul-mar Negro

Estaba oscuro, oscuro como la brea para mis ojos, pero no para los de las criaturas que me custodiaban. Ellas parecían sentirse seguras y conocedoras del lugar como la palma de su mano, eran como nativos de la noche. Tenía miedo, pero también curiosidad. Tenía miedo de ver esos ojos brillantes como los de los gatos en la noche. Su roce en mis brazos era parecido al tacto de la goma, escurridizo y amistoso. No sé cuánto tiempo caminamos así, pero al final llegamos a un claro entre los árboles. Y exactamente entonces, en ese mismo instante, como por previo acuerdo, apareció un enorme platillo volante encima de mí. En el fondo no estaba seguro de su auténtica forma porque solo podía intuir su enorme silueta. Los que me custodiaban intensificaron el apretón en los brazos como si quisieran tranquilizarme. No tuve tiempo de sentir miedo de verdad antes de que un foco de luz amarillo lechoso cayera sobre mí, liberara la fuerza de la gravedad de mi cuerpo y empezara a flotar como si en un sueño el destino quisiera llevárseme.

Me reí. Me dio un ataque de risa, y me reí y me reí. Había algo de histérico en mi risa, no me había reído tanto y de tan buena gana desde hacía mucho. Había acabado una traducción de una historia más de extraterrestres. Era increíble que se pudiera ganar dinero con semejantes tonterías traducidas con piloto automático. Ni me preocupaba por consultar el diccionario o acudir a otro tipo de ayuda. Si me hacían falta palabras nuevas o desconocidas, entonces construía una solución que encajara. Si tenía un buen día, podía producir a una velocidad que dejaba en ridículo la cadena de montaje de la Ford.

Afortunadamente no tendría que dedicarme a esto el resto de mi vida, la profesora me había prometido un trabajo provisional como traductor en la sección internacional de un periódico. Introduje una hoja en blanco en la máquina de escribir. El siguiente encargo era una historia de fantasmas.

Llamaron a la puerta cuando estaba a la mitad. Por la tarde iría al cine con Nehir. Debía de ser la profesora. Estiré los brazos, enderecé mi rígida espalda y fui a abrir. Mi sorpresa no habría sido mayor si hubiera tenido ante mí a un golpista. Era el padre de Zuhal.

—Ah, mi general. Entre, por favor —dije.

—Siento molestarte —dijo al adelantarme—. Llamé a *madame* profesora antes de venir y ella me aseguró que estabas en casa.

Cogí su abrigo y su sombrero y le invité a sentarse. Se hundió despacio en la silla suspirando profundamente como si le hubiera supuesto un esfuerzo enorme, se alisó el pelo hacia atrás y apareció su aspecto cansado.

—¿Quiere una taza de té?

—Si lo tienes preparado, sí. Si no, no te molestes.

Sonreí señalando mi taza de té encima de la mesa. El tabaco y el té eran mis fieles acompañantes durante las horas de solitario trabajo. Traje la tetera y un vaso limpio de la cocina y serví té para los dos. Despacio, para darle tiempo de tomar fuerzas y ordenar sus pensamientos. Se trataba de un hombre orgulloso que seguramente no llamaba a ninguna puerta sin una razón importante. No me cabía la menor duda de que en esta ocasión se trataba de Zuhal. Y por eso yo también necesitaba todo el tiempo posible. Su expresión corporal indicaba que no le era fácil explicarse. Intenté controlarme y mantener a raya lo que amenazaba con dejarme paralizado de angustia. A pesar de todo, pude mantenerme sentado sin hundirme en la silla como hizo él. Continuaba teniendo la necesidad de la artificial serenidad que podía proporcionarme un cigarrillo.

—¿Le molesta que fume?

—No, no. De ninguna manera. Creo que yo mismo me fumaré uno.

Le ofrecí un cigarrillo de mi paquete y se lo encendí sin que mi mano temblara visiblemente.

Uno enfrente del otro dimos unas caladas en silencio antes de

que el general empezara a explicarse.

—Se pusieron en contacto conmigo esta mañana temprano —dijo—. Un coronel y un comandante del ejército. Me temí lo peor cuando los vi en mi puerta, quizá como te pasó a ti al verme a mí. Enseguida me aseguraron que Zuhal estaba viva. Todo lo que me contaron era información confidencial que todavía no se había filtrado a la prensa debido al decreto de censura.

Dio una prolongada calada a su cigarrillo y apagó la colilla contra el cenicero.

—Zuhal está envuelta en el secuestro de dos ingleses de la base de la
OTAN
en la zona del mar Negro.

Se tomó una pausa, como si me quisiera dar tiempo a digerir la información. Sonaba a historia de bandidos. Zuhal, más que nadie, tenía que saber que cualquier incursión guerrillera tenía poca o ninguna posibilidad de éxito sin el apoyo del pueblo.

—Me cuesta creerlo —dije—. Abandonar la ciudad es lo último que ella haría. Además, ¿cómo pueden estar seguros de que es ella? Debe de ser pura especulación, me pregunto qué estarán tramando.

—Esta fue también mi primera reacción —dijo fatigado—. Pero me mostraron una carta de un general, un subordinado mío en aquella época. Creo que puedo confiar en él. En la carta consta que el vigilante de la base identificó a Zuhal sin ningún tipo de duda. Sea como fuere, me pidieron que fuera al lugar y negociara con los secuestradores. Si liberan a los rehenes, mi hija y los demás serán escoltados hasta un país que les dé asilo.

—Pero usted se arriesga a ser malinterpretado —dije midiendo las palabras—. Ella puede tener una reacción emocional. Quizá se sienta traicionada en una situación así.

No deseaba provocar su ira, porque esto seguro que era lo último que él deseaba oír. Pero todavía no sabía por qué había venido el general y qué es lo que deseaba de mí.

—Lo tengo claro —dijo, no con ira, sino con un intranquilo desconcierto—. Vine para pedirte que me acompañes. Si ella ve juntos a dos hombres que ama, puede que reaccione y vengan a su mente otras ideas.

Erróneo, pensé yo. Nos odiará a los dos. Nos odiará el resto de

su vida. Pero yo no era padre. Un padre desesperado tal vez estaba dispuesto a creer cualquier cosa. Con ese hombre enfrente me hallaba en una situación no muy diferente a la de esa vez que fui obligado a entrar en un coche de policía y me ofrecieron traicionar a Zuhal. Por supuesto que era impensable tanto ahora como entonces. Ni siquiera el noble deseo de salvar su vida podía llevarme a actuar en el bando de sus enemigos. Pero ¿por qué no me negué a ello inmediatamente? ¿Por qué esperaba y le miraba expectante a los ojos? ¿Por qué aparentaba valorar su propuesta? Porque vi la ocasión de cortar mi postrera atadura con Zuhal. Sabía que podía acudir allí y exponerme a su despiadada e incuestionable cólera. Bastaría con presentarme ante ella con dos uniformados representantes del enemigo para que su amor por mí se hiciera añicos y fuera reemplazado por odio. Cuando me hubiera arrancado de su corazón y olvidado, solo entonces, podría continuar al lado de Nehir sin que me asaltaran fantasmas del pasado.

—¿Cuándo nos vamos? —dije.

—Cuanto antes. Cuando estés listo —dijo aliviado.

Puse cuatro cosas en una maleta pequeña y salí para llamar a Nehir por teléfono. Le conté que debía emprender un viaje para encontrarme con Zuhal, y el porqué. «Shh… —dijo—. No tienes que darme explicaciones. Cuando vuelvas sabrás cuáles son los dictados de tu corazón».

Fuimos en el coche del general, acompañados de mal tiempo, bajo sombrías nubes y lluvia. Para mí, que raras veces ponía el pie fuera de la ciudad, todo lo que veía tras los cristales del coche se me revelaba como algo nuevo. Todas y cada una de las impresiones que recibía me resultaban estimulantes y enseguida reconocí el escaso interés que había tenido por el resto del país. Mientras que Zuhal, ya en su época de estudiante, había roto con la plácida vida urbana para lanzarse a descubrir otras partes del país, yo seguía conformándome con una vida dentro de los impenetrables muros de la ciudad. Seducido por su decadente historia, su belleza, su grandeza y su nada desdeñable libertad; brisa fresca en relación con el deprimente conservadurismo de las zonas rurales. Medio en broma, medio en serio, muchas veces había provocado e irritado a Zuhal con la idea de un Estambul independiente del resto del país y la creación de una República Urbana tras la revolución. Por

supuesto, era una idea absurda para ella, que priorizaba las personas y no las ciudades.

El mar era oscuro y poderoso con enormes, agresivas olas. En mi niñez siempre relacioné el mar con algo optimista. Existía para ofrecer paz interior, para que pudiéramos tomar el barco hasta las islas en verano, sentarnos en un café y contemplar la puesta de sol; la esfera naranja que se deslizaba, primero lentamente para, de repente, caer en el mar como una naranja madura. El mar Negro no era un amante suave que acariciaba los pies de su amada, era un soberano brutal que no dudaba en asesinar. Lo perdíamos de vista al tomar las curvas orientadas hacia el interior para aparecer de nuevo tras haberlas rebasado, igual de magnífico y dominador. De vez en cuando, el cielo clareaba y las oscuras nubes escampaban y emergían los picos montañosos descubriendo un tapiz verde, húmedo y exuberante. Nunca había visto ni tenido ninguna experiencia en un bosque así.

Al contrario del mar, el bosque era subyugante, suavizaba la expresión brusca de este como una contraofensiva que brindaba la naturaleza. Las personas se subordinaban y se hacían casi invisibles, vivían a distancia respetuosa unos de otros. Ningún tejado sobresalía del terreno. Inteligentes, las personas se habían fundido con el paisaje. No resultaba nunca monótono contemplar la región que Zuhal había escogido como su última fortificación, hasta que el anochecer borró los colores y volvió irreconocibles los contornos.

Llegamos a nuestro destino, una pequeña ciudad costera, poco antes de la medianoche. La tarjeta de militar jubilado del general hacía maravillas cada vez que nos paraban en un control de la carretera. Oficiales y soldados se cuadraban ante ese general retirado. Lo mismo hizo el recepcionista del hotel, pero él carecía de uniforme y también de práctica, y dio un espectáculo ridículo. Más bien sentí pena por él y también por todos nosotros. Era un triste ejemplo de cómo todo el país se había convertido en una enorme guarnición militar. Pero su abyección, su humillación en su encuentro con el poder, su veneración por un general jubilado, me irritó. Sentí deseos de darle un puntapié en el trasero cuando nos despidió con un saludo militar.

Tal vez era la ira lo que me mantenía despierto después de que el padre de Zuhal se acostara. Porque a cada minuto que pasaba se

me hacía menos digerible que yo hubiera venido a pedirle a ella que se entregara. ¿Cómo podría después vivir con semejante traición? La traición. Dirigía mi vida. Y ahora ni dudaba en traicionarla para apartarla de mí. Pensé en Zuhal y en el azar que nos había unido. En las circunstancias extraordinarias que provocaban que se viviera el día a día como un equilibrista la vida y la muerte. Y cuando la muerte se convertía en una consecuencia posible, los sentimientos se intensificaban. El miedo y la felicidad, el pesimismo y el entusiasmo se entretejían en un todo. Se volvió fácil amar y fácil odiar. No pude comprender que no nos debíamos nada el uno al otro, que yo no tenía ni por qué amarla ni tampoco traicionarla. Ni tan siquiera sabía yo si significaba algo para ella, algo más que el hecho de haber pasado una noche con un hombre. Lo último que pensé antes de quedarme dormido es que debía hablar con el padre de Zuhal y convencerlo para que abandonáramos la misión. Tenía la sensación de que se sentiría aliviado si no tenía que reunirse con su amantísima hija en esas condiciones.

Al amanecer nos despertó un capitán del ejército. Amable pero distante. Nos dijo que lamentaba no tener novedades. Sus instrucciones eran las de informarnos de que habían surgido problemas de comunicación entre el cuartel general de la ciudad y la dirección de la operación en el lugar de los hechos. Por eso reinaba la inseguridad en torno a nuestra misión. Y nos pidieron que mantuviéramos la calma hasta nuevas órdenes. La zona del secuestro estaba declarada zona prohibida y era peligroso moverse por allí. Tan pronto como cambiara la situación, nos escoltarían hasta el lugar. Pero, de momento, la información se reducía a que una unidad especial había ocupado un poblado que había servido de base a la guerrilla y se les había enviado un mensaje en el que se expresaban deseos de negociación. Tuve la sensación de que había omitido gran parte de la información, y que no solo yo había cambiado de opinión, que éramos más.

15 de marzo de 1981, en la región del mar Negro

Zuhal haría la última guardia. Antes de que la despertaran soñó con su padre. Vestido con uniforme, le fotografiaban en un estudio. Ella misma, sentada en un taburete, les instruía a él y al fotógrafo. Era cómico, así que se rio. «Te ríes dormida», le susurró el vigilante que la despertó.

Cogió la mochila y el fusil y caminó con frío hacia abajo, hacia el puesto de guardia, situado a cierta distancia del campamento, y desde donde tenía buena visibilidad sobre los senderos. Continuaba oscuro cuando se sentó en la tierra húmeda. Suspiró añorando la primavera, el verano, el calor, el escuchar cómo despertaban los sonidos de la naturaleza. Alzó la cabeza para ver las estrellas, pero sobre ella había un cielo negro, sin atisbo de luz. El sueño del padre le recordó algo que él le había dicho sobre ella y Saturno. Sacó el diario de la mochila. Era difícil escribir en la oscuridad, pero garabateó algunas frases lo mejor que pudo, tal y como las tenía en la mente.

Estaba contenta de haber hecho las paces con Kemal el día anterior. Y aunque la conversación hubiera sido tan tensa emocionalmente como se había temido, había purificado el aire entre los dos.

Después valoraron juntos la situación. Kemal no tenía miedo de reconocer sus fallos. Retirarse montaña arriba fue una decisión errónea. Un avión de reconocimiento sobrevoló por encima de sus cabezas varias veces a lo largo del día. Y tenían buenas razones para creer que los habían descubierto. Pero Kemal no temía un ataque, el ejército no ejecutaría ninguna acción armada mientras existiera el peligro de que los dos rehenes fueran víctimas del tiroteo. Cuando los dos hombres enviados para tantear el terreno volvieron sin

haberse topado con actividad enemiga alguna, decidieron volver a cobijarse al abrigo del bosque. Entonces uno de los ingleses se hizo un esguince en el pie y tuvieron que acampar para descansar y fabricar una camilla provisional. Continuarían la marcha temprano al día siguiente.

Arropados por la oscuridad que precede al amanecer harían el último tramo de camino descubierto hasta el bosque. Era hora de despertar a los demás. Estaba a punto de echarse la mochila a los hombros cuando escuchó un sonido, primero indeterminado y a lo lejos, después más y más fuerte, era el desagradable ruido de las hélices de un helicóptero. Surgía de la oscuridad, ante ella, colgado en el aire como un gran y asqueroso insecto. La máquina volaba sin luz, por eso no podía medir la distancia. En ese instante se prendió un haz de luz en el cielo. El intenso foco la cegó, enfocó abriéndose por encima de su cabeza y barrió en redondo la ladera, como si un desesperado técnico de luces buscara al actor principal que había desparecido del escenario. Zuhal disparó una ráfaga contra la luz, los estallidos quedaron ahogados por el ruido de las hélices y la luz se desplomó sobre el campamento. Al ver las llamas y oír el irascible zumbido, gritó. Pudo seguir con la vista el rastro blanco de humo saliendo de la parte trasera del misil dirigido a toda velocidad contra el campamento. Las intensas llamas iluminaron la pared rocosa de la montaña y la onda expansiva tras la explosión sacudió la tierra bajo sus pies. Al escuchar por segunda vez el zumbido, se tiró detrás de una piedra. La nueva explosión lanzó una lluvia de tierra y pequeñas piedras sobre su cuerpo. Tumbada esperó mientras el foco de luz del proyector inspeccionaba el terreno por última vez, las hélices giraban a más velocidad y el helicóptero hacía maniobras para dar la vuelta. El sonido se debilitaba y se debilitaba, y después se hizo el silencio total.

Corrió hacia las llamas. Tenía que llegar enseguida y hacerse cargo de los heridos. Echarle una mano a Tarik, el estudiante de Medicina, su camarada de Estambul y responsable sanitario del grupo. Previamente él les había instruido a todos en primeros auxilios. Repasó velozmente cuáles eran los equipamientos sanitarios disponibles en el campamento. Vendas, calmantes, jeringuillas, tijeras y bisturí. Además, ella misma llevaba vendas, calmantes y agua oxigenada en la mochila. Debía mantener la

calma, pensar sistemáticamente, organizar, mantener las vías respiratorias abiertas, masajes al corazón, cortar hemorragias, curar las quemaduras. Debía tranquilizarse y respirar despacio.

Humo intenso y olor a carne quemada le salió al encuentro. Cayó de rodillas y vomitó. Cuando las arcadas de las náuseas cesaron, se levantó, se ató un pañuelo alrededor de la boca y se abrió paso entre el humo para entrar al campamento. Reinaba el silencio, exceptuando los débiles ruidos de matorrales y cuerpos ardiendo. Reconoció a los dos ingleses por los restos del uniforme. Esparcidos por todas partes había montículos de piedras, de ropa y de cuerpos troceados.

Ninguna señal de vida, ni respiración, ni grito de desesperación alguno. Iba y venía solo con una idea en la mente. Despacio revolvía los montículos buscando a Kemal. Todos estaban allí, a pedazos, descuajados, había restos de todos, pero no de Kemal. No se atrevía a sentir esperanza, pero Kemal tenía que estar en algún lugar. No podía ser que hubiera explotado en cien mil pedazos y se hubiera esfumado. Tenía que encontrarlo. Subió por la ladera, encendió la linterna y buscó detrás de cada piedra.

Yacía en una pendiente, a unos diez o quince metros del campamento. Si el foco de la linterna no hubiera rozado apenas sus botas, no le habría descubierto. Kemal estaba tumbado de espaldas sin herida o lesión visible alguna. Debió de haber sido la onda expansiva y las piedras que esta lanzó las que lo mataron. Se sentó a su lado, le cogió la mano, le acarició el pelo y la barba, y le miró a los ojos que, abiertos de par en par, enfocaban a algún lugar del cielo.

—¡Allí! ¡Allí hay una luz! —gritó una voz.

El instinto de supervivencia se impuso sobre el deseo de quedarse sentada con él y abrazar su destino al lado de su camarada. Apagó la linterna, besó a Kemal en la frente como último adiós y echó a correr. A la vez el estallido de varios fusiles llenó el aire. Podía ver las llamas de los cañones a su lado izquierdo, el rastro naranja que dejaban los proyectiles y escuchar el zumbido de las balas. Giró a la derecha manteniendo el dedo alejado del gatillo. Para no descubrir su posición tenía que resistirse a la tentación de responder a los disparos. El foco del proyector barría el terreno en todas direcciones, como si se hubiera vuelto loco y hubiera perdido

el control. No dejó que le asaltara el pánico, sino que para dosificar sus fuerzas corría a ritmo tranquilo. Los estallidos de los disparos sonaban más y más débiles. La oscuridad se convirtió entonces en su aliada.

En el bosque se detuvo para recuperar el aliento, no tenía tiempo de descansar debidamente, sabía que los tenía detrás. Aquí no corría, caminaba deprisa y resuelta. Se sentía segura de conocer mejor el bosque que sus perseguidores. Un par de horas después del amanecer escuchó ladridos a lo lejos. Cuando los ladridos se debilitaron comprendió que los perros seguían una pista falsa. Pero no quiso correr riesgo alguno y vadeó durante un rato un riachuelo, con el agua hasta las rodillas. Al mediodía se paró para comer un poco de pan y beber agua. Después hacía pausas cortas a intervalos regulares. Caminaba y caminaba como una máquina, con el cerebro vacío, concentrada en el terreno, en los ruidos y en el ritmo de la marcha.

Con la caída de la noche, llegó a la zona donde había encontrado a Kemal junto al camión que la había traído desde Estambul. Desde el final del bosque podía ver luz en la casa del valle donde se había reunido con sus camaradas la primera vez que llegó a la zona. Se sentó al pie de un árbol para descansar y pensar. Tenía las ideas claras. Buscaría refugio en casa de esos amigos y con su ayuda volvería a la ciudad. No buscaría consuelo en la revancha, pero tampoco olvidaría. Sin embargo, ahora solo deseaba una cosa: volver a donde estaban sus raíces.

Se puso en pie, se recogió el pelo en una cola tirante, miró hacia el bosque por última vez y se encaminó hacia la casa del valle.

EPÍLOGO

Marzo de 2005

Me deslicé de la cama, con cuidado para no despertarla. Estaba tumbada boca abajo, abrazando el cojín. Le gustaba dormir desnuda fuera cual fuera la estación del año, visiblemente ufana de su bello cuerpo que los años todavía no habían conseguido ajar. Hubiera deseado poder decir lo mismo del mío. Últimamente el espejo se había vuelto despiadado, reflejaba un cuerpo mediocre de un hombre de mediana edad. Y después de que el poblado bigote hubiera adornado el labio superior durante años, ya demasiado gris, había desaparecido. Ella protestó el día en que me lo afeité. «Infantil —dijo—. Nunca la edad te ha sentado mejor que ahora». No sabía si decía la verdad. En los últimos tiempos sospechaba de ella, sospechaba que dijera cosas que ella deseaba oír de los demás. Si este era el caso, era un esfuerzo innecesario. Ella gustaba a todo el mundo.

Me estremecí, aun llevando abrigo invernal, cuando el viento me vino de cara en la calle vacía. El aire nunca era tan puro como por la mañana temprano un sábado sin tráfico. Respiré hondo y eché a andar hacia el coche para empezar a contaminar. Era extraño pensar que treinta años antes la contaminación no fuera un tema de debate. Entonces existían otras prioridades. Cuando di la vuelta a la llave de contacto sonreí pensando en Soldado. Una vez dijo, quizá intentando ser autoirónico, que todo aquel que se sentaba en un automóvil y daba vuelta a la llave de contacto era un asesino potencial. En silencio miré las agujas del panel de mando como si estas tuvieran algo que decirme. Entonces lo recordé. Cuando aparqué la noche anterior dejé un cedé puesto y apreté el botón verde. La voz que emergía de los altavoces era liberadoramente pasada de moda. El sonido era impuro, copiado de un disco, sin melindres tecnológicos. La voz era de una cantante de los años sesenta. Muerta y olvidada desde hacía tiempo. Quizá la canción

también.

Giré para entrar en el aparcamiento vacío y salí del coche. Molesto por la fría temperatura exterior, tras abandonar el agradable calor del coche, me alcé la solapa del abrigo. No había aparcamiento más cerca. Cogí el libro y el ramo de flores, cerré la puerta con llave esperando encontrármelo sano y salvo a mi regreso.

Nadie había intentado reparar el viejo portón de hierro. Las dos alas colgaban como pedazos de hierro oxidado con las bisagras sueltas. Quizá daba igual, porque el portón custodiaba un mundo indiferente a las trivialidades terrenales. Eran pocos los que se dirigían hasta aquí. Recorrí el camino bordeado de vegetación, sorprendido una vez más de que la primavera estuviera a dos pasos y de lo fértil que era el lugar, igual que un bosque olvidado y abandonado. Solo las contiguas e irregulares hileras de piedras dibujaban matices.

Siempre me exaltaba un poco antes de llegar a la cima de la colina, justo antes de divisar el artesanal granito esculpido. Ella era igual de joven, el cabello recogido en una cola tirante como en la fotografía de pasaporte de mi cartera. Los últimos pasos eran siempre los más difíciles, debía luchar para contener las lágrimas. Uno se vuelve extrañamente sentimental con los años.

—Hola, amada. Soy yo —dije y dejé el libro y el ramo de flores a sus pies.

Zuhal había estado muy cerca de poder escapar. Había llegado a la casa donde el comando del ejército, alojado allí, preparaba la evacuación tras haber recibido noticias del trágico final del grupo guerrillero. No intentó huir, sino que abrió fuego con su fusil. Fue un tiroteo breve. Le dispararon varias veces en los brazos, en las piernas y en el pecho. El general me entregó el diario. Pensaba que yo era su justo heredero. Era todo lo que me quedaba de Zuhal.

Nos llevamos los restos mortales de Zuhal a Estambul y los enterramos en la cima de una colina con vistas a la Ciudad Vieja. Fue idea mía erigir allí una escultura de ella cincelada en granito.

Cinco años después me casé con Nehir. Esperamos a que ella terminara los estudios de música en el Conservatorio y a que Deniz fuera liberado. Necesitamos ese tiempo para cicatrizar heridas. Nehir perdió a su padre justo después de la boda y le fue difícil

recuperarse de la pérdida del hombre al que le unía una gran devoción y cariño. Paulatinamente tuvo un significativo éxito como cantante y compositora. La pasión en nuestra relación fue larga y cuando se estancó, ya hacía tiempo que éramos inseparables. La fama no se le subió nunca a la cabeza. Nehir continuó siendo realista, abierta, solidaria y auténtica. Por eso nunca me sentí eclipsado por ella. Su carrera le impidió ser madre. Mi ambigüedad en el asunto de tener hijos, me ayudó a conformarme con solo tenerla a ella.

Nunca terminé mis estudios y pronto me di cuenta de que mi talento musical era limitado, por decirlo de forma indulgente. Y me convertí en periodista. Periodista cultural. Una profesión a la que llegué guiado por la profesora, consciente o inconscientemente. Hago crítica y reseño películas de estreno, obras de teatro y exposiciones en diferentes periódicos y revistas. Con neutralidad. Políticamente correcto, pero profesional y objetivamente.

Soldado se hizo cargo de un restaurante a modo de despedida de «la familia». Había decidido vivir de forma más tranquila. Poco a poco se fue convirtiendo en propietario de un respetable local de la ciudad. Nehir amenizaba el lugar con sus canciones en noches especiales. Como cuando Soldado, tras su divorcio de su mujer, la modelo, se casó con Leyla.

Al no recibir noticias de Semra tras mi última carta, no intenté retomar el contacto con ella. Me llegaron rumores de que se había establecido en Inglaterra. Esperaba que hubiera encontrado la felicidad que se merecía.

Perdimos a la profesora hace dos años. Una gran congregación de gente le ofreció una digna despedida; aplausos, canciones y poemas para ser llevada en alto a su última morada.

Soldado y yo ayudamos a Deniz a abandonar el país tras su liberación. Se fue a Alemania y ahora vive con su novia en la misma ciudad donde reside mi hermano. Mi hermano está casado con una muchacha alemana y tienen tres hijos. Él y Deniz se han hecho buenos amigos.

Yo soy afortunado de tener todavía viva a mi madre. Después de la muerte de la profesora, la llamo «la última mujer». Mi madre volvió, por supuesto, a su querido Estambul. Ahora está en su viejo y espartano piso, y me recuerda siempre cuáles son mis raíces.

Me acerco el diario que me entregó el general. Un diario que consta solo de unas cuantas frases. Lo abro. Siempre me ha sorprendido la letra de la primera página. No es ilegible, pero las palabras se curvan, tiemblan y se entretejen como si esas pocas frases hubieran sido escritas a ciegas.

No he conseguido escribir una sola palabra hasta ahora. ¿Para qué? No puedo ver las estrellas. Y no soy ningún Saturno. Precisamente ahora no tengo en mi mente ni la lucha ni a ningún amado. Solo cielo negro, mar negro. Pero soy feliz.

IZZET CELASIN (Turquía 1958) conocido por su activismo político de izquierdas, posición que le llevó a ser represaliado tras el golpe militar turco de 1980. Instalado en Noruega desde 1988 en la actualidad combina su trabajo como intérprete con la literatura.

Notas

[1] «Solo bromeaba. Además, era mi taza, ¿no?». (Nota de la traductora). < <

[2] En español en el original. < <